

FLORENCIA ETCHEVES
**LA HIJA
DEL CAMPEÓN**

Lectulandia

Mar del Plata, febrero de 1982. Pasado de alcohol, Pipo Larrabe descarga sobre su ex mujer toda la furia de la que es capaz. No piensa ni un minuto en su pequeña hija, que logra refugiarse en una casita de madera, en medio del jardín. Allí la encontrará, aterrada, un policía novato, que muestra ya la inteligencia y la sensibilidad que lo harán famoso con el correr del tiempo. Ambos volverán a encontrarse muchos años después, cuando ella consiga su teléfono y lo llame desde Key West para pedirle ayuda: alguien le ha dejado tres mensajes que nadie logra descifrar, mientras se suceden en la ciudad varios ataques a mujeres jóvenes y dos han aparecido muertas. Ángela Larrabe, la hija del Campeón, está en problemas, y el único que puede ayudarla es Francisco Juárez. ¿Podrá dar él con el detalle que les permita descubrir al comisario Jerry Alvarado y a la forense Maitena Orestes quién es el asesino que anda suelto por Key West? Y si lo logra, ¿se despojará por fin de la culpa que lo invade tras el asesinato de Gloriana Márquez, a quien no pudo salvar?

Lectulandia

Florencia Etcheves

La hija del campeón

Francisco Juárez y Manuela Pelari - 2

ePub r1.0

lenny 23.12.16

Título original: *La hija del campeón*

Florencia Etcheves, 2014

Retoque de cubierta: lenny

Editor digital: lenny

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para Juárez y Manuela, los de la vida real.

PRIMERA PARTE

En la persona asesinada, toda pelea del pensamiento, todo flujo y reflujo de la pasión y de intención, están sometidos por un pánico irresistible; el miedo al instante de la muerte lo aplasta con su mazo petrificado. Pero en el asesino, un asesino que un poeta admitiría, debe estar latente una gran tormenta de pasión —celos, ambición, venganza, odio— que creará un infierno en él; y dentro de este infierno nosotros miraremos.

THOMAS DE QUINCEY, *El asesinato considerado como una de las bellas artes.*

El momento en el que se miró al espejo fue determinante y la conclusión que sacó lo hizo reír a carcajadas. No se parecía en nada a su amigo, el galán francés que tenía a las mujeres del mundo a sus pies. No tenía sus ojos celestes, ni su pelo rubio. Menos que menos su estilo, su *glamour*. Su mirada era negrísima, algunos la describían como feroz. La piel oscura estaba surcada por cicatrices y huellas de golpes que permanecían, semejantes a tatuajes, más allá del tiempo. El pelo, ralo, resaltaba la forma imperfecta de su cráneo.

Se tocó la nariz e intentó acomodarla como tantas otras veces, sin éxito. Chata, deformada, sin cartílago. Eso era lo que más odiaba: su nariz. Apoyó la frente contra el cristal y cerró los ojos. Estaba mareado y tenía náuseas. Había tomado demasiado. La culpa la tenía el *champagne*, y tener la plata para comprarlo no ayudaba. Más de una vez, nublado por el alcohol, pensó que el *champagne* lo enriquecía por dentro, como si el líquido dorado le cubriera de oro las entrañas. Volvió a reír. La imagen de su garganta, estómago e intestinos bañados en oro le causó gracia.

Cuando volvió a mirarse en el espejo, la sonrisa se le congeló. Con las manos rugosas empezó a acariciarse el cuerpo. La seda de su pijama siempre lo había atraído. Era de color bordó y le recordaba algunos buenos momentos. Casi con desesperación acercó el brazo a su nariz chata. Olfateó como un sabueso buscando una pista, intentó encontrar algún rastro del olor del perfume de ella, la mujer que más había amado en su vida. No halló nada, hasta su olor se había esfumado. Pero le quedaba el pijama de seda que la rubia le había regalado.

—¿Estás preparada para vivir sin mí? —le había preguntado la noche del adiós.

—Por supuesto —contestó ella—, nací preparada.

«Hija de puta», murmuró mientras insistía en oler su pijama. Por un segundo pensó en ponerse el traje turquesa brillante que le habían mandado de esa casa famosa de ropa de fiesta, y caer de sorpresa en la entrega de premios que estaba teniendo lugar en el hotel frente al mar. Había leído en una revista que a la rubia la iban a galardonar, su obra de teatro era el éxito de la temporada. Le costó mucho leer ese artículo, le costaba mucho leer, nunca había aprendido bien. Pero las noticias sobre ella valían el esfuerzo. Le dolía enterarse de que, tal como le había dicho, podía vivir sin él. Según decían las revistas, esa noche se pondría el vestido de lunares. Mil veces se habían peleado por ese vestido de puta. Mil veces le dijo que la mujer del campeón no podía vestirse como una puta. Ella no entendía y lo desafiaba. Enfundada en el vestido de lunares, la rubia iba a ser la tapa de los semanarios de espectáculos, pero por suerte el campeón no los iba a ver. O por desgracia.

Cuando salió del baño, todavía tenía el estómago revuelto. Fue hasta la cocina de la casa que le habían prestado para pasar unos días frente al mar. Tal como había exigido, dentro de la heladera sólo había botellas de cerveza. Destapó una con los dientes y tomó un buen trago del pico. El gas lo hizo eructar de golpe, el líquido

chorreó por su barbilla y manchó el pijama de seda rojo. No le importó. Caminó descalzo con la botella en la mano. El *living* del chalet era bastante grande. Los sillones, la mesa y las estanterías eran de madera de algarrobo. «Los muebles de madera son muy ordinarios, querido. Lo último en decoración es el laqueado. Sos bruto, eh», le había dicho la diva una vez. Revoleó la botella contra una repisa, no lo enojaban los muebles de algarrobo, lo que lo ponía de pésimo humor era la voz estridente de la rubia que siempre se colaba en su memoria. «Putá», murmuró.

De manera automática empezó a saltar. Un paso adelante, otro atrás. Levantó los puños y los puso donde iban: frente a su cara. Atrás, adelante, izquierda, derecha. Golpe con la derecha, atrás. Con la izquierda, adelante. Respirar, nunca dejar de respirar. Su cuerpo y su mente eran una máquina aceitada. Cada vez que se enojaba, una alarma silenciosa se encendía. Un sacudón de adrenalina lo ponía en alerta. Había que defenderse. Y los puños eran lo único que el campeón tenía. Tanto para amenazas reales o, como en este caso, imaginarias. El sudor caía por su frente y la seda del pijama se adhería a su espalda. Le empezó a faltar el aire, esa noche había fumado demasiado.

Dejó de saltar y volvió a la cocina. Otra vez la heladera, una botella de cerveza, los dientes para abrirla y un trago largo para coronar la pelea contra sus fantasmas. Un ruido lo alertó. A pesar del alcohol y de la resaca de un sueño que desde días atrás no llegaba, sus sentidos sí funcionaban bien. Achinó aún más sus ojos, agudizó el oído. Otra vez el ruido. Sacudió la cabeza. Pasos. En el *living* alguien caminaba o arrastraba los pies. Tomó otro trago de cerveza y sin dejar la botella se acercó a la puerta de la cocina. En el medio del salón, una mujer miraba por el ventanal que daba al balcón. Sólo tenía puesta una bombacha azul de encaje. Su pelo caoba, todo revuelto, completaba un cuadro sensual. Pero el campeón no estaba acostumbrado a sutilezas. Para él era sólo una hembra que buscaba ser cogida, por eso no percibió la tristeza que emanaba de ese cuerpo espectacular. Tampoco se dio cuenta de los moretones morados que resaltaban sobre la piel blanquísima de sus brazos. Menos que menos vio las lágrimas que caían por las mejillas de esa mujer que nunca había sido lo suficientemente amada o imaginada. El campeón sólo veía a una hembra en celo.

En dos zancadas llegó a su lado. Ella se dio vuelta de golpe. El maquillaje corrido y los ojos hinchados por llorar deformaban un rostro bello y relativamente joven.

—¿Qué te pasa? ¿Ya estás llorando otra vez?

—¿Y a vos qué te parece, pelotudo?

La agarró del brazo con rudeza, sus dedos apretaron el lugar en el que estaban los moretones viejos. Ella intentó, sin éxito, zafarse de la garras. Entonces lo desafió con su arma más letal: la palabra.

—¿Me vas a pegar de nuevo, hijo de puta? Dale, cagón.

El campeón se sorprendió. ¿Le había pegado? ¿Cuándo? No lograba recordar.

—¡Mentirosa de mierda! —gritó—. Yo no te pegué.

Ella largó una carcajada desganada.

—Ni te acordás, ¿ves? Sos un borracho —dijo con tristeza, y aprovechó la confusión del hombre y liberó su brazo de un sacudón mientras le gritaba—: ¡Me llamaste para que te acompañara al cumpleaños de León Garibaldi! ¡Me vine manejando por esa ruta de mierda sólo para estar con vos! ¿Te acordás ahora o no?

Sí se acordaba. El cumpleaños de León iba a ser el evento de la temporada. Periodistas, famosos; todos querían estar cerca del locutor más célebre del país. Y él, el campeón, no podía llegar solo, por eso la había llamado. Se había imaginado entrando al salón de la mano de su ex mujer, la modelo Elena Baldini, y había tenido una erección. No por ella. La envidia ajena lo excitaba más que una sesión de sexo. Los gritos de Elena lo volvieron a conectar con esa pelea que no terminaba de entender.

—¡Harta me tenés! ¡No me dejás hacer mi vida en paz! Siempre que me llamás, estoy, y lo único que recibo son humillaciones y golpes.

—Dejate de joder, Elena —dijo el campeón tratando de calmarla—. Vamos a la cama...

Ella lo interrumpió a los gritos:

—¡Me voy a la Capital! No me llames nunca más, hijo de puta —alcanzó a decir entre dientes mientras lo corría de un empujón para entrar enseguida en el cuarto. Pero él, por supuesto, la siguió.

Las sábanas de raso negro estaban hechas un bollo en un rincón de la habitación. Encima del colchón de dos plazas, el bolso negro de Elena se iba llenando de ropa. Mientras lloraba, guardaba dos vestidos, ropa interior, un traje de baño y unas remeras. Estaba tan concentrada que sólo se dio cuenta de que el campeón se había acercado cuando sintió sus manos ásperas en la parte de atrás del cuello. Se quedó petrificada. Él la dio vuelta de un tirón y quedaron frente a frente, a centímetros de distancia. El campeón olía a cerveza rancia y a sudor, pero a Elena no le importaba. Siempre había sido esclava de la virilidad del hombre que más la lastimaba.

—Besame, puta —ordenó con voz ronca.

Ella obedeció sumisa. Se besaron con bronca, con desesperación, con deseo. A él sólo lo calentaba ganar y sabía que le había ganado —otra vez— a Elena. Pero fue un triunfo por poco tiempo, apenas duró unos minutos.

—Basta, me voy —dijo ella con los ojos aún cerrados, mientras lo alejaba de su cuerpo.

El campeón la empujó con violencia. Elena quedó tirada en la cama, sobre el bolso a medio llenar. El campeón agarró la botella de cerveza que había dejado en el piso al costado de la cama y tomó un trago. Estaba tibia y sin gas. Estrelló la botella con lo que quedaba del líquido contra el piso de mármol. Por un segundo ambos quedaron paralizados por el ruido de los cristales. Fue sólo un segundo. El campeón dio un paso hacia adelante y escupió el líquido sobre el cuerpo desnudo de Elena.

—¡Hijo de puta! —gritó la mujer, y cruzó gateando la cama hasta bajarse por el

lado contrario.

El campeón rodeó el colchón lentamente, disfrutando de cada paso. Su mirada era la de un lobo que está por cazar a su presa. Elena sabía lo que se venía. Conocía los movimientos de su hombre. Le iba a pegar de nuevo. Miró la ventana que daba al balcón, la abrió de golpe y salió. El aire marino de la madrugada le hizo bien. Respiró hondo, desafiante.

—Si me ponés una mano encima me tiro, ¿oíste? —dijo casi suplicante.

El campeón le clavó la mirada y caminó hacia ella. Sin mediar palabra, le dio vuelta la cara de un cachetazo. El labio de Elena comenzó a sangrar. Como siempre, sintió alivio al notar que el campeón no había cerrado el puño para pegarle. «Soy un caballero», le había dicho él una vez cuando, impulsada por el miedo a perderlo, Elena había cometido la locura de agradecerle que le pegara con la mano abierta. Sabía que su puño era letal. Aunque esa vez no le agradeció, lo seguía pensando. El gusto metálico de su propia sangre le dio el valor para enfrentarlo.

—¡Negro de mierda! ¡Siempre vas a ser un negro de mierda! ¡No hay guita ni puta de lujo que te limpie! —le gritó y largó una carcajada macabra—. ¡Pegame, cagame a trompadas si querés! Nada va a cambiar lo que pienso de vos.

La cara del campeón estaba desencajada. Cuando avanzó un paso hacia Elena, ella retrocedió hasta que la parte de atrás de la cintura quedó apoyada contra la reja del balcón. Por un segundo sintió compasión por ella: no era más que una mujer desnuda en un balcón frente al campeón del mundo. Se acercó, puso sus manos de acero alrededor de ese cuello blanco y frágil y apretó. En definitiva, el mundo no es un lugar compasivo.

Algunas situaciones humanas exigen intimidad. La muerte es una de ellas. Pero a Elena Baldini nadie le dio esa opción. Su cuerpo maravilloso estaba allí inerte, tirado en el piso de cemento, bajo el balcón. Sólo una bombacha de encaje mínima y las uñas pintadas de rojo la diferenciaban de una estatua. La luz dorada del cielo apenas amanecido le daba a su piel un tono irreal, como el de un marfil amarillento. Un charco de sangre en forma de gota le apelmazaba el pelo castaño rojizo del lado derecho de la cabeza. Todo lo que imaginamos sobre la muerte estaba en ese cuadro. Pero, aunque parezca mentira, era una imagen bella.

«¡Elena se cayó! ¡Elena se mató!» El vecindario había despertado con esos gritos. Durante muchos años todos los que escucharon esa sentencia desesperada iban a repetir una y otra vez lo que creyeron que pasó esa noche. No era para menos: Pipo Larrabe, el campeón del mundo, había matado a su mujer.

El casero fue el primero en ver a Elena desarmada en el piso. Pero, también, fue el primero en ayudar a Pipo Larrabe. Lo había encontrado gritando, sumido en una mezcla de dolor y miedo. El campeón estaba lastimado, pero no sangraba. Mientras pedía ayuda, con la mano derecha se sostenía el hombro izquierdo. El estado de *shock* le impedía darse cuenta de que esa ayuda había llegado y, paradójicamente, se llamaba «Salvador».

—Señor, ¿qué pasó? —preguntó asustado el hombre.

Pipo sudaba, pero su piel estaba fría. Su aliento seguía oliendo a alcohol.

—Se cayó... Elena se cayó... —murmuró sin poder sacar los ojos del cuerpo de su ex mujer—. Yo me tiré para ayudarla.

—¿Está muerta? —preguntó Salvador con un hilo de voz.

Mientras hablaban, los dos hombres no podían apartar los ojos del cuerpo de Elena. Ninguno se animó a tocarla. Uno lloraba sin dejar de agarrarse el hombro; el otro temblaba, arrepentido de haber acudido cuando escuchó los gritos.

La policía tardó menos de quince minutos en llegar al chalet. A Salvador sólo le bastó nombrar a Pipo Larrabe para que la modorra en la seccional marplatense se sacudiera de golpe. El campeón había matado a su mujer. La noticia corrió como llamarada. Policías, investigadores, inspectores y hasta los zorros grises del tránsito se ofrecían para ir hasta la escena del crimen. No les importaba Elena, sólo querían ver de cerca al campeón mundial de boxeo, al hombre que ya había entrado en la alfombra roja de la historia. Para ellos Elena no existía, sólo iba a convertirse en un número más en la morgue.

El encargado de poner orden ante tanto descalabro fue el doctor Guillermo Otero, el fiscal de turno. Otero estaba estrenando el cargo. Venía de la secretaría de un juzgado de primera instancia y quiso el destino que, a menos de un mes del ascenso, tuviera su bautismo de fuego: investigar el caso que se iba a convertir en el centro de la crónica policial de la época.

El fiscal llegó a bordo del patrullero que lo había pasado a buscar por su casa. Vivía a pocas cuadras del chalet en cuestión. Estaba nervioso. Sabía que hay que cuidar las escenas del crimen como si fueran objetos de cristal, que no hay que prejuzgar los hechos, que la primera mirada del forense puede ser clave, que a los testigos es mejor entrevistarlos en el lugar, en caliente. Pero ninguna de esas certezas lo tranquilizaba. Ésta no iba a ser cualquier investigación. Uno de los hombres más famosos y amados de la Argentina estaba en el medio. Sonrió ante la ironía de tener que ser él, con su metro setenta y sus kilos de más, el encargado de voltear al campeón del mundo.

Los policías de la seccional habían hecho bien su trabajo: la cuadra del chalet estaba vallada y los vecinos y curiosos se encontraban a varios metros de distancia. El cuerpo de Elena seguía allí, debajo del balcón de la parte trasera de la casa, y Salvador, el casero, estaba plantado en la entrada de la casa, respondiendo preguntas ante un policía joven que anotaba todo en una libretita negra.

«El difunto está por morir, el cadáver se está muriendo y el muerto lo está del todo», con esta frase que solía repetir su maestro de Ciencias Forenses repicando en su mente, Otero fue a lo importante: el cuerpo de Elena. La sangre que había salido de la cabeza, producto del golpe contra el cemento, ya había coagulado. Estaba boca abajo y, a simple vista, su piel desnuda no presentaba ninguna herida, ningún golpe.

—Los brazos están al costado del cuerpo. Cayó inconsciente. Caso contrario, las manos estarían debajo del cadáver, habría intentado amortiguar la caída.

El fiscal se sobresaltó. Se dio vuelta de golpe. El que había hablado era el policía joven que hasta hacía minutos estaba entrevistando al casero del chalet.

—No sea atrevido, Sherlock Holmes, vuelva a lo suyo —dijo Otero en un tono severo—. No quiera cagar más alto de donde le da el culo. Rajé de acá.

—Sí, señor —respondió el muchacho sin bajar la mirada.

Cuando se estaba dando media vuelta para irse, se chocó con el médico forense. Se saludaron con una inclinación de cabeza. Otero seguía con los ojos clavados en Elena.

—Daino, tenemos un quilombazo. No le podemos errar a nada. Lo tengo a Pipo Larrabe en el Interzonal con la clavícula fracturada. Te presento a la modelo Elena Baldini, la mina de Larrabe —dijo mientras señalaba el cuerpo—. No sé si la cagó a trompadas.

El forense Gustavo Daino lo interrumpió:

—Cagarla a trompadas, lo que se dice cagarla a trompadas, ya te digo que no. Si Larrabe la hubiera cagado a trompadas, no la reconocería ni la madre —argumentó el forense mientras se ponía los guantes de látex.

—Sí, es cierto —concedió el fiscal, que no podía sacar los ojos de la mujer.

Daino se acercó y sin dudar dio vuelta el cuerpo sin vida de Elena. El bello rostro de la mujer tenía el rictus de la muerte. El maquillaje corrido y el pelo pegoteado alrededor de la cara formaban una máscara macabra. El forense pasó con cuidado sus

dedos enguantados por el cuello de la mujer.

—Otero, vení, mirá.

El fiscal se acercó. En el cuello blanco de Elena se veían marcas amoratadas.

—Esto que parecen golpes son equimosis; hablando mal y pronto, huellas de dedos.

—¿Por qué en algunas hay sangre seca? —preguntó Otero.

—Lesiones ungueales. Se abre un poquito la carne ante la presión de la uña de algún dedo. No hay dudas, Otero. A esta mina la estrangularon y la tiraron, o se cayó por el balcón.

—Así parece —murmuró el fiscal y preguntó—: ¿Y la sangre que salió de la cabeza?

—Lo tengo que ver bien cuando abra el cráneo, pero a simple vista te digo que se le reventó el mate cuando golpeó contra el piso.

El forense siguió revisando el cuerpo. Notó moretones en los brazos, no le llamaron demasiado la atención. Eran heridas viejas y su trabajo consistía en saber cómo y cuándo había muerto una persona, no lo que había llevado al asesino a matar. Podía suponer que Elena había sido una mujer golpeada, pero a él le interesaba el último golpe, el matador. El fiscal Otero estaba ansioso. Tenía que ir a hablar con Pipo Larrabe al hospital y para eso necesitaba la mayor cantidad de información posible.

—¿Murió estrangulada o por el golpe?

—¿Querés que te pase los partidos del PRODE también? —ironizó el forense con una semisonrisa— No te lo puedo decir ya mismo. En la mesa de autopsia voy a tener claro ese panorama.

—Está bien —aceptó frustrado el fiscal—. Llevátela ya. Olvidate de los turnos de autopsia. Este caso es prioridad.

Guillermo Otero empezó a caminar alrededor del chalet tratando de encontrarle una lógica al asunto. El caso se presentaba simple: un hombre ahorca a su mujer y la tira por el balcón, pero él también estaba lastimado. ¿Se había caído mientras manipulaba el cuerpo? ¿Se había tirado por alguna razón que no lograba comprender? Y la pregunta que más lo preocupaba: ¿una tercera persona los había tirado a ambos? La respuesta a esto último parecía obvia: nadie en su sano juicio se enfrentaría en un mano a mano con Pipo Larrabe. Pero en la Universidad le habían enseñado que nada es obvio cuando la muerte se encapricha.

De repente algo que vio interrumpió sus cavilaciones: unas gotas de sangre resaltaban en las lajas color gris claro de la galería. El goteo lo llevó hasta la entrada de atrás del chalet; la puerta estaba abierta y entró. Las gotitas formaban un camino de perlas rojas en la sala. Al llegar a la escalera que comunicaba con el primer piso se le puso la piel de gallina. Ya no había gotas, claramente se notaban pisadas de sangre. Subió uno a uno los escalones esquivando las huellas. Un pasillo con alfombra negra comunicaba a dos habitaciones. Entró a la primera. Sobre la cama matrimonial había

un bolso a medio hacer; en el piso, ropa y vidrios que parecían ser de botellas de cerveza. La puerta ventana que daba al balcón estaba abierta de par en par. Respiró hondo y salió. El homicidio es un acontecimiento individual que no se repite nunca de la misma manera. Su trabajo era descifrar, justamente, la manera. Sin tocar la baranda, se asomó y pudo ver cómo los ambulancieros se llevaban el cuerpo de Elena en una camilla. Habían tapado el cuerpo con un nylon de color negro.

Volvió a la casa, quería saber más sobre esas huellas de sangre que lo habían llevado hasta allí. Del bolsillo del pantalón sacó un pañuelo de género celeste con cuadritos blancos, lo usó al abrir el picaporte de la puerta de la segunda habitación para no dejar sus huellas digitales en el metal. Era un cuarto bastante más chico que el anterior. En éste, sólo había una camita de una plaza contra una pared, una mesa de luz con un velador de metal rojo y un placar muy chico. No tenía ventana. La luz del techo estaba prendida.

Usando su pañuelo abrió el placar: había sólo tres perchas con ropa colgada y en un estante una pilita de lo que parecían remeras. El fiscal Otero sacó la lapicera que tenía enganchada en el bolsillo de la camisa, una Parker que le había regalado su mujer en el primer aniversario de casados. La usó para separar las perchas. En la primera había un vestido rosa de algodón; en la segunda, otro blanco de *broderie* y, en la tercera, un tapado azul marino con botones dorados. Cerró el placar de golpe, desanduvo el pasillo y las escaleras, salió a la parte de atrás del chalet y llamó a los gritos al jefe de la seccional:

—¡Castro, venga urgente! Estoy atrás.

El comisario Ceferino Castro apareció corriendo desde el frente de la casa.

—Sí, señor, mande.

—Den vuelta todo este lugar de mierda. Está faltando lo más importante, carajo —dijo sin dudar. Las huellas de sangre le habían llamado la atención, pero la ropa en el placar lo había convencido—. De esta casa está faltando una nena, Castro. Busquen a la hija del campeón.

Tenía hambre, frío y sed. También le dolía la espalda y le ardían los pies. Durante muchas horas estuvo acurrucada en un rincón de la casita del árbol. Se alegró de haber podido rescatar algunas cosas que metió a las apuradas en su mochila rosa. Todavía podía sentir el olor de su papá, una mezcla de tabaco y ese perfume que, según le había dicho su mamá, olía a un árbol que se llamaba pino.

La tarde anterior él la había acompañado a conocer la casita del árbol, la tuvo que ayudar a subir por una escalerita de madera. Se quedaron ahí, juntos, un buen rato. Como su papá no sabía ningún cuento, le relató el día en el que dejó tirado en el *ring* a un hombre muy musculoso, al que le sacó el cinturón. No entendía por qué a su papá le daban de premio un cinturón, hubiera sido mejor una copa dorada o un helado gigante. Pero él se reía tanto mientras caminaba con el cinturón enorme por toda la casa que nunca se animó a preguntar por miedo a que se enojara. Su papá era horrible cuando se enojaba. Las arrugas de la cara desaparecían, los ojos se le ponían muy brillantes, decía a los gritos muchas malas palabras y le pegaba a su mamá. Se había acostumbrado a meterse debajo de la cama, con ambas manos se tapaba los oídos para no escuchar. Había aprendido a quedarse dormida en cualquier posición, y eso hizo en la casita del árbol: dormir. Cuando subió la escalera, ya era de noche. Ahora los rayos del sol entraban por la ventana sin vidrio.

Se apoyó contra la pared, frente a la puerta. Su camisón lila estaba sucio de tierra. «Mi mamá me va a retar», pensó mientras intentaba, sin conseguirlo, sacudirse las manchas con las dos manos. En cuanto imaginó a su mamá, se le llenaron los ojos de lágrimas. ¿La estaría buscando o se seguiría peleando con su papá?

Estaba pensando en salir de la casita del árbol, bajar las escaleras, cruzar el jardín, entrar al chalet y buscar en la cocina las galletitas de chocolate que su papá le había comprado en un quiosco el día anterior, cuando unas voces la sorprendieron. Dos hombres hablaban a los gritos. Fue gateando hasta la ventana y se asomó un poquito, no quería ser descubierta. En la galería del chalet un señor gordo de camisa blanca le gritaba a otro, vestido de policía: «¡Busquen a la hija del campeón!» Se agachó de golpe. Hablaban de ella: su papá era el campeón. Acurrucada, se deslizó hacia uno de los rincones de la casita y se quedó tirada boca abajo con la cara pegada al piso y los ojos cerrados.

El comisario Castro rápidamente se dispuso a cumplir la nueva orden del fiscal: había que buscar a una nena. Y como todo jefe que se precie, entendía que cumplir una orden era repetirla de manera firme a algún subalterno.

—Vos, pibe, vení para acá.

El pibe levantó la mirada de la libretita negra en la que un rato antes había escrito las declaraciones de Salvador, el casero del chalet, el único testigo de lo que pudo

haber pasado. Sabía que en esas hojas garabateadas con birome negra estaba, en caliente y sin contaminación de ningún tipo, la primera versión de los hechos.

—Estoy acá, comisario —dijo sin moverse de su lugar.

—Escuchame, me dice el fiscal que hay que buscar a una pibita...

El pibe lo interrumpió:

—¿La hija de Larrabe?

—Sí, ¿cómo sabés? ¿Sos adivino? —ironizó Castro.

El casero le había contado que Larrabe, su mujer y su hija estaban en la casa. «La nena se quedó durmiendo mientras sus padres anduvieron de joda por la ciudad», le había dicho Salvador.

—¿Adivino? No, sólo consigo respuestas —contesto distante el pibe—. ¿La nena no aparece?

—No. Y el fiscal está a las puteadas. Dame una mano con eso, pibe.

El comisario Castro sabía que ese policía joven, de mirada fría y silencios eternos, no era uno más. Se lo habían mandado del Ministerio. Era el diamante en bruto del jefe de homicidios. Con menos de veinticinco años, el pibe había terminado la carrera de criminalística con las mejores notas. «Tratalo bien, Castro —le habían encomendado—. En unos años éste va a ser tu jefe. Necesita calle, barro en los zapatos. Todo tuyo.» Desde que había llegado a la comisaría de Mar del Plata, lo tuvo de acá para allá. El pibe no se quejaba, pero esa mirada soberbia no se le iba. «Tiene pasta de capanga», pensó Castro más de una vez.

Sin decir una palabra, como casi siempre, el pibe guardó la libretita en el bolsillo del pantalón y caminó hasta el centro del jardín. Se paró con las manos en la cintura, respiró hondo y paseó los ojos atentos por todo el terreno. Castro no podía dejar de mirarlo. El concepto de pensar antes de actuar no era algo que el comisario tuviera incorporado, por eso se sorprendía a diario con las actitudes del chico. Se dio media vuelta y se fue, no tenía tiempo para tantas excentricidades.

El jardín era enorme y estaba muy bien cuidado. El césped prolijo, los canteros llenos de flores de estación y un camino de lajas permitían pasear por todo el lugar sin arruinar el trabajo que un paisajista retocaba una vez por semana. El perímetro estaba cercado por una hilera de pinos que impedían que los curiosos pudieran mirar hacia adentro. «Una desgracia —pensó el pibe—. Va a ser jodido encontrar testigos.»

En el fondo, a unos veinte metros, algo le llamó la atención. Uno de los árboles desentonaba con el resto. No era un pino. Era menos alto, mucho más frondoso, y en el tronco se podía distinguir una escalerita de madera.

La curiosidad le ganó al miedo. Temblando, se puso nuevamente de rodillas y espionó por la ventana de la casita del árbol. En el medio del parque, había un hombre con las manos en la cintura. Tenía un pantalón de *jean* y una remera celeste. Sintió cómo el corazón le galopaba en el pecho. El hombre, decidido, caminaba hacia su

refugio. Miró hacia arriba y no pudo evitar sonreír. En la mitad del árbol, había una casita de madera. De lejos era imposible divisarla: una enredadera y las ramas crecidas disimulaban muy bien el tesoro que escondía. Se acercó al tronco intentando mover la escalera. Estaba firme. Apoyó un pie, después el otro.

Desde el rincón más alejado de la puerta, pudo sentir cada uno de los pasos lentos y cuidados del hombre de remera celeste al subir. Se tapó los oídos con ambas manos, el crujido de la escalera la aterraba. La casita del árbol era bastante espaciosa: un cuadrado de dos metros por dos metros y uno setenta de altura. La única ventana daba al jardín y no tenía vidrio, sólo una cortina de *voile* rosa, corrida hacia un costado. Una alfombra redonda tejida con lanas de muchos colores le aportaba una cuota de calidez al refugio.

El policía entró en la casita y se sentó con las piernas cruzadas. Frente a él, hecha un ovillo, había una nena abrazada a una mochila rosa. El hombre decidió no hablar, no quería asustarla. Se quedaron un buen rato en silencio, cada uno en su lugar, midiendo sus presencias, atentos a sus respiraciones: pausada la de él, agitada la de ella. Hasta que la chiquita levantó lentamente la cabeza, que había escondido entre sus rodillas, y clavó sus ojos en el hombre.

—Hola —dijo él con tono bajo pero firme—. ¿Cómo te llamás?

La nena no contestó. Se clavó las uñas en las palmas de las manos y le sostuvo la mirada. Sus ojos verdes, irritados de tanto llorar, conmovieron por un segundo al joven policía. «Es demasiado chiquita», pensó.

—¿Y mi mamá? —preguntó la nena con voz casi inaudible.

No supo qué contestarle. No estaba acostumbrado a mentir, aunque en este caso la mentira parecía ser la única opción.

—Debe estar en la casa, ¿vamos? Te ayudo a bajar las escaleras.

—¿Quién sos? —el miedo en sus ojos fue desapareciendo, dando paso a la curiosidad.

—Un amigo —dijo él, y agregó con firmeza—: Vamos.

La chiquita dudó por un segundo. Nunca había visto a ese amigo en la casa de sus padres, pero algo la movía a confiar en ese desconocido. Se levantó para seguirlo, y una vez más intentó sacudirse las manchas de tierra del camisón.

El policía dejó de mirarla, algo en el piso de madera le había llamado la atención. Lo que parecían ser huellas de barro no lo eran.

—¿Te lastimaste los pies? —preguntó.

La nena dejó de sacudirse y asintió con la cabeza.

—Había vidrios... —dijo con voz quebrada—. Me llamo Ángela, ¿y vos?

—Juáñez, Francisco Juáñez.

Aquella noche de agosto el campeón firmó el telegrama de renuncia a sus dos títulos mundiales, se tomó un vaso grande de ginebra y se puso su mejor traje de raso negro. En el Hotel Sheraton lo esperaba una gran fiesta de despedida. Hacía frío. Lo acompañaba la rubia, más deslumbrante que de costumbre. Un vestido blanco con corte de sirena marcaba las curvas que volvían locos a todos los hombres del país. Sus hombros estaban apenas cubiertos por una boa de plumas, también blanca. Llevaba su pelo dorado peinado a lo Farrah Fawcett en *Los ángeles de Charlie*.

Llegaron juntos. Los dedos de los fotógrafos no paraban de gatillar sus cámaras. La imagen era de lo más tentadora, la publicación en todos los medios nacionales e internacionales estaba garantizada. El campeón mundial de peso mediano —el que se había subido en cien oportunidades al *ring* y había levantado la mano, triunfal, ochenta y nueve veces, el que había empatado diez combates, el que sólo una vez se fue derrotado— los desafiaba sin usar sus puños, con su sola presencia. La máquina demoledora se retiraba del boxeo.

Entraron al salón saludando como lo que eran, dos estrellas. «Dejo el boxeo porque me lo pidió la rubia. Ella tiene miedo de que me pase algo. Está harta de verme de malhumor antes de cada defensa de título, y me dio el ultimátum», le dijo el campeón a la prensa antes de sentarse a la cabecera de la mesa, ubicada en el salón donde lo esperaban más de cincuenta personas. A su izquierda, Alcides «Poncho» Álvarez, su entrenador, lo miraba con una mezcla de ternura y tristeza. «Tuve en mis manos a un hombre que podía haber sido un campeón o un delincuente cualquiera. Hice todo bien», pensó con orgullo.

Pipo Larrabe saludaba, se dejaba felicitar, comía y tomaba litros de alcohol sin perder de vista a la rubia. «Cómo le gusta revolear el culo a la muy puta», pensaba mientras vaciaba de un trago la copa de *champagne*. En el centro del salón había un sillón con forma de trono, puesto especialmente para el campeón. Habían pasado menos de dos horas cuando cayó, nublado por el alcohol, sobre los almohadones de pana roja. Sintió un pinchazo en la cadera derecha, sonrió y cerró los ojos. La rubia le había prendido con un alfiler de gancho, en la parte interior del pantalón, la medallita de Ceferino Namuncurá. El campeón nunca se había subido a ningún *ring* sin esa medallita, y esa noche en la que se bajaba de todos lo reconfortó sentir que Ceferino estaba ahí, en el calzoncillo, cuidando de él. Era una herencia de su madre, que de tan pobre sólo pudo dejarle costumbres. La medallita era una de ellas.

Recordó cuando se quedaba en la cama esperando a que doña Mabel le planchara su único pantalón. Porque cuando se tiene uno solo —ni dos ni tres, uno solo— hay que esperar. Y lo hacía en la cama, en ropa interior y mirando el techo, escuchando los golpes que la plancha de hierro daba sobre la mesa de fórmica, en ese intento amoroso de su madre por conseguir alisar el pantalón del hijo. Durante esas esperas Pipo Larrabe había sentido por primera vez la mezcla de pena y resentimiento que,

aún hoy, con el placar lleno de ropa, no lo abandonaba. «Ya está, m'hijito, acá tiene su pantalón. Le puse la medallita para que lo proteja —decía Mabel—. Vaya al bar a buscar a su padre, que debe andar domando unos potrillos.» Los potrillos eran unos vasos enormes llenos hasta el borde de caña o ginebra. El niño Pipo cruzaba el monte chaqueño bajo un sol abrasador sabiendo que su padre no había domado nada. Los potrillos lo dejaban desmayado sobre alguna de las mesas. A veces solo, a veces con la ayuda de alguno de sus hermanos, cargaban a don Arturo como si fuera una bolsa de papas y lo llevaban hasta el rancho, donde Mabel los esperaba con una resignación adquirida con el correr de los años.

El «Poncho» Álvarez se acercó al trono rojo del campeón. No le sorprendió verlo tirado con los ojos cerrados a pesar de la música estridente a su alrededor. Se lo quedó mirando. Ya no era ese adolescente flaco, alto y desgarrado que había conocido casi por casualidad en Resistencia, Chaco. Las manos de Pipo siempre le llamaron la atención: oscuras, rugosas, llenas de cicatrices, con los dedos deformados por cortar caña de azúcar desde chico. Manos que no habían cambiado ni con el éxito, ni con la fama, ni con la plata; eran su certificado de pobreza. Aunque esos dedos también habían acariciado a las mejores mujeres del mundo. Modelos, conductoras de televisión, actrices europeas. Poncho sonrió recordando a Nathalie, la mujer del galán francés, enloquecida, mendigando un rato a solas con el campeón, o a Úrsula, el mito sexual europeo, desesperada por tocar la piel renegrida, firme y salvaje de su protegido.

—Pipo, negro —murmuró mientras lo sacudía suavemente—. Dale, negrito, despertate, es tu fiesta.

El campeón entreabrió los ojos y luego esbozó una sonrisa que no pasó de ser una mueca.

—Ponchito, amigo mío. ¿Dónde está la rubia puta? —dijo el campeón mientras intentaba inútilmente incorporarse en el sillón—. Buscala, que anda revoleando el culo para los fotógrafos...

—No, negro, no. Anda un poco enojada... No le das bola y estás en pedo. Tiene razón.

—Qué va a tener razón, la puta ésa... —las palabras apenas salían de su boca empastada, los ojos se le volvieron a cerrar.

El «Poncho» Álvarez lo miró resignado. El alcohol le seguía ganando todos los combates, lo dejaba *knock out*. Ni el mejor boxeador del mundo se había animado a tanto. Recorrió el salón con la mirada y la vio. «¡Qué linda mina la rubia! Fina, elegante. En la vida de Pipo es lo más cercano a la civilización», pensó. Ella sonreía a todo el que pasara a su lado, pero era una sonrisa de labios y dientes. Los ojos estaban serios, tristes, un poco enojados.

—Rubita, ¿la estás pasando bien? —le preguntó el «Poncho» Álvarez mientras le apoyaba una mano en el hombro.

—Para el culo, Ponchito —contestó ella, sin dejar de sonreír—. Este borracho de

mierda cagó mi noche.

—Su noche, rubia —la corrigió él—. No te confundas.

Ella dejó de sonreír y le clavó esos ojos achinados que la habían hecho famosa.

—No, Poncho. Ésta es la noche de su despedida del boxeo, pero también es la noche de mi despedida del campeón. Ya vas a ver en las revistas cuál va a ser la noticia. Si yo te digo que es mi noche, no lo dudes.

Ésa fue la última vez que vio a la rubia en persona. Muchos años después recordaría ese momento, cada vez que viera a la mujer levantar decenas de premios. Ella, la rubia. Ella, la mujer más deseada, había llorado por un negro borracho. Y él, Alcides «Poncho» Álvarez, había sido testigo.

Unos días después, tal como la rubia lo había previsto, la tapa de todas las revistas del corazón anunciaban el escándalo: «El campeón y la diva, separados». Se enteraba así, por la prensa, de que el padre de su hija se acababa de separar de la rubia. Le había mentado otra vez. ¿Cuántas veces le juró, incluso por la vida de la pequeña Ángela, que desde hacía meses no sabía nada de esa mujer? Miles. «Hijo de puta», murmuró Elena Baldini y revoleó la revista contra una pared.

El semanario daba detalles de la inolvidable noche en el Hotel Sheraton, del vestido blanco que la rubia se había puesto y de la borrachera de Pipo, pero lo que más le dolía a Elena eran las fotos. La rubia estaba más espléndida que nunca, y Pipo, su Pipo, la miraba embobado, como nunca la había mirado a ella.

Se tomó de un trago el vaso de *whisky* y, tras ése, se sirvió otro. Fue hasta el baño y se miró en el espejo. No le gustó lo que vio: estaba pálida, ojerosa y los atisbos de arrugas alrededor de los ojos se notaban como nunca. «¿En qué momento se dejó estar?», pensó mientras con los dedos intentaba estirarse la piel de los pómulos. Siempre se supo bella, hasta que conoció a Pipo. El campeón la había marchitado, tal como le dijo una vez su amiga del alma. Era cierto. Se marchitó de esperarlo, de amarlo, de odiarlo, pero, sobre todo, de perdonarlo. De vez en cuando —no siempre— le pegaba. Un empujón, un cachetazo, «nada grave», se convencía. Ella sabía que a Pipo se lo había coronado y halagado —e incluso así se hizo rico— por su habilidad para destrozarse al otro. Y a los golpes entendió que ella formaba parte de la legión de los destrozados.

Cuando salió del baño, fue directo a buscar la revista que había descartado unos minutos antes, y volvió a mirar la tapa: Pipo tenía los ojos inyectados en sangre, la foto no lo favorecía. La rubia lo opacaba, como siempre, con esa sonrisa congelada. Por un segundo, uno solo, sintió empatía hacia esa mujer. Ni el vestido, ni el brillo del rubio casi blanco de su pelo, ni los aros de oro y brillantes lograban esconder lo que sólo Elena podía descifrar. La diva, como ella, se estaba marchitando. Pipo no fallaba, era cien por ciento efectivo, arriba y abajo del *ring*.

Antes de dejar la revista sobre la mesa ratona, ya había tomado la decisión: se iba

con su hija a Mar del Plata. Ahora que la otra formaba parte del pasado, era el momento exacto para reconquistar al campeón. Por lo menos, así lo aseguraban los periodistas: ese amor turbulento ya no daba para más. Y la valentía era, tal vez, la mayor virtud de Elena Baldini; le había dado un lugar de privilegio en la vida del campeón. Cuando las otras se asustaban, ella se acomodaba decidida y pasaba a cobrar por el mostrador todas las caricias que dejaban las que huían acobardadas.

Pipo Larrabe nunca logró desembarazarse de su deseo trágico y desesperado de tomar todo lo que quería sin pedir permiso. Lo único que le había sido esquivo era el sueño, porque el campeón no soñaba, no sabía soñar. Gracias a los somníferos podía dormir, pero soñar era otra cosa. ¿Con qué puede soñar un hombre que se crió durmiendo en pisos de tierra o comiendo culebras cuando los pescados escualidos escaseaban? ¿Con qué puede soñar un niño que fue rechazado a latigazos y pasó su vida preparándose para la lucha? ¿Con plata? La tenía. ¿Con éxito? Lo tenía. ¿Con fama? Le sobraba. Esa noche, con la clavícula rota, un brazo quebrado y el labio partido, Pipo Larrabe soñó por primera vez en su vida. Acostumbrado a ganar, lo perdido se coló en su almohada, y el campeón soñó con la libertad.

Se despertó con una sonrisa que duró lo que demoró en ver su tobillo esposado a los pies de la cama y al policía en la puerta de la habitación del hospital. Recordó fragmentos de las últimas horas: Elena, el balcón, la sangre, los gritos. Cerró los ojos e intentó ordenar las escenas que se agolpaban en su cabeza. Sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas. «Llorar es de puto. Yo no lloro», se dijo mientras con la mano sana se secaba las lágrimas.

La puerta se abrió de golpe y un hombre entró sin pedir permiso.

—Soy el fiscal Guillermo Otero, vengo a hacerle unas preguntas.

—Y yo soy Pipo Larrabe, el campeón.

Otero lo miró. Lo tenía adelante. Disimuló con éxito la admiración por ese boxeador que le había provocado más de un grito de euforia frente al televisor, el que había llevado la argentinidad hasta lo más alto. Allí, en esas circunstancias, era sólo un asesino frío y despiadado. Eso tenía que demostrarle al juez.

—Larrabe —dijo el fiscal mientras acercaba una silla a la cama—, su mujer, Elena, está muerta y sospecho que fue usted quien la golpeó. Tal vez la estranguló y la tiró por el balcón. Su abogado está en el pasillo, si quiere darme su versión lo voy a hacer pasar.

Pipo clavó los ojos en la pared, pensó unos segundos y, a pesar del dolor intenso que sentía en la clavícula, se acomodó en la cama antes de responder.

—Sí, que pase.

El abogado Luis Depol, que había sido contactado de urgencia por «Poncho» Álvarez para que se pusiera al frente de la defensa del campeón, entró decidido en la habitación.

—Larrabe, présteme atención. No declare nada. Usted no está obligado a contar nada de nada.

Pipo le clavó la mirada, no estaba acostumbrado a recibir órdenes.

—Yo voy a hablar...

—No —insistió el abogado—, no se comprometa.

Pipo miró al fiscal Otero.

—Yo voy a hablar —insistió—. ¿Qué quiere saber?

Depol hizo un gesto de desaprobación, acercó una silla a la cama y esperó en silencio. No podía hacer otra cosa, sólo rogar para que su defendido no le complicara, más aún, su trabajo. Por su parte, Otero sacó un cuaderno, una birome y empezó a hablar:

—Larrabe...

—Me puede decir campeón. Todos me dicen campeón.

El fiscal hizo caso omiso al pedido y retomó la frase.

—Larrabe, necesito que haga memoria y me cuente qué pasó anoche en el chalet.

Pipo respiró hondo, cerró los ojos e hizo un esfuerzo por recordar.

—Estaba con Elena, nos peleamos y se tiró por el balcón —dijo de un tirón y luego abrió los ojos—. Eso pasó.

—¿Y por qué usted también está lastimado?

—La quise agarrar y me caí con ella —contestó sin dudar.

—Perfecto, campeón —interrumpió el abogado—. Listo, no es necesario agregar nada más.

El fiscal ignoró el comentario y siguió con la atención puesta en Larrabe.

—¿Usted le pegó a la señorita Baldini?

—No.

—Piense bien, Larrabe... ¿Le pegó?

—No me pregunte boludeces —dijo irritado el campeón—. Cuando yo pego, arruino.

—Elena está arruinada, Larrabe. Está muerta.

El abogado tosió, se removió en su silla, miró al fiscal e interrumpió el interrogatorio por segunda vez:

—Eh, Otero, ésta es una situación muy dolorosa para mi cliente. Creo que ya es suficiente.

—Doctor Depol —dijo el fiscal sin mirarlo—, más doloroso es para la pobre Elena, y el que determina cuándo es suficiente soy yo.

Pipo Larrabe los frenó a ambos.

—Acá el que dice basta soy yo. Yo soy un ídolo por los bollos que doy, ¿qué importa si los doy arriba o abajo del *ring*?

—La estrangulación debe considerarse siempre un homicidio.

El forense Gustavo Daino era terminante: no hablaba de suicidio ni de accidente, hablaba de homicidio. A Elena Baldini la habían matado. Así de simple, así de brutal.

El fiscal Otero había pasado toda la mañana con el autor del crimen, con el campeón. Llegó a la fiscalía agotado, y el día recién parecía empezar.

—A ver, Daino, contame más —dijo mientras cebaba unos mates.

—Tiene fracturado el hueso hioides, la laringe comprimida contra la columna vertebral, lesiones ungueales en la piel del cuello y equimosis en el inferior del maxilar —explicó, tomó el mate que le alcanzó Otero y siguió—: En definitiva, la estrangularon a mano.

—¿Cayó por el balcón muerta?

—Pudo haber estado inconsciente, pero en este caso me juego por lo que vos decís: cayó muerta.

—El pibe tenía razón —dijo el fiscal, pensando en voz alta.

—¿Quién?

—No, nada. Un poli pendejo que trajo el comisario me batió la justa, pero cuando me habló no le di bola.

Daino siguió con su relato.

—La mujer tenía fractura de cráneo compatible con la caída. Te aclaro esto para que no confundas, no te creas que Larrabe le partió la cabeza. Dame otro mate.

—Entonces... ¿la ahorcó, la tiró por el balcón y se tiró? No me cierra —dijo Otero—. Tomá el mate, ojo que está caliente.

—Y... es la única que queda. El cuerpo tiene algunos moretones, pero son viejos. En la cara interna del labio hay una pequeña lesión, tal vez un sopapo ligó. No más que eso.

—Larrabe dice que la mina se tiró sola y que él cayó cuando la quiso ayudar...

Daino lo interrumpió con una carcajada:

—Naaa, dejate de joder. Fue estrangulación manual, tiene un enfisema traumático con hemorragia alveolar por el esfuerzo por sobrevivir. Que Larrabe le vaya con el cuento a otro.

—Va a ser jodido probar la mecánica del crimen sin testigos, Gustavo. La hijita de Pipo y Elena estaba en la casa, pero dice que no vio nada porque estaba durmiendo, y tengo la declaración de un ciruja que asegura haber visto todo, pero...

El forense se mostró interesado.

—A ver, leeme. ¿Qué dice el ciruja?

—Dejate de joder... Es un borracho, no puedo darle ese testigo al juez, se me va a cagar de risa.

—Leeme, Otero —insistió.

El fiscal abrió una carpeta de cartulina color amarilla y buscó entre los papeles.

Allí estaba, escrita a máquina, la declaración espontánea del borracho.

Mar del Plata, 14 de febrero de 1982

Jaime Balbuena (de apodo «Balba»), argentino, dice no poseer documento que acredite su identidad, nacido el 22 de noviembre de 1912 en la ciudad de Necochea, provincia de Buenos Aires, viudo, desocupado, sin domicilio fijo real. Dijo no conocer a la víctima, Elena Baldini, dijo conocer por la televisión al imputado Juan José Larrabe alias Pipo, de quien se manifiesta fanático, dice no tener intereses particulares para beneficiar o perjudicar a ninguno de los protagonistas del proceso judicial en marcha. Consultado sobre la noche del hecho que se investiga, dijo haber estado recorriendo el barrio con un carrito de madera buscando cartones y botellas, que cuando revisaba la basura que estaba en la puerta del chalet en cuestión escuchó gritos, consultado sobre el contenido de esos gritos, dijo no haber entendido. Dijo haber dado la vuelta a la manzana para saber quién estaba gritando, que se pudo colar entre la vegetación que hacía las veces de medianera, que vio lo que sucedió en el balcón trasero del chalet. Dijo haber reconocido a Pipo Larrabe a quien denomina como «el campeón», que Larrabe estaba con una mujer pelirroja, que Pipo vestía un pantalón y una camisa roja o bordó, que no puede precisar con certeza el color, que la mujer estaba con una bombacha oscura (no puede precisar el color) y un corpiño blanco.

Consultado sobre lo que hacía la pareja en el balcón dijo que gritaban, que no pudo entender qué se decían, que el hombre le dio un cachetazo a la mujer, que le puso las manos en el cuello, que le pareció notar que la mujer se desmayaba, que el hombre se la puso al hombro «como una bolsa de papas» (sic), que la tiró por el balcón, que el hombre se metió para adentro, que salió de nuevo al balcón con un calzoncillo amarillo, que se tiró por el balcón, que no vio nada más porque se tapó los ojos con las manos. Consultado sobre los motivos de su declaración, dijo que un policía joven que recorría el barrio le preguntó si había visto o escuchado algo, que como no hay que mentirle a la policía le contó lo que había visto. Consultado sobre si tiene algo más para aportar, dijo que no se va a olvidar del ruido que hizo la mujer cuando cayó por el balcón, que fue el mismo ruido que hacen las botellas cuando se rompen, que hizo «ruido a roto» (sic), que no tiene más nada para aportar.

El fiscal Guillermo Otero y el forense Gustavo Daino se quedaron en silencio un buen rato, evaluando las posibilidades que el testimonio del ciruja podía tener ante el juez.

—¿Y? —preguntó el fiscal—. ¿Se ajusta a lo que viste en la autopsia?

—Sí, un poco sí. Lo del cachetazo coincide bastante con la pequeña lesión que el cuerpo tiene dentro de la boca, a la altura de la mejilla, y lo de las manos en el cuello me parece clave —dijo. Repasó nuevamente la declaración y la dejó sobre el escritorio—. Yo creo que podés usar ese testimonio.

—Tengo que pensarlo bien —dijo Otero agarrando el papel—. El tipo tira un par de datos muy truchos. No quiero que lo defensores de Larrabe me volteen...

El forense Daino lo interrumpió:

—La mujer no tenía ningún corpiño blanco, sólo llevaba puesta una bombacha... ¿Quién le tomó declaración a este marginal?

—El poli novato del que te hablé antes, el que está colaborando con la comisaría. Parece bastante lúcido.

—Llamalo.

El llamado lo puso de mal humor. No tenía ganas de ir a la fiscalía. Estaba harto del caso Larrabe. Claro que le gustaba investigar, desandar misterios, contestar las preguntas que la muerte deja planteadas como desafíos. El crimen de Elena Baldini, para él, estaba clarísimo: el campeón la había matado. Punto. No había mucho más

para averiguar. Sin embargo, los años le enseñarían que muchas veces un homicidio es un juego de cajas chinas: al abrir la primera caja no se sabe nunca cuál será la última. Pero todavía faltaba mucho tiempo para llegar a esa conclusión, o muchos cadáveres. Porque para los investigadores el tiempo no se mide ni en horas, ni en años; se mide en muertos.

Francisco Juárez subió las escaleras y golpeó la puerta de madera de la oficina del fiscal.

—¡Adelante! —gritó alguien desde adentro.

Otero y Daino, que estaban sentados alrededor del escritorio desordenado del fiscal, lo saludaron con educación y le ofrecieron un mate.

—No, gracias —dijo mientras se sentaba en la banqueta que le habían ofrecido.

—Juárez —arrancó Otero sin vueltas—, estamos repasando la declaración del ciruja que usted aportó a la causa, y antes de subirle el testimonio al juez queremos tener un poco más de certezas. ¿Usted le cree?

El policía le clavó la mirada.

—Jamás anexaría al expediente un testimonio en el que yo no creyera.

—Querido, nadie es infalible, todos nos podemos equivocar... Éste es el momento justo para filtrar la información, antes de que le llegue al juez, ¿me entiende?

—Sí, entiendo, pero no coincido. Los policías no nos podemos equivocar.

Otero volvió a agarrar el papel de la declaración y destacó un párrafo.

—«... que la mujer estaba con una bombacha oscura (no puede precisar el color) y un corpiño blanco...» —leyó y enseguida miró a Juárez—. Yo vi el cuerpo, usted vio el cuerpo, todos vimos el cuerpo, y claramente Elena Baldini no tenía puesto ningún corpiño. Este detalle nos puede contaminar todo el testimonio.

Francisco Juárez asintió con la cabeza y habló:

—Yo vi el cuerpo. ¿Realmente ustedes vieron el cuerpo?

El forense se estaba cansando de la impertinencia del muchacho. Elevó el tono de voz para replicarle.

—¡Soy el forense, querido! Yo vi el cuerpo por fuera, lo tuve en la mesa de autopsias, lo abrí con un bisturí como a un pollo a la parrilla —explicó y respiró hondo—. No preguntes pelotudeces.

—Respeto mucho su trabajo, doctor —dijo el joven policía—. Pero insisto: ¿ustedes observaron el cuerpo? Porque yo, además de verlo, lo miré...

Otero lo interrumpió.

—Explicate...

Juárez había llevado una carpeta de plástico azul; adentro había una pila de papeles, copia de lo investigado hasta ese momento. La abrió, se paró y acomodó de manera prolija las fotos de la escena del crimen sobre el escritorio del fiscal. Eran tres fotos del cadáver de Elena Baldini tirada boca abajo en el piso, bajo el balcón, y una del momento en el que el forense Daino había puesto el cuerpo boca arriba para hacer

los estudios preliminares. Los tres se quedaron en silencio, mirando con detalle la secuencia fotográfica.

—Acá claramente se ve el cadáver de la mujer. Esto es lo primero que vimos todos. Ahora los invito a mirar. Miren bien —los desafió Francisco Juárez.

El forense y el fiscal, primero con descrédito y después con curiosidad, se acercaron al escritorio y en silencio repasaron con atención las fotos. Juárez seguía de pie, con las manos en la cintura. Los esperó paciente, con una semisonrisa.

Otero fue el primero en darse cuenta. Se recostó en su sillón y asintió con la cabeza.

—Tenés razón, pibe —dijo.

—Sí —coincidió enseguida el forense, que también había notado el detalle—. Se ve clarito.

En efecto, Elena Baldini no tenía corpiño. Era la marca de la bikini en su piel bronceada lo que había confundido al ciruja Balba.

—El ciruja no mintió —dijo Juárez mientras guardaba las fotos en su carpeta—. Vio el homicidio a una distancia de catorce metros. Elena Baldini era muy blanca y estaba muy bronceada. Esa confusión es para mí un indicio de credibilidad.

—La escena que relata el marginal este me cierra con lo que vi en autopsia: cachetazo, estrangulamiento, caída —aportó el forense.

De todas maneras, Otero repasó nuevamente la declaración de Balba. No estaba tan convencido. El caso Larrabe era de interés nacional y él, desde su humilde fiscalía, era el responsable de acusar al campeón del mundo. No podía errar, no quería un *knock out* judicial de los abogados del campeón.

—Veamos, caballeros —dijo—. La mecánica del crimen la tenemos cerrada, el detalle de la vestimenta de la mina también. El cambio de ropa de Larrabe...

—El ciruja dijo que vio a Larrabe vestido con un pantalón y una camisa roja o bordó, pero que cuando se tiró por el balcón tenía puesto un calzoncillo amarillo —lo interrumpió Francisco Juárez mientras ponía sobre el escritorio del fiscal el diario del día—. Esta parte también la tenemos cerrada.

En la tapa del diario se veía el momento en que Pipo Larrabe entraba esposado al Hospital Interzonal. La foto era en blanco y negro, pero no tenía ni pantalón, ni camisa: estaba en calzoncillos.

—Eran amarillos —dijo el fiscal Otero—. Yo estuve con Larrabe en el hospital.

—¿La ropa que se sacó Larrabe apareció en la casa? —preguntó Daino—. Eso serviría mucho. Habría que hacerle peritajes a esas prendas. Según el Balba, con esa ropa mató a la mina.

Otero sacó del expediente el acta de secuestro, allí figuraban todos los objetos que la policía se había llevado del chalet.

Mar del Plata, 14 de febrero de 1982

ACTA DE SECUESTRO

Habitación matrimonial.

Vidrios compatibles con botella de cerveza de litro y medio.
Un bolso negro de lona.
Dos mallas tipo bikini (una roja, otra negra con lunares blancos).
Un vestido rojo.
Tres toallas azules.
Cuatro pares de sandalias doradas.
Un par de ojotas negras.
Sábanas de raso violetas.
Un vestido (tipo fiesta) con flores de muchos colores.
Documentación identificativa perteneciente a la víctima y a la hija menor de la víctima.
Ropero de habitación matrimonial.
Un ambo masculino negro.
Un ambo masculino turquesa.
Dos corbatas rojas.
Cuatro calzoncillos blancos.
Un pantalón *jogging* rojo.
Tres remeras celestes.
Un par de zapatos de cuero marrón.
Un par de zapatillas deportivas.

—No —dijo Otero—. No se secuestró ninguna prenda que pueda relacionarse con la ropa que describe el ciruja.

—¿Existe la posibilidad de que alguien se haya llevado esta ropita de la casa? —insistió el forense—. ¿Algún poli amigo de lo ajeno?

—No —dijo el fiscal con certeza—. Yo estaba en el lugar. No son boludos. Nadie se llevó nada.

El joven Francisco Juárez se quedó callado. Escuchaba la charla entre el fiscal y el forense en un segundo plano. Algo que había visto en el chalet era la llave para resolver el misterio. Era un detalle, una imagen incompleta que su cabeza no lograba reconstruir. Cerró los ojos, intentó volver a la casa. Se imaginó bajo el balcón con Elena Baldini muerta. El parque, los árboles, las lajas manchadas con sangre, los vidrios rotos esparcidos por el piso de la habitación, la casita del árbol, las escaleras de madera crujiendo bajo sus pies, la alfombra tejida de colores, las ventanas sin vidrios, la nena.

Abrió los ojos de golpe. En su cabeza una imagen se impuso sobre las otras.

—Me voy al Juzgado de Menores —dijo—. Quiero ver a la hija del campeón.

Había decidido no hablar más. Cada vez que preguntaba por su mamá o por su papá nadie le contestaba. Una señora gorda que usaba un perfume muy intenso sólo le acariciaba la cabeza. Eso no era una respuesta. No le interesaban ni las caricias, ni la leche chocolatada que le ofrecían a cada rato, ni las galletitas de limón. Odiaba las galletitas de limón. Estaba en un lugar en el que nadie sabía que las galletitas de limón son horribles. Su papá siempre le compraba las de chocolate, sus favoritas. Pero nadie le decía dónde estaba su papá e insistían con las galletitas de limón. Nadie sabía lo que le gustaba. Nadie sabía lo que odiaba. Por primera vez en sus seis años se sintió sola.

La habían llevado casi por la fuerza a un edificio grande pintado de blanco. La señora gorda del perfume intenso la había acompañado hasta una habitación mientras le decía que todo iba a estar bien y que sus abuelos, los papás de su mamá, la iban a ir a buscar en cualquier momento. Sobre las paredes celestes del cuarto había unos cuadritos con dibujos infantiles que le llamaron la atención. Se paró arriba de la cama, los descolgó y los guardó adentro de su mochila rosa.

Tres golpecitos en la puerta la asustaron. Metió la mochila debajo de la cama y se acostó mirando hacia la pared. Decidió hacerse la dormida.

—Ángela, ¿puedo pasar?

Aunque la voz le resultó familiar, se quedó quieta y no respondió.

—Voy a pasar igual —anunció el recién llegado—, me voy a sentar en la silla que hay cerca de la cama y voy a esperar a que te despiertes.

—Estoy despierta —dijo la nena sin darse vuelta y sin abrir los ojos.

Al entrar, vio que Ángela estaba recostada. Seguía vestida con el mismo camisón con el que la había encontrado en la casita del árbol.

—Me dicen que tus abuelos están por llegar y que te vas a ir con ellos.

—Yo voy a esperar a mi mamá —dijo casi en un susurro.

—Ángela...

La chica se tapó los oídos con ambas manos: no quería escuchar. Con haber visto era más que suficiente.

—¿Dónde está tu mochila? —preguntó Juárez.

Ángela respiró hondo. Sintió alivio, no quería hablar sobre sus padres. Se sentó en la cama con las piernas cruzadas. Tenía los ojos irritados.

—Me duele la cabeza —dijo intentado cambiar de tema.

—Voy a llamar a un médico para que te revise. ¿Dónde está tu mochila, Ángela?

Lo miró en silencio. Evaluaba sus posibilidades: no eran muchas. Se bajó de la cama, se puso de rodillas y metió la mano bajo el catre.

—Tomá, es mía.

Juárez se paró, abrió la mochila y ordenó el contenido sobre la cama. Ángela lo observaba con atención. Una billetera de plástico vacía, un paquete de caramelos de

frutilla, un pedazo de plastilina seca, cuatro cuadritos con dibujos infantiles. En el fondo estaba lo que había ido a buscar.

—¿De quién es este pijama? —preguntó.

—Mío.

—Mmm... Es muy grande para ser tuyo.

La nena sonrió.

—Bueno, es del campeón.

—Ah, de tu papá.

—Bueno —dijo la chiquita ansiosa por cambiar de tema.

El policía miró con atención la prenda. No era un pantalón y una camisa como había dicho el ciruja, pero se parecía bastante. Era un pijama de seda color bordó.

—¿Me lo puedo llevar? —preguntó.

Ángela dudó, volvió a evaluar sus posibilidades: otra vez no eran muchas.

—Bueno, te lo presto.

Juánez dobló el pijama y metió las demás cosas dentro de la mochila.

—Esto es tuyo —dijo.

La nena agarró la mochila y volvió a esconderla debajo de la cama.

—¿Me vas a devolver el pijama de mi papá? —preguntó.

—Sí —mintió con una seguridad que lo asombró—. Ángela, me tengo que ir, en un rato van a venir tus abuelos y te vas a poder ir con ellos.

Ella le clavó los ojos verdes esperando una respuesta para la que no había pregunta. El policía sintió culpa por mentirle y por dejar lo más importante en el territorio de las palabras no dichas.

—Ángela, escuchame bien —dijo en un intento por reparar algo de todo lo que se había roto en la vida de la nena—. Soy policía. Si alguna vez necesitas algo, no dudes en buscarme. Tal vez te pueda ayudar. ¿Te vas a acordar de mi nombre? Francisco Juánez.

La chica asintió con la cabeza, en silencio. El policía se levantó de la silla. En una mano sostenía el pijama del campeón. Con la otra, le hizo una caricia rápida a Ángela en la cabeza.

Cuando la puerta se cerró, Ángela Larrabe se volvió a quedar sola. Se puso en cuclillas sobre el piso, estiró el brazo debajo de la cama y sacó su mochila. En un bolsillo, en el costado derecho, estaba escondido lo que para ella era un tesoro. Se sentó en la silla de metal blanco que había usado el policía y examinó su pequeña mano. Luego de varios intentos, descubrió que el dedo gordo era el lugar indicado.

«Cuando me muera, este anillito va a ser tuyo, Angelita», solía decirle su madre.

«Sí, mami —susurró la chiquita con los ojos llenos de lágrimas—. Ya es mío.»

SEGUNDA PARTE

Me preguntaste qué había en la habitación 101. Te dije que ya lo sabías, todos los saben. Lo que hay en la habitación 101 es lo peor del mundo.

GEORGE ORWELL, *1984*.

Se sentó en la cama de golpe. El corazón le galopaba en el pecho, hasta podía escuchar los latidos desbocados. Miró a su alrededor con desesperación. De a poco, sus ojos se fueron acostumbrando a la oscuridad de la habitación.

Todo parecía estar en orden: la mesa de luz llena de libros por leer, el ropero antiguo que había comprado por unos pocos dólares en esas ferias de garaje que adoran hacer los norteamericanos, los cuadros de acuarela que solía pintar cuando era adolescente. Hasta el espejo ovalado que colgaba en la pared seguía teniendo la misma rajadura en el cristal. Nada había cambiado, nada le era ajeno.

Se pasó las manos por su melena, que desde hacía dos días era corta y rubia. A tientas buscó la perilla del velador y prendió la luz. «Otra vez las pesadillas», pensó mientras se levantaba y se acomodaba los breteles del camisón violeta.

Caminó hasta la cocina y, sin mirar la hora, empezó a preparar su desayuno. Tomó un trago de jugo de naranja del pico de la botella, y sacó de un frasco de metal unas galletitas de avena y chocolate que le había horneado su vecina el día anterior. En el fondo del frasco también había unos scones de naranja. Estaban viejos y secos, pero le apenaba tirarlos.

Le hizo bien pensar en Rosalba, la vecina. La recordaba desde la primera vez que la vio en las escaleras del porche de su nueva casa. «Buenos días, bienvenida —le había dicho intentando hablar en español—. Aquí le traigo este presente.» Era una tira de luces navideñas. Rosalba sostuvo, sin dudar, que el estilo arquitectónico del pueblo dependía del simple hecho de que todos los habitantes pusieran sus luces decorativas. «Aquí somos gente de costumbres muy arraigadas», insistió y, sin esperar ningún tipo de aprobación, colocó la iluminación en la baranda de la galería de la casa. Así era ella, de las que entraba y después, tal vez, tocaba la puerta. Cuando esa noche, la primera, prendió las lucecitas y su casa se mimetizó con las del resto de la avenida Duvall, supo que Rosalba se iba a convertir en alguien importante en su vida. Habían pasado cinco años desde ese momento.

Se sentó a la mesa de fórmica azul. El dulzor de las galletas en el paladar la reconfortó casi de inmediato. La ventana claramente le anunciaba que estaba a destiempo: todavía no había amanecido. Se acercó y puso ambas manos sobre los vidrios. Estaban templados, no corría una gota de aire. Supo que en cuanto saliera el sol, el calor iba a ser abrasador. Entrecerró los ojos y prestó atención a la casa de enfrente, la de Rosalba. Aunque todo estaba apagado, pudo distinguir en el sillón del porche una bola blanca. Era Sunny, el gato. Rosalba insistía en que su gato era descendiente de los gatos de Ernest Hemingway. Todos en Key West, de alguna u otra manera, querrían tener algún punto de contacto con el escritor que le dio lustre a esa islita con fama de refugio de piratas y de gente de mala muerte. Un gato, un sillón, un secreto inventado, todo vale a la hora de captar algo del brillo del personaje ilustre.

Apoyó la frente contra el vidrio y cerró los ojos. Tenía sueño, necesitaba seguir

durmiendo, pero la sola idea de volver a soñar le erizó la piel. Las pesadillas habían vuelto, más intensas, más veraces. Ya no eran sólo la angustia y el terror, ahora hasta podía sentir los olores entredormida. De nada servía el perfume intenso con aroma de jazmines con el que rociaba las almohadas. Ninguna trampa surtía efecto. El pasado sabe colarse de manera brutal. Es su manera de recordarnos que somos sus rehenes y que no hay hacia dónde escapar. «Los hechos son tozudos», se dijo y sonrió, con los ojos aún cerrados. A veces hasta se resignaba.

Caminó hacia la sala y se recostó en el sillón blanco. Desde esa posición paseó la mirada por los pocos muebles que tenía: una mesa con cuatro sillas de madera lustrada, una alfombra con una trama colorida que alegraba el ambiente, una mesita ratona pintada de blanco y una biblioteca tan antigua como hermosa que engalanaba una pared. Pero su objeto favorito era una cajonera enorme que le permitía guardar y guardar ropa vieja, carteras, macetas rotas, hasta un florero con las flores secas. En el tercer cajón, tenía una caja llena de bombitas de electricidad, estaban quemadas. Se había prometido a sí misma deshacerse de las bombitas, necesitaba lugar para guardar cosas necesarias. Miró los ventanales: eran enormes y daban a la calle.

Su casita de Key West era hermosa. Por un segundo un rayo de felicidad la reconfortó. La sensación de estar en el lugar correcto, en el momento correcto de su vida, le devolvió esa seguridad que las pesadillas habían hecho trastabillar.

Empezaba a amanecer muy de a poco y, sin proponérselo, se fue quedando dormida. Cuando abrió los ojos de golpe, supo que algo había pasado. La mayoría de las cosas que nos van a modificar la vida ocurren durante nuestra ausencia. Y dormir es ausentarse un rato. No se animó a moverse, sólo sus ojos verdes desorbitados intentaron percibir lo que ocurría. Un grito desgarrador la hizo sentar en un solo movimiento. No fueron las pesadillas, de eso estaba segura. Fue ese grito, el de una mujer lo que la alertó. «Rosalba», pensó mientras de cuatro pasos se acercaba a la ventana.

Lo que vio a través del vidrio le aceleró las pulsaciones. Así como estaba, con un camisón semitransparente y descalza, salió a la calle. Bajó las escaleras de su porche de madera blanca con la vista fija en su vecina, que lloraba desconsolada, sentada en la entrada de su casa.

—Ro, ¿qué pasa? —preguntó exaltada mientras cruzaba la calle—. Mirame, por favor, dejá de llorar y hablá.

Rosalba la miró con sus ojos marrones llenos de lágrimas y sin pronunciar una palabra señaló, con un dedo que temblaba, el silloncito de mimbre de su galería. Mientras Ángela subía lentamente los dos escalones, pudo sentir la rugosidad de la madera bajo sus pies descalzos. Se acercó lentamente hasta el preciso lugar que le había señalado su vecina. Se tuvo que tapar la boca con las dos manos, un poco para no gritar, otro poco para contener las náuseas que inundaron de golpe su garganta. Sunny, el gato, estaba destripado sobre el almohadón del sillón en el que solía dormir. Un charco de sangre se había formado en el piso. Le costó distinguir lo que había

sido un gato en esa masa sanguinolenta en la que algún salvaje había convertido al animal.

—Esto es tremendo —dijo sin poder sacar los ojos del pelaje blanco ensangrentado—. Tenemos que hacer la denuncia, alguien que hace una cosa así es peligroso.

El silencio de la vecina le llamó la atención. Ángela se dio vuelta y vio cómo Rosalba escondía la cabeza entre sus rodillas. Se acercó, se sentó a su lado y le pasó un brazo por los hombros caídos.

—Ro —murmuró—, tranquila. Llamemos al 911. Es lo mejor.

—Sí, es lo mejor —asintió la vecina. Su voz sonó ronca, profunda. Era la voz de una mujer asustada.

Las dos se levantaron al mismo tiempo y, evitando mirar el despojo en el que habían transformado a Sunny, entraron en la casa. La sala estaba impecable, como siempre, el aroma a café recién hecho inundaba el ambiente. Las dos mujeres caminaron por un pasillo de paredes blancas llenas de marcos con fotos y entraron en la cocina.

—Estaba preparando el desayuno —comentó Rosalba sin que mediara pregunta alguna—. Me sorprendió que Sunny no estuviera maullando para que le diera de comer. Siempre lo hace.

Hizo un largo silencio mientras servía el café en dos tazones de cerámica.

—¿Por qué saliste? —preguntó Ángela.

—Fui a buscarlo, siempre duerme en el silloncito del porche —dijo con la voz quebrada, y luego continuó el relato—. Abrí la puerta y lo vi. Supe que estaba muerto —aseguró con tristeza, y tomó un sorbo de café que tragó junto con la angustia—. Es una bestialidad, Ángela. ¿Quién puede ser tan cruel para matar así a un gato?

Ángela no contestó. Prefirió aceptar la taza que su vecina le alcanzaba. Hubiera querido contarle que unas horas antes se había despertado con sus pesadillas y que al asomarse por la ventana había visto a Sunny durmiendo plácidamente, pero prefirió callar.

—Voy a llamar a la policía —dijo Rosalba con voz firme—. Entiendo que sea sólo un gato, pero...

—Un vándalo que hace semejante cosa es peligroso —la interrumpió Ángela, dejó la taza sobre la barra de metal de la cocina, se arregló el camisón violeta y siguió —: Voy a casa a cambiarme. Si querés, te ayudo con la denuncia policial antes de ir al museo.

—Gracias, Ángela —asintió la vecina, otra vez con los ojos llenos de lágrimas—. Eres muy buena amiga.

Después de un corto abrazo, Ángela cruzó la calle hasta su casa. Ya había amanecido. Los turistas con sus cámaras de fotos recorrían la avenida Duvall, voraces. El día iba a estar precioso y el calor ya se hacía sentir.

Subió las escaleras corriendo, se desvistió en segundos y se metió bajo la ducha

fresca. Mientras se lavaba el pelo y se pasaba jabón por el cuerpo, Ángela no podía sacarse de la cabeza la imagen del gato Sunny convertido en una sangría. Pero, en realidad, no era ese recuerdo reciente lo que la inquietaba, tampoco la sensación de peligro ante alguien capaz de semejante atrocidad. Otra cosa le había causado un nudo en el estómago, un nudo que no lograba deshacer ni siquiera el placer de una buena ducha. Cerró los ojos con fuerza como si con ese gesto pudiera borrar algo que, en definitiva, no podía percibir.

Salió de la bañera y se frotó de manera enérgica el cuerpo, con una toalla turquesa. Desnuda frente al placar, eligió cuidadosamente qué ponerse. Optó por un vestido a la rodilla color coral con la espalda descubierta y por unas sandalias bajas de cuero gastado.

Se miró al espejo. El rubio casi blanco de su pelo ya la había aburrido. Sacó un *spray* del botiquín y roció cada uno de los mechones. El color chocolate hacía que sus ojos verdes resaltaran aún más. Le gustó el resultado. Se perfumó con una esencia alimonada que había comprado en su última visita a Miami, se cruzó una cartera a tono con sus sandalias y salió de la habitación.

Estaba por abrir la puerta de su casa cuando algo la sobresaltó. Se dio vuelta de golpe y recorrió el *living* con la mirada. Todo parecía estar en su lugar, hasta el hueco que su cuerpo había dejado en el sillón. Tuvo ganas de abrir el picaporte y salir corriendo, pero sus ojos le seguían diciendo que no había ningún motivo para semejante locura. «No pasa nada, todo está bien», se dijo mentalmente, intentando tranquilizarse. Movié la cabeza para un lado, después para el otro, estaba contracturada. El último movimiento del cuello fue decisivo: alcanzó a ver que algo brillaba en el piso, justo debajo del ventanal que daba a la calle. «¿Qué es eso?», murmuró mientras se acercaba lentamente. Se agachó. Era un pedazo de vidrio.

Levantó la mirada automáticamente y notó que la parte de abajo de la ventana estaba rota. Un reguero de astillitas de vidrio brillaba alrededor de un bollo de papel celeste. Lo agarró con cuidado y se sorprendió: no era sólo papel. Abrió el bollo, más con curiosidad que con miedo. Dentro encontró una piedra negra y redonda. «Con esto me rompieron el vidrio», pensó mientras examinaba la piedra con atención. Tardó poco tiempo en darse cuenta de que la piedra era sólo la portadora de un mensaje, su corazón se desbocó en el mismo momento en el que estiró el arrugado papel celeste y notó que estaba escrito.

La letra era de imprenta, clara, con trazos firmes. Quien había escrito la línea, porque era una sola línea, lo había hecho con esmero. ¿Tenía ese mensaje relación con el asesinato del gato de Rosalba? ¿Había sido un acto de vandalismo casual o un hecho premeditado? Esas y tantas otras preguntas inundaron la cabeza de Ángela. Con las manos aún temblando y el corazón galopante, guardó el papel y la piedra en la cartera. Ya decidiría más tarde qué hacer con ese hallazgo. No quería sumarle a Rosalba otra preocupación. «Bastante tiene con lo que le hicieron a su Sunny», pensó.

Se puso unos anteojos de sol y salió a la calle. Cerró la puerta de su casa con dos vueltas de llave. Miró hacia el porche de enfrente: el cadáver del gato todavía seguía en el sillón. Después de unos minutos de incertidumbre, decidió no cruzar. No tenía valor para contarle a Rosalba el detalle de la piedra con la que alguien había roto su ventana. Tampoco tenía ganas de mentirle.

Su auto seguía estacionado a media cuadra de su casa. Antes de subir y, con las llaves en la mano, lo recorrió con la mirada. Todo parecía en su lugar. Se subió, prendió el aire acondicionado, luego encendió la radio y se quedó quieta, respirando profundo y mirando hacia la calle. No podía dejar de pensar en el mensaje, en el papel celeste, en la letra impecable. «Lo que me ocurre en la mente, muere. DA», eso decía. Simple. Claro. Sin vueltas.

Arrancó el auto y puso primera. Hizo unas cuadras por la Duvall, sorteó las calles del centro por los atajos que sólo conocían los lugareños, hasta llegar al South Boulevard Roosevelt. Aminoró la velocidad, manejar mirando el mar la tranquilizaba. Cuando estacionó en la puerta del museo, Ángela ya había tomado una decisión: iba a hacer de cuenta que esa piedra envuelta en papel celeste que le había roto la ventana no existía. No quería aportar una cuota de dramatismo. «Es sólo un vidrio roto», se dijo para terminar de convencerse. Las malas decisiones se toman en un segundo y sus efectos pueden durar toda la vida, pero Ángela todavía no lo sabía.

Cada ciudad, cada casa, incluso cada persona suelen guardar las memorias de quienes los habitaron. En los humanos, toman forma de recuerdos. «El pasado», les gusta decir a algunos. Esas memorias, en Key West, tienen formas de fantasmas.

La pequeña isla al sur de los Estados Unidos, a tan sólo noventa millas de Cuba, fue reducto de piratas y de pescadores que, hacia 1700, formaron un grupo que auxiliaba a los barcos que naufragaban en el Estrecho de la Florida con el único fin de vender, a precio de ganga, las preciadas mercancías que aparecían tiradas en las playas sobre el Golfo de México. Cuenta la leyenda que las mujeres pobres de los Cayos se vestían con la ropa de factura europea que el mar dejaba a sus pies. Dicen también los habitantes más longevos que toda la ciudad está construida sobre un cementerio de huesos y que esas almas errantes, durante siglos, y aún en la actualidad, pasean impunemente por las preciosas callecitas de casas victorianas que hacen las delicias de los turistas del mundo.

«Key West es la ciudad con mayor cantidad de fantasmas por metro cuadrado del mundo», le habían dicho a Ángela cuando decidió quedarse a vivir en los Estados Unidos. Ángela no creía en fantasmas, pero tenía que reconocer que, gracias a ellos, había conseguido un trabajo maravilloso en el East Martello Museum & Gallery, un museo encantador que guarda los objetos probatorios de las historias encantadas de Key West.

Todo comenzó una tarde soleada, su segunda tarde en la isla. Había caminado durante horas por las mismas calles con el único fin de empezar a sentirse parte de ellas. Se maravilló con el estilo victoriano de las casas, todas construidas en madera y elevadas del terreno sostenidas con pilotes; sus balcones, galerías y columnas pintadas en tonos pastel le revelaron una ciudad mágica y bella. Pero fue la casona de la calle Eaton al 500 la que le llamó la atención. Era blanca, con tejas gris plomo, como la mayoría, pero lo impetuoso de su diseño la dejó pasmada. No había una pared que no tuviese ventanales, las celosías verde musgo los resaltaban aún más. Se sentó en un bar justo enfrente, para seguir mirándola, y se fue de ahí con mucho más que un café y una contemplación fabulosa. Se llevó una historia que con un tono sigiloso le contó la dueña de la cafetería. A la casona se la conocía cómo «La casa del artista» y, tal como ella había imaginado, no era una más.

—La casona fue construida a fines del 1800 —explicó la dueña del bar—. Allí vivió el señor Thomas Otto, su mujer y su hijo Robert Eugene. Los Otto tenían una vida social muy activa y el niño se crió con una empleada que habían traído especialmente de las Bahamas. Pero las cosas terminaron muy mal...

Todavía Ángela recordaba la emoción con la que la mujer le había contado la historia de la familia Otto, una familia que había vivido un siglo antes de que ella naciera.

—¿Por qué muy mal? —se había interesado Ángela.

—La señora Otto tuvo una pelea muy grande con la niñera de su hijo y la despidió sin contemplaciones. Antes de irse, la pobre mujer confeccionó un muñeco de trapo bastante particular y se lo regaló al chico.

—¿Particular?

—Sí, tenía casi la misma altura del niño, los ojos estaban hechos con botones de porcelana y la ropa era una réplica exacta de la que usaban los marineros de la época. El muñeco se llamaba Robert, igual que el niño.

—Sigo sin entender qué es lo que tenía de particular el muñeco Robert —insistió. Se acomodó el pelo, que en ese entonces era negro furioso, detrás de las orejas.

La dueña del bar, que había acercado una silla a la mesa donde estaba sentada Ángela, miró por un segundo hacia La casa del artista y siguió hablando:

—Ese muñeco estaba embrujado. Era el mismísimo diablo.

—Ay, pero sólo es una leyenda —la interrumpió Ángela.

—Hay testigos, señorita. El niño empezó a decir que el muñeco lo quería matar y que se movía por las noches. Su madre, la señora Otto, decidió guardarlo en el sótano de la casa. Pero allí no termina la historia...

Ángela había hecho silencio, no tenía claro si la intrigaba más la leyenda o el interés que ponía la mujer en el relato, pero decidió seguir escuchando.

—Pasaron los años y el señor y la señora Otto murieron. El niño Robert, convertido en un hombre, se quedó viviendo en la casona —continuó contando la mujer, sin sacarle los ojos a la casa que estaba justo enfrente—. Se casó con una joven llamada Anne. La pobrecita se volvió loca, decía que el muñeco Robert la perseguía por la casa y que la quería matar. Murió muy joven, sin que nadie le creyera.

—¿Y qué pasó con Robert Eugene?

—Se quedó solo, viviendo con el muñeco en la mansión. Le dicen «La casa del artista» porque Robert Eugene era pintor. Fue un ciudadano ilustre en esa época. Cuando el artista murió, una familia allegada a la familia vivió un tiempo en la casona...

La dueña del bar se quedó callada, con la mirada perdida. Se notaba que creía firmemente en lo que contaba.

—¿Y qué pasó con esa familia?

—Se mudaron al poco tiempo. Confirmaron las mismas cosas que decía la pobrecita loca de Anne. Insistían con la idea de que el muñeco cobraba vida por las noches y que los amenazaba. Sólo cuando los que vinieron después se deshicieron del muñeco, la casona recuperó la normalidad.

—¿Y qué pasó con el muñeco? —quiso saber Ángela.

—Está el Museo Martello de Key West.

Una hora después de ese café, Ángela visitó el museo. El muñeco Robert o *Robert the doll*, como se lo conocía, estaba allí, expuesto en una caja de vidrio. Era la atracción más preciada. Los niños se acercaban y le pedían permiso para sacarle una

foto. La leyenda contaba también que Robert echaba maldiciones a quien no lo saludaba. Cinco años después de aquella primera visita, Ángela volvía a entrar al Museo Martello. Era su lugar de trabajo. Ahora era ella la encargada de contarles a los turistas las historias encantadas de la isla.

Se le partía la cabeza del dolor. Había dormido mal, hacía mucho calor y el asesinato del gato de su vecina completaba el combo perfecto para que ningún analgésico funcionara del todo. Esa noche le tocaba estar a cargo del «recorrido fantasma»: un trencito antiguo pintado de negro que recorría durante una hora las calles de Key West. Por unos cuarenta dólares los turistas se enteraban de las leyendas de fantasmas que durante años habían sido contadas boca a boca entre susurros y misterio. Ángela se las había aprendido todas: la intriga que causaban los jardines de la Casa Audubon, donde se decía que había enterrado un tesoro millonario que su primer morador, el capitán Geiger, había enterrado luego de rescatarlo de la bodega de un barco pirata; las anécdotas del fuerte Zachary Taylor y su actividad paranormal, que, según expertos en la materia, tiene que ver con la cantidad de víctimas de fiebre amarilla que hay enterradas debajo de la fortaleza; la tragedia de la Mansión de Marrero que fue el escenario del brutal filicidio que cometió Enriquetta, la dueña de casa. La mujer mató a sus ocho hijos para resistir un desalojo, y algunos juraban que aún se escuchaban los llantos de los niños y, por supuesto, la historia estrella, la de La casa del artista y el muñeco encantado, Robert.

Salió del museo cuando estaba cayendo el sol. Desde su auto y mientras manejaba, disfrutó del atardecer dorado de Key West, otra de las perlas de la isla. Estacionó en la puerta de su casa. Miró hacia la de su vecina: las luces estaban apagadas y el cadáver del gato Sunny ya no estaba en el sillón del porche, el almohadón ensangrentado tampoco.

Subió las escaleras de su galería mientras buscaba las llaves en la cartera. Levantó la mirada y lo vio: en la puerta había pegado un papel con cinta adhesiva. Por un segundo se le erizó la piel. Recordó el papelito celeste, la piedra y el mensaje extraño que le habían costado un vidrio de su ventana. Sin dudar, arrancó la pegatina de la madera y lo abrió. Se tranquilizó de golpe al ver la letra de Rosalba. Le informaba que se iba a pasar unos días a la casa de una amiga en Miami, que había denunciado el crimen de Sunny y que un patrullero iba a recorrer la cuadra por las noches. También le recordaba que las llaves de repuesto estaban escondidas donde siempre.

Dejó la esquila de su vecina sobre la mesa de la sala. Fue hasta la cocina y tomó otro analgésico, el dolor de cabeza no aflojaba. No había mucho tiempo para perder. Miró su reloj: tenía media hora para cambiarse de ropa y llegar hasta el final de la avenida Duvall, a la esquina exacta de la que salía el trencito en que ella, micrófono en mano, le iba a contar a los turistas las historias más fascinantes de Key West.

Se puso el uniforme: un pantalón de gabardina negro, una remera de mangas

cortas rosa pálido y un chaleco, también negro, en cuya solapa brillaba un broche de plástico fluorescente con forma de fantasma de comic. Se miró al espejo, le gustó lo que observó: el pelo ahora más oscuro le daba un lindo marco a las facciones de su rostro aniñado. Muchas veces le habían sugerido que se oscureciera el pelo para destacar el color verde de sus ojos. La única vez que lo intentó se vio demasiado parecida a su madre y, en menos de veinticuatro horas, estaba rubia de nuevo. Pero ahora se sentía preparada. Se sentía bella y hasta deseable. Con cuidado sacó de la jabonera su anillo de oro y se lo puso en el dedo índice. Movi6 la mano; a pesar de los años, el metal no había perdido el brillo. Con ternura, bes6 el anillo que había sido de su madre.

Estacionó su auto a dos cuadras del punto de salida del trencito, que ya estaba en la esquina rodeado de turistas ansiosos por conocer las historias fascinantes de Key West. Ya era de noche y la avenida Duvall, la principal, era un hervidero de gente. Los bares y restaurantes no tenían lugar en sus salones; la pesca del día y los mojitos cubanos circulaban por todas las mesas.

—Ángela, mi niña, ¡qué cara que traes! —la cubana Iris la saludó con una mezcla de pregunta y preocupación.

—Tuve una mala noche —contestó sin intenciones de dar demasiadas explicaciones.

Iris era un encanto. Su pelo rojo fuego la destacaba entre la cantidad de personas que esperaban la salida del tren y su buen humor permanente era la clave para que todos los empleados del museo la adoraran. Por las noches era la encargada de cobrar el paseo por la isla.

—Levanta ese ánimo, Angelita —dijo con una sonrisa y sacudiendo las manos llenas de anillos—. Hoy sales con todos los asientos ocupados.

Ángela le estampó un beso sonoro en la mejilla y subió al trencito. Iris no había exagerado: estaba lleno. Se acomodó al lado del chofer; el sillón estaba dado vuelta para que Ángela quedara enfrentada a los pasajeros, que la miraban expectantes. Su trabajo la hacía feliz, era el único momento del día en el que le prestaban atención.

—Buenas noches, valientes —saludó—. Esta noche conocerán los secretos de Key West o Cayo Hueso. Espero que luego de este paseo puedan volver a dormir.

El chofer puso la música de misterio que ya estaba preparada y los turistas aplaudieron. Cuando el tren arrancó, Ángela comenzó con el relato estudiado de memoria, pero recitado con intensidad. El arte de contar la apasionaba tanto que hasta podía cambiar el habitual tono agudo de su voz. Era una especialista en hacer silencios donde había que callar y en hablar cuando había que hacerlo. Los pasajeros la miraban encantados. Cada calle, cada casa en la que el tren se detenía tenía una historia para contar. Asesinatos, fantasmas y misterios se iban develando a partir de la voz, ahora ronca, de Ángela.

En la primera fila, un hombre y una mujer de mediana edad se daban la mano, sólo se soltaban para sacar fotos de cada uno de los lugares señalados por la bella guía de turismo. Del otro lado del pasillo, dos hermanos adolescentes se reían nerviosos, dudaban entre creer o no en las historias que escuchaban. Detrás de ellos una morocha de pelo larguísimo se dedicaba a dibujar en un cuaderno anillado cada una de las casas de manera casi compulsiva.

—Estamos en la parte nordeste de la isla —anunció Ángela—. A la derecha pueden ver el cementerio de Key West. Aquí están enterradas casi cien mil personas. Teniendo en cuenta que en la isla hay treinta mil habitantes, les puedo asegurar que aquí son más los muertos que los vivos.

A pesar de que era de noche, las luces de unos faroles mortecinos dejaban ver las cruces de las tumbas y hasta se podían distinguir algunos ángeles de cemento.

—En 1846 un huracán levantó todos los cadáveres de sus fosas —explicó y de inmediato hizo un pequeño silencio—. Algunos cuerpos aparecieron en la costa. Este campo santo que están viendo fue reubicado en 1847.

En la segunda fila, un hombre de contextura física importante, con aspecto de turista europeo, la miraba casi sin pestañear.

—Aquí están enterradas las víctimas de la gran epidemia de fiebre amarilla que se llevó a miles de personas. Fue en el año 1887. Incluso algunas de las víctimas del acorazado de Maine también descansan en este lugar.

Mientras escuchaba muy atenta, una chica vestida con una solera rosa se acariciaba los brazos como si tuviera frío, a pesar de los treinta grados de calor. Su compañero de asiento, un chico joven que parecía ser su novio, se sonaba los dedos. Era tal la concentración de los turistas y el silencio que guardaban que, por momentos, podía escucharse el crujir de sus huesos.

—Tenemos muchos reportes de turistas y de habitantes locales con respecto a la actividad paranormal en esta zona —dijo Ángela e hizo un breve silencio; cuando los pasajeros le clavaron los ojos, siguió hablando—: Muchos aseguran haber visto a alguien caminando entre las tumbas. Dicen que es el espíritu de una mujer de las Bahamas que murió en el siglo pasado a causa de uno de los tantos huracanes que han azotado la isla. Este cementerio es muy famoso por las voces y sombras inexplicables que lo habitan. ¿Quieren bajar? —preguntó.

De inmediato y sin dudar todos negaron con la cabeza. Ángela esbozó una media sonrisa; no creían del todo en sus relatos, pero por las dudas nadie quiso dar una caminata por el cementerio. El miedo suele tender esas trampas. La curiosidad por lo desconocido nunca es tan grande como el temor a terminar develando un misterio y que luego nadie crea en ese descubrimiento. ¿Quién va a creer en un encuentro con fantasmas en plenas vacaciones en la glamorosa Key West? Nadie se anima a tanto, hay que ser muy corajudo para exponerse a burlas solapadas que, en definitiva, pueden ser más crueles que cualquier alma reclamando justicia durante siglos.

Siguieron recorriendo la isla mientras escuchaban las historias de la boca de Ángela. Después de dos horas de paseo, llegaron al punto de partida: el final de la avenida Duvall. Los turistas la saludaban mientras bajaban del trencito. La pareja que sacaba fotos, los dos adolescentes, la morocha del cuadernito con dibujos, el rubio grandote y la chica vestida de rosa con su novio.

—¡Angelita, te veo cada vez peor! —exclamó Iris mientras despedía con una sonrisa a los turistas.

—Se me parte la cabeza, necesito darme una ducha y meterme en la cama —contestó Ángela masajeándose las sienes.

—¡Ay, una pena! Teníamos pensado ir a echar unos tragos al bar de Johnny.

—Ni loca, amiga. Me voy a casa.

Se saludaron con un beso y un abrazo breve. Ángela caminó hasta la esquina, había dejado su auto estacionado a dos cuadras. Pensar en manejar la desalentaba, pues estaba agotada, pero caminar quince cuadras hasta su casa no era una opción.

La reconoció en cuanto cruzó la calle: era la chica que había estado dibujando durante todo el paseo, caminaba ahora delante de ella. Su pelo azabache se veía mucho más largo y brillante. Estaba vestida con un shortcito de *jean* y una remera negra. Caminaba demasiado despacio. Con disimulo, Ángela se puso a la misma altura. Le llamó la atención la manera en la que sostenía el cuaderno en el que hacía los dibujos. Lo abrazaba contra su pecho, casi con desesperación. La chica miraba hacia adelante como quien sólo distingue un punto fijo. Nada la distraía. Ni la música que salía de los bares de copas, ni la gente que pasaba hablando a los gritos. Estaba en su mundo.

Ángela pensó en hablarle, en preguntarle si estaba bien o si necesitaba ayuda, pero desistió al instante. Un poco porque no soportaba más el dolor de cabeza y otro poco porque esa costumbre latina de creerse útil para la vida de los otros no estaba bien vista en los Estados Unidos. Lo había aprendido a fuerza de momentos incómodos. De repente, la morocha se detuvo y Ángela hizo lo mismo; quedaron a menos de un metro de distancia. La chica giró de golpe y le clavó la mirada. Fue un segundo, pero a Ángela le bastó para advertir que lloraba. Sus ojos negrísimo estaban llenos de tristeza. Volvió a girar y dejó la avenida Duvall para internarse en una calle paralela. Entonces Ángela la vio desaparecer en el callejón. El brillo de ese pelo increíble pareció evaporarse como por arte de magia.

Aunque no tengan mucha fama, los amaneceres de Key West son tan hermosos como los atardeceres. Caminar por la playa, hundiendo los pies en la arena mojada, respirando hondo para llenar los pulmones de aire marino, son algunos de los placeres que Grey Atton se daba cada vez que su ajetreada vida en Miami se lo permitía. No dudaba en manejar las cuatro horas y cruzar los veintidós puentes que unían su departamento en el Down Town con ese paraíso llamado Cayo Hueso. Porque a Grey le gustaba nombrar a la isla con su nombre en español. Ni el divorcio conflictivo con Mandy, su casi ex mujer, ni los caprichos de sus dos hijas adolescentes lograban retenerlo. Pensaba en ellas mientras caminaba por la orilla con los ojos entrecerrados. El sol tibio, recién estrenado, le pegaba en la cara.

Avanzaba por la playa cuando un golpecito en su tobillo derecho lo sobresaltó: una hoja blanca se le había pegado en la pierna. El mar la había arrastrado. Cuando se agachó para despegarse el papel, le pareció ver que tenía un dibujo, pero no tuvo tiempo para detenerse en los detalles: a pocos metros, un cuerpo estaba tirado boca abajo en la arena. En su ir y venir, las olas le lamían las piernas. Era una imagen bella, estética.

Grey Atton nunca imaginó cómo iba a cambiar su pequeño mundo a partir de ese momento, pero así es como suceden las cosas en la vida: sin avisos. Se acercó al cuerpo con la hoja de papel todavía en la mano. Era una mujer. Por un segundo, pensó que estaba dormida. «Tal vez quedó así después de una noche de borrachera», intentó autoconvencerse y avanzó medio metro más. Fue suficiente para darse cuenta de aquello que se negaba a creer: la mujer tirada en la arena, a orillas del mar, estaba muerta. Tenía cincuenta y dos años y nunca había visto un cadáver, pero supo que esa mujer no vivía.

Como si la muerte fuera contagiosa, no quiso acercarse más. Temblando sacó el celular del bolsillo y, como pudo, marcó el 911. En las películas, este tipo de escena se corta en ese mismo instante y, como por encanto, policías y forenses aparecen en el lugar del crimen. Pero esto no era ficción y Grey se quedó solo ante el cuerpo inerte de una bella mujer, con el celular en una mano, la hoja de papel en la otra y esperando. No sabía qué hacer y tampoco podía irse. La telefonista del 911 le había preguntado los datos. Dar media vuelta era convertirse en sospechoso.

Se sentía un poco mareado y con el estómago revuelto. Decidió sentarse en la arena, como si fuera el guardián del sueño de esa chica que seguía allí tirada. Guardó el celular en el bolsillo y, con mucho cuidado, intentó descifrar el dibujo borroneado. La hoja que había traído el mar estaba mojada, pero el papel parecía tener un gramaje alto. «Se mantiene bastante bien a pesar de la humedad», pensó con lógica. Logró concentrarse y olvidar por un rato que la muerte estaba cerca, a metros. Con lapicera de tinta negra alguien había dibujado una casa con ventanales enormes, un techo en forma de cúpula y un arbusto que tapaba lo que debía ser la puerta de entrada. Por un

segundo le pareció reconocer el lugar, hasta que un detalle capturó toda su atención. Sujetó con ambas manos el papel y lo acercó a sus ojos: en una de las ventanas había algo. Le pareció distinguir a un hombrecito. Entrecerró los ojos para atenuar la luz del sol y pudo ver con mayor claridad el detalle: era un ocho. El número ocho estaba dibujado de manera prolija dentro del ventanal.

Las sirenas de los patrulleros lo sobresaltaron. Por fin la policía había llegado. Los dos autos, que escoltaban una ambulancia, estacionaron apresurados en la calle que bordeaba la arena. Jerry Alvarado bajó del auto policial. Con un gesto casi dramático se calzó unos Ray-ban espejados que parecían haber sido diseñados especialmente para él, alisó con ambas manos sus impecables pantalones de gabardina negra y chequeó que las mangas arremangadas de su camisa blanca estuvieran a la misma altura en ambos antebrazos. El pelo oscuro engominado hacia atrás, un bronceado que destacaba su piel trigueña, el cuerpo formado en base a una buena alimentación y a algunas horas de ejercicio diario lo hacían parecer una estrella de cine, más que un jefe de policía de una isla chica en la que casi nunca pasaba nada. Jerry, el mexicano, era una celebridad en Key West. Se había hecho famoso a los pocos días de llegar como policía raso a los Cayos. Lo habían trasladado desde el destacamento de San Diego, en California, y su primera misión fue desbaratar la «banda de los gatos».

La casa del escritor Ernest Hemingway, que funcionaba como museo, estaba siempre llena de gatos. Todos los descendientes de los felinos que habían inspirado a una de las plumas más destacadas del mundo vivían allí y eran mantenidos por el municipio. Esos gatos presentaban una curiosidad: cada una de sus patas tenía seis dedos, una deformación genética que los distinguía del resto. Ese sello había convertido a gatos callejeros comunes en criaturas muy valiosas. Alguien había visto el negocio y, uno a uno, los gatos del museo empezaron a desaparecer. Primero fue Tom, negro con manchas blancas; después Rosie, un precioso ejemplar atigrado con ojos amarillos, pero la desaparición de Sienna, la preferida de la gerente del museo, fue la gota que rebalsó el vaso. No hubo local ni auto en Key West que no tuviera un cartel con las fotos de los gatos buscados. Los vecinos juntaron dinero para ofrecer una recompensa, y hasta los turistas fueron alertados de la situación con folletos filtrados debajo de las puertas de las habitaciones de los hoteles. En medio de esa crisis de seguridad —así la vivían los habitantes—, fue que Jerry Alvarado, agente de tránsito de San Diego, California, llegó a Key West.

Jerry vio en el traslado al sur de la Florida la posibilidad de dejar de controlar infractores para llegar a ser lo que siempre había soñado: un investigador de homicidios. Claro que nadie le había dicho que en los Cayos la gente se muere ahogada por algún descuido en el mar o de vieja. Cuando advirtió ese detalle, no le importó. «No faltará oportunidad», se repitió parafraseando a su madre Elvira. Lo cierto es que Jerry se puso al hombro la investigación sobre los gatos desaparecidos y un golpe de suerte lo convirtió en estrella.

El Chano, miembro destacado de una pandilla de poca monta formada por mexicanos y cubanos, lo llamó una tarde desde Miami. Con sus *piercing* y tatuajes parecía un hombre de temer, y lo era. Nada lo conmovía, salvo los animales. En su Chihuahua natal, sus padres jamás le habían permitido tener mascotas, y tal vez fue esa carencia de la infancia la que lo comprometía contra toda causa que pusiera en peligro a los animales. Al Chano le habían ofrecido el negocio: vender a los millonarios de Star Island los preciados gatos de Hemingway. La indignación que le causó la propuesta lo hizo llamar a su amigo de juventud, Gerardo Alvarado, más conocido como Jerry. Con los datos aportados por el Chano y el compromiso de preservarlo como fuente, Jerry logró recuperar a los tres gatos robados. Aún hoy se recuerda en Key West el momento en el que el policía mexicano llegó en su patrullero con los animales en una canasta de picnic. Estaban flacos y asustados, pero en perfectas condiciones. Hubo aplausos, abrazos y hasta una fiesta, la «Cat fest», a la que nadie de los Cayos faltó. Jerry Alvarado se convirtió en un héroe y, como premio, fue ascendido a jefe del destacamento policial de Key West. Cinco años después, estaba frente a la posibilidad de cumplir su persistente sueño: investigar lo que parecía ser un homicidio.

Por un lado están los locos, por el otro los cuerdos. En el medio pulula un grupo de gente que suele cobijarse en uno u otro bando. Seres con intelecto superior que pueden andar vestidos con la belleza de los ángeles. Jerry Alvarado lo sabía y no necesitaba esperar el resultado de la autopsia para saber que esa chica de shortcito de *jean* y remera negra había sido asesinada.

Los policías empezaron a armar «el corralito», así llamaban al cerco que limitaba la escena del crimen con cintas amarillas atadas a unos postes de plástico blanco. Cuando Jerry los vio, revoleó los ojos, se sacó los anteojos Ray-ban y se acercó a sus subalternos.

—¡Pero ustedes están dementes! —gritó—. ¡Salgan inmediatamente de ahí! ¡Los quiero a todos a seis metros del cadáver!

Sorprendidos, los policías enrollaron rápidamente la cinta amarilla y se empezaron a alejar.

—Seis metros, dije. ¿Sabes contar o necesitan una calculadora?

«Brutos», murmuró mientras se sacaba sus mocasines impecables. Apenas dio el primer paso, sintió la arena fresca y húmeda bajo sus pies. Sacó su iPhone y empezó a sacar fotos de las pisadas que habían quedado estampadas. Descartó de inmediato las tomas que destacaban las marcas que habían dejado los borceguíes policiales. Su ojo de sabueso tenía la esperanza de que las huellas del asesino estuvieran allí, mezcladas entre tantas otras. Cuando llegó al cuerpo de la chica, le sacó una foto y guardó el teléfono. Hay ciertas pistas en la escena del crimen que no se pueden llevar en una bolsa de nylon para ser examinadas. ¿Cómo se recoge el odio, el dolor, la ira, el pánico? Se agachó y la miró más de cerca. La chica estaba boca abajo, el pelo negrísimo sobre su espalda. Los mechones estaban llenos de arena, no era un dato menor. En algún momento estuvo al revés, boca arriba, tal vez, mirando a su matador.

—Jerry —dijo una voz a su espalda—. ¿Quieres que arranque con un preliminar?

Maitena Orestes estaba allí, parada con su ambo color verde y su maletín de metal lleno de los elementos básicos, necesarios para hacer una preautopsia en la escena de cualquier crimen. Era petisa y bastante robusta, «toda una chaparrita» como le decían sus hermanos. Había estudiado medicina y ciencias forenses. Su inteligencia y, sobre todo, su nacionalidad le habían abierto las puertas de las mejores universidades de los Estados Unidos. Ella era la única norteamericana de su familia: sus padres y sus hermanos mayores habían entrado de manera ilegal por la frontera mexicana de Ciudad Juárez. Luego de años de dar vueltas por todos los estados del país, lograron instalarse en Naples, la Florida. Allí había nacido y se había criado Maitena.

La empatía con Jerry fue inmediata: ambos compartían esa sensación de ser profetas en su tierra, sin tener en claro en la tierra de qué país. «Fuimos criados comiendo tortillas mexicanas en la fila de un Macys», bromeaban a diario.

—Ándale, Maitena —dijo Jerry, sin dejar de mirar el cuerpo—. A simple vista no

veo ninguna herida de consideración.

Maitena se puso unos guantes de látex, extrajo de su maletín una camarita de fotos digital y sacó varias fotografías del cuerpo.

—Está descalza —murmuró.

—Tal vez llegó sin calzado a la playa, dispuesta a caminar por la orilla del mar —pensó en voz alta Jerry.

—O tal vez el agresor se los quitó —aventuró la forense—. El método de la rueda...

—El victimario deja o se lleva —interrumpió el policía parafraseando al rey de la criminalística, Edmund Locard.

Maitena guardó la camarita de fotos en su maletín y miró fijo a su amigo Jerry.

—Muy bien, veamos ahora qué es lo que nos ha dejado este criminal —dijo la mujer mientras le alcanzaba un par de guantes—. Demos vuelta este cadáver.

Con extremo cuidado empezaron a girar el cuerpo. Maitena lo sostenía desde un hombro y Jerry por una de las piernas. Ambos tenían la certeza de que un homicidio es un acontecimiento individual que nunca se repite de la misma manera. Cuando finalmente tuvieron el cadáver de la chica boca arriba, dudaron de todo. Esa manera de matar era repetida, incluso había sido objeto de estudio en la Universidad de Ciencias Forenses.

—Mierda —dijo Jerry, conteniendo una arcada.

—La sonrisa de Glasgow —murmuró Maitena.

Se miraron con una mezcla de miedo y adrenalina. Todo lo que habían estudiado sobre asesinos sanguinarios estaba allí, sobre la arena. Ambos recordaron la frase que usaba un viejo profesor perfilador criminal del FBI y la repitieron sin dejar de mirarse:

—«Hay que atrapar al dragón que creó un infierno para nosotros...»

—«Y dentro de ese infierno nosotros miraremos...»

La sonrisa de Glasgow es una de las marcas más sanguinarias que puede dejar un asesino, una herida que va desde las comisuras de los labios hasta las orejas. Una cicatriz semejante a la sonrisa de un payaso. El matador de la chica de pelo negro había dejado ese sello.

—Jefe, ya le tomamos las huellas digitales. Tal vez deberíamos convocar a una rueda de prensa para ver si alguien nos ayuda a identificar a la muerta.

Jerry Alvarado miró a su subalterno de arriba a abajo y revoleó lo ojos como cada vez que alguien le decía una pavada.

—Ay, Dios Santo —dijo con voz engolada—. ¿Has mirado bien ese cadáver? Falta que tenga puesto un cartel con el nombre y el apellido la pobre muertita ésa.

El agente levantó las cejas a modo de pregunta. Había aprendido a hacer silencio ante los ataques de soberbia de Jerry. «El puto de mierda es un histérico, pero sabe trabajar muy bien», le habían advertido en su primer día en la comisaría de Key West. Jerry Alvarado era gay y no se preocupaba por ocultarlo. Lejos habían quedado las

palizas que le daban sus hermanos mayores para «enderezarlo». Su madre siempre lo rescataba de las golpizas. «Chavito, disimula un poco que van a pensar que todos los mexicanos somos degenerados», le decía mientras le curaba las heridas con una pomada casera de eucalipto. Desde muy pequeño, supo que él era distinto, desde que su madre los obligaba a todos a ver culebrones mexicanos «para no perder el idioma», y tenía que soportar a sus hermanos haciendo comentarios subidos de tono sobre el escote y las caderas de Verónica Castro. Jerry sólo veía en ese mujerón unos ojos maravillosos que envidiaba profundamente.

Jerry nunca disimuló nada. Le gustaban los hombres, se enamoraba de hombres; sólo quería tener cosas bonitas y delicadas, y se emocionaba hasta las lágrimas con la música, la pintura y el baile. El arte en todas sus manifestaciones lo conmovía enormemente. Muchas veces había pensado en ser pintor o músico, pero con una sensibilidad extrema no es suficiente. Es necesario tener talento, don del que el joven Jerry carecía. Hasta que un novio que tuvo en la preparatoria le regaló un libro: *El asesinato considerado como una de las bellas artes*, de Thomas de Quincey. Y ese libro cambió el curso de su vida. Lo había sorprendido, en especial, un párrafo en el que el autor decía que en cada asesino hay una manifestación del arte. Y él, Jerry Alvarado, iba a descifrar y encontrar a esos artistas. Así fue como decidió ser policía.

—No, jefe. Bueno, sí. Pude ver el cuerpo en la playa, pero no sé de qué cartel me habla —contestó temeroso el agente.

—Ya, ya, ya, ya —dijo Jerry mientras se sacudía la arena de los pies para ponerse sus zapatos—. No te preocupes, yo me encargo de identificar a la chica. Tú ponte al servicio de Maitena por si necesita algo...

—Okey, jefe.

—Eh, ven aquí, tengo algo para decirte...

Con los zapatos ya puestos, Jerry se incorporó, alisó sus pantalones con ambas manos, chequeó que ambas mangas de su camisa blanca estuvieran arremangadas correctamente, a la misma altura, y miró fijo a su agente de calle.

—A los polis y a los delincuentes se los distingue siempre por lo mismo: cada vez que llegan a un lugar miran cuántas salidas hay. Mirar bien es clave, ¿entendido?

—Sí, señor —dijo el agente.

—Ahora vete.

Jerry Alvarado subió a su patrullero, prendió el aire acondicionado y puso su *playlist*. Mientras escuchaba lo último de Miley Cyrus, no podía dejar de pensar en la mutilación que el asesino había dejado en el rostro de la chica. Tenía que esperar unas horas hasta que la forense Maitena Orestes le confirmara si la sonrisa de Glasgow había sido hecha a un cadáver o si el muy sádico la había cortado mientras aún estaba viva. Esa última posibilidad le puso la piel de gallina.

Siguió derecho por Duvall y estacionó en la esquina de Olivia St. El hotel Key Regine ocupaba casi toda la cuadra. Era uno de los alojamientos favoritos de los turistas en Key West: buenos precios, gran ubicación y desde la terraza podía verse el

atardecer. Jerry entró por la puerta giratoria y, sin dudar, se acercó a la recepción. Una mujer negra, vestida con una camisa naranja, lo saludó con una sonrisa de aviso publicitario.

—Bienvenido al Key Regine, señor. ¿En qué lo puedo ayudar?

Antes de responder el saludo, Jerry sacó su placa y la puso ante los ojos sorprendidos de la mujer.

—No me mires así, mi cielo. ¡Soy un poli bueno! —exclamó mientras buscaba en su iPhone una foto—. Mira esta fotografía y dime si algo te resulta familiar.

La recepcionista se acercó a la pantalla del celular. Era la foto de un brazo sobre la arena. En la muñeca se veía claramente una pulserita de plástico color rosa chicle con tres letras impresas: KRH.

—Sí, claro —dijo la mujer—. Es la pulsera de nuestro hotel. Key Regina Hotel, ésas son las iniciales.

—¿Entonces todos los huéspedes del Key Regina usan este brazalete?

—No todos. Sólo los que pagaron el servicio de *all inclusive*. Deben mostrar esa pulsera para entrar al comedor.

Jerry sonrió. Identificar a la chica iba a ser mucho más fácil de lo que había imaginado.

—¿Cuántos pasajeros del hotel están al día de hoy adheridos al sistema de la pulserita?

La mujer tecleó y, sin dejar de mirar la pantalla de la computadora, contestó:

—Catorce personas, el resto prefiere comer en los bares de la ciudad. Sólo catorce huéspedes tienen la pulsera.

—Perfecto —se entusiasmó Jerry—. Necesito la lista con los nombres de esas catorce personas, ahorita mismo.

La mujer negó con la cabeza y dijo:

—Me disculpa, pero ésa es información confidencial. No sería...

Jerry la interrumpió y le puso frente a sus ojos el celular con la foto de la chica muerta, boca abajo en la playa.

—Oiga, señora de camisa naranja, esto que usted ve aquí es una mujer muerta. Más precisamente una pasajera de este hotel —dijo Jerry y en el acto la mujer corrió los ojos de la pantalla—. ¿Comprende la gravedad de la situación? Le mataron a una pasajera, mi reina. Deme esa lista.

La recepcionista lo miró con los ojos llenos de lágrimas, le temblaba el labio inferior.

—No es necesario que le dé nada. Creo que sé quién es... Bueno... la muerta.

—La escucho, mi reina —murmuró Jerry.

—Creo que es la chica de la habitación 206...

—¿Cree o está segura?

—Estoy casi segura. Ayer mismo, por la mañana, le halagué ese pelo negrísimo y brillante —titubeó—. Me parece que es el mismo cabello que se ve en esa foto.

—¿Cómo es el nombre de la chica de la 206? —insistió el policía.

La mujer volvió a buscar en la computadora.

—Delaware. Jannine Delaware. Es de la ciudad de Nueva York...

Jerry la interrumpió:

—Necesito entrar a la habitación de Jannine.

La mujer sacó de un cajón la tarjeta magnética con la que se abrían las puertas de todas las habitaciones, dio la vuelta al escritorio y se paró a centímetros de Jerry.

—Voy con usted.

El Key Regina Hotel era uno de los alojamientos más pretenciosos de Key West. Alfombras de pelo largo, columnas de cemento pintadas de dorado, pisos de mármol de dudosa calidad y mucha iluminación colorida lo hacían atractivo para los turistas. La relación entre el precio y lo que simulaba ser calidad era estupenda, por lo que no era fácil conseguir habitación; casi siempre el lleno era total.

—¿Otra vez cambiaron el color de las paredes? —preguntó Jerry mientras caminaban por el pasillo del segundo piso.

—Ah, sí. Quedó muy vistoso —contestó la mujer de camisa naranja.

—Antes de irnos, recuérdame anotar en la lista este fucsia de los muros...

—¿En la lista? ¿Qué lista? —preguntó la mujer.

—En la lista de las cosas más vulgares de este universo —contestó el policía poniendo cara de asco.

La mujer bajó la mirada y sonrió.

La manija de la puerta de la 206 tenía el cartelito de «Do not disturb» (no molestar).

—Molestemos... —murmuró Jerry.

Cuando la mujer pasó la tarjeta magnética por la hendidura de la cerradura, le tembló la mano. La luz verde indicó que podían entrar. No fue necesario prender la luz: un ventanal gigante iluminaba todo lo que necesitaban ver. La cama estaba hecha, en la mesa de luz había una botella de agua a medio tomar y, en el piso, una valija mediana abierta y vacía.

—No toque nada, mi querida —dijo Jerry mientras se ponía unos guantes de látex.

Sin dudar, abrió el placar para ver el contenido de la valija: seis remeras de algodón, dos trajes de baño, tres shortcitos de *jean*, dos vestidos de *lycra*, ojotas, un par de zapatillas y, en un cajón, ropa interior. En el fondo de uno de los estantes, una bolsa amarilla le llamó la atención. Adentro había un *ticket* de compra.

—¡Ay, mira, mi reina! —exclamó sonriente—. Hay ofertas de 70% *off* en Forever 21, luego me daré una pasadita.

La mujer no podía creer lo que escuchaba.

—Oiga, policía, han matado a una chica y usted se anda fijando en los

descuentos...

Con una mirada sin sonrisa, Jerry la paró en seco.

—Mi querida, no pierdo el tiempo con remordimientos, no insista.

La mujer hizo silencio. Ambos caminaron hacia el baño. Un cepillo de dientes, un portacosméticos con maquillajes, un bronceador con protección 15, un frasco de analgésicos y una crema hidratante para el cuerpo. Nada llamaba la atención.

Cuando Jerry salió del baño, con su celular le sacó una foto al *ticket* de compra que estaba dentro de la bolsa amarilla y volvió a dejarlo donde lo había encontrado.

—Vamos, aquí he terminado. Óigame bien, mi reina. Esta habitación queda clausurada —dijo con voz firme—. En un rato voy a mandar a mis hombres de la policía científica.

Salió del hotel y caminó dos cuadras por Duvall. La tienda Forever 21 estaba llena de gente. Nadie quería perderse la temporada de ofertas. Miró con cara de espanto las camisas que se vendían a menos de cinco dólares. La ropa popular le recordaba a su infancia y todo lo que lo llevara hasta ese lugar en el que había sido infeliz le provocaba asco. Caminó hasta el fondo del pasillo y observó con atención una estantería llena de chucherías de color rosa con brillitos. En uno de los estantes le pareció ver lo que había ido a buscar.

Ángela abrió los ojos. El dolor de cabeza había desaparecido. Sonrió. Últimamente la felicidad era eso que ocurría entre una migraña y otra. Se sentó en la cama, se había acostado con el uniforme de trabajo puesto. Volvió a sonreír. Se sacó el pantalón, la remera y el chaleco y fue hasta el baño. Se miró al espejo, sonrió por tercera vez. Adentro del botiquín, en el estante de arriba, había una fila de aerosoles tonalizadores de cabellos. Pensó durante unos segundos. El «full red» había sido el elegido. Se roció con cuidado cada uno de los mechones de la cabeza. Le picaron los ojos. El producto parecía tener demasiado formol. Los cerró con fuerza. Cuando los pudo abrir, ya era pelirroja y le gustó el resultado. Cuarta sonrisa del día.

Bajó las escaleras en ropa interior. Un buen café con leche era lo único que necesitaba. Miró por la ventana de la cocina: Rosalba no había vuelto de Miami. El silloncito de mimbre en el que habían matado al gato Sunny seguía en el porche de la casa de enfrente. Una ráfaga de angustia amenazó con empanar su mañana luminosa. Sacudió la cabeza como si el movimiento pudiera ahuyentar los malos recuerdos. Sirvió el café recién hecho en una taza enorme de cerámica blanca, abrió un paquete de barritas de cereales, dobló el papel de celofán del envase y lo guardó en el cajón de los cubiertos. Prendió la televisión y se acomodó en la mesa de la cocina para desayunar en paz.

El pronóstico anunciaba que el día iba a ser soleado y caluroso. Mientras mordisqueaba la barrita y evaluaba la posibilidad de ir un rato a caminar por la playa, una noticia le llamó la atención. Subió el volumen: la voz engolada del conductor del noticiero matutino anunciaba con bombos y platillos el hallazgo de un cadáver en las costas de los Cayos.

«Otro ahogado pasado de tragos», pensó fastidiada. Pero el sobreimpreso en la pantalla la sobresaltó: «Asesinada en Key West». Corrió la taza de café y se acercó a la televisión. Las imágenes mostraban a varios policías alrededor de un cuerpo tirado en el borde del mar. Le pareció reconocer el lugar: era una de las playas del centro. El conductor del noticiero contaba que habían asesinado a una turista que venía desde Nueva York y que se llamaba Jeannine. En medio de la noticia, el ruido del teléfono la sobresaltó y volcó un poco de café en el mantel rosa. «Mierda», murmuró.

—Hola —dijo mientras con una servilleta intentaba, en vano, limpiar el mantel.

—Hola, Angelita —la saludó Iris, su compañera de trabajo en el museo—. Te llamo espantada, chica. ¿Has visto las noticias?

—Sí, estaba...

Iris no parecía dispuesta a dejar de hablar.

—Han matado a una turista, dicen que apareció en la playita de la Duvall, pero eso no es lo importante... ¿Estás sentada? Te tengo una bomba.

—Sí, yo...

—Bueno, esa muerta viajó anoche en nuestro trencito, bueno, viajó cuando estaba

viva, tú sabes...

Ángela se sentó de golpe. ¿Cuál de sus pasajeras había sido asesinada?

—Hola, Angelita, ¿estás ahí?

—Sí, Iris. ¡Qué terrible! ¿Cómo te enteraste?

—Pues me acaba de llamar Lolita desde el museo, parece que la poli se enteró de que la chica había participado de nuestra excursión de anoche y fueron a buscar la lista de pasajeros. Seguro que te van a llamar.

—Sí, claro —contestó Ángela intentando hacer memoria—. No sé en qué puedo ayudar, pero aquí estoy para lo que necesiten.

Se saludaron y cortaron el teléfono. Ángela volvió a mirar la televisión: necesitaba saber más sobre la mujer asesinada, pero el noticiero ya se estaba ocupando de otro tema. Su café con leche se había enfriado. Puso la taza en la piletta de lavar los platos mientras intentaba, sin éxito, recordar los rostros de los turistas del trencito.

Salió de la cocina y, al entrar al *living*, se quedó petrificada. Estar en corpiño y bombacha no fue lo que la hizo sentir desnuda: la puerta de entrada, abierta de par en par, fue lo que provocó el efecto devastador. Intentó escuchar algún ruido, algo que desenmascarara al intruso. Pero ¿había un intruso? Era imposible saberlo. Evaluó sus opciones: cruzar el *living* corriendo y salir a la calle a pedir ayuda o entrar en la cocina y agarrar un cuchillo para defenderse. ¿De quién?

Respiró hondo y empezó a largar el aire por la boca, despacio, muy despacio. El silencio era casi total, sólo escuchaba la voz de la locutora de un comercial desde la televisión, que había quedado prendida a sus espaldas. Se animó a dar un paso, después otro. Sintió una gota de sudor que caía por la espalda, desde la nuca hasta la tira que ataba el corpiño. El corazón le latía desbocado. Otro paso y otro. Así logró llegar hasta la puerta. Miró la cerradura: no había sido forzada. Recordó haberla cerrado con doble vuelta de llave, como siempre. Era el momento de salir corriendo a la calle y pedir ayuda, el camino estaba despejado.

Desde la galería, observó la casa de Rosalba y algo le llamó la atención. Abrió la boca, pero el grito le quedó atascado en la garganta. Se sintió más desnuda aún, indefensa. Transpiraba. Sentía la piel fría y la boca seca. Cruzó la calle sin sacar la mirada de la puerta. Si en ese momento hubiera pasado un auto, la habría atropellado. Alguien había dejado clavado un papel. Todos sus sentidos estaban puestos en esa hoja que se movía con la brisa.

El porche de la casa de Rosalba tenía tres escalones, los subió y ahí mismo empezó a temblar. En el papel estaba escrita una frase, pero no fue eso lo que le aceleró el corazón. Respiró hondo y lo arrancó de un tirón. Leyó la frase en voz alta: «El asesinato de DN está justificado». La voz le salió ronca, áspera, como cuando contaba historias de terror en el trencito. Sintió ganas de salir corriendo y lo hizo. Cuando llegó a la puerta de su casa, no dudó en entrar. Pegó un portazo y subió corriendo las escaleras. Se metió en su cuarto. En un costado de la cama estaba el

morril de cuero que había usado el día anterior. Metió la mano para encontrar lo que había ido a buscar: el papelito arrugado color celeste y la piedra con la que habían roto el vidrio de su *living*.

Estiró las dos hojas sobre la cama y miró con atención ambos mensajes. La certeza hizo que los ojos se le llenaran de lágrimas. La letra era la misma: imprenta, prolija, chiquita, casi infantil. La tinta negra también parecía ser igual en los dos casos. Se arrepintió de no haberle dado importancia al primer mensaje. Fue al baño, se lavó la cara con agua helada y se puso el vestido color coral que había quedado tirado sobre el canasto de la ropa sucia. Agarró los dos papeles, el celeste y el blanco, los dobló con cuidado y los metió dentro del morral. Se arregló el pelo con las manos y se miró al espejo. Estaba pálida y ojerosa. No le preocupó. Bajó las escaleras, cerró la puerta con doble vuelta de llave y corrió hasta su auto. Había tomado una decisión.

Jerry Alvarado salió de la tienda con una bolsita amarilla. El *ticket* que estaba en una bolsa idéntica dentro del placar de la mujer neoyorkina asesinada era indubitable. Cuaderno tamaño oficio, anillado, tapa dura, hojas lisas. Sólo dos dólares había pagado por lo que creía era una prueba clave para desandar el camino de Jannine Delaware. Ahora también sabía que la chica había estado sola en el local. Se la veía claramente en las cámaras de seguridad, vestida con la misma ropa con la que había sido hallada muerta en la playa.

Se metió en su oficina de la comisaría, prendió el aire acondicionado y dio la orden de que nadie lo molestara. En la pantalla de su computadora estaban los datos de la investigación. La mujer había llegado a Key West un día antes de morir, se había alojado en el Key Regina, había desayunado y almorzado en el comedor del hotel, había comprado un cuaderno en la tienda y estaba en la lista de turistas que habían hecho el recorrido del trencito del Museo Martello. Iris Guzmán, una cubana nacionalizada que le había vendido el pasaje de la excursión, declaró haber visto a Jeannine subir y bajar del tren sin ningún tipo de inconveniente. Sobre el escritorio había una lista de los turistas que hicieron el recorrido junto con la chica:

Kevin y Nora Callaghan, norteamericanos.

Jack y Sherad Callaghan, norteamericanos, menores. Hijos del matrimonio Callaghan.

François Durmond, francés.

Marianne Lynch, norteamericana.

Hugo López, mexicano, residente en los Estados Unidos.

Repasó la lista varias veces, como si esos nombres escritos pudieran aportarle algo. Descartó al matrimonio y a sus hijos menores de edad, también a la chica Lynch. Subrayó el nombre del francés Durmond y el del mexicano López.

—¿Puedo pasar? —preguntó la forense Maitena Orestes desde la puerta.

—Claro, chaparrita, ya lo has hecho —contestó Jerry con una sonrisa.

Hablaban en español. Era inevitable que eso sucediera. Compartían el gusto por los tacos y las tortillas, la devoción por la Virgen de Guadalupe y los conocimientos sobre cada culebrón de la cadena Televisa, pero el idioma era la tierra fértil sobre la que ellos plantaban a diario las semillas de una nacionalidad que ninguno de los dos tenía. Eran gringos en el purgatorio, como solían bromear.

Maitena se despatarró en el sillón tapizado de turquesa que le había valido a Jerry más de una broma por parte de sus colegas.

—Bueno, a ver... —dijo la forense. Abrió una carpeta y puso varias hojas en el escritorio—. Vengo con muchas novedades.

Jerry corrió el jarrón de cristal que siempre estaba lleno de flores frescas y la miró expectante.

—Te escucho, Maite.

—Jeannine Delaware murió por compresión extrínseca del cuello. Hubo un objeto

figurado que presionó el cuello desde atrás hasta generar la muerte por asfixia.

—¿Un cable?

—Puede ser. O una sogá. No sólo dejó marcas en la piel del cuello, sino que dejó dentro una infiltración.

Jerry la miró sorprendido.

—Sí, hubo un sangrado interior. La presión fue muy fuerte y rompió vasos, arterias, nervios, vías respiratorias...

—¿Y la lesión en la cara? —preguntó Jerry con aprensión.

Maitena separó en grupos las hojas que había desparramado en el escritorio, agarró una de ellas y la sacudió en el aire.

—Aquí lo tengo —dijo, se puso los anteojos y leyó—: El atacante realizó dos cortes desparejos desde ambas comisuras de los labios hasta la parte superior de la mandíbula...

—¿Estaba viva cuando la cortó? —interrumpió Jerry.

—Aquí tenemos una duda que nos trae una certeza.

Jerry revoleó lo ojos. La forense respiró hondo y se aclaró la garganta antes de responder.

—Las células de los tejidos, como tú sabes, se comportan distinto en vida y *post mortem*. Si la sangre se derrama en vida, coagula con rapidez. En las lesiones *post mortem* no coagula, o coagula de manera deficiente.

—Sí, lo sé —dijo Jerry y acotó—: A pesar de haber muerto, un cuerpo puede mantener la coagulación durante seis horas.

—¡Correcto! —gritó Maitena—. Ahí tienes la certeza: la mató y la cortó con poco tiempo de diferencia.

—O estando viva...

—Me arriesgo a decir que cortó a un cadáver. Los labios de la herida estaban sin retracción, sin exudado y sin supuración.

Jerry Alvarado caminó pensativo por su oficina, se acercó a una cajonera que había reciclado con sus propias manos, abrió el primer cajón y sacó una latita.

—Pásate esta pomadita por las sienas, Maite. Huele a mentol. Es una maravilla para aclarar las ideas.

Sin atreverse a desmentirlo, la forense obedeció como una autómatá y se frotó la pomada en las sienas.

—Entonces la estranguló con una sogá o un cable y ahí mismito le cortó la cara... —completó la idea el comisario.

—Exacto, y la puso boca abajo en la arena. El asesino no quiso ver su obra.

—Ay, pero mira qué hombre sensible. Me ha conmovido.

—Jerry, hay algo más...

—Dime —dijo el policía.

—Hicimos un barrido del cadáver y en la ropa que tenía puesta la chica no encontramos fibras u elementos que nos llamaran la atención, pero en los cortes del

rostro había algo...

Jerry dejó de frotarse la pomada de mentol en las sienes.

—Me interesa, sigue.

—Tuve que limpiar con mucho cuidado las heridas, estaban llenas de arena. En el medio de esa faena encontré un cabello corto y sin pigmentación. Rubio, casi blanco.

—¿Qué probabilidades hay de que ese cabello estuviera en la arena y que no tenga nada que ver con el homicidio? —preguntó Jerry.

La forense Maitena Orestes sacudió hacia uno y otro lado su cabeza antes de responder.

—Sin importar dónde pise, dónde toque, dónde sea que esté, el delincuente, incluso inconscientemente, dejará rastro de su presencia. El cuerpo de la chica pudo haberse contaminado al estar en contacto con la arena de una playa pública —dijo e hizo un breve silencio—. O tal vez ese pelo sea la única pista que nos lleve al asesino.

El comisario Jerry Alvarado y la forense Maitena Orestes caminaron por los pasillos del destacamento policial agarrados del brazo. El aire caliente los golpeó cuando llegaron a la puerta.

—Bueno, chica, me avisas en cuanto tengas novedades de los estudios del cabello que has encontrado en el cadáver —dijo Jerry mientras la saludaba con dos besos en las mejillas.

—En cuanto me manden los resultados desde el laboratorio de Miami, te llamo.

Estaban a punto de partir cada uno a su puesto cuando una chica pelirroja, de pelo corto, se los llevó por delante.

—¡Eh, eh! —gritó Jerry levantando las manos—. No veo al diablo que te está persiguiendo, querida.

Los ojos de la chica lo hicieron callar: pudo notar el miedo en esa mirada.

—Permiso, necesito pasar —dijo—. Tengo que hacer una denuncia.

—Espera aquí —dijo Jerry. Le apoyó la mano en el hombro y miró a Maitena—. Nos vemos, Maite.

A pesar del calor sofocante, Jerry notó que la pelirroja tenía la piel fría. Decidió atenderla personalmente. Podría haberla derivado a un agente de calle, pero el miedo físico que percibió en la chica lo había conmovido.

Caminaron por el pasillo hasta la oficina. El aire acondicionado a una temperatura ideal y el olor a mentol la tranquilizaron. Le llamó la atención el mobiliario a la moda: un escritorio de vidrio templado color celeste con base de caño blanco, los sillones de pana turquesa y flores frescas en un jarrón que parecía ser de cristal. Se sentía sucia y transpirada, pero no le importó. Jerry se sirvió agua y, sin preguntar, también le sirvió a la mujer. Los vasos eran de un vidrio rosado que hacía juego con la jarra.

—Gracias —dijo la chica. Tomó el agua de un trago y se desplomó en el sillón.

Sin dejar de mirarla, Jerry se ubicó en su lugar detrás del escritorio.

—Soy Gerardo Alvarado, jefe del destacamento de Key West. Puedes decirme Jerry. ¿Quieres hablar en inglés o prefieres el español?

—Me llamo Ángela Larrabe, soy argentina. Hablemos en español.

—Bueno, te escucho. ¿Te molesta que tome nota? —preguntó mientras abría una libretita negra.

Estaba a punto de decirle que podía escribir todo lo que quisiera, pero no pudo. La libreta con tapas negras la desconcertó. La memoria, a veces, funciona como un televisor: alguien toca un botón y las imágenes se suceden sin parar. Se puede activar con una canción, con un olor, hasta con un sabor. Jerry había abierto la libreta por el medio y con una lapicera plateada en mano esperaba atento para llenar las hojas blancas lisas.

—¿Pasa algo? —preguntó.

La voz firme del policía la trajo de golpe al lugar en el que estaba sentada, puso en *off* el botón de su memoria. ¿Por qué una simple libreta la había descolocado tanto? Se prometió pensar en eso más tarde.

—No, no —tosió para aclarar la garganta—. Comisario, vine hasta aquí porque me están amenazando.

Jerry revoleó los ojos, como hacía cada vez que la realidad no alcanzaba a cubrir sus expectativas.

—¿Algún novio, amante? —preguntó con desgano.

—No, no tengo novio.

Ángela notó que el policía se había arrepentido de ser él quien le tomara la denuncia. Estaba tan acostumbrada a que se la quisieran sacar de encima. A pesar de eso, se relajó; por algún motivo que no llegó a comprender, ese tal Jerry Alvarado le inspiraba confianza. Las palabras salieron a borbotones: contó que alguien había matado a Sunny, el gato de su vecina, y por primera vez habló de la piedra envuelta en un papel celeste con la que le rompieron el vidrio de su ventana. Se sintió un poco tonta cuando tuvo que explicar que la puerta de su casa apareció abierta de par en par.

—¿Estás segura de que la habías cerrado con doble vuelta de llave?

—Sí —contestó Ángela sin dudar mientras Jerry seguía tomando nota.

Podría haber obviado que había cruzado la avenida Duvall en bombacha y corpiño para recuperar el papel que estaba clavado en la puerta de la casa de Rosalba, pero ni eso quiso ocultar. La cantidad de palabras por segundo y ese tono de voz chillón pusieron de mal humor al policía. Lo único que necesitaba para sacarla de su oficina era pescarla en alguna mentira o, por lo menos, en una contradicción chica. Mientras la pelirroja seguía hablando sin parar, prendió la computadora para buscar algún dato sobre el hecho de vandalismo contra Sunny; se negaba a considerar un homicidio la muerte de un gato. Encontró asentada una denuncia, cliqueó el archivo y leyó:

DENUNCIANTE: Rosalba Mankell.

VÍA DE DENUNCIA: 911 - Agente Shannon Dirett.

HECHO: Gato de la denunciante muerto con violencia en los exteriores de la casa. Comprobado *in situ* por la patrulla comunal 315.

DISPOSICIÓN: Ronda nocturna por 3857 Duvall Av.

Jerry levantó los ojos de la pantalla de la computadora. Por fin, Ángela había dejado de hablar. Vio que en la mano tenía dos papeles: uno celeste y el otro blanco.

—A ver, dame eso, querida —dijo y esperó con mínima paciencia que la chica se los entregara.

Primero le pasó el celeste. Era una hojita pequeña de un block de *Post-it*, en la parte de atrás se veía claramente la banda de pegamento vieja, llena de pelusas. «Lo que me ocurre en la mente, muere. DA» La letra era prolija y la tinta usada era negra.

—Un poeta bastante mediocre —ironizó Jerry—. Además, la caligrafía de una persona es como su código de ADN. Los trazos, la presión que se le imprime a cada letra, las palabras usadas, todo lo que ha sido dejado aquí en esta frase... Bueno, en

fin. Muéstrame la hoja blanca...

Antes de tocar el papel que Ángela le estaba alcanzando, Jerry supo que la historia acababa de cambiar.

—Quieta ahí —ordenó mientras a las apuradas sacaba los guantes de látex que siempre llevaba en el bolsillo del pantalón. La chica no se movió, se quedó dura con el papel en la mano y el brazo estirado.

—Dame eso.

Con los guantes puestos, sostuvo la hoja de una punta y la estiró sobre el vidrio del escritorio. Era un papel blanco, liso, tamaño oficio, que claramente había sido arrancado de un cuaderno anillado; en el ángulo inferior izquierdo estaba el detalle que le había sacudido la cabeza: en letras rosas decía «Forever 21», la marca de la tienda en la que Jeannine Delaware había comprado un cuaderno de las mismas características horas antes de ser asesinada. «El asesinato de DN está justificado», decía. La posibilidad de que el mensaje que le habían dejado a la chica pelirroja tuviera que ver con el homicidio de la playa parecía evidente. Como si eso fuera poco, la frase estaba escrita con la misma letra del papelito celeste.

A pesar del frescor del aire acondicionado, Jerry Alvarado empezó a transpirar y luego sintió un nudo en el estómago. El gusto del yogur que había tomado un rato antes le subió por la garganta, mientras la sangre le corría de golpe, embravecida, por las venas. La mujer que tenía enfrente parecía no haberse dado cuenta de nada.

—¿Tú conoces a Jeannine Delaware? —le preguntó.

Por primera vez en la conversación, Ángela notó al policía realmente interesado en ella, y sintió una mezcla de satisfacción y miedo. Como no estaba acostumbrada a que la tuvieran en cuenta, no sabía cómo comportarse ante esa posibilidad concreta. Hubiera querido estirar el interés del hombre, pero él la miraba con tanta urgencia que no le pareció justo. Además, ¿qué podía aportar ella sobre la tal Jeannine? Negó conocerla, pero enseguida comenzó a dudar de su respuesta.

—Espere. Sí, el nombre me resulta conocido. Yo...

—No me mientas —la frenó el comisario, muy serio. Era tan irónico y festivo siempre que se le notaba demasiado cuando algo le caía verdaderamente mal.

Ángela se sintió ofendida. No estaba mintiendo. Hizo un ademán para levantarse e irse, pero la memoria, como un golpe, la sentó de nuevo en el sillón turquesa.

—Jeannine... —murmuró—. Escuché ese nombre esta mañana en la televisión... ¿Es la chica de la playa?

Jerry asintió con la cabeza, sin dejar de mirarla. La expresión de su rostro era indescifrable.

—Me comentaron que anoche hizo una excursión en el trencito del terror... Yo soy la guía, pero no sé si es la misma... —dijo, pero no pudo terminar de hablar. De un tirón, el policía sacó de adentro de una carpeta amarilla una foto y la sostuvo ante sus ojos.

Ángela se tapó la cara con las manos y ahogó un grito. Le bastó un segundo para

confirmar que ese cuerpo, al que se veía boca abajo en la arena, era el de una de las pasajeras del tren. El pelo negro y brillante sobre la espalda de la chica de la foto había sido, en definitiva, lo último que había visto de ella.

—Es la chica de los dibujos —afirmó y puso boca abajo la foto que le había dado el policía, no quería seguir viendo esa imagen.

Tomó el agua que quedaba en el vaso y empezó a contar, casi sin respirar, todo lo que recordaba del último paseo en el trencito del museo. La noche —la última— en la que Jeannine estuvo viva. Nunca prestaba demasiada atención a sus pasajeros, prefería concentrarse en las historias de terror que tenía que relatar. Sólo cuando llegaban al cementerio de Key West los miraba, era la manera de evaluar el resultado de su trabajo: si ninguno se quería bajar del tren por miedo a encontrarse con algún fantasma, era que había hecho todo bien.

—Esa noche nadie bajó. La chica —señaló con la cabeza la foto dada vuelta— dibujaba en un cuaderno.

Luego de anotar esa información, Jerry subrayó la palabra «cuaderno». En definitiva, ése era el objeto que unía las dos historias y a las dos chicas: Jeannine dibujaba en un cuaderno horas antes de ser masacrada. ¿Quién la había visto dibujando? Otra mujer que había recibido una nota escrita en una hoja del mismo cuaderno. Porque estaba seguro de que era el mismo. La cabeza le daba vueltas. La investigación se le aparecía como un árbol de Navidad: algunas luces se habían prendido, otras aún no.

—Necesito que te quedes un rato más —dijo, y Ángela asintió con la cabeza.

Jerry marcó cuatro números en su teléfono de línea, un aparato precioso, antiguo, que había comprado en una feria *vintage* de Miami.

—Soy el comisario Alvarado, quiero que me traigan la caja del caso Delaware —dijo. Del otro lado de la línea alguien hizo una pregunta, y el policía cortó sin contestar.

Se levantó de su silla y abrió la puerta un segundo antes de que una mujer vestida con falda y saco azul llegara a golpear.

—Gracias —dijo Jerry, le arrancó la caja de cartón de las manos y le cerró la puerta en la cara.

En las cajas anexas a las investigaciones —así las llamaban— se guardaba todo lo que la policía científica encontraba en las escenas de los crímenes. Algunos objetos, muchas veces, llevaban a buen puerto. Otros eran callejones sin salida, que terminaban acumulados en algún sótano oscuro gritando verdades que nadie había querido oír o no había sabido escuchar. La caja anexa «Delaware» era un poco más grande que la de un par de zapatos.

Jerry acomodó los objetos sobre el escritorio: una lata vacía de Coca-Cola diet, un pedazo de plástico amarillo que parecía ser el mango de una palita de esas que usan los chicos para jugar con la arena y un papel de chocolate. Ángela miraba fascinada: el arte de acumular cosas la dejaba casi sin aire. Además, le había parecido brillante

la idea de guardar objetos en cajas de cartón. Eso iba a hacer en cuanto llegara a su casa.

La científica había catalogado algunos hallazgos en cuatro bolsas Ziploc. El policía fue directo a la bolsa que tenía dibujado con marcador indeleble rojo el número 3. La abrió con extremo cuidado, como si se pudiera escapar algún secreto antes de ser develado.

—Ángela, ¿conoces este lugar? —preguntó el comisario mientras le alcanzaba el dibujo que Grey Atton, el hombre que había encontrado el cadáver de Jeannine en la playa, le había entregado a la policía. Estaba borroneado, como si en algún momento se hubiera mojado, pero con un poco de empeño se podía descifrar.

—Bueno... Es una casa muy similar a todas las que hay aquí en la isla —concluyó rápidamente Ángela, respiró hondo e intentó concentrarse, decir algo más. Quería ayudar, sentirse útil para alguien le hacía bien. Y encima el policía la había mirado, le había prestado atención. Era bueno no ser siempre invisible, por eso agregó—: A ver... Espere... El techo es en forma de cúpula y tiene ventanas enormes...

—Sí, mi querida —la interrumpió Jerry—. No soy ciego. Quiero saber si en ese recorrido que hacen con el trencito pasan por alguna casa similar a la del dibujo.

—Ah, bueno... Sí —contestó, y dejó el dibujo sobre el escritorio. Se cruzó de brazos y continuó hablando—: Es la casona que está en la esquina de Fort St y Amelia St —sin que fuera su voluntad, al decir eso la voz se le puso más grave, era el tono que usaba al narrar las historias, en su trabajo—. Cuenta la leyenda que en ese lugar, en el 1800, un fantasma...

—¡No, no, no! —Jerry levantó ambas manos y la cortó en seco—. No me interesa el mundo de los fantasmillas mientras tengo aquí, en el de las personitas reales, al asesino de una turista. ¿Pudo tu pasajera, mi muerta, haber dibujado esa casa mientras viajaba en el tren?

—Sí, sin dudas —respondió con naturalidad Ángela—. Hacemos una parada de unos minutos frente a esa casona.

Jerry sonrió satisfecho, era todo lo que necesitaba saber. Guardó los objetos en la caja y metió en la bolsa Ziploc número 3 el dibujo y las dos notas que había llevado la pelirroja. Ahora necesitaba estar solo, tenía mucho en qué pensar. Miró a Ángela como si la acabara de descubrir.

—Querida, vaya tranquila —dijo con una forzada condescendencia—. Déjele sus datos y dirección a mi secretaria. Yo me voy a ocupar de que le manden una patrulla que cuide su cuadra —aseguró, sacó una tarjeta personal de una cajita de plata y se la alcanzó a la chica; luego agregó—: Cualquier novedad me llama.

Ángela cerró los puños y se clavó las uñas en las palmas de las manos. Desde chica usaba esa estrategia para evitar llorar. El dolor leve, pero constante, que se provocaba lograba distraerla de lo que se esfumaba ante sus ojos: ella misma. No bastaba con cambiarse el color de pelo, siempre volvía a ser invisible.

El 15 de enero de 1947 fue el día en el que Betty Bersinger se hizo famosa. Caminaba con su hija de tres años por el barrio de Leimert Park, en Los Ángeles, California, cuando se encontró con el horror. Al principio creyó que lo que estaba viendo era un maniquí desarticulado, pero sólo unos pasos lentos y temerosos bastaron para sumergirla de golpe en el mismísimo infierno. Atinó a taparle los ojos con sus manos a la chiquita, fue por eso que los suyos quedaron condenados a ver más de la cuenta. Esa muñeca desarmada era Elizabeth Short. Su cuerpo estaba mutilado, cortado a la cintura; la sangre había sido drenada; se lo veía limpio, tal vez lavado. Sus manos habían sido colocadas, de manera macabra, sobre la cabeza. No tenía ni corazón, ni intestinos; se los habían arrancado.

Una semana antes a Elizabeth Short se la había visto viva, haciendo lo de siempre: buscando fama y dinero por Hollywood Boulevard. Su vida había sido casi igual a la de tantas chicas jóvenes que llegaban a Los Ángeles con sueños de estrellas. Era bella, muy bella; tal vez por ese motivo creyó que todo le sería posible. El pelo negro, los ojos celestes y una piel blanca formaban parte del único capital que había traído desde su Massachusetts natal. Un pasaporte que no la llevó demasiado lejos. El destino se le había encaprichado bastante. Elizabeth había conseguido ser famosa, pero después de muerta. Su cara apareció en la portada de todos los diarios de la época. No era para menos: un asesino cruento estaba al acecho. Los bares nocturnos empezaron a perder clientes, las chicas dejaron de salir solas. La caída del sol se convirtió en una especie de toque de queda. Sólo las mujeres muy valientes, o desesperadas por un puñado de dólares o alguna dosis de cocaína, se animaban a enfrentar el riesgo.

Algunas amigas aprovecharon y se subieron a la fama involuntaria de la maltrecha Elizabeth y hablaron con cualquiera que las quisiera escuchar: que se vestía siempre de negro, que había tenido un novio en el ejército norteamericano, que se había casado en secreto, que tenía un hijo al que había abandonado, que sabían de un médico que atesoraba fotos de Elizabeth desnuda, que conocía a Marilyn Monroe, que el padre de una escritora la había amenazado de muerte. Rumores que crecían y se perfeccionaban a fuerza de repetición. En definitiva, era Hollywood y todo se contaba en formato de guión de celuloide. Pero ni el guionista más afiebrado podía superar la trama macabra que arrojaba los datos reales del caso. La autopsia indicó que Elizabeth tenía marcas en sus tobillos y muñecas: había estado amarrada con una cuerda, tenía moretones en el cuerpo y golpes brutales en la cabeza, había sido torturada hasta el hartazgo y el criminal la había obligado a comer sus excrementos. Pero había más. Sí, más. La causa de la muerte fue la pérdida de sangre de las laceraciones del rostro. Con un elemento cortante, el asesino había tajeado desde la comisura de los labios hasta las orejas. «La mujer se reía, tenía una sonrisa gigante en la cara, parecía un payaso», había declarado Betty Bersinger, la mujer que la había

encontrado. La sonrisa de Glasgow, así se llama en el ámbito de la criminalística esa lesión.

Bajó las piernas de la mesa ratona de su *living*, se levantó del sillón y fue a la cocina a prepararse un mojito. Había pasado toda la tarde leyendo sus monografías de la Universidad de Ciencias Forenses. El crimen de Elizabeth Short siempre lo había fascinado. Sobraba historia, personajes, misterio; por sobre todas las cosas, sobraba morbo. Mucho morbo. Jerry Alvarado tenía una relación idílica con el morbo, por eso se preparó para ser policía y se especializó en muertes violentas.

La primera vez que visitó California —él siempre había sido un chico de la Florida— no pensó en Hollywood, ni en la lujosa Rodeo Drive, ni siquiera en el barrio gay de San Francisco donde según le habían contado estaban los mejores hombres de los Estados Unidos; su única motivación había sido ella: la Dalia Negra.

Cuando llegó al aeropuerto de Los Ángeles, alquiló un auto y manejó durante horas por las autopistas infinitas que, como serpientes, rodean la ciudad. Se tomó unos tragos en Sunset Boulevard para hacer tiempo. Un profesor de balística le había concertado una cita fundamental para que pudiera completar la tesis, lo único que necesitaba para graduarse. Como un autómatas picó las hojas de menta, exprimió con las manos una lima, sirvió el ron y la soda en un vaso de cristal tallado. Decidió a último momento no ponerle ni hielo, ni azúcar. La carpeta con su tesis sobre el homicidio de Elizabeth Short seguía allí sobre la mesa. La miró con una mezcla de emoción y tristeza. Recordó lo infeliz que había sido en esa etapa de su vida. Lo habían golpeado, lo habían humillado, se habían reído de él. Ser gay en la comunidad de mexicanos exiliados no estaba bien visto. Y, por sobre todo, se sabía la vergüenza de su familia. Meterse de lleno en la investigación sobre el crimen de la chica Short fue una especie de ungüento medicinal para sus heridas. De alguna manera, la Dalia Negra lo había salvado.

Mientras revisaba la carpeta, se sorprendió con lo prolijo que era el Jerry del pasado: trescientas páginas divididas en secciones, infografías y fotos que había conseguido en viejas publicaciones. Se graduó con honores: la junta de profesores calificó el trabajo con un excelente. Hasta en eso lo había ayudado la Dalia. Tomó un trago del mojito, la burbujas por su garganta y la acidez de la lima en el paladar le arrancaron una sonrisa, dejó el vaso sobre un posavasos con la foto de Audrey Hepburn y buscó con ansiedad el capítulo en el que había relatado su entrevista en ese bar de copas de Sunset Boulevard con el viejo editor del periódico *Los Angeles Examiner*. Recordó que lo tuvo que esperar durante casi dos horas; ahora, años después y con el resultado de esa charla en sus manos, supo con certeza que la espera había valido la pena.

Nunca me olvidé de aquel 23 de enero del 47. En esa época en la redacción no teníamos telefonista. Los redactores, editores y periodistas estábamos obligados a atender el teléfono. Era un gran ejercicio: de esos llamados casi siempre salían las noticias. Ese día había llegado temprano. Por entonces casi ni dormía, la cobertura del asesinato de Elizabeth Short nos tenía trabajando horas y horas. Nosotros la llamamos «la Dalia Negra», ¿sabía eso? La policía nos había pasado el dato: la chica siempre andaba vestida de negro y, como en

ese tiempo había una película muy de moda que se llamó The Blue Dahlia, le quedó el apodo. No había persona en toda California que no supiera quién era la Dalia Negra, después hasta se escribieron libros y se filmaron películas con el nombre que le habíamos puesto en nuestra redacción...

Mientras leía sus archivos, Jerry se terminó de un trago el mojito. Todavía podía recordar la voz áspera del periodista y volvió a sentir la misma bronca que cuando lo tuvo frente a frente. Los medios habían dejado de nombrar a Elizabeth Short, la habían vuelto invisible. Las torturas, la agonía y la sangre las había aportado una tal Dalia Negra, un personaje de ficción, alguien que, en definitiva, no existía. La pobre Short no había sido lo suficientemente atractiva o glamorosa. Le inventaron un *alter ego* que sufriera por ella y vendiera más periódicos. Revoleó lo ojos y se volvió a hundir en sus apuntes.

La policía estaba perdida y bastante asustada. No tenían un puto dato. Se la pasaban corriendo por todo Los Ángeles detrás de llamados telefónicos absurdos de personas que querían aprovechar el crimen para sacar del medio a sus enemigos: maridos, ex socios, vecinos. Todo era un descalabro. Ese 23 de enero en el diario tuvimos un golpe de suerte. Sí, sí, no me mire con esa cara. Las primicias son golpes de suerte y con tanto periodista buscando información fue casi milagroso el llamado que recibimos. Escuche bien. Me estaba tomando un café empetrolado —así le decíamos a ese brebaje recalentado—, cuando suena el teléfono que estaba en el escritorio de un colega que no había llegado. Levanto el tubo y no llegué ni a decir «hola», cuando del otro lado una voz metálica me agarró de sorpresa. Me preguntó por qué no estábamos siguiendo de cerca la investigación del crimen de la Dalia. Le dije que estaba equivocado, que era nuestro tema principal. No me dejó hablar mucho. Me dijo que estábamos haciendo todo mal y me cortó. Aún hoy no puedo recordar si era la voz de un hombre o de una mujer. Igual, eso es lo de menos. Tome nota, ahora viene lo importante.

El Jerry del presente se recostó en el sillón y sintió la misma intriga que sintió el Jerry del pasado. La curiosidad siempre había sido un veneno para él. Cualquiera que pronunciara las palabras mágicas lo tenía a sus pies. «Ahora, viene lo importante.» No existía en el mundo nada que lo atrapara con mayor desesperación que una duda. Ni el amor. Ni siquiera el sexo.

Al día siguiente de ese llamado, llegué temprano a la redacción. Era una mugre como siempre, el periódico no podía permitirse un servicio de limpieza decente. Sobre mi escritorio, y a mi nombre, había un sobre de esos marrones de papel madera. Lo abrí, debo reconocer que sin mucho interés, y le juro, muchacho, que ese día cambió mi vida. Adentro había un certificado de nacimiento de Elizabeth Short, un par de fotografías viejas de la chica y una agenda con una página arrancada. Creí tocar el cielo con las manos, pude hacer la mejor tapa periodística de la época. Entregamos todo a la policía, pero la cosa no terminó ahí. Casi no pude pegar un ojo esa noche. Me imaginaba al criminal leyendo mi crónica. Al otro día de la publicación recibí dos cartas. La primera daba detalles del crimen, nada nuevo: todo lo que decía era copiado de los medios de comunicación. Pero la segunda carta fue la que más me llamó la atención. Alguien la había dejado bajo la puerta principal del periódico, el sobre era similar al de papel madera en el que me habían mandado las pertenencias de la chica Short. Adentro había un papel blanco, liso. Sólo había escrita una frase: «El asesinato de la Dalia Negra está justificado». Sin firma, sin amenazas. Mi olfato de periodista me indicó algo que nunca pude probar: esa carta la había enviado el asesino.

Jerry cerró la carpeta de golpe y se quedó con la mirada clavada en la carátula: «La Dalia Negra». Nunca había olvidado cada una de las palabras escritas en su tesis, pero había necesitado chequear. Por un momento, tuvo la esperanza de que la historia escuchada en ese barcito de la Sunset Boulevard hubiera cambiado. Pero no, las

historias, como el pasado, no cambian; sólo se modifican en nuestros recuerdos. Una gentileza de nuestra memoria.

El mensaje que habían dejado clavado en la puerta de la vecina de la chica pelirroja era el mismo que tantos años atrás le habían dejado al inescrupuloso periodista. Necesitó otro trago, esta vez optó por un *whisky*.

Manejó como autómatas durante casi dos horas. Sólo paró una vez para cargar combustible. Decidió estacionar en Big Pine Key, un sitio sin la suerte de Key West. A pesar de tener mejores playas, le faltaba el encanto. Si ella tuviera que ser un lugar, sin dudas sería Big Pine; tenía más belleza que el resto de las mortales, pero le faltaba el toque, la magia. A pesar de su cuerpo esbelto, sus piernas largas y torneadas y sus ojos de un verde profundo, nadie parecía verla. Aunque debía reconocer que el color rojo que había elegido para el pelo había convocado alguna que otra mirada. Pero nada importante, como darle un gotero con agua a un hombre perdido en el desierto.

Tuvo que hacer un poco de fuerza para abrir la guantera, estaba trabada. Cuando lo logró, una cantidad enorme de cosas cayeron en el asiento del acompañante. Le causó gracia la cantidad de objetos que se podían acumular en un sitio tan pequeño. Sonrió. Acomodó unas cuantas latas de gaseosa vacías, dobló unos envoltorios de paquetes de galletitas, *tickets* de pago de autopistas y dos vasos de plástico muy bonitos que había encontrado el verano anterior en una playa. Metió la mano en el fondo del espacio de guardado y al tacto reconoció lo que estaba buscado. Sacó la petaca de vodka y tomó un trago largo. Estaba caliente, pero el efecto tranquilizante fue el esperado. La botellita era preciosa, el vidrio color verde tenía una cobertura plateada con unos círculos pintados a mano. La había encontrado en un tacho de basura en la época en la que revolvía lo que los demás tiraban. Ya no lo hacía más. Había asumido que algunas personas tenían la capacidad de desprenderse de los objetos. Volvió a guardar todos sus tesoros, incluida la petaca de alcohol, y se bajó del auto.

Big Pine era un lugar precioso, una sola autopista bastaba para recorrerlo entero. A los costados, unas callecitas de tierra arboladas eran el marco perfecto de las pequeñas mansiones que usaban para vacacionar algunos ricos de Miami. Estacionó el auto y decidió caminar hacia el centro, donde las calles estaban parqueadas. Había dos restaurantes caros, tres bares de copas, una farmacia y hasta un Walmart. Siguió el rumbo que le indicaban unas lajas de color gris oscuro, que formaban un caminito perfecto vaya a saber hasta dónde. Por un segundo se sintió Dorothy, salvo que el camino no era amarillo y que al final de las lajas no estaba el reino de Oz; lo que había era un bar de ruta, bastante maltrecho. Era un lugar en el que a ningún rico se le hubiera ocurrido parar ni siquiera para tomar un vaso de agua.

Abrió la puerta de vidrio. Sus ojos tardaron unos segundos en acostumbrarse a una oscuridad teñida de luces rojas. El lugar olía a humo de cigarrillo y a alcohol barato. Detrás de la barra, el barman estaba concentrado en la televisión; mientras tomaba una cerveza de lata, pasaban un partido de básquet. Miró a su alrededor buscando alguna mesa limpia, pero no encontró. Las cinco disponibles estaban llenas de platos y vasos sucios.

—¿Puedo ayudarla en algo? —preguntó en inglés una chica que parecía ser la

moza.

—Quiero tomar unas copas —contestó Ángela, casi sin mirarla.

—Venga por acá, soy Lilith.

La moza la guió por un pasillo de paredes con grafitis: calaveras con los colores de los Miami Heats, flores, serpientes y letras que parecían japonesas o chinas le daban un toque excéntrico al lugar. Lilith abrió una puerta de madera y la hizo pasar a una terraza con mesas y sillas de hierro. El lugar estaba bastante bien, casi no parecía el mismo bar maloliente que habían dejado a sus espaldas. Ángela se ubicó en el lugar más cercano a la baranda. Desde allí se veía la costa de No Name Key, la isleta de enfrente.

—¿Qué va a tomar? —preguntó la chica con un tono monocorde.

—Un *gin-tonic*.

La moza caminó unos pasos hasta una barrita de madera. Sacó botellas, hielo y limones de unos estantes empotrados en la pared y se puso a preparar el trago. El mar se veía tranquilo y el clima era el ideal. Una lancha blanca estaba fondeada entre los dos cayos. Un hombre con sombrero rojo pescaba.

—Su trago —dijo. Al apoyarlo de manera brusca, unas gotas cayeron sobre la mesa. Ángela pasó el dedo y se lo chupó.

—Está muy bueno —dijo con una sonrisa—. Tal vez le falte un poco más de hielo.

Ambas rieron. Lilith era muy joven, no tenía más de veinte años. Su rostro, bastante armónico, quedaba escondido detrás de los *piercings* que tenía en la nariz, en los labios y en una de sus cejas.

—Me gusta tu color de pelo —dijo con la frescura que la caracterizaba, había decidido tutear a su clienta.

—Es lindo —dijo Ángela, y se tocó la cabeza con satisfacción. Lilith la había visto, se había fijado en ella—. Me cambio el color a menudo, es como un decorado. Como los tatuajes que tenés en los brazos o los aritos en tu cara.

La moza se puso seria de golpe.

—Yo no me decoro, me escondo.

—Somos distintas entonces —concluyó Ángela e intentó sonreír, pero sólo consiguió dibujar una mueca—. En cambio, yo quiero que me vean.

Se quedaron en silencio un buen rato. Una se tomó su *gin-tonic* de golpe, la otra miraba el mar.

—Necesito otro igual —dijo Ángela levantando el vaso descartable.

Lilith volvió a la barra y de manera automática preparó dos *gin-tonic*. Sin pedir permiso, pasó un trapo sucio por la madera, tiró el vaso vacío al mar y acomodó, esta vez con cuidado, los tragos en la mesa.

—¿Eres de Key West? —preguntó.

—Sí. Bueno... no. Vivo en Key West, pero soy de Argentina.

Lilith la miró con cara de curiosidad. Antes de que preguntara, Ángela aclaró:

—Argentina queda en América latina...

—Al sur, si lo sé —la interrumpió la moza y se tironeó el *piercing* que tenía en el labio—. ¿Y por qué quieres que la gente te vea?

—¿Y de qué te querés esconder? —arremetió Ángela.

Al mismo tiempo, las dos asintieron con la cabeza y en silencio se tomaron sus tragos. El hombre que pescaba en su lancha se había ido hacía rato. La noche que caía, casi desapercibida, había convertido la franja de mar entre las dos islas en un pedazo de petróleo oscuro. No Name Key —«el cayo que no tiene nombre»— ya no se veía.

—Bueno, me voy —dijo Ángela.

Cuando se levantó de la silla, le crujieron las rodillas y se mareó. Los *gin- tonic* habían hecho lo suyo. La moza siguió sentada, mirando la nada. Saludó como la reina de un carnaval triste: con una media sonrisa y la mano en alto.

Ángela pudo salir sola, ya conocía el camino. Las luces del salón estaban prendidas. Algunos parroquianos permanecían acodados en la barra, apurando latas de cerveza. Nadie se había tomado el trabajo de limpiar las mesas o de darle una barrida al piso. «¿Será Lilith la encargada de esas tareas?», pensó mientras abría la puerta de golpe.

El aire marino le llenó los pulmones. Respiró hondo, tenía que despejarse antes de manejar hasta Key West. El auto, se acordó del auto. ¿Dónde lo había dejado? Miró hacia los costados. En el estacionamiento del bar había una camioneta de carga con la pintura celeste descascarada, un utilitario blanco con un calco que casi cubría todo el vidrio trasero, y una bicicleta atada al poste de la luz. La bombita del poste no funcionaba, pero el cartel de neón y los faroles de algunos vehículos que pasaban por la ruta iluminaban el predio fugazmente. Se calzó la mochila de lona en la espalda y aseguró los cordones de sus zapatillas deportivas. Los pocos autos que pasaban iban hacia la derecha, tenían la patente de No Name Key. Con lógica, empezó a caminar hacia el otro lado, y las luces de neón quedaron a su espalda. A los pocos metros, apareció el caminito de lajas. Ángela sonrió y, con voz chillona, empezó a cantar en voz alta la canción de *El mago de Oz*.

Somewhere over the rainbow

El ruido de un auto.

Way up high

El crujir de hojas secas bajo sus zapatillas.

The colors of the rainbow so pretty in the sky

Los alaridos de una lechuza.

They are really saying I love you

El ruido de una moto. Se quedó callada de golpe, muda. También, quieta. Miró hacia atrás, nada. Hacia los costados, nada. Algo, sin embargo, la había sobresaltado. Tuvo la sensación de que ya no estaba sola. Lo sentía en la piel. La subida de adrenalina le aceleró el corazón. Intentó, con esfuerzo, distinguir algún movimiento

entre los arbustos que bordeaban la ruta del otro lado. Era imposible, todo estaba negro.

Pasó otro auto, pero, en lugar de pararlo, prefirió aprovechar ese segundo de luz para concentrarse otra vez en el bosque. Cuando la oscuridad volvió, se arrepintió de la decisión. Escuchó un crujido. Ahora sí el sonido era nítido y, claramente, venía del otro lado de la ruta. Si alguien quería llegar a ella, sólo tenía que cruzarla. La tranquilizó saber que, si eso sucedía, iba a poder ver al atacante, pero ¿cómo evitar el ataque? Correr era una opción.

Intentaba descifrar algo entre las sombras cuando lo vio. Algo había brillado. «¿Un espejo?», se preguntó. Miró hacia el cielo: la luna colaboraba en darle un poco, tan solo un poco, de claridad al paisaje. De nuevo el resplandor. Se le puso la piel de gallina y el aire le quemó las fosas nasales. Contó mentalmente hasta tres —«uno, dos, tres»— y empezó a correr.

Con la misma rapidez con la que una nube había convertido a la luna en un farol, otra la tapó. Pensó en subirse a la moto y cruzar a Ángela, que seguro seguía corriendo.

Con sólo imaginar los ojos desorbitados de la chica y esa piel blanca sudando de miedo, se entusiasmó. Pero no. Los errores se pagan caros. Sacarse el casco plateado había sido su falla, el reflejo de ese movimiento había arruinado todos los planes. Ahora tenía que pagar esperando otra oportunidad. La vida siempre era justa.

Empezó a caminar al costado de la ruta, arrastrando la moto. No quería llamar la atención, ya habría tiempo para eso. En el pequeño centro de Big Pine los postes de luz cumplían con su función: iluminar. Se puso el casco de golpe. Su rostro era sagrado, el mejor secreto. Nadie tenía que verlo.

—Eh, ¿tiene fuego?

Una voz femenina a sus espaldas puso sus sentidos en alerta. Giró despacio y se encontró con una chica bajita. Se dio vuelta y negó con la cabeza. La chica sonrió, evidentemente el casco le había hecho gracia. A veces, era tranquilizador no causar miedo. Sólo a veces. La dejó pasar sin dirigirle la palabra.

Siguieron caminando casi en fila. La chica tenía unos pantalones Oxford floreados, tan usados que en algunas partes las flores estaban desapareciendo, una musculosa blanca dejaba al descubierto los tatuajes de la espalda. Intentó descifrar los dibujos, pero el casco no le permitía ver demasiado bien. Por un segundo imaginó esos tatuajes en su propia piel y quiso tocarlos, acariciarlos, arrancarlos. Cerró los ojos y sacudió la cabeza como si con eso pudiera borrar las ideas. Cuando los abrió, la chica ya no estaba: había cruzado la calle y entraba en el playón de estacionamiento del centro de Big Pine. Decidió espiarla y se escondió detrás de una camioneta. Era linda, pero lo disimulaba bastante bien. Tenía buen cuerpo, aunque demasiado flaca para su gusto. Un hombre que acababa de bajar de un *jeep* se le

acercó y la recorrió con la mirada. Se agachó un poco más y se sacó el casco, no quería que algún reflejo volviera a jugarle una mala pasada.

Desde los pocos metros de distancia que los separaba, pudo ver la cara de lascivia del hombre y escuchar la voz aniñada, y hasta seductora, de la chica de los tatuajes. Le pidió fuego al desconocido con el mismo desparpajo y carencia de temor que le había visto unos minutos antes en el sendero de la ruta. Se prendieron un cigarrillo; desde su escondite pudo reconocer el olor dulzón de la marihuana. Después de algunas pitadas en silencio, se despidieron con un forzado apretón de manos. El hombre salió de la playa de estacionamiento con las manos en los bolsillos. La chica, con una sonrisa boba, desató su bicicleta, la montó y empezó a pedalear por un camino de tierra rumbo al interior de Big Pine.

A pesar del calor y de la falta de aire que le provocaba el casco, sonrió.

Jerry Alvarado estaba borracho. Los mojitos y el *whisky* habían hecho efecto. Tomar en soledad le parecía patético, aunque esa vez no había estado solo: la Dalia Negra y Jeaninne Delaware rondaban por ahí. Decidió salir a caminar unas cuadras para despejarse de los fantasmas. Las afueras de Key West siempre le gustaron. Las casas, bastante humildes, intentaban imitar, con materiales de baja calidad, las construcciones bellas de la zona turística. El verdadero Cayo Hueso era el de las maderas con pinturas descascaradas, techos con tejas que faltaban, y algunos esqueletos de hierro que nadie había levantado después del último huracán. Así y todo, tenía su encanto: las calles olían a bananas fritas y frijoles —«el olor de Cuba»— y la música, mezcla de chachachá, danzones y boleros, salía permanentemente por las ventanas.

Maitena Orestes abrió la puerta sin preguntar y sonrió cuando vio del otro lado a su amigo Jerry con la camisa abrochada mal y el peinado sin gel.

—Ay, chico, estás borracho —aseguró sin dejar de sonreír.

Lo hizo pasar y de la mano lo llevó hasta el sofá. Fue hasta la cocina y le preparó un tazón enorme de café amargo.

—Esto parece petróleo —dijo Jerry con cara de asco.

—Anda, toma eso y me cuentas qué haces aquí a esta hora de la madrugada.

El policía la miró por primera vez, prestó atención al pijama blanco con florcitas. Le pareció horrible. Agendó mentalmente regalarle alguno de Victoria Secret para el cumpleaños. No se sentía culpable por haberla despertado, necesitaba hablar, y Maitena no sólo era su amiga, también era una mujer pensante. Tomó de golpe el tazón entero de café, contuvo dos arcadas y la puso al tanto de los descubrimientos de última hora.

—¡Guau! —exclamó la forense mientras intentaba dominar su pelo—. No me gusta que alguien haya dejado un mensaje copiado de la historia de la Dalia Negra, pero me asusta más la coincidencia en las autopsias de las chicas Short y Jeannine.

Jerry dejó lentamente el tazón sobre la mesa ratona, mientras intentaba poner sus ideas en orden. No pudo. Había hecho bien en venir a lo de Maitena.

—No entiendo, Maite.

—Claro, todos sabemos que a la Dalia Negra el criminal le hizo la sonrisa de Glasgow con una navaja...

—La chica Delaware tenía la misma lesión —la interrumpió Jerry.

—Esto se está poniendo feo, Jerry —comentó Maitena mientras se cruzaba de piernas y, tras un impulso, estrechó las manos de su amigo—. Tenemos a una turista asesinada con crueldad y ahora a una residente que recibe mensajes que podrían ser del asesino. Deberías pensar la posibilidad de dar aviso a Miami o al FBI.

El policía necesitó cambiar de tema, todavía no pensaba en sacar la investigación de Key West. Su investigación.

—¿Ya tenemos algún patrón de ADN de ese cabello que encontraste en la herida de Jeannine?

—No, estoy esperando los resultados. Mientras tanto, hay que encontrar a algún sospechoso para comparar ese ADN. Sin eso, sólo tendremos una lista de numeritos y códigos de barra que no sirven para nada.

Jerry suspiró, se recostó en el sillón cama y puso los pies sobre la falda de Maite. El café lo había despejado bastante. Pensó que la lucidez estaba sobrevalorada: ahora que se sentía lúcido le entraba la desesperanza. No tenía nada firme. Jeannine había llegado sola a Key West; según sus familiares, no tenía novio ni enemigos, y ningún conocido de Nueva York había llegado a la isla en esa semana. Claramente el asesinato había sido al azar. Menos el cuaderno en el que dibujaba, a la chica no le habían robado nada. «El cadáver estaba descalzo», pensó. No era un dato menor, o tal vez sí. No lo tenía claro.

—Maite, ¿estás segura de que no fue abusada sexualmente? —preguntó.

—Segurísima. Fue lo primero que establecí. No hubo ningún ataque contra su integridad sexual.

—El sexo es una gran motivación para matar, pero en este caso no tenemos ni eso. Durante la noche del crimen nadie reportó nada raro al 911. Ni peleas en los bares, ni movimientos extraños en las calles, ni borrachos en las playas... —caviló Jerry en voz alta.

—Chico, hay algo que estás dejando de lado —dijo Maite, interrumpiendo sus pensamientos.

El tono condescendiente, poco habitual en la forense, no pasó desapercibido para él. Se conocían demasiado.

—Sí, ya sé lo que me vas a decir.

—¿Y entonces? ¿Qué vas a hacer?

Jerry sacó de golpe los pies de la falda de Maite y, como un nene ofendido, se sentó cruzado de piernas y brazos en el sillón, decidido a no hablar.

—Ay, chico. Mira que eres estúpido. Es tu obligación proteger a la chica que recibió los mensajes.

—La protegí —dijo—. Le mandé una patrulla de la ronda nocturna.

Maite se levantó y con furia se acomodó el pijama de florcitas. Además de ser muy feo, le quedaba chico.

—¿Una patrulla que pasa cada hora? ¿Eso le mandaste a una ciudadana asustada?

—¿Y qué pretendías, que le mandara a la CIA?! —gritó Jerry, descontrolado.

—Chico, tú estás demente —dijo la forense y respiró hondo, luego largó el aire intentando calmarse—. Esa mujer recibió una nota. Esa nota hizo que te emborracharas como una cuba. ¿De veras crees que no hay que cuidar a esa mujer?

El policía se arregló la camisa: puso cada botón en el ojal correspondiente y controló la altura en la que llevaba, como siempre, las mangas. Con las manos se arregló el pelo lo mejor que pudo y, en silencio, le clavó la mirada a su amiga Maite.

—¿No vas a decir nada? —preguntó la mujer.

—Sí, tu pijama es horrible —dijo mirándola de arriba abajo—. Cómprate otro, un talle más grande.

Se dio media vuelta y se fue con un portazo.

«530 de avenida Duvall.» En la memoria fotográfica de Jerry Alvarado, había quedado grabada la dirección de la casa de la chica pelirroja; llegar hasta el lugar le iba a llevar una media hora caminando. No le importó. Era el tiempo que necesitaba para calmarse. Se había equivocado con Ángela, lo sabía, pero los reproches de Maitena le causaron enojo.

El teléfono celular vibró en el bolsillo trasero de su pantalón. Seguro era Maitena, que lo llamaba para pedirle perdón. La sonrisa le duró poco: en cuanto tocó la pantalla y vio el mensaje de texto, supo que la historia empezaba a cambiar. Su historia y la de Key West se definían en ese mensaje de tan sólo tres palabras: «Apareció otro cadáver». Sintió cómo su estómago se convertía en piedra. Leyó de nuevo el mensaje: se lo había enviado la agente de turno del 911. Tenía orden de molestarlo sólo si surgía alguna emergencia. Y no se le ocurría nada más urgente que un cadáver. Otro cadáver.

Miró a su alrededor: estaba solo, sin auto, y lejos de la comisaría. El barrio cubano que hacía una hora le había parecido encantador le resultaba ahora una completa mierda, alejado de todo. No lo pensó demasiado y corrió en reversa hacia la casa de Maitena, necesitaba un auto.

Cuando la forense abrió con expresión de susto, Jerry le puso la pantalla del iPhone delante de la cara.

—Dios mío —dijo ella.

En menos de diez minutos Maitena estuvo lista. Cuando reapareció, llevaba puestos un *jean* bien ancho y una remera azul marino y, por supuesto, la acompañaba su infaltable maletín con los elementos necesarios para una autopsia preliminar. «La cajita de los muertos», como solía decir con su pizca de humor negro. Jerry no paraba de enviar y recibir mensajes con información. Se le había ido el color de la cara: estaba blanco.

Sin perder tiempo, subieron al auto destartado de Maite. La mujer se puso el cinturón de seguridad. Jerry la miró expectante.

—Espero que tengas gasolina, vamos a Big Pine Key.

No podía dormir. Se sentía sola y asustada. Pero lo que más le dolía era la ausencia de sí misma. Se levantó de la cama y fue al baño. Prendió la luz y se plantó frente al espejo. Y allí se vio, ojerosa y pálida. Abrió el botiquín, miró indecisa la fila de colorantes para el pelo, hasta que finalmente eligió el negro. De a poco, fue oscureciendo los mechones rojos. Le gustó el resultado. Alguna vez —ya no recordaba quién— le habían dicho que sus ojos verdes merecían un pelo negro. Ese alguien también le había dado un beso. Cerró los ojos tratando de recordar el nombre, o la cara, o el sabor de aquellos labios. Pero no pudo, no había caso. Su memoria se encaprichaba y borraba a todo aquel que le prestara atención. Sonrió ante la ironía. Tomó un analgésico contra el dolor de cabeza, así nomás, sin agua. Y bajó la escalera, necesitaba un té bien cargado.

Pensó en Rosalba, la extrañaba. Después de que le mataran a su gato Sunny no quiso volver. Tal vez era más feliz en Miami con su verdadera amiga. Se puso triste ante esa posibilidad. Marcó su celular, pero estaba apagado. Pensó en dejarle un mensaje y de inmediato desistió. Se miró las palmas de las manos: estaban ajadas, secas. Fue hasta su habitación y se puso crema. Le costó encontrar un frasco lleno. Había acumulado decenas de envases vacíos de cremas, perfumes y hasta cartones de jabón. «Algún día voy a tirar toda esta basura», pensó. En el fondo, sabía que eso no iba a suceder.

Se agachó, metió los brazos debajo de la cama y sacó una caja enorme. La levantó con esfuerzo y la apoyó sobre sus almohadas. En la tapa de cartón, escrito con marcador negro, decía «PAPÁ». Toda su infancia estaba encerrada allí adentro. Sacó una foto, era en blanco y negro. Allí se lo veía a su padre vestido con unos pantalones blancos tipo Oxford y una camisa entallada, también estaba su madre con un vestidito oscuro que destacaba su cuerpo fabuloso. Se agarraban del brazo. Hacia el fondo, podía distinguirse el casino de Mar de Plata. Ésa era su foto favorita, porque siempre supo que había sido la última.

Ángela se acordaba muy bien de ese día. Habían ido los tres a pasear por la playa. Hacía calor y el viento le pegoteaba los granitos de arena en las piernas. Se había encaprichado con un helado y sus padres, para no escuchar más el berrinche, la llevaron a la heladería de la rambla. Todo el mundo saludaba a su papá —«¡Fuerza, campeón!», «¡Sos nuestro orgullo, Pipo!»—, y él levantaba los brazos, cerraba sus puños, se ponía las manos en el corazón y sonreía, siempre sonreía. El fotógrafo de una revista de moda guardó ese momento en su cámara, pero antes le había pedido que ella se corriera. Tal vez por eso, tiempo después, le mandó la foto a la casa de sus abuelos. Debió de haber sentido culpa: la había privado de esa última foto con sus padres.

Durante años se dedicó a arrancar de cuanta publicación llegaba a sus manos las entrevistas y fotos del campeón. Doblabla las hojas en cuadraditos perfectos y las

metía en la caja. Eligió al azar uno de los recortes y lo estiró con cuidado.

—¿Quién es usted?

—*Pipo Larrabe, el campeón.*

—¿Le gustaría tener alguna cosa que justificara su paso por esta vida?

—*No, tengo todo.*

—Cuando dice todo, ¿a qué se refiere?

—*Tengo plata, casa, auto y fama. Todo.*

—¿Con qué soñaba cuando era chico?

—*Con plata, mucha plata. Y con ropa.*

—¿Cómo se imagina a su hija en el futuro?

—*(Piensa) Me la imagino abogada. Quiero que sea abogada. Que se vista con el uniforme de abogada. Quiero que sea alguien importante.*

Ángela dio vuelta de golpe la hoja de la revista, como si temiera que desde esa página arrancada y amarilla su padre pudiera ver que le había fallado, que ella no era una persona importante. Desdobló otro cuadrado, una foto de su madre le llamó la atención: tenía un vestido color crema, ajustado al cuerpo; se le notaban los hombros huesudos, el cuello largo y la piel blanquísima, casi transparente. Tenía el pelo ondulado, por debajo de las orejas. «Elena Baldini, la mujer detrás del campeón», el título nada tenía que ver con el texto de la nota. El periodista limitaba a su madre a una gacetilla de modas: el vestido es de tal marca, el collar de tal otra y «usa el pelo rojo pasión, el color del invierno». Eso era la mujer del campeón: un maniquí, una mujer muestrario. Su madre también había fallado: no había conseguido ser alguien importante. Le dio un beso a la foto, dobló la hoja y guardó el cuadrado junto con el resto de los recortes.

De vez en cuando abría esa caja y espiaba su pasado. Algunas veces sentía que esa nena no había sido ella, que esa mamá no había sido la suya y que ese campeón era sólo un ídolo popular, lejano como todos los ídolos que nada tienen de populares, ya que si fueran populares no serían ídolos. Corrió una pila de revistas viejas de debajo de la cama y acomodó la caja en su lugar. Cada uno tiene derecho a decidir cuánto pasado es capaz de soportar. La tolerancia de Ángela siempre había sido baja.

Unas luces azules se colaron por la ventana: era un patrullero, que pasaba por la cuadra, lentamente. Sintió alivio, el comisario Alvarado no le había mentado. Bajó las escaleras corriendo. «Tengo café y *bagels*», pensó. Quería ser amable con los policías. Cuando abrió la puerta, la calle estaba vacía: la custodia había durado menos de quince segundos.

El farol de la casa de Rosalba estaba apagado. Aunque no fue eso lo que le llamó la atención. Se concentró en los arbustos de la fachada: no se veían erguidos, alguien los había pisoteado. Incluso, desde enfrente, se notaban claramente las varas de las orquídeas quebradas. Intentó ver las luces azules al final de la avenida Duvall. No estaban. La policía se había ido. Encerrarse con dos vueltas de llave en su casa era la mejor opción. La única.

Cuando se dio vuelta para entrar, lo descubrió. Pegado en la puerta, había un

papel. Otro más. Se quedó sin aire, las rodillas se le doblaron y se sintió caer. De repente, todo se había puesto oscuro.

—Librany Baker, veintidós años. Nacida en Miami, domiciliada en Big Pine Key. Camarera del bar Crazy Pine...

Jerry Alvarado levantó la mano derecha. Ese gesto bastó para que el oficial de la comisaría de Big Pine dejara de recitar con voz monótona los datos del cuerpo que habían encontrado hacía un rato.

—¿Estaba denunciada como desaparecida? —preguntó sin bajar la mano.

—No, señor.

—¿Cómo la identificaron?

—Tenía su documento y en el bar nos confirmaron que era empleada del lugar.

—¿Familia?

—Estamos tratando de ubicarlos. No son de Florida.

—Que nadie toque el cuerpo. La única autorizada es la doctora Maitena Orestes —dijo Jerry y prestó atención a los ojos desorbitados del agente, que asentía a destiempo con la cabeza—. Siga con lo suyo, vaya.

Miró hacia el auto: Maitena se ponía el delantal celeste al mismo tiempo que preparaba vaya a saber qué cosa en su maletín de metal. Caminó hacia el lugar en el que habían hallado el cuerpo de la tal Librany. Estaba amaneciendo, era la hora mágica en la que la luz baña todo con oro. Por la ruta que unía Key West y Big Pine pasaban pocos vehículos, la mayoría eran utilitarios o camiones que traían desde Miami alimentos, combustibles y todo lo necesario para que esas islas pudieran subsistir.

A tres metros de la banquina, aprovechando el borde de unos arbustos, los policías locales habían delimitado la escena del crimen para evitar cualquier posible contaminación de las pruebas. Ese detalle tranquilizó a Jerry, los había creído mucho más precarios. Los faroles de la ruta todavía no se habían apagado. No todos funcionaban. Debajo de dos de los postes se veían los vidrios rotos de las bombitas. Sacó fotos con su iPhone.

—¡Agente! —gritó levantando la mano.

El chico fue corriendo.

—Sí, señor.

—Recorra esta ruta y preste atención a los faroles —ordenó el comisario. El agente seguía asintiendo de manera compulsiva—. Quiero saber cuántos tienen las bombitas rotas, y en ese caso, fíjese si los vidrios están en el piso —dijo señalando los dos que él había descubierto.

—¿Toda la ruta?

—Esta ruta llega hasta el norte de los Estados Unidos, no sea marmota —dijo Jerry revoleando los ojos—. Recorra sólo unos kilómetros para ambos lados. Vaya.

Siguió caminando, quería mirar con mucho detalle el lugar. A medida que el amanecer avanzaba, los primeros rayos del sol delataron una huella que no pasó

desapercibida para Jerry. El pasto al costado de la banquina estaba amarillo, la lluvia en los cayos es escasa o casi nula. Jerry se agachó y con la palma de la mano rozó las puntas secas. Apuntó con su teléfono y sacó varias fotos. Claramente se notaba que una moto había salido del asfalto y había dejado una huella de tierra: el pasto estaba aplastado. Levantó la cabeza, a menos de medio metro había otra huella. Se acercó y la duda se convirtió en certeza: alguien en moto había entrado y salido de la ruta a la misma altura en la que habían encontrado el cuerpo de la chica. Sacó más fotos.

—Chico, ya estoy lista. ¿Vamos a ver a nuestra amiga?

Maitena solía tener muy buen ánimo cada vez que sus manos estaban por tocar un cadáver. Jerry solía pensar que la forense manejaba un elaborado mecanismo de autodefensa o era dueña de un morbo descomunal, y siempre terminaba apostando a lo segundo.

—Vamos —dijo.

Camaron unos pocos metros en silencio, concentrados. Miraban el piso buscando algún elemento fuera de lugar. «El asesino deja, el asesino se lleva.» Se agacharon al mismo tiempo para pasar por debajo de la cinta amarilla y se quedaron parados a medio metro del cuerpo de la chica.

—Librany Baker, veintidós años —dijo Jerry.

—¿Librany? —preguntó Maitena—. ¿Qué nombre es ése?

Jerry revoleó los ojos por segunda vez en media hora.

—Maitena no es un nombre mucho más bonito, ¿eh?

—Bué, silencio que me estoy concentrando —dijo Maite con una media sonrisa.

Librany estaba boca abajo. No había sangre en su espalda, tampoco alrededor del cuerpo.

—Está vestida —destacó la forense—. La playera y los pantalones se ven acomodados.

—No la violaron entonces.

—No te apresures, Jerry. Eso lo voy a ver en la mesa de autopsia...

—Nunca vi a un atacante sexual que deje vestida a su víctima de manera tan prolijita —interrumpió Jerry—. Mira, hasta tiene un cinturón de cadenas en su lugar.

Maitena asintió con la cabeza. Lo que decía su amigo tenía lógica. Se acercaron paso a paso mientras sacaban fotos; Alvarado, con su iPhone, y Maitena, con su máquina automática. La forense armó en menos de dos minutos un pequeño laboratorio de campo. Abrió su maletín de metal, desplegó los estantes, se puso guantes de látex y un barbijo de género blanco. Un rato antes se había atado el pelo con un elástico negro. No tenía ni un mechón fuera de lugar.

El pantalón y la musculosa de Librany estaban salpicados de pasto amarillo y tierra seca. Sin tocar el cuerpo, Maitena recogió una a una las ramitas y las guardó en una bolsa Ziploc. Sintió alivio cuando encontró en su maletín un rollo de cinta adhesiva de papel, era lo que necesitaba para capturar las partículas de tierra de la ropa de la chica.

—Oye, Maite —dijo Jerry, rompiendo un silencio sepulcral—. Me voy a la ruta. Me han traído al dueño del bar de mala muerte en el que trabajaba «tu clienta».

Como respuesta, Maite sólo asintió con la cabeza y siguió poseída con su trabajo.

La luz del día ya era total y el tránsito en la ruta era fluido. Un hombre de edad indescifrable se apoyaba en el patrullero de Big Pine que estaba estacionado en la banquina.

Cuando vio llegar a Jerry, el hombre se incorporó, apuró la última calada de un cigarrillo, tiró la colilla prendida en el asfalto y se frotó las manos en un *jean* al que le hacía falta un buen lavado.

—Soy el comisario Jerry Alvarado, de Key West —se presentó.

—Harry Lowes, dueño del Crazy Pine —dijo el hombre mientras estiraba una mano a modo de saludo.

Jerry lo dejó con la mano colgada.

—Le voy a preguntar algo que yo ya sé, pero necesito escucharlo de su boca. ¿Cuándo fue la última vez que vio a Librany?

—Ayer por la tarde —dijo Harry—. Cuando Lilith tomaba su turno, yo me fui de bar...

—¿Lilith? —preguntó el policía sin levantar la mirada de la libreta negra en la que tomaba nota.

—Sí, todos le decimos Lilith. Ése es el apodo con el que ella se presenta.

—Se presentaba —corrigió Jerry—. ¿Dijo o hizo algo que le haya llamado la atención?

—No. Es... Bueno, era una chica muy callada. Cumplía con su trabajo y se iba. No necesito más que eso de un empleado.

Jerry le clavó la mirada.

—¿Sabe de algún cliente o de alguien de Big Pine que pudiera tener algún problema con Lilith? Haga memoria, Harry, nada de lo que me está contando me sirve.

El hombre se encogió de hombros y se acomodó el pelo grasiento.

—No, amigo, nada de nada.

—No soy su amigo, Harry. ¿Lilith tenía novio?

—No —contestó bajando la voz y se explayó en la respuesta—: Creo que le gustaban las chicas. Usted entiende... es lesbiana.

—¿Alguna vez Lilith fue agredida o insultada por su condición sexual?

Harry sonrió. Jerry pudo notar el brillo lascivo de los ojos del hombre.

—No, yo no vi a nadie decirle nada. Era algo que comentábamos a sus espaldas.

—¿Lilith tenía novia o andaba con alguna mujer?

Harry Lowes no pudo contestar. Un grito lo dejó mudo. Maitena Orestes llegó corriendo a la ruta. Se había arrancado el barbijo, los mechones de pelo se escapaban del elástico negro. Estaba agitada y con las mejillas rojas.

—¡Llaman a una ambulancia! ¡La chica está viva!

Los minutos que siguieron fueron de desesperación. Dos ambulancias recorrieron la distancia entre Key West y Big Pine a una velocidad escandalosa, pero en este caso justificada. Maitena salió por la fuerza de su lugar de confort —los muertos— para lidiar con un cuerpo que aún vivía. La temperatura del cuerpo le había llamado la atención, ése fue el primer indicio: estaba caliente. Se sacó un guante de látex y puso dos de sus dedos en el cuello de la chica para confirmar lo que sospechaba: latía. No prestó atención a las heridas del rostro; lo que en los muertos es fundamental, en los vivos puede ser sólo un detalle si lo que está en juego es la vida. Y Librany estaba viva. Con los dedos recorrió el cráneo de la chica: no encontró ni golpes, ni cortes. Le abrió la boca: la mandíbula estaba blanda y la cavidad bucal, vacía. Ningún elemento interrumpía el paso del aire. Intentó determinar el ritmo cardíaco —lamentó no tener en su maletín un estetoscopio—: era lento y difuso, pero ahí estaba. En la piel del cuello había quedado una marca. El surco que provoca una soga. Por un segundo recordó a Jeannine, la muerta de la playa: con ella también habían usado una soga. Librany había tenido más suerte.

Un médico y su ayudante bajaron de la ambulancia y corrieron hasta donde estaba el cuerpo. Sin dejar de lamentarse, Jerry les marcó el camino. Estaban pisoteando la escena del crimen. Aunque Lilith estuviera viva, alguien había querido mandarla al otro lado y las posibles pruebas estaban siendo pisoteadas. «¡Cuánto más fácil es trabajar con muertos!», pensó.

—Está en un estado de muerte aparente —sentenció Maite mientras los médicos preparaban el desfibrilador—. Tiene arreflexia y midriasis.

Jerry la miró desconcertado.

—Ausencia de reflejos neurológicos, aumento de diámetro y dilatación de pupilas —aclaró la forense.

Intentaron reanimarla. Fue en vano.

—Me la llevo —anunció el médico a cargo—. Acá la pierdo.

Jerry y Maitena asintieron con la cabeza. Pusieron a Librany en una camilla, al mismo tiempo en el que le suministraban oxígeno. En menos de quince minutos, la chica iba rumbo al hospital central de Key West.

—Necesito un café —dijo Maite cuando finalmente se quedaron solos a la vera de la ruta.

Minutos antes Jerry había echado del lugar a Harry Lowes y les había ordenado a los agentes policiales de Big Pine que escoltaran a la ambulancia.

—Vamos al centro caminando. Quiero recorrer esta zona. Ya sé que no tengo una muerta, pero no voy a desmerecer el esfuerzo del agresor.

Ambos rieron. El humor negro de Jerry muchas veces era un bálsamo ante tanta tensión. Dejaron el auto en el que habían llegado estacionado en la banquina y desanduvieron los pasos que unas horas antes había dado la malograda Librany, o Lilith.

—Nuestro Key West parece Nueva York al lado de esta porquería —sentenció

Jerry mirando a su alrededor con las manos en la cintura y cara de asco.

Los únicos dos restaurantes estaban cerrados; según los carteles, abrían a las 18 horas. Las mesas y sillas de uno de los locales estaban acomodadas en la vereda.

—Qué confianza —dijo Maite—, parece un lugar seguro.

Jerry revoleó los ojos y comentó:

—Sí, claro. Pregúntale a Lilith.

Buscaron una cafetería dentro del único signo de civilización del pueblo: el Walmart. La poca gente que había entre las góndolas se los quedó mirando, también las dos cajeras.

—Somos lo más divertido que le pasó a esta gente en siglos —dijo Jerry, que no podía parar de revolear los ojos.

—Error, amigo. En cuanto se enteren de lo que sucedió con la chiquita Librany o Lilith, se olvidarán de tu *glamour*.

Ambos rieron. Se sentaron a una mesita redonda, en el patio de comidas del supermercado. El olor de los capuchinos recién hechos fue la primera cosa placentera que les sucedió en el día.

—Según el GPS de mi celular el bar inmundo en el que trabaja Lilith queda a veinticinco cuadras del lugar en el que apareció inconsciente —dijo Jerry con el iPhone en la mano—. No creo que haya hecho ese trayecto caminando.

—Chico, entre tanto apuro no te conté algunas cosas —dijo Maite, tomó un trago del café y siguió—: La chica tiene la cara destrozada. Una ceja, la nariz, los labios. Sangre por todos lados. Pero esas heridas no eran letales. Intentaron ahorcarla con un lazo o una soga, eso fue lo que cortó la llegada de oxígeno y sangre al cerebro. El motivo de la muerte aparente.

Jerry parecía no haber escuchado a la forense y siguió con su reflexión.

—Estoy seguro de que no hizo ese trayecto caminando. ¿Notaste que estaba descalza?

—Sí, lo noté. ¿Escuchaste lo que te acabo de decir?

Jerry guardó silencio por unos segundos mientras revolvía la espuma del capuchino.

—Sí, rostro con lesiones, ahorcadura a lazo, sin zapatos... —repitió y le clavó la mirada—. Igual que Jeannine, la muerta de la playa.

—Igual no. Lilith está viva y si reacciona, va a poder contar qué fue lo que le sucedió...

El policía la interrumpió:

—¿Va a reaccionar?

Maite eligió como respuesta el silencio.

Todo había salido mal. En el piso, boca abajo en su refugio, no podía sacar los ojos de la pantalla de la computadora. No podía creer lo que anunciaba el periódico *on line* de Key West: la chica de los pantalones floreados estaba viva. El artículo no decía demasiado, pero lo poco que algún periodista había escrito era suficiente: la habían encontrado a la vera de la ruta de Big Pine y todavía no reaccionaba. Se refregó los ojos con las manos, en su cabeza todavía resonaba la voz añorada que unas horas atrás le había pedido fuego. Seguramente estaban buscando al conductor del *jeep* con el que la chica había compartido un cigarrillo de marihuana. «Efectos colaterales», pensó.

Se sentó apoyando la espalda contra la pared. Las persianas estaban bajas y las luces apagadas. Sólo la computadora iluminaba —apenas— la habitación. Sobre la mesita ratona estaba el casco plateado. Nadie había visto su rostro. Quiso sonreír, pero no pudo. Tenía hambre. Caminó a tientas hacia la cocina y abrió la heladera. El olor que despedía la obligó a retroceder unos pasos. Algo se estaba pudriendo. Puso la mano en uno de los estantes. No recordaba haberla desenchufado. De tres tragos vació una botella de agua mineral. Se secó la boca con la manga de la camiseta y cerró la heladera de un golpe.

Volvió a la oscuridad de la sala. Por las hendiduras de la persiana cerrada se filtraba la luz del sol. En el primer estante de la biblioteca, detrás de dos libros, había un grabador pequeño. Lo frotó contra el almohadón del sillón para sacarle el polvo. Hacía años que no lo usaba. Lo había comprado en una casa de electrónica de Nueva York. Veinte dólares, todavía recordaba el precio. En esa época había querido ser periodista y grababa las respuestas absurdas a las preguntas más absurdas aún que le hacía a cualquiera que se le pusiera a tiro. Escribió un par de artículos mediocres que ningún medio quiso publicar. Por suerte sus pasiones duraban poco y las ganas de ser periodista fueron reemplazadas por otra vocación: el surf. El grabador quedó escondido en la biblioteca y la tabla de surf en el garaje.

Le dio *play* a la cinta, y su voz grave inundó la habitación. En la grabación le hacía un reportaje a una azafata. La chica no tenía nada interesante para contar, o tal vez sus preguntas no habían dado en el blanco. Se encogió de hombros y retrocedió el casete. Apretó dos botones, quería saber si todavía funcionaba. «Uno, dos, tres, grabando», dijo con un tono monocorde y calmo. Y empezó a hablar: la chica muerta de la playa, la chica viva de los pantalones floreados. No podía dejar de pensar en ellas. Apretó el botón de *stop*, era suficiente. Había contado bastante.

Escondió de nuevo el grabador y se tiró en el piso. Así, en posición fetal, quiso dormir, pero no pudo. ¿Qué hacer ahora? ¿Por dónde seguir? Tal vez lo mejor era agarrar la moto, proteger su rostro —otra vez— con el casco plateado y huir lejos. Solamente lejos se puede empezar de nuevo. Pero algo le decía que aún no era el momento. En dos movimientos se puso de pie y se acercó a la ventana.

Cuando la vio, el corazón se le aceleró tanto que incluso le pareció escucharlo resonar en las paredes de la habitación. Ella salía —casi corriendo— de la casa de enfrente. Un rayo de placer se le clavó en el estómago. No se podía ir a ningún lado. Antes de barajar y dar de nuevo el mazo de cartas ajado en el que se había convertido su vida, tenía algo que hacer. «Ángela Larrabe, falta poco», murmuró.

Key West había dejado de ser un lugar tranquilo, aunque en realidad nada había cambiado. Las puestas de sol seguían siendo igual de fabulosas, la arena de las playas se veía igual de blanca y suave, los bares seguían ofreciendo los mejores *brunchs* de la Florida. Pero a todo eso se le sumaba el miedo. El enemigo seguía siendo tan intangible como los fantasmas de los relatos que sobrevolaban los Cayos. La diferencia estaba puesta en las víctimas. Los habitantes y turistas de la isla les temían a las víctimas: a Jeannine, a Lilith. No querían terminar como ellas. Los cuerpos lacerados de ambas eran un espejo en el que nadie quería verse reflejado.

Jerry Alvarado había fracasado. La sensación era demoledora. Un policía en cada cuadra de la avenida Duvall, la recomendación de la oficina de turismo —«No caminar de noche por las playas»—, y las quejas de los dueños de los bares de copas —«Sólo vienen los clientes borrachos»—, lo tenían abrumado. Como cada vez que se sentía deprimido, pensó en Bernadette, la Drag Queen protagonista de la película *Priscilla, la reina del desierto*; si ella había podido sobreponerse al prejuicio, al paso del tiempo y la fama, él también podría conseguirlo. Mientras caminaba hacia la comisaría se rió de sí mismo y sintió, también, un poco de pena: estaba frente al desafío más grande de su vida y no sabía si estaba a la altura de la situación.

Hizo una parada en el puesto de flores y compró unos tulipanes para el jarrón de cristal de su escritorio. El vendedor apenas lo saludó y, de mala gana, le dio las flores envueltas en una hoja de papel de diario. Las dos cuadras restantes las hizo mirando el piso, avergonzado. No quería cruzar miradas con sus vecinos de Key West, no podía enfrentar el peso del miedo ajeno, bastante tenía con el propio.

—Comisario, una chica lo está esperando adentro —dijo el agente encargado de la puerta del destacamento.

La mujer estaba sentada en una de las sillas de metal de la recepción. Jerry tardó sólo unos segundos en reconocerla. Al principio, el color oscuro del pelo lo desconcertó.

—¿Ya no eres más pelirroja? —preguntó.

Ángela se pasó ambas manos por el pelo corto y sonrió. Por primera vez Jerry sintió empatía hacia ella. La virtud —o defecto— de sonreír con la boca y mantener los ojos tristes era algo que compartían.

—Vamos a mi oficina —le propuso.

En cuanto el policía cerró la puerta, Ángela se desmoronó en un sillón.

—Voy a colocar mis tulipanes en el jarrón. Cuando termines de llorar, me avisas.

La chica asintió con la cabeza y siguió llorando. Jerry tuvo tiempo de arreglar las flores y de limpiar con alcohol sus tres vasos de cristal. Aunque estuviera perdido en el desierto, podía rechazar cualquier cosa que estuviera servida en un vaso que no brillara.

Después de un buen rato de lágrimas, sonadas de mocos en pañuelos de papel

tissue y un par de ahogos con congoja, Ángela dejó de llorar. Se la veía muy desmejorada: sus ojeras estaban muy pronunciadas, algunas manchitas rojas marcaban sus mejillas, llevaba los labios lastimados de tanto mordérselos y el pelo, aunque morocho, todavía conservaba algunos mechones rojizos. Sentado frente a ella, Jerry pudo percibir la mezcla de olor a perfume de limón y sudor que emanaba la chica.

—Bueno, querida —arrancó—. ¿A qué debo tu visita?

Ángela se secó las últimas lágrimas con la palma de la mano derecha, abrió el morral de gamuza que tenía cruzado en el pecho y sacó una hoja arrugada. Sin decir una palabra, la estiró en el escritorio, delante de los ojos de Jerry. El policía reprimió las emociones: hubiera querido ser la chica para poder largarse a llorar sin culpa, pero no era la chica, no podía llorar.

La hoja era del mismo cuaderno en el que Jeannine Delaware, la muerta de la playa, había hecho su último dibujo. Abrió el cajón de su escritorio y de unos folios transparentes sacó los otros dos mensajes que le habían dejado a Ángela. Ella los miró fijo y se mordió el labio inferior hasta sacarse sangre.

—Tranquila —dijo Jerry—, vamos a repasar un poco.

Ordenó los mensajes de manera cronológica. Primero, el papelito celeste que alguien había tirado con una piedra por la ventana de la casa de la chica: «Lo que me ocurre en la mente, muere. DA». El segundo había aparecido pegado en la puerta de la casa de la vecina de Ángela: «El asesinato de DN está justificado». Y ahora le habían dejado el tercero: «Si el tiempo es infinito, estamos en cualquier punto del tiempo. B».

—El segundo y el tercero están escritos en hojas iguales —dijo la chica con la voz temblorosa y sin sacar los ojos de los papeles.

Jerry asintió con la cabeza. Eso ya lo sabía, ahora lo que lo tenía preocupado era otra cosa.

—¿Cuándo y cómo recibiste el tercer mensaje? —preguntó.

—Apareció pegado en la puerta de mi casa esta mañana —dijo Ángela y empezó a llorar de nuevo—. Me asusté tanto que casi no lo leí, me bajó la presión y me desmayé.

Al policía no lo conmovieron ni las nuevas lágrimas de la chica, ni su bajón de presión, menos que menos el desmayo. Toda su atención estaba puesta en la conclusión que sacaba de toda esa historia. En primer lugar, «el mensajero anónimo» tenía en su poder el cuaderno de Jeannine y usaba las hojas para amedrentar a la mujer histérica que tenía sentada enfrente. En segundo lugar, todos los mensajes aparecían a pocas horas de haberse cometido un hecho delictivo. La muerte vandálica del gato de la vecina, el asesinato de la chica de la playa y el intento de homicidio de Lilith.

—¿Por qué a ti? —preguntó sin saber muy bien el motivo.

—No lo sé —contestó mientras se abrazaba como si tuviera frío—. Lo pensé

mientras venía para acá y...

El ruido del teléfono celular de Jerry interrumpió la conversación. Miró la pantalla del celular: el llamado provenía de la comisaría de Big Pine. Atendió sin dudar. Del otro lado de la línea, un policía no paraba de hablar. A medida que iba relatando las novedades de la investigación por el ataque contra Lilith, la cara de Jerry se iba transformando. Ángela se sintió incómoda y de más. La atacó esa sensación conocida de sobrar siempre en cualquier parte. Se levantó del sillón y sus rodillas crujieron. Últimamente estaba tan tensa que cada movimiento le traía una nueva contractura. Movié la cabeza para los costados y se paró frente a la ventana de la oficina. El día que había amanecido soleado y caluroso empezaba a descomponerse: unos nubarrones negros estaban viniendo desde la bahía. La temporada de huracanes se aproximaba y el cielo no parecía querer aportar calma.

—¿Qué hiciste anoche en Big Pine Key?

La voz de Jerry la sobresaltó. Nunca le había escuchado un tono tan grave. Se dio vuelta y lo miró sorprendida.

—Fui a tomar un trago —contestó—. Suelo salir bastante de Key West.

—¿Dónde fuiste? ¿Con quién? ¿Qué tomaste? Habla, vamos.

—Fui sola en mi auto. Manejé hasta Big Pine, estacioné mi auto en un *parking*, caminé hasta un bar...

—¿El Crazy Pine? —la interrumpió.

—No recuerdo. Bueno... Nunca supe el nombre. Es un bar muy sórdido, pero tiene una terraza con una bonita vista a No Name Key. Tomamos un trago...

—¿Tomamos? —preguntó Jerry.

—Sí, la camarera del bar tomó un trago conmigo.

—¿Conoces a Librany Baker?

Ángela dudó un segundo antes de responder.

—No, no conozco a ninguna Librany... que yo recuerde.

—Lilith, tal vez —insistió el policía.

—Ah, sí... —dijo, y volvió a rodear su cuerpo con sus brazos—. La moza con la que tomé unos tragos en Big Pine se llamaba Lilith. ¿Me siguieron?

—No, querida, no —dijo Jerry revoleando los ojos—. Anoche a tu compañera de copas quisieron matarla.

El horror asomó en el rostro de Ángela; los ojos verdes se le llenaron de lágrimas y las manchitas rojas de sus mejillas se volvieron más brillantes. Jerry siguió hablando:

—Entonces, estimada Angie... Te voy a decir «Angie» —acotó con ironía—, estás en un problemita. Una chica aparece asesinada en la playa y, oh casualidad, un rato antes había viajado en el trencito de mierda ése en el que tú trabajas, y anoche intentaron asesinar a la camarera que, oh casualidad, un rato antes tomó unos traguitos contigo.

—Está loco —chilló—. Pregúntele a Lilith, yo no hice nada. Vine acá a pedir

ayuda.

No pudo seguir hablando, el llanto volvió a ahogarla. Temblaba. Las manchitas se habían extendido a su pecho y a su cuello. Como si estuviera dispuesta a marcharse, se puso de pie.

—Shhh, bájame el tono de voz. Yo, en tu lugar, no estaría tan desafiante. Lilith no puede hablar —dijo Jerry—, está internada muy grave.

Decidió no darle más detalles. No estaba muy seguro de que Ángela tuviera alguna relación con los ataques, pero sus conexiones casi póstumas con las dos víctimas no le parecían datos menores. Le señaló el sillón y le pidió que tomara asiento otra vez. La chica obedeció sin chistar.

—A ver, Angie...

—Soy Ángela.

—Bueno, Angie. Te voy a decir lo que vamos a hacer, ¿tienes un abogado o necesitas que el estado de la Florida te provea de uno?

—No tengo, ni quiero —contestó un poco más repuesta.

Como si no la hubiera escuchado, Jerry continuó:

—Voy a pedir un abogado para que te represente. Te vas a quedar un rato aquí en mi comisaría mientras revisamos tu domicilio y chequeamos algunas cuestiones relacionadas con tus antecedentes en este país y en tu país de origen. ¿De dónde vienes?

—Ya se lo dije la vez pasada: soy argentina.

—Argentina, sí, claro —dijo Jerry recordando de golpe—. Bueno, tienes derecho de llamar al consulado de tu país y solicitar un abogado en tu idioma...

Ángela lo interrumpió:

—Tengo la ciudadanía norteamericana y hablo inglés mejor que tú, chicano.

Por un segundo el policía perdió el control de la situación, la chica había mostrado carácter, incluso había decidido tutearlo.

—Epa, si esto fuera un *ring* de boxeo —dijo, intentando calmarla—, ése hubiera sido un rechazo, casi de *knock out*.

Ángela le clavó la mirada. Su voz ya no era chillona y sus ojos ahora estaban secos.

—Si esto fuera un *ring* de boxeo, estarías de rodillas en el piso. Yo soy la hija del campeón.

La cama parecía enorme, o ella resultaba demasiado chica. Cuando llegó en estado desesperante, los médicos hicieron todo lo posible para salvarla. Usaron un desfibrilador y adrenalina, chequearon cada una de sus funciones vitales y nada. Librany Baker no volvía en sí. Una enfermera gorda y amable limpió cada parte de su cuerpo con unas gasas especiales, embebidas en líquido jabonoso. Antes de hacerlo, había guardado las calzas floreadas, la musculosa blanca, el cinturón de cadenas y la ropa interior en una bolsa de plástico, tal como le había pedido el policía que había bajado de la ambulancia junto con la chica.

Estaba muy por debajo del peso ideal para una mujer de veintidós años y su piel parecía un pergamino. Danna, la enfermera, se detuvo con curiosidad en cada uno de los tatuajes que decoraban ese cuerpo inerte. En la espalda casi no quedaba lugar sin dibujar: entre los omóplatos había una fogata cuyas llamas llegaban hasta la base la nuca; alrededor de ese fuego rojo y naranja, unos cuerpitos azules parecían bailar; el brazo izquierdo estaba recorrido por una serpiente de varios colores, a la serpiente le faltaba la cabeza. Las piernas de la chica estaban intactas, nadie las había colonizado con sus dibujos. En el empeine del pie derecho se destacaban unas iniciales mal hechas: LB. Danna chequeó la planilla con los datos de la chica y descifró que se trataba de sus iniciales. Pero la marca que Librany —LB— lucía alrededor del cuello nada tenía que ver con la moda o con alguna rebeldía voluntaria.

La enfermera pasó un algodón con desinfectante por ese collar sanguinolento. Lo hizo con mucho cuidado; aunque la chica estaba inconsciente, no deseaba hacerla sufrir. Trató de imaginar al cobarde capaz de querer ahorcar a una chica tan joven e indefensa, no pudo. Cada vez que Danna intentaba visualizar a un cretino, se le aparecía la cara de su ex marido cuando la golpeaba desencajado. Cerró los ojos para borrar ese pedacito de pasado que se negaba a abandonarla. El rostro de LB fue lo que más la impresionó. Una de la cejas, ambas fosas de la nariz y el labio inferior estaban desgarrados. Desinfectó las heridas y con extremo cuidado cosió, tratando de unir los pedazos. Usó anestesia local, ¿quién era ella para suponer que la malograda LB no sentía dolor? Anotó en una planilla cada una de las lesiones, una especie de inventario del despojo ajeno. Vistió a Librany con un camisolín color celeste y la acomodó con cuidado sobre la cama. Antes de dejarla le dio un beso suave en la frente.

Maitena Orestes había pasado casi toda la mañana en la sala de espera del hospital Central de Key West. Una enfermera gordísima le había dado una bolsa de nylon con las pertenencias de Lilith. En esa ropa, tal vez, el atacante había dejado alguna pista. Los médicos no estaban muy esperanzados y evaluaban la posibilidad de trasladar a la chica a un centro de mayor complejidad en Miami. A pesar de la

difusión que estaba teniendo el caso y la búsqueda que habían hecho en Big Pine, ningún allegado se había presentado. Librany no tenía a nadie. O a nadie le importaba lo suficiente.

El doctor Albert Door se acercó con una sonrisa, la misma sonrisa que había derretido a Maite tantos años atrás. Estudiaron juntos en la Academia de Ciencias Médicas de la Florida. Albert era el chico rico, inteligente y popular. Pero por sobre todas las cosas, era norteamericano, hijo y nieto de norteamericanos, nacidos y criados en los Estados Unidos; por sus venas no corría ni una gota de hispanidad, y eso le aportaba un valor extra.

—Doctora Maitena Orestes —dijo imitando la voz de uno de los profesores más severos que habían tenido—, un gusto verla por aquí.

Se dieron un abrazo sincero en medio de carcajadas medidas. A Maite se le puso la piel de gallina, Albert seguía teniendo ese don.

—Qué gusto, Albert. Pensé que seguías en tu consulta de Miami —mintió. Hacía un par de días que Maitena se había enterado a través de una amiga en común que el bello doctor Door estaba viviendo en los Cayos.

—Cosas de la vida, chaparrita —dijo el médico sin ganas de dar demasiadas explicaciones.

A pesar del paso del tiempo, Albert le seguía diciendo «chaparrita», un término mexicano que él solía usar con afecto. Para Maite ése siempre fue el límite —tú eres de allá, yo soy de acá—, un límite puesto con una amabilidad que ella nunca supo ver. Nada más perverso que las distancias puestas con una sonrisa.

—Albert, ¿cómo ves a la chica Librany? —dijo y, sin esperar su respuesta, continuó—: Estoy en una investigación criminal y la chica es la principal testigo...

El médico levantó una mano para interrumpirla. A Maite no se le escapó el detalle del anillo de bodas brillando en el dedo anular del médico.

—Ni lo intentes. La chica no reacciona, la falta de oxígeno ha dañado alguna parte de su cerebro, pero aún no podemos determinar cuál. Quiero mandarla a Miami para que se le practiquen estudios más profundos, pero antes necesito que tenga sus funciones vitales estables.

Maite asintió con la cabeza. No tenía mucho para decir. Hizo un último intento.

—Albert, ¿tú crees que en algún momento... tal vez...? —dijo sin poder redondear la pregunta.

—No lo sé, chaparrita. El cerebro es un misterio insondable —contestó el médico imitando nuevamente el tono de voz del viejo profesor que alguna vez compartieron.

Maitena volvió a sonreír, esta vez con menos ganas. La investigación estaba en una encerrona. Había llegado al hospital con la ilusión de llevarse un testimonio clave y se iba con una bolsa de nylon llena de ropa sucia y con la sonrisa y el olor de un hombre que nunca sería suyo. «Un éxito», pensó con ironía.

Se despidió del doctor Albert Door con la promesa de tomar un trago juntos algún día, algo que, claramente, ya no sucedería. Ésa fue siempre parte del encanto de

Albert: prometer lo que jamás iba a cumplir.

Mientras se ponía el cinturón de seguridad, se dio cuenta de que se había olvidado el teléfono celular en el auto. Tenía cinco llamadas perdidas de Jerry y un mensaje de texto.

No quiso perder tiempo en responder los llamados, puso primera y aceleró hasta la dirección que su amigo le había pasado.

Desde afuera, la casa de Ángela Larrabe se veía como siempre: prolija y silenciosa. Maite estacionó en la puerta, delante del patrullero de Jerry Alvarado. Un agente uniformado estaba de custodia en la escalera de entrada y la puerta estaba abierta.

—Hola, Dany —saludó Maite y entró sin esperar autorización alguna.

La sala de la casa lucía impecable. Los muebles eran antiguos y reciclados. Nada demasiado lujoso, un ejemplo de cómo con poca plata se puede hacer cosas lindas. En eso pensaba Maite cuando vio a Jerry bajar las escaleras.

—Me parece que me perdí algo —aseguró la forense.

Como respuesta, el policía la invitó a subir con un gesto. Mientras recorrían el pasillo y la habitación de Ángela, Jerry la puso al corriente de sus sospechas.

—Es cierto que esta chica ha tenido pequeñas conexiones con las dos mujeres atacadas, pero eso no la pone en lugar de sospechosa —dijo convencida Maite.

Jerry no le contestó, estaba interesado en el contenido del botiquín del baño.

—¿Qué es esto, Maite?

—Tinturas de cabello —dijo ella mientras repasaba la fila de frascos—: rojo, marrón, negro, rubio platinado. Son instantáneas, uno puede cambiar de color en minutos.

—La conocí pelirroja y ahora es morocha —dijo Jerry mientras sacaba fotos con su teléfono.

Entraron en la habitación. La cama de dos plazas tenía un acolchado de verano blanco y unos almohadones violetas que combinaban con las cortinas. Todo estaba perfectamente ordenado. Abrieron los placares, los cajones de la cómoda y de la mesa de luz. Nada les llamó la atención.

—¿Qué esperabas encontrar? —preguntó Maite bastante molesta.

—Algo... no sé —contestó Jerry mientras se agachaba para mirar debajo de la cama—. ¿Qué es esto? —dijo mientras sacaba una enorme caja de cartón en la que Ángela guardaba los recuerdos de sus padres.

Sentados en el piso de madera lustrada, se tomaron un buen rato para revisar la cantidad de notas periodísticas viejas que la chica conservaba.

—Parece que sus padres eran famosos en Argentina —destacó la forense.

—Sí, mira. El padre fue campeón de boxeo —dijo Jerry mirando una foto de Pipo Larrabe.

Él desplegaba, decidido a encontrar algo, cada uno de los recortes y, tras eso, Maitena volvía a doblar en cuadrados perfectos los artículos. La incomodaba espiar el pasado de la gente. Se sentía una intrusa en una vida que no le pertenecía. Cuando quedaba poco por ver, mientras ella ordenaba la caja, Jerry escribió en el buscador de Google de su teléfono «Pipo Larrabe» y leyó el resultado en voz alta.

—«Juan José Larrabe, alias Pipo. Boxeador argentino que alcanzó el título de campeón mundial en su categoría. Se lo considera uno de los mejores boxeadores de la historia» —dijo, luego abrió otro link y siguió leyendo—: «El boxeador fue juzgado y condenado a once años de prisión por el crimen de su mujer, la modelo Elena Baldini. Pipo Larrabe murió en la cárcel a causa de un paro cardíaco.»

Maitena lo interrumpió:

—Mira esto, Jerry —dijo mientras le mostraba varias fotos.

En todas estaba Elena Baldini. En una se la veía rubia, posando en un banco que parecía ser de una plaza; en otra caminaba por una avenida céntrica, llevaba el cabello oscuro y muy corto, y en la tercera, una Elena pelirroja sonreía en primer plano, con los hombros huesudos al descubierto.

—¡Guau! —exclamó Jerry—. Es la madre de la chica, fíjate el parecido. Tienen los mismos ojos, ¿no?

—Sí, no sólo los ojos. Ángela también heredó el *hobby* de cambiarse el color de pelo —concluyó Maite.

Jerry agarró las fotos, las acomodó en la caja, puso la tapa y la volvió a meter debajo de la cama.

—Tienes razón, Maite. Acá no hay nada. Sólo una chica que tiene su vida guardada en una caja.

Maite le dio un abrazo y le acarició la mejilla.

—Vamos, Jerry, salgamos de acá.

«Un, dos, tres, grabando. Hace un rato se fueron. Los pude ver por las hendidias de la ventana. Salieron apurados, agarrados del brazo. El hombre se subió al patrullero que había dejado estacionado en la puerta de la casa de enfrente. Era alto y flaco. Estaba vestido de manera informal, pero lo llevaba con elegancia. La mujer manejaba un auto tan destartado como ella. Era petisa, estaba excedida de peso y muy desalineada. Estuvieron un buen rato en la casa de enfrente. ¿Una hora? ¿Dos horas? No puedo precisar muy bien el tiempo, pero fue una espera larga. Ahora, la casa quedó vacía y oscura. Empezó a anochecer. Cada vez falta menos. Stop.»

Apagó el grabador y lo volvió a guardar en la biblioteca, detrás de los libros. Fue hasta el cuarto del fondo, se sacó la ropa y se puso un pantalón con una remera. Ambos de color negro. Arriba de la mesa ratona del *living* estaba el casco plateado, se lo enganchó en el brazo derecho y salió por la puerta de atrás de la casa. Puso las llaves dentro de una maceta del patio trasero. Optó por dejar la bicicleta escondida en

el quincho. La moto le garantizaba mayor impunidad. Se puso el casco, pero no se subió a la moto: decidió llevarla caminando, a un costado. No quería que el ruido del motor despertara ninguna sospecha.

Cuando salió de la comisaría, ya era de noche. Jerry había dado la orden de que la dejaran ir. Una orden bastante tonta. Ángela nunca había estado detenida, pero cuando el policía dijo «quédate acá», ella asumió que era eso lo que tenía que hacer: quedarse ahí.

Podría haberlo esperado para recuperar la copia de las llaves de su casa o para preguntar si habían encontrado algún cadáver en la bañera, debajo de la cama o trozado en el *freezer*. No quiso, le daba mucha vergüenza pensar que había revisado sus cosas. ¿Se habrán burlado de la colección de Barbies que guardaba en un bolso en el fondo del placar? ¿O de las fotos en ropa interior que le había sacado ese novio cubano del que ya ni recordaba el nombre?

Antes de meterse en la ducha dio una vuelta por su casa. Sus cajones, su biblioteca, la cocina, todo estaba en su lugar. El agua caliente le dejó la piel enrojecida. El color oscuro de su pelo se había lavado bastante. Uno de los frasquitos del botiquín le aportó la solución. Decidió ser rubia por unos días. No era su Ángela favorita, pero no le quedaba mal. Se puso el uniforme negro del museo, se maquilló y se perfumó con una esencia de gardenias, y antes de salir practicó una sonrisa frente al espejo.

El trencito turístico estaba estacionado, como siempre, en la esquina más céntrica de Key West. Ángela lo pudo ver desde lejos, había decidido ir caminando. Tal vez por el apuro o por la concentración que necesitaba para no caerse de sus altísimos zapatos de taco, no percibió que estaba siendo observada.

«Uno, dos, tres, grabando. Son casi las nueve de la noche, ahora es rubia. Camina como si las calles fueran una pasarela de moda, como si todo el mundo le debiera algo. Se nota que disfruta de las miradas de los hombres sobre sus piernas largas y blancas. La falda es demasiado corta. Y esos labios... ¿Desde cuándo se los maquilla de rojo? Esta noche todo en ella es una provocación. El que busca encuentra, mi querida... Stop.»

Hacía mucho calor. Ángela dejó su *blazer* negro debajo del escritorio del *stand* en el que la cubana Iris vendía las entradas para la excursión.

—¡Ay, Angelita! Qué bonito te queda el cabello tan claro —dijo mientras la miraba de arriba abajo—. Y esa falda también. Estás hecha una estrella de Hollywood.

Ambas rieron.

—¿Cuántos pasajeros tengo hoy? —preguntó.

—Casi lleno, Angelita.

—Me alegro, Iris, necesito trabajar. ¿Tenés un analgésico? Me duele bastante la cabeza.

La cubana revisó su bolso de colores y le alcanzó un frasco enorme de Tylenol. Ángela se metió dos pastillas en la boca y las tragó sin agua. Estaba acostumbrada.

La siguiente hora fue tranquila, en el trencito y relatando las leyendas de fantasmas de Key West era feliz. Los pasajeros la miraban y la escuchaban. Allí lograba llamar la atención. Se convertía en una Sherezada contemporánea. Nadie podía despegarse de sus historias. Al finalizar, como siempre, despidió con un beso a cada uno de sus pasajeros. Algunos se llevaron la marca de sus labios en las mejillas. Se había retocado el *rouge* dos veces durante el viaje.

Iris la había convencido. Caminaron por la avenida Duvall hasta la playa y entraron en un bar de copas. Necesitaban unos tragos. El sitio estaba lleno de cubanos, también había algunos europeos. El combo de buen ron y bellas mujeres no fallaba. Se ubicaron en un *living* armado sobre la arena. En lugar de sillas, unos almohadones enormes invitaban a emborracharse mirando las estrellas, al ritmo de la buena música que ponía el DJ, un californiano que no superaba los treinta años y que se pasaba el noventa por ciento de la noche drogado.

—¿Con qué arrancamos? —preguntó Iris pasando las páginas de la carta de tragos.

Ángela no la escuchó, estaba prestando atención a la cantidad de hombres que la miraban con deseo. No era para menos: al sentarse la pollera corta había escalado sus piernas y dejaba su ropa interior de encaje casi al descubierto. No hizo nada para acomodar lo que el azar había desacomodado.

—Yo voy a pedir unos mojitos —insistió Iris.

Ángela la miró, se pasó la lengua por los labios rojos y dijo guiñando un ojo:

—Que sean varios...

Después de los mojitos, siguieron con unos tragos a base de gin, pomelo y alguna otra cosa que no distinguieron, ni les importó distinguir. Eran, según les había dicho el mozo, la especialidad de la casa.

Dos franceses las invitaron a bailar en una pista improvisada cerca de la orilla del mar. La música electrónica que salía de los parlantes era ensordecedora, pero a nadie parecía importarle. Todos gritaban y saltaban como si en eso les fuera la vida. Uno de los franceses —rubio, alto y bastante desabrido— abrazó a Ángela por la cintura, la apretó contra su cuerpo y la besó de manera brutal. La chica se dejó y fue por más. Agarró una de las manos del hombre y lo guió por debajo de su pollera, que a esa altura de la noche era una anécdota. El otro francés —morocho, no tan alto, pero carismático— decidió sumarse al festejo; se la quitó por un segundo a su amigo y él también la besó. Ángela largó una carcajada forzada y decidió premiarlo: se levantó la musculosa de algodón y dejó al descubierto un corpiño de encaje negro que el hombre consiguió arrancar en un segundo.

Iris bailaba borracha, por momentos se sentía confundida. En una de sus vueltas,

al ritmo de una música sin ritmo, visualizó a Ángela en el medio de los dos hombres. Se quedó quieta tratando de descifrar lo que estaba pasando. Respiró hondo e intentó acercarse a su amiga mientras empujaba sin pedir permiso a la cantidad enorme de personas que se rozaban en una danza que, por momentos, le parecía atroz.

—¡Angie! —gritó—. ¿Estás bien?

Su amiga no le contestó. Estaba casi desnuda manteniendo sexo con los dos hombres. Todo sucedía ante la vista de todos, pero a nadie parecía llamarle la atención. Iris puso las manos sobre la espalda del francés rubio.

—¡Eh! —volvió a gritar—. ¡Basta, ya es suficiente!

Los tres dejaron de contorsionarse y miraron a la cubana, sorprendidos, como si los hubiesen despertado de golpe. Los franceses intentaron sumar a Iris al trío sexual que habían improvisado, pero ella, de un empujón, se sacó al morocho de encima. Ángela miraba la situación con sorpresa, como si estuviera en la primera fila de un escenario ajeno.

—¡Vamos ya! —gritó la cubana mientras tironeaba del brazo de su amiga.

Ángela reaccionó y miró a los franceses avergonzada, como pidiendo perdón. El rubio le alcanzó la musculosa que estaba tirada en la arena. Iris se la arrancó de la mano y, como pudo, se llevó a su amiga borracha y semidesnuda.

Caminando por la orilla del mar se alejaron de la fiesta. De lejos, se escuchaba la música y algunos gritos.

—Toma, ponte esto.

Ángela se puso la musculosa y respiró hondo, con los ojos cerrados, mientras movía la cabeza de un lado a otro. Iris se tiró boca arriba en la arena.

—No te sienta bien el alcohol, Angelita. Ven aquí y descansa un poco.

—Los italianos no piensan lo mismo —dijo acomodándose la pollera.

—Eran franceses, Angelita.

—Ah, buen dato —contestó irónica.

Si no hubieran estado riendo, si no hubieran estado tiradas boca arriba, si no hubieran estado con los ojos cerrados, incluso si se hubieran quedado teniendo sexo con los franceses, tal vez, las cosas habrían sido distintas. Pero ya era tarde.

Jerry Alvarado estaba desencajado. Nunca en su vida se había sentido tan devastado. Había dormido sólo dos horas cuando el teléfono lo despertó. Sintió que había pasado un siglo desde ese momento, pero no, apenas habían sido unos minutos. De pie, con un gusto amargo en la boca, un nudo en el estómago y un leve temblor en los labios, sintió que su mundo se desvanecía. El charco de sangre era enorme, a pesar de que la arena había absorbido gran parte. A duras penas había podido ordenarle a un policía que sacara fotos de la marca de arrastre que terminaba en el mar. Un surco, por momentos, profundo, que mostraba claramente lo que había sucedido.

Maitena llegó corriendo, vestida con la misma ropa del día anterior. El maletín plateado parecía pesarle una tonelada. Miró a su amigo entre sorprendida y asustada.

—Jerry, no te veo bien —murmuró.

—Si crees que esto va a terminar conmigo, es que no sabes quién soy yo.

Ella asintió con la cabeza y decidió cambiar de tema.

—¿Qué tenemos? —preguntó mientras abría el maletín y se ponía unos guates de látex.

—Un llamado al 911 de un turista que hace un rato se encontró con esta sangría. Ninguna persona herida. Ningún cadáver —respondió Jerry.

Maite se agachó, tocó con cuidado la arena con sangre. En una bolsa Ziploc guardó un puñado.

—La mancha de sangre es muy grande, Jerry. La persona que sangró no pudo haber sobrevivido a esto.

—Supongo que el agresor tiró el cuerpo al mar —señaló la huella de arrastre que terminaba en la orilla—. Nos dejó como prueba ese camino macabro. Tengo a prefectura con dos lanchas recorriendo la costa. Por ahora, no han encontrado nada.

Maite se puso ambas manos en la cintura. Sintió alivio cuando el ruido del celular de Jerry ocupó el silencio que no sabía con qué palabras llenar. Su amigo atendió de mala gana y cortó sin despedirse.

—Vamos, tenemos un dato —dijo.

El bar Hemingway estaba a menos de diez cuadras del lugar en el que había aparecido la mancha de sangre. De noche era un lugar encantador, lleno de guirnaldas de luces de colores y *livings* de almohadones montados en la playa, pero la luz del día lo convertía en un lugar desangelado. Los almohadones seguían tirados, manchados de cerveza y pegoteados con vaya a saber qué sustancias; las maderas de las mesas tenían infinidad de quemaduras de cigarrillos y un mar de vasos de plástico estaban desparramados en la arena.

Jerry entró con cara de asco y fue directo a la barra. Un hombre alto y bastante reñido con la higiene lo saludó con un movimiento de cabeza. La que habló fue Maitena.

—¿Usted acaba de llamar al 911? —preguntó.

El barman asintió con la cabeza y sacó de un cajón dos carteras. Una era pequeña y negra. La otra era bastante grande y de muchos colores. Sin dudar, Jerry corrió los vasos sucios de la barra y empezó a vaciarlos. Abrió la billetera que estaba en el bolso de colores, sacó una licencia de conducir, largó el aire con fuerza y cerró los ojos. Maitena había hecho exactamente lo mismo con el contenido de la cartera negra.

—Iris Guzmán —murmuró el policía.

—Ángela Larrabe —remató Maitena.

Tardaron unos minutos en recuperarse.

—¿Usted vio anoche a alguna de estas dos mujeres? —preguntó Jerry mientras le mostraba al barman las fotos de las dos licencias de conducir—. Mire bien, tómese su tiempo.

El hombre se corrió de la frente un mechón de pelo grasiento y miró con atención ambas fotos.

—Sí... —contestó señalando la foto de Ángela—. Esta chica estuvo acá, aunque anoche estaba rubia.

—¿Sola o acompañada? —insistió Maite.

—Con la otra mujer —dijo señalando la foto de Iris.

El hombre contó con lujo de detalles —tal vez demasiados— cada uno de los movimientos de las dos mujeres. Dónde se sentaron y qué tragos pidieron, hasta recordaba haberlas escuchado hablar en español. Cuando Jerry y Maite quisieron saber por qué motivo les había prestado tanta atención, el barman se atoró con sus palabras: la escena de sexo que había protagonizado Ángela delante de todo el mundo lo había dejado fascinado.

—Tengo las imágenes de las cámaras de seguridad —dijo con tono pícaro.

Sin esperar respuesta, puso a funcionar una laptop pegoteada con calcomanías de ignotos grupos de *rock*. Maite y Jerry se miraron sorprendidos, sin poder creer semejante golpe de suerte. Las imágenes no eran demasiado nítidas, pero servían igual. Claramente se podía ver a Ángela y su *show* de actriz porno de baja categoría.

—¿Se puede acercar la imagen? —preguntó Jerry.

El barman lo hizo al instante. Así pudieron distinguir a dos hombres, uno rubio y otro morocho.

—¿Conoce a estos dos? —preguntó Maite señalando la pantalla.

El barman sacó de abajo de la barra una caja de cartón llena de recibos de tarjetas de crédito y empezó a revisar los últimos *tickets*.

—Son éstos —dijo mientras mostraba dos papelitos blancos.

En menos de diez minutos, Jerry hizo tres llamados telefónicos y consiguió dos nombres y una dirección: Jacques Dimanche y Toulaine Arriage, de veinticinco y veintiocho años respectivamente, estaban alojados en un hotelito barato del centro de Key West. Al rato seis policías allanaron las habitaciones de ambos. Los encontraron durmiendo la borrachera de la noche anterior.

—Revisen todo. Valijas, placares y ropa —ordenó Jerry por teléfono—. Busquen

sangre.

Sabía que en cuanto el consulado de Francia se pusiera al tanto del asunto no iba a tener tanta libertad de acción, pero no estaba dispuesto a ceder un centímetro.

—Espero haberle servido de algo a la patria —dijo el barman haciéndose el gracioso.

Jerry lo miró de arriba abajo y dijo:

—Mi estimado, si usted realmente quiere ayudar a este gran país, vaya y péguese una ducha.

Se dio media vuelta y siguió a Maite, que se había marchado unos segundos antes, necesitaba volver a la escena de lo que parecía un crimen.

—¿Qué tenemos, Maitenica?

—Sangre, sexo y un video —contestó la mujer.

—Buen título para una película de Tarantino.

La forense le clavó la mirada. No estaba para chistes.

—Alvarado —siempre lo nombraba por el apellido cuando se enojaba—, una mujer fue a tu comisaría, te pidió ayuda y no se la diste. La creíste sospechosa de un homicidio y de un ataque casi mortal. Ahora tu sospechosa podría estar muerta...

Jerry la interrumpió:

—Orestes, «podría estar muerta» no es una opción para mí. Me dedico a lo fáctico. Lo último que sabemos de Ángela Larrabe es que está en un video y se la ve bastante viva —dijo y tomó aire para continuar—. Ya mandé a dos hombres a chequear si está en su casa. Lo mismo hice con la amiga Iris.

—Creo que dos hombres borrachos y tal vez drogados a los que se les interrumpe una sesión de sexo descomunal tienen un buen motivo para tener un ataque de furia. Y bueno... —aclaró la forense.

—He querido asesinar gente por mucho menos, mi querida —ironizó Jerry revoleando los ojos.

La señora Mitchell era una ciudadana ilustre de Key West. Trepar su árbol genealógico era la única manera de llegar a la piedra fundacional de los Cayos de la Florida. Todos sus antepasados habían sido millonarios y aristócratas. A ella sólo le quedaba una casona frente al mar y el apellido. Ya ni recordaba en qué año el cáncer se había llevado a su marido. En un almanaque viejo anotaba con una cruz cada día que pasaba sin que sus hijos ni sus nietos la llamaran. Su memoria había perdido la fecha en la que los dos se fueron a vivir su vida a Boston, pero tenía claro que había pasado mucho tiempo; las hojas amarillentas se iban acumulando de manera irremediable y dolorosa.

Todas las mañanas iniciaba su jornada cuando empezaba a amanecer, no necesitaba despertador. Las gaviotas aleteando en la galería de la casa no la dejaban dormir demasiado. Ella se levantaba, se calzaba unas pantuflas de piel que habían sido de su marido, buscaba la lata blanca en la que acumulaba bolitas de miga de pan y salía para alimentar a las aves. Era su momento favorito del día, el momento en el que se sentía necesaria. Pero esa mañana algo falló: las aves no aletearon, no golpearon los vidrios de la sala con sus picos, menos que menos graznaron peleándose entre sí. Por eso la señora Mitchell pudo dormir un rato más. Cuando abrió los ojos, se los tuvo que tapar con el antebrazo. Los rayos del sol que entraban por la ventana daban de lleno sobre la almohada. Estaba confusa y atontada. Se sentó en la cama y miró a su alrededor: los portarretratos seguían sobre el aparador, al espejo le faltaba una pasada de trapo y limpiavidrios, en el perchero de pie el saco de cachemir verde oliva de su marido estaba colgado tal cual él lo había dejado, su bata de algodón rosa estirada a los pies de la cama no tenía una arruga de más ni de menos. Todo se veía en orden.

Se levantó despacio, a sus rodillas les costaba arrancar. La costumbre la llevó por el pasillo hasta la cocina y de ahí hasta la alacena donde estaba la comida de las gaviotas. En cuanto tocó la lata, sacó la mano de golpe, como si el metal hubiera estado caliente. «Las gaviotas», pensó. Caminó lo más rápido que pudo hasta la ventana de la sala y prestó atención a la galería de la casa: las aves no estaban. Frunció el ceño preocupada, no entendía muy bien lo que estaba sucediendo. ¿Se había quedado dormida y las aves, cansadas de esperar, habían volado a buscar alimento a otro lugar? Descartó de plano la idea.

Abrió la puerta de la casa. El aire marino inundó sus pulmones. El llamador de ángeles hecho con campanitas de bronce, propiedad de su familia desde tiempos inmemoriales, sonaba más que nunca. Era un día soleado, pero el viento corría fuerte. El sonido la tranquilizó, era el mismo tintineo que escuchaba desde su infancia. No pudo evitar sonreír. Se dio cuenta de que estaba descalza cuando caminó unos pasos. El piso de cemento alisado de la galería estaba frío y húmedo. La mesita y las dos mecedoras de rattan no estaban como las había dejado la tarde anterior. La soledad

tiene esas ventajas: no hay manera de que algo se modifique sin que llame la atención. El almohadón con la funda que ella misma había tejido al crochet estaba tirado en el piso. Recordaba perfectamente haberlo sacudido y puesto en la mecedora más grande.

Se acercó y se puso la mano sobre el lado derecho de la espalda, agacharse le costaba cada vez más. No llegó a completar el movimiento cuando advirtió que el almohadón estaba manchado. Incluso sin los anteojos puestos, la señora Mitchell pudo darse cuenta de que la mancha era de sangre. No se asustó, no gritó, no se puso a temblar. «¿Con qué jabón podré sacar esta sangre sin que la lana blanca me quede amarilla?», pensó con la claridad que sólo tienen quienes sienten a la muerte tan cerca que la incorporan a la espera cotidiana. Tiró el almohadón sobre la mesita ratona y miró el mar revuelto, agarrada a la baranda de madera que daba a la playa.

Decidió bajar la escalera y poner los pies descalzos en la arena. Un homeópata le había dicho una vez que pisar arena le iba a aliviar los dolores de la artrosis. Estaba tan concentrada en no patinar y romperse un hueso que no vio el caminito de gotas de sangre en el piso, tampoco en los cuatro escalones que terminaban en la playa. La arena estaba húmeda y fresca. Enterró los dedos de los pies y largó una carcajada infantil. Un placer enorme le recorrió todo el cuerpo. Recordó las caminatas con su padre, el señor George Mitchell, por esas mismas playas y los ojos se le llenaron de lágrimas. Había sido una mujer muy feliz. Sacudió la cabeza para borrar algunos recuerdos y dio media vuelta. Necesitaba un buen desayuno: unas tostadas de pan casero y un buen tazón de leche con azúcar.

Un gemido casi imperceptible la hizo quedarse quieta. Todo en su cuerpo funcionaba a media máquina, menos el oído. Escuchaba como si aún fuera una adolescente. Otra vez alguien volvió a gemir. La señora Mitchell giró su cuerpo hacia la derecha y caminó hasta bordear su casa. Paró un segundo para secarse con el dorso de la mano la transpiración de la frente y recuperar un poco el aire. Qué lejos estaban los tiempos en los que la arena no era un impedimento para desplazarse. Un nuevo gemido, mucho más fuerte, le dio el impulso que le faltaba para terminar de rodear la casa. Se tuvo que agarrar de una de las paredes del fondo para no irse de boca al piso cuando la vio: una mujer estaba tirada en el jardincito delantero de su casa.

Lo primero que pensó fue en ir hasta su dormitorio y buscar una manta para que se tapara el cuerpo semidesnudo, pero lo descartó al instante: no tenía vecinos chismosos que pudieran ultrajar con la mirada a una chica tan joven. En realidad, no tenía vecinos. Lo segundo que le preocupó fueron sus jazmines. La chica estaba arriba de los gajitos que había plantado la semana anterior. Los gemidos trajeron del golpe a la señora Mitchell a la realidad. Se acercó a ese cuerpo inerte y, como pudo, se agachó para verlo más de cerca.

—Señorita, ¿está bien? —dijo con tono firme—. ¿Qué hace acá tirada? ¿Está borracha?

Como respuesta obtuvo otro gemido, más nítido, más desgarrador. Cuando se dio

vuelta, la señora Mitchell se asustó por primera vez después de muchos años.

—¡Ay, Dios mío! —exclamó, y extendió su mano huesuda y deformada por la artrosis y la tocó con suavidad.

Uno de los ojos de la chica estaba rodeado de un moretón violeta, había recibido un golpe fortísimo. El labio de abajo estaba partido, una costra de sangre seca le impedía cerrar del todo la boca. La nariz había sangrado mucho. La señora Mitchell supo que tenía que ayudar a esa mujer y lamentó no tener esos telefonitos nuevos que la gente usa para pedir ayuda. Evaluó sus posibilidades. Levantar a la chica no era una opción: sus músculos apenas podían sostener su cuerpo viejo y maltrecho.

—Tranquila —murmuró mientras volvía a acariciarla—. Necesitamos que camines, ¿podrás hacerlo?

La chica entreabrió el ojo que tenía sano y asintió con la cabeza. De a poco, fue moviendo las piernas, y con los brazos logró ponerse en cuatro patas. Sintió que el estómago le daba vueltas y vomitó. La señora Mitchell no se amedrentó, había limpiado cientos de vómitos de sus hijos cuando eran pequeños y otros cientos, producto de las borracheras adolescentes. Dejó que la chica se repusiera y con la poca fuerza que tenía intentó levantarla. Lo consiguió.

Muy despacio dieron la vuelta a la casa y con mucho esfuerzo caminaron por un tramo de arena. Al llegar, subieron las escaleras de la galería y finalmente entraron en la sala.

—Recuéstate en este sillón —dijo la mujer mientras la ayudaba—. Voy a curarte esas heridas.

Ángela Larrabe le hizo caso y se acomodó como pudo entre los almohadones, sin lograr contener las lágrimas. No lloraba por los golpes, ni por lo que había vivido unas horas atrás. La ternura de esa mujer añosa la había conmovido. No recordaba cuándo había sido la última vez que alguien la había tratado tan amorosamente.

—Querida, no llores. Déjame ver esas lastimaduras.

Cuando la señora Mitchell la ayudó a ponerse una bata de toalla blanca, Ángela se dio cuenta de que estaba casi desnuda. Sólo tenía puesta la bombacha y la minifalda negra. Con un algodón empapado en alcohol su nuevo ángel de la guarda le limpió la sangre seca de la cara. Ardía mucho, pero quejarse le pareció una falta de respeto.

—Te voy a preparar un café con leche, o mejor una leche caliente con canela —anunció la dueña de casa, mientras caminaba hacia la cocina.

Quedarse sola le hizo bien, tenía muchas cosas que ordenar en su cabeza, pero su cuerpo era prioridad. Movié todas las articulaciones: no dolían. Se tocó cada rincón de la cabeza. Recordaba haber recibido un golpe grande, pero no tenía ni cortes, ni chichones en el cuero cabelludo. Había perdido la cartera, el teléfono celular y parte de su ropa. Puso a funcionar su memoria, pero no consiguió reconstruir qué le había pasado. Cuando la señora Mitchell regresó, traía una bandeja enorme; la apoyó en la mesita ratona y se sentó en el sillón, a su lado.

—Leche con miel y canela, tostadas de pan casero y mermelada de naranjas —

recitó—. Después de comer esto, te vas a sentir mucho mejor.

—Gracias —balbuceó Ángela—. ¿Dónde estoy?

La señora Mitchell untó el pan y se lo acercó a la boca.

—Muerde la tostadita —dijo—. Estás en Smathers Beach, en Key West. Ésta es mi casa. La casa de los Mitchell.

Smathers Beach quedaba a más de cuatro kilómetros del lugar en donde recordaba haber sido atacada. Ángela no entendía cómo había llegado hasta esa casona tan alejada.

—¿Los Mitchell? ¿Cuántas personas viven acá? —preguntó.

—Yo sola, y mis fantasmas, claro —contestó la mujer con una sonrisa.

Después de comer y tomar todo lo que la mujer le había servido, se sintió mucho mejor. Pudo pararse y dar unas vueltas por el *living* de la casona.

—Señora, le agradezco de corazón todo lo que hizo por mí, pero necesito hacer un llamado telefónico...

La mujer la interrumpió:

—No tengo teléfono.

—¿Un auto?

—Tampoco.

Ángela respiró hondo. No le quedaba otra alternativa que pedirle la bata prestada a la mujer, cruzar todo Key West e ir caminando hasta su casa. Necesitaba hablar con Iris, para que le contara qué había sido lo que había pasado. ¿Por qué había aparecido golpeada y tirada en el jardín de una casa del otro lado de la isla?

Se encerró en el baño de la señora Mitchell y aprovechó para mirarse en el espejo con atención: su rostro estaba cada vez más hinchado. Además, sus rodillas estaban cubiertas de puntitos de sangre seca; no recordaba cuándo se había hecho esos raspones.

Movió la cabeza para ambos lados. Tenía dos marcas moradas en el lado izquierdo del cuello: alguien la había mordido. Cerró los ojos y a su mente vino una imagen difusa: dos hombres, la playa, su amiga Iris que la sacudía del brazo. Nada más. Siguió investigando su cuerpo: no encontró lesiones que le impidieran caminar. La resaca, las náuseas y el dolor muscular no eran excusa. Se lavó las manos, se enjuagó la boca con un poco de pasta dental que encontró en el botiquín y fue a la sala a despedirse de la mujer que tan amorosamente la había cuidado.

—Señora Mitchell, voy a regresar a mi casa. Estoy en perfecto estado y me siento mucho mejor gracias a usted —dijo Ángela.

Se acercó a la mujer y le dio un suave abrazo. No quiso apretarla demasiado, era tan frágil que tuvo miedo de romperla.

—Me alegro, querida. Se te ve mucho mejor. Te traje esta ropa, tal vez te sirva —dijo señalando las prendas que había acomodado sobre el sillón.

Ángela sonrió. Le dolía mucho el labio cortado. Se puso una remera blanca que le quedaba grande y unas ojotas de goma color azul.

—Gracias, le prometo volver y devolverle todo.

La señora Mitchell hizo un ademán con las manos.

—No hay problema, querida. No voy a necesitar esa ropita.

Antes de salir de la casa, cuatro portarretratos con marcos de colores llamaron la atención de Ángela. Estaban puestos en una fila ordenadísima sobre un aparador de madera oscura. Se acercó intentando ver de cerca las fotos, pero los vidrios sucios y su ojo inflamado y a medio abrir le dificultaron la tarea. Se aproximó aún más. En uno se veía a la señora Mitchell, muy joven y sonriendo; posaba junto a un hombre muy buenmozo; un mechón de pelo le tapaba parte de la cara. En otro marco dos adolescentes, un chico y una chica, miraban serios a la cámara; de fondo pudo reconocer la zona de Fort Zachary Taylor. La tercera foto era muy artística: estaba revelada en tonos sepia y dejaba ver el esplendor de la casa de los Mitchell.

—Esa foto la sacó mi marido —dijo la mujer—. Era un enamorado de esta casa, esperaba los atardeceres para poder fotografiarla con la mejor luz natural. Tengo cajas y cajas llenas de fotografías de la mansión.

—Es muy bella —contestó Ángela con sinceridad y volvió a poner el portarretratos en el exacto lugar del que lo había sacado.

Clavó la mirada en la cuarta foto. Se dio vuelta y miró a la señora Mitchell, volvió a mirar la foto. Algo no estaba bien. Con una mano temblorosa agarró el marco. Con la otra limpió la mugre del vidrio. El corazón le latía tan fuerte que temió que se le saliera del pecho. Ahora entendía cómo había llegado hasta ese lugar. Tenía que irse de inmediato de la mansión Mitchell.

Antes del mediodía la tranquila Key West era un polvorín: lanchas de la prefectura patrullaban todas las costas alrededor del Cayo, un helicóptero sobrevolaba la parte sur de la isla, policías con sus perros recorrían las playas ante la mirada preocupada de los turistas y en los bares del centro los habitantes no paraban de tejer hipótesis sobre los hechos de los últimos días. Una turista asesinada, una mesera de Big Pine en terapia intensiva luego de un ataque feroz, y ahora, buscaban por cielo, tierra y agua a otras dos mujeres. La situación no podía ser más desoladora.

Cuando sonó el teléfono de su oficina, Jerry Alvarado supo que para algunas cosas no había marchas atrás.

—Alvarado, ¿por qué no pidió refuerzos antes de que todo esto se desmadrara?

El comisario de Miami, Mark Dade, estaba furioso: desde Tampa lo estaban presionando. La sangría de los Cayos no podía dejarse pasar por alto. El estado de la Florida basaba gran parte de su presupuesto en el turismo nacional e internacional y los crímenes de Key West en las portadas de los diarios del mundo tenían inquietas a las cúpulas policiales y políticas.

—Mark, sabía que no ibas a perder la oportunidad de llamarme —dijo Jerry intentando un tono irónico—. Es cierto, no pedí ayuda y no tengo intenciones de pedirla por ahora.

—Me parece que usted no está comprendiendo la gravedad...

Jerry interrumpió al comisario Dade:

—Mark, ¿desde cuándo me tratas con tanta deferencia? —dijo Jerry, convencido de que su colega estaba grabando la conversación; se sintió traicionado—. Aquella noche de verano en el hotelito de Nueva York se te notaba mucho más cariñoso.

El silencio del otro lado de la línea le arrancó una sonrisa.

—Hola, Mark. ¿Sigues allí? Hola, hola —insistió triunfante.

—Si necesitas colaboración, avísame. De todas maneras, en unas horas el FBI se va a comunicar contigo —dijo el comisario Dade, tajante, y cortó la conversación sin despedirse.

Jerry se recostó en el sillón y puso los pies sobre el escritorio. Necesitaba dormir, pero ése era un lujo que no podía darse. El teléfono celular vibró en el bolsillo trasero de su pantalón. Había entrado un mensaje de texto escueto, con una confirmación: cadáver NN femenino White St. Pier.

Cuando llegó al muelle, Maitena ya estaba en el lugar. La forense había aceitado sus contactos en el 911 y era avisada al instante de cada novedad.

—Maite —dijo Jerry a modo de saludo.

—Es Iris Guzmán, la reconocí por la foto de la documentación que estaba dentro del bolso que nos dio el barman del bar de playa.

—Muy científico lo tuyo.

—No tengo tiempo de sarcasmos. Es Iris Guzmán y punto —aseguró Maitena y siguió con su parte forense—: El cuerpo apareció atascado bajo el muelle; de no haber sido por los pilotes de madera, probablemente habría aparecido en la costa cubana, con suerte. Está degollada, no me sorprendería que la sangre que estaba en la arena cerca del bar fuera de ella. Apuesto dos años de mi vida a que murió desangrada antes de ser arrojada al mar.

—¿Algo más? —preguntó Jerry.

—Está vestida con la misma ropa con la que se la ve en las cámaras de seguridad de la playa, tiene algunas lesiones, pero son *post mortem*. Y apuesto tres años más de mi vida a que fueron picotazos de las gaviotas.

—Deja de apostar tiempo de vida que a este ritmo no llegas a Navidad.

Maite sonrió y preguntó:

—¿Sabes algo de Ángela?

—Nada. Mandé agentes a buscarla a su casa y al museo, y nada. —Hablar de Ángela le provocaba un vacío en el estómago—. ¿Para ti está viva? ¿Apostarías algún año de tu vida a esa posibilidad?

—No, no apostaría ni un minuto.

Si Jerry Alvarado y Maitena Orestes no hubieran cruzado la calle para comprar café, les habría llamado la atención una chica de minifalda negra, remera blanca y ojotas azules que caminaba con la mirada perdida. Si Jerry no se hubiera demorado en ponerle canela al café, se habrían dado cuenta de que esa chica con el rostro golpeado era Ángela Larrabe. Si a Maite no se le hubiera volcado sobre la barra de la cafetería el café recién comprado, habrían podido obtener muchas respuestas. Pero nada de eso ocurrió, porque hechos pequeños como cruzar una calle, agregar o no canela en un café o cometer una torpeza, por mínima que ésta sea, anulan las casualidades más grandes. Como la kriptonita a Superman.

Cuando Ángela llegó a su casa, tenía los pies sucios y lastimados. Dejó las ojotas de goma de la señora Mitchell en la vereda y sacó las llaves de emergencia de una cajita de madera que había sobre la mesa ratona de la galería. Entró por la puerta trasera. Una vez en la cocina, prácticamente se abalanzó sobre la heladera y de cuatro tragos vació una botella de agua.

Fue subiendo la escalera que empezó a sentir su cuerpo: cada escalón le despertaba un dolor nuevo en los músculos de las piernas. Ahora sí le empezaron a arder los pies, pero ese ardor no era novedoso. En su cabeza apareció la pequeña Ángela pisando los vidrios de la botella de cerveza que su padre había roto en un arranque de furia; pudo ver a la nena que fue subiendo otras escaleras, las de una casita de madera en un árbol, sintiendo en cada paso las heridas abrirse, dejando un camino de gotitas de sangre como una Hansel y Gretel sufriente. Cuando llegó al tope de la escalera, se sentó y empezó a llorar. No intentó calmarse, ni evitar las lágrimas. Necesitaba llorar. Y lo hizo, sin tapujos, como hacía tiempo que no se permitía.

Una voz grave le cortó el llanto. Se restregó los ojos con ambas manos y clavó la mirada en un punto fijo, hacia abajo, al final de la escalera. Era obvio que no había nadie, la voz estaba dentro de ella y había llegado en forma de recuerdo borroso. Sacudió la cabeza como si con ese movimiento pudiera ponerle claridad a la catarata de imágenes que la invadían: una sala blanca, unos cuadritos con dibujos infantiles en la pared, una señora gorda que le tocaba la cabeza. Nada más. Sentía que algo estaba por salir, pero no había en su cerebro una vía de escape.

Cerró los ojos, un dolor intenso en la nuca le provocó náuseas. Respiró hondo y se quedó quieta. Temió que al moverse los jirones de pasado que empezaban a volver de a poco desaparecieran de golpe. Se imaginó con un camión de color lila, con una palita sacaba tierra de un pozo. Así era su memoria: como un pozo al que había que destapar. Una mochila rosa, el anillo de su mamá, el gusto de unos caramelos de frutilla. Y otra vez esa voz grave. Era un hombre, sí. Un hombre. Se masajeó las sienes con los dedos índices. La Ángela imaginaria seguía sacando tierra a paladas.

«Si alguna vez necesitás algo, no dudes en buscarme. Tal vez te pueda ayudar. ¿Te vas a acordar de mi nombre?» Abrió los ojos de golpe. «Sí, me acuerdo», murmuró. Por primera vez en mucho tiempo, Ángela Larrabe supo lo que tenía que hacer.

TERCERA PARTE

Quizás deba tomarme una revancha, aún tenemos cuentas que saldar.

SODA STEREO, «No existes».

Cuando leyó el papel que decía «licencia por tiempo indeterminado», hubiese preferido morir. ¿Cuánto tiempo es indeterminado? ¿Quién le pone límites al tiempo? ¿Desde qué lugar se determina el infinito del tiempo del otro? Pasaron varios meses desde ese día. Con un imán en forma de manzana, había pegado la notificación del Ministerio de Seguridad en la puerta de la heladera, junto con los teléfonos de decenas de casas de *delivery*. Cada vez que se preparaba un sándwich de queso o abría un yogur, recordaba que estaba en pleno uso de su «tiempo indeterminado». A veces le causaba gracia, otras veces indignación.

Su cuerpo se estaba recuperando a una velocidad que sorprendía a los médicos. El traumatólogo lo apodaba «Iron Man»; la enfermera que se encargaba de la rehabilitación le solía decir «Superman», y su cardiólogo celebraba cada electrocardiograma como si en la cinta de papel, en lugar de la representación gráfica de la actividad eléctrica de su corazón, salieran poemas de Pablo Neruda. Pero para sus jefes él no era ningún superhéroe, era un policía descartable. Un tipo al que un accidente de auto provocado por un infarto lo había dejado en el limbo del tiempo indeterminado.

Cuando le dieron el alta en el hospital, llegó directo a su departamento. Sin muletas, no podía moverse para ningún lado. No recordaba haber tenido tanto miedo en su vida. ¿Y si nunca más podía volver a caminar? ¿Y si quedaba rengo? ¿Y si la casa se incendiaba y no podía escapar por las escaleras? Sus días se convirtieron en una seguidilla de preguntas sin respuestas. Por suerte la tenía a Manuela. Siempre hermosa, siempre atenta, tan incondicional. ¿Y si Manuela conocía a un hombre completo y lo dejaba?

El tiempo fue pasando. Las dos muletas se convirtieron en una sola. Luego anduvo unas semanas con un bastón, hasta que sus piernas empezaron a cumplir el rol que la naturaleza les había designado: sostener el cuerpo y hacerlo caminar. Todas las mañanas, dos horas de ejercicios en una piscina de agua tibia ayudaron a que los músculos entumecidos empezaran a responder. Por la tarde, tirado en una colchoneta, se sometía a una serie de repeticiones infernales: pierna derecha arriba, pierna izquierda abajo, brazo derecho para adelante, brazo izquierdo para atrás. Por las noches, cenas con Manuela: ensaladas, *woks* de verduras, sopas y, muy de vez en cuando, una copita de vino. Al otro día, piscina, colchoneta. Brazos, piernas, cena. Su vida se había convertido en una rueda que giraba y volvía siempre al mismo lugar. No se divertía, pero tampoco se aburría. No sentía nada. Nada de nada.

A veces, cuando estaba solo, pensaba en Minerva del Valle. Sabía que la chica estaba viviendo en Ecuador y que su abuela, Inés María Quesada, había estado internada por un problema respiratorio. Y no quiso averiguar nada más.

Francisco había rearmado su cuerpo pieza por pieza, como si fuera un rompecabezas. Pero el policía Juárez, el criminalista Juárez, el jefe Juárez seguía en

el mismo lugar en el que había quedado: el lugar del fracaso. No supo ver a la asesina que habitaba en los ojos de Minerva. El investigador se había oxidado sin que él se hubiera dado cuenta. También pensaba en Gloriana Márquez, la víctima que no pudo salvar ni del olvido, ni de la impunidad.

Sólo Manuela se había enterado de la verdad del caso Márquez. La culpa era demasiado pesada para llevarla en soledad. Su cuerpo maltrecho había sido una cárcel para su mente. Había estado como rehén de huesos rotos, músculos atrofiados, anestésias y operaciones, pero ahora que estaba sanando, sus fantasías eran más recurrentes. ¿Tenía que viajar a Ecuador a buscar a Minerva? ¿La anciana Inés María Quesada entregaría a su nieta amada a la Justicia? ¿Estaba preparado para encontrarse frente a frente con el policía mediocre que creía ser?

Durante horas daba vueltas en la cama buscando respuestas que no aparecían. Pasaba las horas viendo videos de conferencias en las que se lo premiaba por la excelencia de su tarea contra el crimen y seguía acumulando libretitas negras para escribir los datos de investigaciones que nunca llegarían.

—Juánez, te noto un poco deprimido. ¿No pensaste en encarar alguna actividad? —le preguntó una noche Manuela.

—Sí, es un gran momento para arrancar con *ballet* —ironizó ofuscado.

—No estoy bromeando. Podrías dar talleres o seminarios, cualquier academia policial querría tenerte en sus filas.

—¿Me viste cara de Jacinta Pichimahuida?

Manuela tomó un trago de vino, el nudo que tenía en la garganta no desaparecía. Tratar con Juánez se estaba tornando una verdadera pesadilla. Desde que podía valerse por sus propios medios, se había convertido en una persona horrible. Con un poco de culpa pensó que prefería al Juánez de antes: dolorido, postrado en una cama. Levantó los dos platos, las servilletas y los cubiertos, y los dejó en la piletta de la cocina. Respiró hondo y se plantó frente al hombre que amaba o creía amar. Ya no lo sabía.

—Hasta acá llegué, Francisco...

—¿Francisco? —la interrumpió—. ¿Desde cuándo me llamas por mi nombre?

La chica no dejó que Juánez cambiara el eje de la conversación.

—Me cansé, el hombre del que me enamoré se fue, desapareció —dijo mientras le clavaba la mirada—, y yo me voy con él.

Manuela Pelari agarró su cartera, se la colgó en el hombro y se fue. Francisco Juánez ni amagó retenerla, no se sentía en condiciones de obligarla a elegir. Admiró, como tantas otras veces, a esa mujer joven, bella y fuerte que no dudaba a la hora de tomar decisiones. Bien por ella, mal por él.

Apuró un trago de vino y se levantó de la silla. Las piernas respondieron sin dolor. Era una buena señal. Se paró frente al fregadero, y con una esponja y detergente lavó los platos. Lo hizo de a poco, como si el agua jabonosa pudiera borrar lo último que quedaba de Manuela. Los restos de la última cena. La concentración

que ponía en dar brillo a los tenedores fue interrumpida por el ruido de su celular. En otras épocas, habría corrido a atender. Un secuestro, un homicidio, una toma de rehenes, todas las posibilidades le hacían burbujear la sangre. Pero ahora sus llamados se limitaban al señor del lavadero para recordarle que su ropa estaba lista, a sus médicos para modificar el horario de alguna cita y a Manuela. Esta tercera posibilidad, ahora, ya estaba descartada. No era una mujer de desandar caminos. Se secó las manos con un repasador. Cuando llegó hasta el teléfono, la llamada se había cortado. En la pantalla no había quedado registrado ningún número.

Antes de que volviera a dejar el aparato sobre la mesa, volvió a sonar. El *ringtone* era una canción de Bon Jovi. La iba a cambiar por otra cosa. No quería ningún vestigio de Manuela.

—Habla Juárez —seguía diciendo su nombre cuando atendía el teléfono. Tantos años de comisarías no eran fáciles de borrar.

—Hola, soy Ángela Larrabe. No sé si se acuerda de mí —dijo una mujer de voz muy finita.

Juárez hizo silencio. «Larrabe, Larrabe...», repitió para sí mientras la chica seguía hablando.

—Ángela Larrabe, la hija del campeón. De Pipo Larrabe, el boxeador.

El hombre buscó la silla con la mano que tenía libre y se sentó. No podía creer lo que estaba escuchando.

—Sí, claro. Cómo no me voy a acordar, sólo que me sorprende un poco tu llamado. ¿Cómo me encontraste? —preguntó—. Hace tantos años...

—Busqué su nombre en internet. Leí que tuvo un accidente muy grave, también que está retirado. En el Ministerio me dieron el número de la que fue su oficina y bueno... —dijo y dudó por un segundo—. Una secretaria muy amable me pasó su celular. Ella se acordaba de la historia de mis padres.

Juárez asentía con la cabeza mientras pensaba la cantidad de cosas horribles que le iba a decir a Amelia, la telefonista.

—Bueno, Ángela. Supongo que me llamás por algo en particular, ¿no?

—Sí —atinó a responder un segundo antes de largarse a llorar—. Necesito que me pase su *mail*, prefiero contarle por escrito. Es una historia larga y lo estoy llamando desde un locutorio, en los Estados Unidos.

Sin dudarle, le pasó su dirección de *mail*, en primer lugar porque nunca podía resistirse a una mujer llorando y en segundo lugar porque la chica le había despertado una intriga atroz.

Se quedó hasta entrada la madrugada buscando información en internet sobre el caso Larrabe, pero sus recuerdos no estaban en Google. Le vino a la memoria esa nena tan chiquita, única testigo del momento en el que su padre había matado a su madre. Una nena preciosa y demasiado despierta para la edad que tenía. Tiempo después se había enterado de que los abuelos maternos habían conseguido la custodia de la chiquita. La última vez que pensó en Ángela fue cuando Pipo, el campeón,

murió de un infarto en el penal en el que estaba detenido. Ya ni se acordaba cuánto tiempo había pasado.

Abrió varias veces su casilla de *mail* y, otras tantas, refrescó la información. Nada. El mensaje no llegaba. Se metió en la cama con una sonrisa, era la primera vez desde el accidente que una sensación humana recorría su cuerpo. Porque para Francisco Juárez todo lo humano se reducía a un solo sentimiento: la curiosidad. Se durmió casi feliz. Ahora sí estaba vivo.

Mintió. No lo había llamado desde un locutorio, lo había llamado desde su casa. Fue lo único que se le ocurrió para evitar ponerle su voz a la historia que tenía para contar. Prefirió ponerle palabras, puntos, comas. Escribió cuatro *mails* y no mandó ninguno. Los textos que se le ocurrían le parecían tontos, infantiles, y no reflejaban la gravedad de lo que estaba sucediendo.

Dio tantas vueltas por su *living* que por momentos temió hacer un surco en la madera del piso. No tenía mucho tiempo para perder: sabía que la estaban buscando. Eso decían, por lo menos, en la televisión. Por suerte, había llegado a su casa después de que la policía chequeara si estaba o no. Sabía que posiblemente iban a volver, por eso sentía que estaba contra reloj.

Se sentó por décima vez frente a la computadora y clavó los ojos en el reflejo de la página en blanco. Teniendo tantas cosas para contar, no lograba escribir ni una letra. Seguía intentando dar forma a la primera frase cuando el timbre de la puerta la sobresaltó tanto que rebotó sobre la silla. Se concentró, volvió a mirar la pantalla y sus dedos se deslizaron veloces sobre el teclado: «Mi mejor amiga intentó matarme. Busque en internet sobre los crímenes de Key West. Usted me dijo que si alguna vez necesitaba algo lo podía buscar. Eso estoy haciendo. Usted lo prometió. Ángela». Apretó enviar y cerró la tapa de la notebook de golpe. Se pasó las manos por el pelo y fue a abrir la puerta.

Recordaba perfectamente el momento en el que le había prometido ayuda eterna a la hija del campeón. Las palabras dichas hacía ya muchos años volvían una y otra vez a su mente: «Soy policía. Si alguna vez necesitás algo, no dudes en buscarme. Tal vez te pueda ayudar. ¿Te vas a acordar de mi nombre? Francisco Juárez».

Mientras releía el *mail*, como si fuera una máquina del tiempo, su cabeza regresaba a la habitación blanca y despojada del Instituto de Menores de Mar del Plata: la nena de ojos verdes, el camión lila manchado de tierra, el pelo castaño, sucio y enredado, y el olor. Lo que más recordaba era el olor. Recién ahora se daba cuenta del detalle que lo perturbaba: la chiquita se había hecho pis. Una de las reacciones más primitivas del miedo. Ángela había visto a su papá matar a su mamá.

Tal como ella le pedía, buscó en internet material sobre los crímenes de Key West y guardó varios artículos en una carpeta virtual. La archivó bajo un nombre: «Volver». Se quedó unos minutos tratando de entender desde qué remoto lugar de su vocación dormida había salido la palabra «volver». ¿Sería ésa su vuelta? ¿Había aceptado sin saberlo el desafío que desde el pasado le planteaba una chica casi desconocida?

Fue a la cocina y se preparó un té verde. Mientras cortaba un pedazo de queso y tostaba dos rodajas de pan, no podía dejar de pensar en Key West. Algo lo tenía

inquieto. Tomar la decisión de viajar no le resultaba fácil, pero no era eso lo que rebotaba como una pelota de *ping-pong* en su cabeza.

Puso el desayuno en una bandeja y lo dejó en la mesa del *living*, al lado de la computadora. Se paró frente al vajillero antiguo que había heredado de la abuela de un amigo y abrió la cajonera de golpe. Allí no había cubiertos de plata, ni utensilios de cocina; apiladas en distintas filas, las famosas libretitas negras contrastaban con el tapizado de pana verde del cajón. Francisco Juárez pasó las yemas de los dedos por las pilas con la devoción de un banquero acariciando fajos de dólares. En el fondo estaban las más ajadas —incluso, a algunas les faltaban hojas—, repletas de anotaciones de casos viejos. En el medio había acomodado las libretas más útiles, cada una tenía una etiqueta. Las que decían «Ahorcamiento», «Muerte por sofocación» y «Cadáveres enterrados» encabezaban el grupo.

Las revisó durante un buen rato: estaban llenas de información forense que durante años había recogido de las cientos de autopsias de las que fue testigo. Adelante, en la primera fila del cajón, estaban las libretas para estrenar, con sus hojas blancas y limpias y sus cubiertas relucientes. Sacó tres libretas nuevas y cerró el cajón. Se sentó frente a la computadora y abrió los archivos de la carpetita «Volver».

Durante dos horas escribió datos, nombres y preguntas. El té verde se había enfriado. Antes de volver a la cocina a preparar otra taza, abrió una nueva página de internet. En el buscador de la compañía aérea, escribió «Buenos Aires-Miami». Acababa de tomar una decisión.

Ángela abrió la puerta. Del otro lado, dos policías la miraban desencajados: no esperaban encontrarla en su propia casa. Guardaron las armas que, por protocolo, habían desenfundado.

—¿Señorita Larrabe? —preguntó uno de ellos.

—Sí, soy yo —contestó la chica.

Los agentes —un hombre y una mujer— entraron sin pedir permiso. Mientras el varón recorría la casa buscando vaya a saber qué cosa, la agente intentaba tranquilizar a una Ángela tranquila.

—Deje de preguntarme si estoy bien, ya le dije tres veces que sí. Necesito que me lleve a la casa de mi amiga Iris. No estoy en condiciones de manejar.

—Eh... No, mejor no —dudó la mujer policía—. El comisario Jerry Alvarado está viniendo para acá...

—No necesito hablar con el comisario Alvarado —la interrumpió tajante Ángela—. Quiero ir a ver a Iris, ahora mismo. Ya decidiré luego qué es lo que voy a hacer.

La mujer policía no tuvo tiempo de responder. Parado en la puerta que había quedado abierta, Jerry Alvarado se hizo cargo de la situación.

—Ángela, querida. ¡Qué placer verte bien! —aunque sonó irónico, el comisario habló con absoluta sinceridad.

Ángela se acercó y se paró a pocos centímetros. No recordaba haber estado tan enojada en su vida.

—Señor comisario de mierda, no me interesa nada de lo que tenga para decirme. Quiero ver a mi amiga Iris, necesito hablar con ella. Luego decidiremos qué es lo que vamos a hacer —dijo clavándole los ojos con una furia contenida—. Y le adelanto que usted y su comisaría berreta no van a estar en nuestros planes.

—¿Berreta? —preguntó Jerry.

—Sí, berreta. En mi país, se le dice así a las cosas inútiles, sin calidad, pretenciosas de algo que no son.

—Berreta, berreta... —repitió el policía—. Me gusta esa palabrita. La voy a adoptar.

—¡Quiero que me lleven a ver a Iris! —gritó Ángela—. Y quiero además que salgan de mi casa.

Jerry la miró fijo, la tomó fuerte de los hombros y le dio un suave sacudón.

—Iris está muerta —dijo sin soltarla.

Los dos agentes se quedaron duros y desviaron la mirada, no querían ser testigos de la reacción de la chica menudita y desamparada que tenían enfrente. Jerry pudo sentir cómo todo el cuerpo de Ángela temblaba. Notó cuando las rodillas de la chica se aflojaron, y tuvo que sostenerla con más fuerza.

—No puede ser —murmuró—. ¿Por qué ella?

—Eso estoy tratando de averiguar, Ángela. Necesito tu ayuda.

Con un leve movimiento corporal, Ángela logró zafarse del comisario. Se puso ambas manos en la cintura y empezó a dar vueltas por el *living* de su casa. Nadie se atrevió a interrumpirla. Parecía una reacción bastante lógica. Estaba tratando de incorporar la información que le había caído como balde de agua helada. Siempre había sido una persona sumisa: una nena sumisa, una adolescente sumisa y una mujer sumisa. Muchas veces pensó que estaba destinada sólo a agradar. Hacía ya mucho tiempo, una psicóloga le había dicho que no era necesario buscar el afecto diciendo siempre que sí. Durante muchos años pensó que sus padres se peleaban por su culpa, e incluso imaginó que si, tal vez, ella no hubiera nacido, su padre no habría matado a su madre. En ese sentido, tratando de aliviarla, su primer novio había sido tajante con ella: «No sos tan importante, Angie. Tu papá lo habría hecho igual. Era un violento». Nunca supo si ese primer amor la había ayudado o no, pero la frase le quedó grabada: «No sos tan importante». Mientras caminaba, sabiéndose observada por los tres policías, tomó una decisión —la segunda decisión importante en la última hora—: Ángela Larrabe iba a dejar de ser sumisa. A partir de ese momento, tomaría las riendas de su vida y, si era necesario mentir, lo iba a hacer.

—Jerry, ¿le puedo decir Jerry? —preguntó. El comisario asintió con la cabeza—. Bueno, Jerry, no recuerdo nada. No sé qué me sucedió, ni cómo llegué hasta aquí.

Jerry Alvarado podía percibir una mentira a kilómetros de distancia, pero también sabía que las verdades siempre llegan, aunque en algunas situaciones se demoren un poco más.

Ángela se sentó en el sillón blanco e hizo lo único que podía hacer: llorar y rezar. Las lágrimas eran por Iris; los ruegos, por Francisco Juárez, su último reducto.

Cuando salió del aeropuerto de Miami, largó una carcajada. El auto que había alquilado era mucho más lindo de lo que pensaba. Le habían dado el GPS gratis porque justo ese día era el aniversario de la empresa y, como si fuera poco, hasta le habían regalado un tanque lleno de combustible. Pero nada de eso lo había hecho reír. Su buen humor tenía que ver con lo sucedido durante las nueve horas de vuelo. Había sacado un *ticket* de *bussines class* —sus ahorros le permitían algunos de esos pequeños lujos— y, mientras se acomodaba en el asiento cama y se tapaba con una frazada suave y mullida, entendió por qué estaba acudiendo al pedido de ayuda de Ángela Larrabe. «Mi mejor amiga me quiere matar», eso decía el *mail* que había recibido. Si Gloriana Márquez le hubiera escrito un *mail* semejante, Minerva del Valle no viviría de manera impune en Ecuador, él no tendría un ancla en el alma y, en especial, Gloriana posiblemente estuviera viva. Ángela Larrabe, la hija del campeón, era la revancha que la vida le había puesto en el camino. Había metido en la valija ropa y zapatos, pero también los pedazos de un Francisco Juárez fracasado. Key West era el lugar en el que pensaba unir esas piezas sueltas y desarticuladas en las que se había convertido. Había decidido volver a Buenos Aires completo, rearmado, entero. También llevaba cinco libretas. De las nuevas.

Mientras recorría los casi trescientos kilómetros que separaban Miami de los Cayos de la Florida, manejó sin pensar en nada. Sólo paró para almorzar en Cayo Largo. Sentado en un restaurante encantador frente al mar, empezó a pensar una estrategia. En esta investigación no contaba con la ayuda de sus colegas, ni era un policía reconocido; ya no tenía el poder de dar órdenes y no existía nadie a quién pedirle colaboración técnica. Sonrió mientras masticaba una ensalada de endivias. El desafío estaba planteado.

La internaron en el Hospital de Key West. Jerry Alvarado consideraba necesario que se le practicara un chequeo general. Ángela no se negó: no le importaba nada de lo que hicieran con su cuerpo. Lo importante estaba dentro de su cabeza. Seguía sin abrir la boca: había tomado la misma decisión de años atrás, de cuando sólo era una nenita asustada: hacer silencio. Además, mientras estuviera en esa habitación, nadie, ni siquiera aquellos que fingían comprenderla y tenerle afecto, iba a poder hacerle daño. Porque ya no tenía dudas: Rosalba era quien había intentado matarla y quien había matado a la cubana Iris.

Una enfermera había lavado y desinfectado las heridas de su cara y le había dado una buena noticia: los golpes que tenía eran superficiales, no había huesos lastimados y la tomografía de su cabeza había salido perfecta. Mientras le alcanzaba un vaso con agua y un tranquilizante, le indicó que descansara, lo necesitaba bastante. Ángela tomó el agua de dos tragos y escondió la pastilla bajo la lengua. En cuanto la mujer

cerró la puerta, se sacó el medicamento de la boca y lo guardó en el cajón de la mesita de luz. Cruzó los brazos sobre su pecho y se quedó boca arriba mirando el techo. Sólo tenía que esperar.

La comisaría de Key West le llamó la atención: más que un edificio oficial, parecía la salita de emergencias de un balneario de moda. La bandera de los Estados Unidos y una placa en la pared eran lo único que la identificaba. En el *hall* de recepción, una mujer negra miraba atenta el monitor de una computadora. Estaba vestida con una camisa blanca de mangas cortas y de sus orejas salían los cables de unos auriculares color rosa chicle. Cuando se acercó al escritorio, la chica despejó una de sus orejas.

—¿Puedo ayudarlo en algo? —preguntó en inglés.

Francisco Juárez sacó una libretita negra del bolsillo trasero de su pantalón y repitió el nombre que había sacado de un artículo de un diario de Miami.

—Jerry Alvarado...

La mujer le respondió en un español forzado, pero bastante claro.

—¿Por qué asunto lo busca?

—Soy el abogado de Ángela Larrabe —mintió.

La mujer se levantó, alisó con ambas manos su pollera azul y, caminando como si fuera una modelo de pasarela, desapareció por un pasillo. En menos de cinco minutos estuvo de regreso y lo hizo pasar a una oficina más insólita que el edificio de la comisaría: sillones de pana turquesa, jarrones de vidrio rebosantes de flores, una mesita con copas que parecían de cristal, rodeadas de botellas de agua marca Evian. No había terminado de sorprenderse con los detalles cuando desde la puerta un hombre lo saludó en español.

—Buenos días, doctor. Soy el comisario Alvarado, puede decirme Jerry.

Juárez se dio vuelta y apretó la mano que Jerry le había tendido. No pudo evitar mirarlo de arriba abajo. Alvarado vestía unos pantalones de lino blancos, unos mocasines azules y una remera celeste. Todo en él era impecable. Intentó ubicar a ese policía en una comisaría del tercer cordón del conurbano bonaerense. No pudo evitar sonreír ante la ocurrencia.

—Un gusto —dijo—. Mi nombre es Francisco Juárez y necesito ponerme en contacto con la señorita Larrabe.

—Tome asiento —dijo Jerry mientras le señalaba los sillones—. Me dijo mi secretaria que usted es el abogado de la chica Larrabe, imagino que podrá ponerse en contacto sin mi ayuda.

Juárez se sentó sólo para ganar tiempo. En segundos, debía rearmar su estrategia.

—Sí, claro. Pero tiene su celular apagado y en su domicilio no hay nadie —improvisó.

Jerry asintió con la cabeza. «Te tengo», pensó Juárez.

—¿Lo enviaron del consulado argentino en Miami?

—No —contestó tajante. Para las mentiras nada mejor que las respuestas cortas.

—¿Entonces? —insistió Jerry.

—Entonces nada. ¿Dónde tienen a Ángela?

Jerry se levantó de golpe, no sabía qué contestar. ¿Quién era ese argentino?

—¿Quiere un vaso de agua fría? —le ofreció para ganar tiempo.

—No. ¿Dónde está Ángela?

—Internada en un hospital.

Juánez se sorprendió.

—Hace unas horas recibí un *mail* de ella...

—Sí, sí, puede ser —dijo Jerry—. Se trata sólo de un control. Fue atacada, como usted ya sabrá, y queríamos saber si tiene alguna lesión de gravedad.

—¿Y?

—No tiene nada. Aunque parece que le comieron la lengua los ratones. Se niega a hablar, no quiere contar qué fue lo que le sucedió.

La cabeza de Juánez parecía una licuadora que mezclaba datos sin parar. La chica estaba utilizando la misma estrategia que había puesto en marcha muchos años atrás: nuevamente optaba por el silencio.

—La quiero ver —dijo—. Probablemente conmigo hable.

Jerry Alvarado dejó el vaso semivacío en la mesita, rodeó su escritorio y se sentó.

—Señor Chávez...

—Juánez.

—Bueno, Juánez. En esta isla tengo a dos mujeres asesinadas y a una tercera en coma. La chica Ángela es sobreviviente del posible asesino y no voy a tener paciencia con ella. Va a hablar o va a hablar. Yo soy policía, no soy psicólogo. Y usted no sabe de lo que puede ser capaz un policía cuando de atrapar a un asesino se trata.

Juánez lo miró, esbozó una media sonrisa y contestó:

—Sí, lo sé. No se imagina lo claro que lo tengo.

Se había quedado dormida. Las sábanas blancas y frescas del hospital, la sensación de seguridad y el aire acondicionado habían hecho efecto. Se sentó y apoyó la espalda contra la pared. ¿Cuánto tiempo pasó así, inmóvil, hasta que vio la bandeja al costado de la cama?

Levantó la campana de metal y un plato enorme le llamó la atención: lechuga verde y morada, unos tomates cortados en cubos, zanahorias ralladas y trozos de pollo rebozados en semillas de sésamo. No tenía hambre, pero el plato se veía tentador y el sentido común le indicaba que debía comer para estar preparada. Sabía que las horas que venían no iban a ser fáciles.

—Ángela, ¿puedo pasar?

Del otro lado de la puerta, la voz del comisario Alvarado la sobresaltó. Tragó un pedazo de pollo, se limpió la boca con la servilleta y contestó:

—Sí, adelante.

Jerry Alvarado no estaba solo: un hombre algunos años mayor que él lo acompañaba. Era bastante alto, vestía unos *jeans* desgastados y una camisa blanca.

—Ángela, tu abogado —dijo el comisario.

Estaba por decir que no necesitaba ningún abogado cuando un gesto en la cara del hombre de camisa blanca la frenó de golpe.

—Ah, sí, mi abogado —dijo Ángela mientras revolvía con el tenedor lo que quedaba de la ensalada—. Me gustaría quedarme a solas con él.

Jerry asintió con la cabeza y los dejó solos. La manera en la que la chica temblaba cuando se refugió en el plato de comida fue suficiente. Algo extraño estaba sucediendo. Cerró la puerta y, antes de retirarse del hospital, miró seriamente al agente que custodiaba la habitación y le indicó:

—Estate atento y cada diez minutos golpea la puerta. Ángela es ahora tu responsabilidad.

El hombre asintió con la cabeza.

La escena parecía repetirse de manera casi idéntica. Ángela, sentada en la cama de una habitación blanca; Juárez, en una silla, al costado. Pero ella ya no era una nena y él no era un inexperto. Había pasado mucha vida desde aquel día en el que se vieron por última vez.

—Hola y gracias —dijo ella. No le salieron otras palabras.

—Hola y gracias a vos —respondió él con una sonrisa.

Por primera vez en años, Ángela se sintió segura de verdad: ese hombre era quien podía semejarle más a sus padres. Tal vez por eso lo había buscado.

—Se te ve bastante golpeada —dijo Juárez como para romper el hielo.

La chica se tocó el golpe morado que tenía bajo el ojo y el corte al costado de la

boca. Sintió la hinchazón, aunque no le dolía.

—Tuve unas horas complicadas...

—Quiero saber todo —la interrumpió Juárez. Acercó la silla a la cama, le clavó la mirada y esperó.

Ángela bajó los ojos y asintió con la cabeza. Era el momento de hablar y lo hizo. En voz baja, como si alguien pudiera estar escuchando, arrancó por donde se arranca, por el principio.

Jerry Alvarado no estaba tranquilo. Sabía que el hombre que se había quedado con la chica Larrabe no era su abogado. Ángela no lo había reconocido. El comisario llegó a ver el guiño del tal Juárez, un gesto rápido y casi imperceptible que hizo que ella cambiara enseguida de opinión y lo recibiera.

El calor del mediodía era insoportable. Apuró el paso y se metió en su auto, prendió el aire acondicionado y esperó unos minutos para recibir el fresco en la cara. Sacó su teléfono celular del bolsillo del pantalón y escribió «Francisco Juárez» en el buscador de Google. Se sorprendió ante la cantidad de archivos que arrojó la búsqueda, incluso el nombre y la foto aparecían en la Wikipedia. Mientras los repasaba uno por uno, intentaba poner su cabeza en orden. Supo que Juárez no era ningún abogado. Era un investigador muy reconocido en su país, el mismo país del que venía Ángela. Hizo una búsqueda combinada —«Francisco Juárez + Ángela Larrabe»—, pero no apareció nada. Dejó el celular y se quedó pensando mientras miraba por la ventanilla. Recordó los recortes de diarios viejos que había encontrado debajo de la cama de la chica. Era la hija de un famoso boxeador. Volvió a buscar en el teléfono, y un par de links le dejaron las cosas más claras. El hecho policial que había protagonizado el padre de la chica había ocurrido muchos años atrás, el policía debía ser muy joven por ese entonces. Llamó a Maitena y la puso al tanto de la visita que acababa de llegar de Argentina.

—Sin dudas, la chica Larrabe no confía en vos —dijo ella sin piedad—. Y hace bien.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó el comisario Alvarado para cambiar de tema.

—Acabo de terminar con la autopsia de Iris Guzmán.

Jerry se acomodó en el asiento, le interesaban las conclusiones de Maitena.

—Te escucho.

—Tal como te adelanté, la mujer fue degollada, se desangró antes de ser arrojada al mar. No encontré líquido en sus pulmones. Las horas que pasó sumergida borrarán cualquier rastro que pudiera haber quedado en las ropas que vestía. Tiene algunas heridas *post mortem* —detalló e hizo un breve silencio—. Las gaviotas o los hierros oxidados del muelle en el que se enganchó el cuerpo tuvieron que ver con esas laceraciones.

—Bueno, nada que nos sorprenda —dijo Jerry bastante desilusionado.

—Error, amigo. Hay algo.

—Te escucho.

—Estuve comparando este homicidio con el de Jeannine, la primera de las mujeres atacadas. Es obvio que el agresor es un enamorado de los cortes con arma blanca. En los dos casos las heridas son firmes, no duda a la hora de cortar y lo hace con bastante precisión. Pero usó armas distintas. Los bordes de las heridas de ambos cadáveres son diferentes. En el caso de Jeannine, usó una trincheta muy afilada. El cuello de Iris me indica otra cosa: fue un cuchillo bastante desafilado.

Jerry escuchaba con atención, pero necesitaba saber más.

—¿Y eso qué nos dice? —preguntó.

—Que en el segundo caso el asesino no fue preparado para matar, ésa no es el arma blanca ideal para semejante sangría...

—Y ¿Lilith? —la interrumpió Jerry.

—Lilith confirma mi teoría —aseguró y dejó de hablar por unos minutos. Jerry podía escuchar del otro lado de la línea cómo la forense daba vuelta las hojas de un cuaderno—. Acá encontré mis anotaciones. Escucha: a Jeannine el asesino la estranguló con una soga y le cortó la sonrisa de Glasgow; con Lilith sólo uso la soga, de haber tenido un arma blanca la mesera estaría muerta; con Iris usó un cuchillo, pero no la soga. Donde hubo cortes, hubo homicidio. No sabe matar de otra manera, necesita ver sangre.

Jerry registró cada una de las palabras de su amiga Maitena, la consideraba perfecta a la hora de trazar perfiles criminales, pero su cabeza no paraba de dar vueltas alrededor del tal Francisco Juárez. Necesitaba hablar con él. Necesitaba saber qué le estaba contando la chica Larrabe. Era la única que había tenido acceso a las últimas horas de Iris Guzmán, esas horas que podrían haber sido las últimas de ella misma.

Ángela Larrabe no paró de hablar durante casi dos horas. Sólo hizo una pausa para ir al baño y tomar un trago de agua. Las palabras se le caían de la boca. En algunos momentos tartamudeó, en otros se emocionó, pero nada le impidió contar todos los detalles de lo que había vivido en los últimos días. Juárez llenó dos libretas con anotaciones y la interrumpió en algunos tramos del relato para consultar dudas. La historia era devastadora y había mucho por hacer, pero, aunque Ángela no quería, era inevitable contar con la ayuda del comisario Alvarado.

—Necesito que me cuentes otra vez tu última noche con Iris —insistió.

—Después de trabajar, fuimos al bar de la playa y tomamos muchos tragos. La noche estaba calurosa y la fiesta que se había armado era muy divertida —dijo Ángela y dudó en seguir: la avergonzaba contar la escena sexual con los franceses—. Bailamos con unos turistas... Bueno, en realidad...

—¿Los franceses que estuvieron demorados? Lo leí en el diario.

—Sí, los franceses. Tuve un encuentro íntimo con ellos y fue Iris quien me vino a buscar —contó y los ojos se le llenaron de lágrimas—. Yo no estaba lúcida, había tomado mucho alcohol... Yo no soy de hacer estas cosas.

—Ángela, no juzgo la vida sexual de nadie. Tranquila, seguí contando.

La chica se tranquilizó, le hizo bien sentirse no juzgada. No le iba a alcanzar la vida para felicitarle por haber buscado a Juárez.

—Bueno, Iris me sacó de ahí de un brazo y dejamos a los franceses en el medio de la fiesta. Nos fuimos caminando por la playa hacia la zona norte de Key West. Estábamos contentas, nos reíamos a los gritos y hasta cantamos una canción de Madonna.

Un ataque de llanto le impidió seguir con el relato. Juárez se levantó y abrió la pequeña heladera que había en la habitación. Sacó una lata de Coca-Cola *light* y se la tomó de a poco. No tenía sed, pero nada le parecía más inútil que una testigo llorando. Cuando la chica se calmó, dejó la lata vacía en la mesa de luz, se sentó y siguió preguntando.

—¿Durante ese trayecto en el que caminaron y cantaron notaron la presencia de alguien más?

—No, nada de nada. Estábamos muy mareadas y decidimos tirarnos un rato en la arena para mirar las estrellas.

—¿Cuánto tiempo estuvieron tiradas en ese lugar?

Ángela se quedó pensando unos minutos.

—No lo sé exactamente, pero no fue mucho. Iris recordó que nos habíamos dejado las carteras en el bar y tuvo miedo de que nos robaran la plata y los documentos. Cuando nos paramos, empezó todo.

—¿Quién se paró primero?

—Iris, ella estaba mejor que yo. Además, a mí me había empezado a doler mucho

la cabeza —dijo y cerró los ojos de golpe. Necesitaba el máximo de su memoria, no podía olvidar ningún detalle—. Iris se paró y me dio su mano para que pudiera levantarme. En ese momento lo vi: detrás de mi amiga, había una persona vestida de negro, con un casco plateado.

—¿Qué tipo de casco? —preguntó Juárez en voz baja. No quería alterar la concentración de la chica.

—Un casco de moto, plateado. Grité muy fuerte. Al intentar ponerme de pie, como mi mano seguía agarrada a la de Iris, le pegué un tirón y se cayó arriba mío. La persona del casco también gritaba, o eran los gritos de Iris. No sé. Recibí un golpe en el ojo, sentí que los huesos de la cara se me habían partido en mil pedazos, pero no me importó —mientras hablaba, Ángela se tocaba la cara. Necesitaba comprobar que todo estaba en su lugar. Siguió hablando sin abrir los ojos—: Usé todas las fuerzas que me quedaban para intentar levantarme de nuevo. Al hacerlo, pude ver que la persona del casco estaba encima de Iris. Cuando me acerqué para defenderla, recibí un segundo golpe, esta vez en la mandíbula. El gusto de mi propia sangre me hizo vomitar. Lo último que recuerdo es la sensación de la arena fría en la cara, quedé tirada boca abajo.

—¿Y después qué pasó?

—Cuando me desperté, ya no estaba en la playa. Me di cuenta porque estaba tirada sobre el pasto —explicó y con las manos se empezó a tocar los brazos—. Me picaba todo el cuerpo y el sol me daba sobre la espalda. Supe que era de día. Allí conocí a la señora Mitchell.

Ángela contó todo lo que había sucedido en la casa de la mujer: habló del desayuno y de la ropa que le había prestado, hasta recordaba los olores de la casa y algunos detalles de la decoración. Juárez se sorprendió con lo rebuscada que puede ser la memoria. Puede traer al presente el color de las flores del sillón en el que nos sentamos hace años y, al mismo tiempo, borrar de un plumazo el momento exacto en el que casi pudimos ser asesinados. La memoria de la chica no era la excepción.

—Ángela... —siguió hablándole en voz muy baja, para no distraerla. Notaba el esfuerzo que hacía ella para no olvidar nada—. ¿Por qué pensás que tu vecina es la asesina?

Notó cómo el cuerpo de ella se ponía tenso, vio cómo su piel se erizaba y sintió cómo la respiración se le agitaba.

—Las fotos de la señora Mitchell.

Las lágrimas empezaron a derramarse por sus mejillas. Seguía sin abrir los ojos.

—¿Qué había en la fotos? —insistió Juárez.

—La señora Mitchell tiene fotos sobre un mueble, o un hogar, no recuerdo bien. Hay una foto de su marido, de la casona en la que vive, de sus hijos... Y hay también una foto de Rosalba. No fue casualidad. Alguien me llevó desde la playa hasta la casona y estoy segura de que fue Rosalba.

Los temblores eran cada vez más intensos. Juárez temió que se desmayara,

consideró que había sido suficiente por ese día.

—Ángela, abrí los ojos. Despacio —ordenó Juárez.

La chica lo hizo y lo miró durante un largo rato. Por primera vez desde que había llegado, pudo ver en esa chica indefensa a la nena que había conocido en Mar del Plata. En el fondo de esos ojos verdes, llegó a ver a la hija del campeón.

En las últimas horas, Jerry Alvarado había tenido dos golpes de suerte. El primero tenía que ver con un antiguo novio. Fue a la primera persona a la que se le ocurrió llamar: Freddy era dueño de un hotelito encantador a unas cuadras del centro de Key West. Necesitaba saber en qué lugar se había alojado el tal Juárez y, por gracia de algún santo al que seguro le había rezado mucho durante su infancia, el argentino estaba en la habitación 28 del hotel de Freddy. El segundo golpe de suerte también estaba relacionado con Freddy: el rubio había tenido el buen tino de montar su emprendimiento hotelero pegado a un Starbucks, por lo que pensaba esperar al Maradona de la policía argentina tomando un *frappuccino* en una mesita en la calle. Casi que se sentía un hombre afortunado.

Menos de media hora duró la espera. Lo vio venir caminando tranquilo, con las manos en los bolsillos. A Juárez se le notaba una leve complicación en la rodilla izquierda, Jerry había leído en internet la noticia sobre el accidente. «Un milagro que este hombre pueda caminar», pensó. Mientras Jerry evaluaba cómo abordarlo, el argentino, que también lo había visto, se sentaba a su mesa.

—¿Cómo anda Maradona? —dijo intentando ser gracioso. La cara de Juárez le dejó claro que su chiste había sido malo.

—No soy futbolista —aclaró.

—Tampoco es abogado —embistió Jerry.

Juárez levantó ambas manos y asintió con la cabeza reconociendo la jugada del mexicano, que había sido certera y había dado justo en el hueso.

—Me llamo Francisco Juárez, fui jefe de homicidios en mi país durante muchos años. Ahora estoy de licencia, pero ser policía no es algo que pasa, es algo que queda.

—Buena definición —dijo Jerry.

—No es mía. Es de Nippur, un colega.

En otras circunstancias, le hubiera preguntado quién era Nippur; tal vez hubiera querido saber también algunos detalles de casos policiales argentinos, y hasta se hubiera interesado por conocer algo más sobre la vida privada del investigador, pero no era el momento. Jerry sólo estaba enfocado en Ángela y en lo que le había pasado. Juárez lo miraba sin abrir la boca. La batería de preguntas no tardó en llegar.

—Estoy a cargo de una investigación complicada, no tengo que explicarle la presión que eso significa. No me importa la relación que lo une con la chica Larrabe, pero ella tiene con usted algo que no tiene conmigo...

—Para empezar, le voy a decir dos cosas —lo interrumpió Juárez—. La primera: puede tutearme. La segunda: necesito tomar algo frío.

Se levantó con intenciones de entrar en la cafetería a comprar algún jugo natural, pero Jerry propuso algo mejor.

—Juárez, ven a mi despacho. Tengo una heladera llena de bebidas, tengo buenos tragos y un expediente judicial que me gustaría mostrarte.

El argentino asintió con la cabeza. Le pareció una gran idea. Eso necesitaba: la causa, las pruebas. Había algunas cuestiones que no le cerraban. Decidieron ir caminando, la comisaría quedaba a unas pocas cuadras. De golpe, Juárez rompió el silencio.

—Confianza —dijo.

—¿Cómo? —preguntó Jerry sin parar de revolver, como siempre, los ojos.

—Lo que Ángela Larrabe tiene conmigo es eso: confianza.

En la comisaría de Key West sólo estaba el agente de guardia. Los dos hombres cruzaron la recepción sin saludar. En su despacho, Jerry preparó dos mojitos, corrió todo lo que tenía sobre el escritorio y expuso ante los ojos de su colega carpetas, cajas de cartón y el archivo con las fotos que había sacado con su celular. Con todos esos elementos podían reconstruir gran parte de la historia. Juárez se sorprendió gratamente con la meticulosidad de Jerry a la hora de ordenar el material probatorio y por la suavidad justa del trago que le había preparado.

—Ángela me habló sobre las notas que estuvo recibiendo, tengo entendido que los mensajes le llegaron después de cada uno de los ataques —arrancó Juárez.

—Error —dijo Jerry mientras ponía frente a los ojos del argentino las dos hojas blancas del cuaderno de la marca Forever 21 y el papelito celeste.

—¿Dónde está el error?

—En la palabra «todos». Tengo a un policía de guardia en la puerta de la casa de Ángela. No ha llegado ningún mensaje que corresponda al crimen de Iris.

Juárez lo miró con interés. Había algo en ese dato. Recorrió con la mirada los tres papeles y luego señaló con el dedo índice el papelito celeste.

—¿Éste a qué ataque corresponde? —preguntó.

Jerry sonrió, por primera vez se sintió en sintonía total con el investigador.

—Al ataque del gato de la vecina de la chica Larrabe. Aunque parezca mentira, creo que la sangría empezó con un gato.

«Lo que me ocurre en la mente, muere. DA», Juárez leyó la frase en voz alta y dos veces. Por un segundo le resultó familiar, pero fue un segundo muy fugaz. Después de revisar el expediente del crimen de Jeannine Delaware, el segundo mensaje parecía menos encriptado: «El asesinato de DN está justificado».

—Este segundo mensaje es más claro —dijo sin dejar de mirar el papel—. Supongo que usted conoce la historia de la Dalia Negra...

—Sin dudas —respondió Jerry—. No hay policía que se precie en los Estados Unidos de Norteamérica que no se haya desvelado con la Black Dahlia.

De inmediato, Juárez sacó su libretita negra y anotó: «Black Dahlia». Jerry pasó al tercer mensaje, que también estaba escrito en una hoja blanca. Lo miró con atención: «Si el tiempo es infinito, estamos en cualquier punto del tiempo. B».

—Esta tercera nota corresponde a la chica Lilith, la mesera de Big Pine —recordó

el mexicano.

—¿Cómo está esa chica? —preguntó Juárez—. Leí que había quedado muy lesionada.

—La trasladaron a Miami, a un centro de mayor complejidad. Hasta ayer seguía en coma. Decidí trabajar el caso Lilith como si estuviera muerta, a los fines de la investigación es lo mismo. Si no habla, no me sirve.

A Juárez le gustó el pragmatismo desenfadado del mexicano. La secuencia de los ataques y las notas le pareció interesante. Era claro que Ángela estaba conectada con cada uno de los casos: el gato de su vecina, la turista que había viajado en su trencito, la mesera del bar en el que tomó unos tragos y su compañera de trabajo, Iris. La persona que había metido a la hija del campeón en ese espiral de violencia, sin dudas, iba por ella. ¿Por qué? Juárez estaba allí para encontrar la respuesta. El desafío y la adrenalina habían logrado en menos de cuarenta y ocho horas lo que ningún medicamento había conseguido en meses. La voz de Jerry interrumpió sus pensamientos.

—Es tu turno, argentino —dijo—. No te traje aquí sólo para dar, también quiero recibir. Esto se parece bastante al amor, ¿eh?

Juárez sonrió. Comprendía muy bien cuáles eran las reglas del juego.

—Ángela cree que su vecina es quien quiso matarla y, en consecuencia, quien mató a Iris —dijo.

—¿Rosalba Mankell? —preguntó el mexicano mientras se incorporaba en el asiento—. Francisco Juárez, estamos en los Estados Unidos de Norteamérica. En este país guardar esa información le puede traer grandes problemas legales. Necesito que la chica Larrabe ya mismo denuncie oficialmente esto que tú me estás diciendo.

—¿Qué información?

—Te pido por favor que no me tomes por tonto...

—No te trato de tonto —lo interrumpió Juárez, haciendo recíproco el tuteo—. Sos un poco apresurado, tal vez. Dije que Ángela creía que la vecina la había atacado. *Creía* —remarcó la palabra y esbozó una sonrisa—. Salvo que en los Estados Unidos de Norteamérica le den grado de certeza absoluta a la sospecha de una chica en estado de *shock*.

—Ok. ¿En qué basa esta chica la sospecha? —insistió.

Juárez revisó las primeras hojas de su libretita.

—¿Conocés a una tal señora Mitchell?

—Sí, creo que sí —dijo Jerry luego de meditar unos segundos, y aclaró—: No somos muchos los residentes de Key West. Es una mujer muy vieja, vive en la otra punta de la isla.

—¿Podemos conseguir su dirección? —preguntó Juárez.

Sin responder, Jerry tecleó unos datos en la guía de la ciudad que tenía archivada en su computadora. La información que apareció en la pantalla le aceleró el corazón. Dio vuelta el monitor para compartir el hallazgo. Casi al mismo tiempo, los dos se

levantaron de sus sillas.

—Vamos a hacerle una visita a la señora Rosalba Mitchell —dijo Juárez.
Casi corriendo el argentino y el mexicano salieron de la comisaría.

Los quince minutos en auto que los separaban de la mansión fueron eternos para ambos policías. Jerry manejaba en silencio y Juárez miraba sin ver nada por la ventanilla del asiento del acompañante. El nombre completo que figuraba en la guía de Key West los había sacudido por completo: Rosalba Mitchell, así se llamaba la anciana.

La fachada de la casona daba a una callecita que terminaba al pie de un médano; la parte de atrás, directamente sobre la playa. Había sido construida cuando los famosos Cayos de la Florida eran unas islas perdidas llenas de moradores indeseables. Los emprendedores turísticos que fueron llegando de a poco, seducidos por el buen clima permanente y la calidez de las aguas, no se vieron tentados por esa zona del Cayo: «demasiadas rocas en la orilla del mar», habían argumentado.

Dejaron el auto en la mitad de la calle. A pesar de las luces amarillentas de los faroles de la vereda, la casa se veía majestuosa. A Juárez lo sorprendió la claridad de la noche: en ese lugar la luna alumbraba más de lo que había visto en su vida. Lamentó no poder apreciarla tomando un buen vino en compañía de Manuela.

Jerry tomó la iniciativa y golpeó la puerta con el llamador de bronce que estaba clavado en el zócalo. La casa no tenía timbre. Nadie contestó e insistió con los golpes. Mientras Jerry esperaba, Juárez rodeaba la casona buscando alguna alternativa.

—O no hay nadie o esta mujer se bajó un frasco de pastillas para dormir —dijo el mexicano mientras se acercaba a su colega.

—¿Entramos por la parte de atrás? —dijo Juárez más como un anuncio que como una pregunta.

—Un momento, argentino. En este país es delito entrar por la fuerza a la propiedad privada.

Juárez giró la manija de la puerta del fondo, que se abrió de inmediato: no estaba cerrada con llave. Miró con una sonrisa a Jerry y le dijo triunfante:

—Entiendo, mexicano, pero mire usted que no tuve que hacer fuerza.

Tras revolear los ojos y decidido, Jerry avanzó detrás del investigador. La casa estaba casi a oscuras, sólo una lucecita iluminaba el pasillo que conducía a la cocina. Instintivamente fueron hacia allí.

—¡Señora Mitchell! —gritó Jerry rompiendo el silencio de la casa.

Nadie contestó. Juárez prendió la luz de la cocina. El lugar era amplio. La mesada, el desayunador, las sillas y el fregadero estaban ordenados. Jerry se fijó en la alacena.

—Todo normal, aquí no hay nada —dijo.

Una lata blanca llena de bolitas de pan descansaba sobre el vajillero de madera, a ninguno de los dos le llamó la atención. Siguieron recorriendo la planta baja. Sólo un detalle rompía con el orden de la sala: una taza vacía y un plato con algunas migas

sobre una bandeja habían quedado en la mesita ratona frente a un sillón.

—Ángela me dijo que la señora Mitchell le había preparado el desayuno — comentó Juárez señalando lo que para él empezaba a ser la prueba de que la chica no le había mentado.

—Una vieja tan ordenada dejando las sobras del desayuno... —meditó Jerry en voz alta.

—Subamos —propuso Juárez. La pequeña conclusión del mexicano le había parecido acertada y no le gustaba el panorama que veían.

La madera añeja de los escalones crujía bajo los pies de los dos hombres. En la planta alta, un distribuidor daba paso a tres habitaciones. Todas las puertas estaban cerradas.

—¡Señora Mitchell! —volvió a gritar Jerry, pero nadie contestó.

Organizados como si hubieran trabajado toda la vida juntos, los dos policías fueron abriendo unas tras otras las puertas. Primero entraba Jerry con el arma reglamentaria en posición de tiro y detrás lo hacía Juárez, para hacer el trabajo de «limpieza», como se suele decir en la jerga. Dos eran cuartos con sus camas de una plaza, mesas de luz y percheros de madera; la tercera estancia era un escritorio con olor a humedad, lleno de libros viejos. Todo estaba en orden.

—¿Cuántos años tiene la señora Mitchell? —preguntó Juárez mientras bajaban las escaleras.

—Mmm... No sé, pero no menos de ochenta. Es una de las residentes más viejas de Key West.

—Revisemos bien la parte de abajo, no creo que una mujer de esa edad suba y baje estas escaleras a diario.

—¡Señora Mitchell! —volvió a llamar Jerry, y otra vez nadie contestó.

Avanzaron por un pasillo largo. Las paredes estaban llenas de cuadritos con fotos y acuarelas de pájaros. Abrieron la primera puerta: era un baño enorme, con los sanitarios de época. El blanco de los azulejos estaba bastante amarillo; más allá de eso, nada les llamó la atención. La puerta del fondo estaba entornada. Los dos se miraron en silencio: era el último lugar que les quedaba por revisar. Jerry levantó una mano para frenar a Juárez y con la otra dio tres golpes suaves en la madera.

—Señora Mitchell... —insistió sabiendo que nadie le iba a contestar, pero las reglas son las reglas.

Finalmente entraron. La luz de la luna que se colaba por la ventana dejaba ver bastante, pero no era suficiente. Juárez prendió la luz. Una cama de dos plazas con un respaldo de bronce, un aparador, dos mesitas de luz y un perchero eran el único mobiliario que había allí. La cama estaba deshecha de un solo lado. Juárez se quedó parado, con los brazos en la cintura. Sus sentidos estaban en alerta, algo estaba fuera de lugar.

—No toques nada —murmuró el argentino. Jerry asintió con la cabeza y se quedó quieto, expectante.

La mesa de luz del costado derecho de la cama estaba corrida. Ese detalle rompía la sensación de orden que reinaba en toda la casa.

—Si la señora Mitchell duerme del lado de la cama que está deshecho y la mesa de luz del lado contrario está fuera de lugar...

Jerry entendió todo, no fue necesario que su colega terminara la frase. Se agachó y miró debajo de la cama.

—¡Pinche mierda! —exclamó.

Sin entender del todo el insulto de Jerry Alvarado, Juárez adivinó cuál podía ser el motivo que lo había provocado. El cadáver de la señora Mitchell estaba debajo de la cama.

Antes de huir tenía que hacer algo importante. Todo había salido mal. Evidentemente no era su tiempo. La paciencia era su superpoder y había llegado el momento de ponerlo en práctica. Pero necesitaba dejar testimonio de lo que había sucedido, lo que podía suceder era ya cuestión de los dioses. Los humanos no deberían atreverse a tanto.

Rodeó la manzana, dejó la moto estacionada contra la reja del fondo, sacó las llaves de la maceta y entró por la puerta de atrás. No prendió las luces, no era necesario. La luna, como siempre, estaba de su lado. Por las hendiduras de la persiana americana del *living*, espió la casa de enfrente. Un policía seguía de custodia en la puerta de Ángela. No tenía tiempo para perder; en cuanto la perra de Larrabe abriera la boca, empezaría el tiempo de descuento. Si es que no lo había hecho ya.

Se sacó el casco plateado y lo dejó sobre la mesa ratona. En el bolsillo trasero de su pantalón estaba el grabador. Antes de empezar a hablar, tuvo una idea genial, tal vez la última. Fue hasta la biblioteca y eligió dos libros al azar. Los abrió y arrancó las primeras páginas de ambos. Durante un buen rato, se entretuvo con el movimiento de sus dedos ágiles plegando de mil maneras distintas las hojas. «Basta, ya es suficiente», murmuró. Se sentó en el sillón, cerró los ojos, respiró lo más hondo que pudo y empezó a hablar: «Uno, dos, tres, grabando».

En cuanto Maitena Orestes recibió el llamado de su amigo Jerry, empezó a armar su maletín forense. Nunca le había dado tanto uso a su «valijita de los muertos». La señora Mitchell había sido asesinada. No sabía quién era y no recordaba haber escuchado el nombre jamás. Le mandó un mensaje de texto a su vecina Regina, tenía esperanzas en que los nietos de la mujer le hubieran enseñado a usar el celular que le habían regalado. Regina era tan vieja como la Mitchell, tal vez la conocía y le aportaba algún dato.

Durante el viaje hasta la casona habló por teléfono. Jerry la puso al tanto de todas las noticias de última hora. Dejó el auto estacionado detrás del de su amigo y bajó cargando la valija de metal. En la puerta la esperaba un hombre alto. Le pareció tan atractivo que casi tropieza en las escaleras del porche.

—Hola, soy Francisco Juárez —se presentó y la ayudó a cargar el maletín.

—Lo imaginé —respondió Maite.

Jerry los cruzó en el *living* de la mansión y guió a su amiga hacia la habitación de la anciana. Con una tranquilidad que Juárez supo apreciar, Maitena empezó a acomodar sus elementos de trabajo mientras se ponía los guates de látex.

—Si van a meter mano, se me ponen esto, ¿entendido? —dijo mientras les daba a los dos hombres una caja de guantes de diferentes tamaños. Ellos actuaron como si fueran dos estudiantes del primer año de criminalística: ninguno se atrevió a

contradecir a la mujer.

El cadáver de la señora Mitchell estaba al costado de la cama. Jerry y Juárez lo habían sacado ante la remota posibilidad de que estuviera viva. En cuanto vieron el cuerpo, supieron que no era así. La mujer estaba vestida con un camisón blanco con voladitos a la altura del pecho y una bata rosa; estaba descalza. No se la veía golpeada, tampoco había sangre por ningún lado. Pero el motivo de la muerte era tan obvio que hasta un chico de diez años se habría dado cuenta: un pedazo de género de color negro le apretaba el cuello. Había sido estrangulada. Con extremo cuidado, Maitena aflojó el nudo y liberó el cuello de la mujer.

—Esto no es un lazo —dijo Jerry.

Para que los dos hombres pudieran verlo, la forense levantó el elemento con el que habían estrangulado a la mujer: era un corpiño de encaje negro. Juárez y Jerry cruzaron una mirada. El argentino imaginó lo que iba a decir su colega y se le adelantó.

—¿Creés que puede ser de Ángela? —preguntó.

—No sé, Juanito. ¿Te puedo decir Juanito? —respondió el mexicano.

—No. Soy Juárez.

Jerry no pudo insistir con el apodo, Maite los interrumpió:

—El video, Jerry. Ángela estaba sin corpiño —dijo.

—¿Qué video? —preguntó Juárez mirando seriamente al mexicano.

Maitena lo puso al tanto de las imágenes que habían registrado las cámaras de seguridad del bar de la playa. Claramente se veía a Ángela manteniendo sexo con dos hombres, la chica estaba sin corpiño.

—Coincide con lo que me contó ella misma en el hospital —aportó Juárez—. Que luego de esa escena, fueron con Iris a la playa.

—Exacto —dijo Maite—. En el video se ve el momento en el que Iris Guzmán la separa de los franceses. La chica Larrabe tiene puesta una falda negra. Sólo eso.

De a poco, iban armando el rompecabezas. Juárez siguió:

—Me contó que la señora Mitchell —la nombró y no pudo evitar desviar la mirada hacia el cadáver de la mujer— le prestó ropa para que pudiera volver a su casa. Una remera blanca.

—«Remera», suena gracioso el término... Bueno, mis amores —interrumpió Jerry—. Tenemos que buscar a la dueña del sostén, porque no creo que sea de la malograda señora Mitchell.

—Jerry Alvarado, *stop* —lo reprendió Maite—. No es tiempo de que hagas de payaso.

El mexicano repitió el gesto que lo caracterizaba y Juárez sonrió. Estaba encantado con esa pareja de investigadores. Desde hacía tiempo no se sentía tan a gusto en un lugar. Esa mansión, una forense, un policía, el maletín plateado y un cadáver era todo lo que necesitaba para recuperar lo que había perdido. A él mismo.

Maitena, Juárez y Jerry se quedaron sentados en las escaleras del porche de la casa de la señora Mitchell esperando a que llegara la morguera. Mientras tanto, la policía científica buscaba pistas en la escena del crimen.

—No la golpearon, no la torturaron. La estrangularon con el corpiño —concluyó la forense—. De todas maneras, cuando le practique la autopsia voy a tener más detalles.

Los dos hombres asintieron con la cabeza. No tenían muchas ganas de hablar. El ruido del celular de Maitena los sacó del ostracismo. La forense atendió y se levantó para mantener la conversación en privado. Los dos hombres se miraron con curiosidad.

—Tal vez la llamó el novio —aventuró Juárez.

—Ay, argentino, esta chica no tiene novio —dijo Jerry haciendo ademanes con las manos—. Es complicadísima, y además, ¿a qué hombre le gustaría andar con una mujer que se dedica a los muertos?

Juárez sonrió, fue inevitable pensar en Manuela.

—Yo tuve una novia que se dedicaba a los muertos —dijo.

—Qué pena... ¿Te gustan las mujeres? —Juárez asintió con la cabeza y Jerry se puso una mano en el pecho—. Me has roto el corazón, creí tener alguna esperanza contigo.

Ambos rieron a carcajadas. Juárez no recordaba haber conocido a ningún policía gay en toda su carrera. No podía imaginarse qué habría sido de Jerry si hubiera nacido en Argentina.

Maitena llegó corriendo hasta las escaleras; tenía el celular en la mano, pero ya había cortado la comunicación.

—Escuchen, me acaba de llamar doña Regina, una viejita que vive en mi barrio. Antes de venir para aquí, le dejé un mensaje para saber si tiene datos de la señora Mitchell.

Juárez y Jerry la miraron ansiosos. Maite, agitada, siguió hablando:

—Me contó que la señora Mitchell era viuda, que tiene un hijo y una hija que se fueron de Key West hace muchos años. Regina cree que se fueron a vivir a Boston, pero no está muy segura, no recuerda muy bien. Pero lo importante no son los que se fueron... Lo importante, caballeros, es quién vino a la isla.

—Vamos, niña —dijo Jerry—. Deja de hacerte la protagonista de un culebrón, suelta la información ahora mismo.

—Okey. Dice Regina que desde hace siete años la que se vino a vivir a los Cayos es la nieta de la señora Mitchell, la hija mayor de su hija Jennifer, la señorita Rosalba Mankell.

—La foto —dijo Juárez—. Entremos a la casa.

Las certezas de Ángela, que para Juárez eran sólo sospechas, empezaban a tomar

color. La única que podía haberla dejado tirada en la puerta de la mansión Mankell era Rosalba, la nieta de la señora Mitchell.

El agente de la policía científica los dejó pasar al *living*. Sobre una de las paredes blancas, el aparador de madera oscura se veía imponente. Le faltaba una buena pasada de cera o una mano de barniz, pero a pesar del paso del tiempo la nobleza del mobiliario se dejaba notar. Juárez prestó atención a los portarretratos: todo estaba tal cual le había contado Ángela. O casi todo.

—La puta madre —murmuró.

La foto de Rosalba había desaparecido. Las otras tres estaban en su lugar. Maite lo miró y se acercó de inmediato al aparador: había comprendido la razón del insulto del argentino.

—Aquí falta una foto —constató Maitena y pasó el dedo por la madera, el polvo acumulado le permitió dejar un surco—. Miren, se nota la marca que dejó el portarretratos faltante.

—Sí, desapareció —dijo Juárez—. Ángela vio en esa foto a su vecina Rosalba. Ése es el motivo por el que cree que fue ella quien atacó y mató a Iris...

Jerry lo interrumpió:

—Entonces, luego de atacar a las dos mujeres, dejó a la chica Larrabe en la casa de su abuela... ¿Para qué? —preguntó.

Juárez se sintió inquieto. El dato que había traído Maitena le daba vueltas en la cabeza.

—Un gato, una chica de pelo negro y largo, Iris la pelirroja, una abuela... —enumeró Juárez en voz alta—. Me falta Lilith, la mesera...

—¿Estás bien? —preguntó Jerry.

—Sí, perfecto. Pero toda esa secuencia de ataques me hace ruido. Siento que hay algo que no estamos viendo.

—Señores, creo que deberíamos ir a la casa de Rosalba Mankell —propuso Maitena.

—¡Ay, Maitenica! ¿Y piensas detenerla sólo con la sospecha de esa chica Larrabe, que está más loca que un plumero? Estamos en los Estados Unidos de Norteamérica, aquí los derechos de los ciudadanos son sagrados —ironizó Jerry.

—Coincido con Maitena: vamos a lo de Rosalba —dijo Juárez—. Su abuela acaba de aparecer asesinada, ¿no?

Los tres sonrieron. Saludaron a los agentes de la científica y salieron de la mansión.

Manuela Pelari se había alejado de Francisco Juárez convencida de su decisión. Amar era también saber irse a tiempo. Y eso había hecho. Pero en algún lugar escondido de su corazón, creyó que él iba a intentar impedir que se fuera. Nada de eso sucedió. Ni un llamado, ni un mensaje. Nada.

Se sirvió una copa de vino y se recostó en su sillón nuevo. Lo había cargado ella misma en la camioneta. A algunas mujeres el desamor las arrojaba en los brazos de los peluqueros o se quedaban con el corazón roto, pero con los placares llenos de pares de zapatos nuevos. A ella la reconfortaban los muebles. Apoyó la cabeza en el respaldo mullido y cerró los ojos. Los ojos verdes de Juárez, su sonrisa, su boca, todo se le venía en forma de imágenes de video clip. Quiso llorar, pero estaba demasiado enojada para que hubiera lágrimas.

Agarró el teléfono celular que había dejado en la mesa ratona, vació la copa de un trago y marcó el número de la casa del policía. La voz de Juárez en el contestador automático la sobresaltó. Lo que le causó sorpresa no fue el tono grave que siempre le había parecido tan *sexy*, sino el mensaje: «Estoy de viaje fuera del país. No podré contestar su mensaje a la brevedad. Muchas gracias».

¿Juárez se había ido de viaje? Se arrepintió de haber llamado. Si antes estaba enojada, ahora estaba furiosa. Se sirvió otra copa de vino. La tomó de a poco, mientras caminaba de un lado a otro de su departamento. Se sentía encerrada como un león en la jaula del zoológico. Abrió la ventana y salió al balcón. Respiró hondo, parecía querer tragarse todo el aire de la ciudad de Buenos Aires. Después de un rato se sintió un poco más calmada. Sólo un poco. Fue hasta su cuarto; se puso unos *jeans* y un buzo de gimnasia color celeste, se calzó un par de zapatillas y agarró unas llaves que tenía guardadas en una cajita de cerámica. Había tomado una decisión, la segunda importante en los últimos días.

Manuela tocó el timbre sabiendo que nadie iba a responder. Abrir la puerta de la casa de un ex novio sin autorización pondría nerviosa a cualquier mujer. A Manuela, no. Ella no era cualquiera. Pulsó en el tablero los cuatro números para desconectar la alarma. Recordó el momento en el que Juárez le confió el código, fue uno de los gestos más románticos que tuvo con ella. Para una pareja de policías, la entrega total estaba en esos detalles: dar las llaves de la casa, la clave de la alarma o el código de la caja fuerte.

Prendió la luz, todo se veía en orden. Su espíritu policial la llevó a recorrer cada rincón del departamento. Juárez no estaba escondido, ni herido, ni maniatado, ni muerto. Simplemente se había ido de viaje. Sin avisarle, sin consultarle. Juárez era tan austero que le resultó fácil darse cuenta qué cosas se había llevado: la tablet, la valija mediana, el iPod y la lapicera dorada que ella le había regalado para el cumpleaños. Cuando abrió el placar, notó que también se había llevado ropa de verano y hasta un traje de baño. ¿Norte de Brasil? ¿Europa? ¿Estados Unidos? Revisó la biblioteca: no faltaba ningún libro. En uno de los cajones, estaba la clave: faltaban varias libretas de tapa negra. Juárez había viajado a investigar algo, ya no tenía dudas.

Se quedó parada en el medio del *living*, recorriendo con la mirada cada uno de los

muebles. La notebook había quedado cerrada sobre la mesa, respiró hondo y se acercó con pasos lentos. No podía dudar ahora, la iba a *hackear* si era necesario. Se sentó en una silla y abrió la tapa. Sobre el teclado, había un sobre blanco con su nombre, escrito en el frente. Junto con el aire, Manuela, largó una carcajada mientras leía.

Querida Manuela:

Para cuando leas esta carta, seguramente ya habrás revisado mis placares y mis cajones. La curiosidad femenina sumada a la metodología policial forman un combo que, siempre supe, no ibas a poder evitar.

La computadora era el último eslabón y para ahorrarte el trabajo, la dejé sin la clave (manuela). En los archivos vas a encontrar una carpeta (key west), en la que guardé documentos, fotos y material que te van a ayudar a entender dónde estoy y el motivo por el que decidí viajar. Mi celular está activo.

Te amo (como siempre).

Juárez.

Leyó la carta dos veces. No podía borrarse la sonrisa de la cara. Francisco Juárez tenía la capacidad de hacerla transitar de la furia más desbocada al amor más absoluto. Fue hasta la cocina, abrió la botella de vino más cara que encontró y se sumergió en los datos que su persona favorita en el mundo había dejado para ella.

La cuadra de la casa de Rosalba Mankell era bastante tranquila. Cuando se bajaron del auto de Jerry, Juárez caminó unos pasos y se quedó parado frente a la casa de Ángela. Quedaba justo enfrente. Desde las ventanas de una se podía ver lo que sucedía en la casa de la otra. Tomó nota de ese detalle en su libreta. Antes de cruzar, saludó con un movimiento de cabeza al policía que custodiaba la vivienda de la chica Larrabe.

—Las luces están apagadas —destacó Maitena—. Me parece que aquí no hay nadie.

Con la mano levantada, Jerry le ordenó que no tocara el timbre. Cruzó la calle y habló dos minutos con el custodio de la casa de Ángela. El hombre le informó que no había habido ningún movimiento en ninguna de las dos casas.

—¿Me dijiste que en los Estados Unidos de Norteamérica está mal visto entrar por la fuerza o lo soñé? —ironizó Juárez.

—Ya te expliqué que está mal visto, argentino, pero nadie dijo que vamos a aplicar la fuerza —contestó Jerry exhibiendo una tarjeta de crédito.

Maitena aplaudió sonriendo como si fuera una nena, mientras su amigo abría la puerta con la pericia de un ladronzuelo.

—Adelante —dijo el mexicano.

Lo primero que los sorprendió fue el olor rancio en el ambiente. Algo se estaba pudriendo.

—Calma, esto no huele a cadáver —sentenció la forense.

Juárez tanteó la pared hasta que encontró la tecla de la luz. La activó. La casa estaba bastante desordenada. Los sillones de la sala habían sido corridos; había platos y vasos sucios sobre la mesa ratona y el piso estaba lleno de pelotitas de papel. Maitena sacó tres pares de guantes de látex de su maletín, se puso uno y les pasó el resto a sus colegas.

—Arranquemos por la cocina —dijo Jerry.

El olor salía de la heladera. Estaba desenchufada y entreabierta. En su interior, había comida en mal estado y botellas de agua sin abrir.

—Voy a dar una pasada por la casa, me quiero quedar tranquilo —anunció Juárez.

Jerry sacó el arma reglamentaria de la cartuchera que tenía en la cintura y se la alcanzó en silencio.

—Gracias —dijo Juárez conmovido. En cualquier lugar del mundo, ese gesto entre policías se valora mucho.

Recorrió el *living*, el cuarto de Rosalba y el baño. No había nadie. Ni vivo, ni muerto. Al final del pasillo, había una puerta cerrada; giró la manija para la derecha, probó para la izquierda y nada. Estaba trabada. Tocó la madera, era liviana. Empujó con el hombro, pero no cedió. Se alejó cinco pasos, tomó carrera y pegó una patada.

La puerta se abrió de golpe. Maitena y Jerry llegaron corriendo con cara de terror, el ruido los había alertado.

—Fui yo, tranquilos —dijo Juárez.

—Ay, argentino, me has dado un susto de muerte —exageró Jerry.

Maite tomó la iniciativa y entró. Era una habitación pequeña, con una ventana que daba al jardín del fondo. Sin dudas, Rosalba usaba ese espacio como baulera.

—Nos espera una larga noche, miren la cantidad de valijas y cajas que tenemos para revisar —se lamentó la forense.

—No va a ser necesario —dijo Juárez—. Yo sólo revisaría esa caja grande que está debajo de la ventana.

—¿Por qué sólo esa? —preguntó Jerry.

—Miren el piso, está lleno de polvo. Hace tiempo que nadie pega una barrida por este lugar —dijo muy convencido, y Jerry y Maite se acercaron a la caja sin dejar de mirar el suelo. Juárez siguió con su teoría—: Delante de esa caja, se notan las marcas del arrastre. Si hay algo nuevo en este cuarto, tengo la certeza de que está ahí.

Los dos hombres se corrieron para darle paso a Maite, ambos respetaban el trabajo minucioso de la forense. La mujer se arrodilló y quitó con mucho cuidado la tapa de cartón. Uno a uno fue acomodando los objetos que estaban en la caja encima del lienzo blanco que había estirado sobre el piso. Una soga gruesa de nylon, unas zapatillas negras de lona, unas sandalias con tiras de cuero muy ajadas y cuatro aritos de metal plateado. Mientras los dos policías miraban a cada uno de los elementos, Maite preparaba las bolsas en las que iba a etiquetar lo secuestrado.

—Me voy a llevar todo, quiero peritar cada uno de estos cachivaches y ver si están relacionados con los ataques —dijo.

—Las zapatillas ésas son de Jeannine Delaware —sentenció Jerry.

Juárez y Maite lo miraron sorprendidos.

—¿Qué sabés? —preguntó el argentino.

—De moda sé, y mucho. Escuchen... —dijo en un tono intrigante—. Esas zapatillas de lona negra son de Warning, una tienda muy cool de Nueva York. ¿Es así, Maitenica?

La forense miró dentro de ambas zapatillas y, efectivamente, tenían un sello que decía «Warning NYC».

—Así es —ratificó Maitena, y luego suplicó—: Por favor sigue, Jerry.

—Hace dos meses Warning hizo una gran *sale* con su ropa, lo que promocionaban era muy tentador: una playera negra, un *short* negro y esas zapatillas por sólo cien dólares —explicó, agarró una de las zapatillas y la miró con cara de asco—. Esta porquería de pésima calidad sale habitualmente cerca de los quinientos dólares, me indigna cómo estafan a los *fashion victims* en esa...

—Basta, Jerry —lo interrumpió indignada Maite—. No nos importa tu teoría de la oferta y demanda de la moda. ¿Puedes seguir con tu teoría?

—Oka, si te fijas en la bolsa de las pertenencias de la chica Delaware, el *short* y

la playera son parte de esa oferta. El conjunto se completa con esas zapatillas. El cadáver estaba descalzo —concluyó con una sonrisa triunfadora.

—¿El cuerpo de la mesera Lilith también estaba descalzo? —preguntó Juárez señalando las sandalias de cuero.

—Sí, también. Voy a averiguar si estas sandalias le pertenecen —dijo Maite y cambió de tema—. Con respecto a la soga de nylon, tranquilamente pudo haber sido usada para estrangular a Jeannine y a Lilith. Voy a chequear ADN en las células epiteliales.

—¿Y estos aritos? —preguntó Juárez. Los puso en la palma de la mano para que Jerry pudiera verlos más de cerca—. ¿Alguna apreciación, licenciado?

El mexicano sonrió. Eligió el más grande, tenía un dije con forma de flor.

—Éstos no son aros tradicionales —dijo con certeza—. Son *piercings*. Se cuelgan habitualmente en la cara.

—¡Lilith! —exclamó Maitena—. La chica tiene heridas en el rostro. Cejas, labios, nariz. Le arrancaron los *piercings*.

Dejaron a Maitena embolsando las pruebas que habían encontrado y siguieron recorriendo la casa de Rosalba, con la tranquilidad de saber que los casos estaban casi resueltos. Jerry se concentró en las pelotitas de papel esparcidas por el piso de toda la sala. No lo sorprendió descubrir que estaban hechas con las hojas del cuaderno de la marca Forever 21 que le habían sustraído a la primera chica asesinada.

—Dos de las notas fueron hechas en las hojas de ese cuaderno, ahí tenemos la conexión con Ángela —dijo Juárez—. Hasta ahora sólo conectábamos a Rosalba con los crímenes. Esas hojas son el nexo con nuestra chica.

—Muy cierto, argentino —concedió Jerry.

Jerry y Maitena estaban exultantes, sólo tenían que redactar un oficio con todo el marco probatorio que habían encontrado y dejar que la Justicia se encargara de lanzar oficialmente la detención de Rosalba Mankell. Francisco Juárez los acompañaba en la actitud triunfante, aunque algo lo hacía dudar, algo no estaba bien. El rompecabezas se estaba armando, pero algunas piezas entraban muy a presión. Esa maldita alarma que solía prenderse en su cabeza no paraba de sonar. Sentía que Ángela Larrabe estaba en peligro, pero no estaba seguro si la amenaza se llamaba Rosalba Mankell.

En la cocina tuvieron otro golpe de suerte: un cuchillo con doble filo serrucho les llamó la atención a todos. Estaba en la pileta de lavar los platos.

—El filo es compatible con las heridas de Jeannine. Con éste pudieron haberle hecho la sonrisa de Glasgow —aseguró Maite.

—A Iris la degollaron, ¿coincide, Maitena? —preguntó Juárez, que no paraba de tomar notas en su libreta.

—No, definitivamente, no —contestó la forense mientras guardaba y etiquetaba el arma blanca que acababan de encontrar.

Juárez se separó del grupo y siguió dando vueltas por la casa. Algo le llamaba la

atención y no lograba darse cuenta de qué era lo que lo hacía caminar de un lado a otro.

—Argentino —lo llamó Jerry—. Vamos, ya es suficiente. Tenemos mucho papelerío para hacer.

Juárez se demoró un momento y se reunió con ellos en la puerta de la casa de Rosalba. Lo alegraba que sus nuevos colegas se mostraran tan satisfechos.

—Tengo mucho trabajo por delante —dijo Maite—, pero ya no siento ese peso en el alma. Creo que vamos por buen camino.

—*No pain, no gain* —remató Jerry en inglés.

La forense lo interrumpió mirando a Juárez.

—Eso significa que sin dolor no hay ganancia. Disculpa, argentino, es que nosotros mezclamos el inglés y el español todo el tiempo. Casi que no nos damos cuenta de la diferencia entre los dos idiomas.

La alarma en la cabeza de Juárez sonó tan fuerte que temió que Jerry y Maitena pudieran escucharla. Prefirió no decir nada. No era el momento.

Cuando terminó de leer todos los archivos que Juárez había guardado en la carpeta virtual, ya era bien entrada la madrugada. Manuela Pelari decidió quedarse a dormir en la casa de su novio. Había tomado más de la mitad de la botella de vino y no se sentía en condiciones de manejar. Dejó la ropa tirada en la mitad del *living* y se metió debajo de la ducha caliente. Necesitaba que el chorro de agua le aflojara las tensiones que tenía en el cuello. La historia que había leído le pareció interesante, no le sorprendió que Juárez se hubiera sentido atraído como mosca a la miel. Una chica desamparada que vuelve del pasado a pedir que la rescaten era demasiado para un hombre con alma de superhéroe. Sintió una puntada de celos en el medio del estómago. El manejo psicológico de Juárez era tan básico que le causó ternura: salvando a Ángela, salvaba a Gloriana.

Tras el accidente, el esfuerzo que había hecho para recomponer su cuerpo destrozado no era nada en comparación con lo que le costaba superar el grave error al que lo había conducido no haber percibido que, detrás del cinismo de Minerva del Valle, se escondía una asesina. Para Juárez el fracaso era un estado de la mente que no le permitía soltar nada de lo que había pasado.

Se secó con una de las toallas que ella misma había comprado y se puso una remera de Juárez. Le quedaba enorme, pero no le importó. Antes de meterse en la cama, se puso unas gotas del perfume de su novio, uno que olía a canela. Antes de quedarse profundamente dormida, Manuela Pelari ya había decidido que quería saber todo sobre Ángela Larrabe. Ella también quería rescatarla.

Jerry dejó a Maitena en la morgue policial de Key West. La forense tenía pensado trabajar toda la noche cotejando las pruebas recolectadas en la casa de Rosalba Mankell con las autopsias de Jeannine y de Iris. También quería analizar el ataque que había sufrido Lilith. Necesitaba varias horas para llevarle una conclusión a la Justicia. Pedir una detención por homicidio múltiple no era una cosa simple.

—¿Y tú, argentino, dónde quieres que te lleve? —preguntó Jerry.

—Quiero ir a saludar a Ángela. Creo que saber que no estaba tan equivocada le va a hacer bien.

—Es buena idea. Recuérdale a la chica Larrabe que en cuanto esté mejor voy a tomarle una declaración completa. Necesito tener en un papel membretado todo lo que habló contigo, no tengo más tiempo para tanta vuelta —dijo y lo miró de reojo mientras manejaba—. ¿Tú sabes dónde estamos, no?

—Por supuesto, en los Estados Unidos de Norteamérica —dijo Juárez como si fuera un alumno disciplinado y obediente.

Recorrieron unas cuantas cuadras en silencio. Estaban cansados y con sensaciones distintas. Jerry, aliviado por haber resuelto el caso. Juárez, inquieto porque sus alarmas no dejaban de sonar.

Cuando llegaron al hospital, se saludaron con un leve apretón de manos. Jerry siguió viaje hacia la comisaría y Juárez se quedó parado en la puerta de la guardia. Caminó media cuadra y entró a la recepción. El hospital Central de Key West parecía un hotel: paredes blancas, escritorios de melamina color borgoña, sillones de cuero y jarrones con flores frescas. El lugar no olía a desinfectante ni a lavandina, olía a jazmines. La recepcionista era una chica joven, rubia, de ojos oscuros. Sobre el pecho, llevaba un cartelito con su nombre: Mandy Hernández. Juárez agradeció en silencio las raíces latinas del apellido de la chica.

—¿Hablás español? —le preguntó.

—Por supuesto, señor. ¿En qué puedo ayudarlo?

—Vengo a visitar a una paciente. Ángela Larrabe, habitación 202 —dijo Juárez.

La recepcionista asintió con la cabeza y tecleó el nombre y el número de habitación en la computadora.

—¿Me podría escribir el nombre de la paciente, por favor? —pidió la chica.

Mientras escribía «Ángela Larrabe» en un papelito con el logo del hospital, la cabeza de Juárez daba vueltas. ¿Qué era lo que se les estaba escapando? La recepcionista volvió a escribir los datos, esta vez copiándolos del papel que le había dado Juárez.

—Aquí está —dijo finalmente—. La paciente Ángela Larrabe, de la habitación 202, se retiró esta tarde del hospital.

—¡¿Cómo?!

—Sí, señor, se retiró —aseguró la muchacha y dio vuelta la pantalla para que

Juánez pudiera leer lo que decía la ficha.

—No entiendo... ¿Le dieron el alta? —preguntó confundido.

La recepcionista siguió leyendo la ficha para poder responder.

—Sí, exacto. Le han dado el alta por sus medios. Si los médicos consideran que no es una situación de emergencia y el paciente se hace cargo de las consecuencias de retirarse del hospital, se firma una autorización. Eso sucedió con la paciente Larrabe.

Juánez se quedó sin capacidad de reacción. ¿Dónde buscar a una desconocida en una isla desconocida de un país desconocido? No llegó a contestarse sus propias preguntas cuando volvió a escuchar la voz aguda de la recepcionista.

—Aquí hay otra cosa, señor. La paciente no se retiró sola.

—¿Cómo que no se retiró sola? —preguntó entre esperanzado y sorprendido.

—La recepcionista del turno anterior dejó asentado en la ficha que la señorita Larrabe se retiró acompañada de la última persona que vino a visitarla —hablaba sin sacar la vista de la pantalla de la computadora.

—¿Esa visita dejó su nombre? —insistió Juánez.

—Por supuesto, señor —contestó la recepcionista con el tono firme de quien siente que su trabajo está puesto en duda—. Rosalba Mankell. Así se llama la mujer que se llevó a la paciente de la 202.

Cuando la vio entrar en la habitación, el corazón se le paró de golpe. Imposible no reaccionar así ante la cara desencajada de Rosalba. El pelo castaño estaba enredado, sucio y pegado al cuero cabelludo; los ojos oscuros habían perdido brillo y ahora se veían enrojecidos y bastante hinchados. Ángela hubiera jurado que había perdido algunos kilos, pero con esos pantalones y esa remera negros era difícil comprobarlo. Podría haber sentido miedo y haber gritado, pero, en realidad, sólo tenía una enorme curiosidad. «¿Por qué estás haciendo estas locuras? ¿Qué te hice que te enojó tanto? ¿Me querés matar?», hubiera querido decirle, pero ninguna de estas preguntas fueron hechas.

Rosalba se acercó a la cama y le apoyó una mano en la mejilla, casi con ternura. La mano estaba fría. Abrió una mochila —también negra— y sacó un *jean* y una musculosa azul. Ángela reconoció las prendas como propias. ¿Se había metido en su casa? Sin dejar de mirarla, se sacó el camisolín del hospital, se vistió con la ropa que le había llevado Rosalba y se quedó parada en el medio de la habitación viendo cómo su vecina estiraba las sábanas de la cama y acomodaba el vaso y la jarra con agua de la mesa de luz. Sus movimientos eran lentos y constantes, parecía un fantasma.

—Vamos —fue lo único que dijo.

Cuando caminaron por el *hall* de recepción del hospital, Ángela se dio cuenta de que estaba descalza. El frío del mármol del piso se le coló por la planta de los pies.

—Estoy descalza —murmuró.

—No importa, estás acostumbrada —respondió Rosalba sin compasión.

El viento le pegaba de lleno en la cara. Se le metía por la boca, por los oídos. El zumbido le resultaba insoportable. Tenía que apretarse fuerte contra Rosalba para no caer en el medio de la ruta. Le gritó tres o cuatro veces que bajara la velocidad de la moto, pero ella no le hizo caso; tal vez el casco plateado le impedía escuchar, tal vez no le importó. Ángela recordó por un segundo a su madre, a Elena Baldini. La vio cerrando los ojos, resignada, segundos antes de caer por el balcón. Podría jurar que hasta le vio una sonrisa. Decidió hacer lo mismo: apoyó la cabeza en la espalda de Rosalba, cerró los ojos y sonrió.

Llegó lo más rápido que pudo a la comisaría, todavía no podía correr y se metió por dos calles equivocadas. Se arrepintió de no haber agendado el teléfono de Jerry Alvarado.

La rapidez del mexicano para implementar un operativo de búsqueda lo tranquilizó un poco. Sintió que había ganado el tiempo que perdió en dar el aviso: Ángela estaba desaparecida.

—Turistas borrachos, gente que se mete de noche en el mar, algunos desquiciados que piensan que pueden llegar nadando a Cuba. Aquí, si hay algo que funciona, son las búsquedas —explicó Jerry.

—¿Y cómo funcionan los hallazgos? —preguntó Juárez.

Como respuesta, el mexicano movió los ojos hacia arriba. Ambos decidieron no molestar a Maitena con la novedad. Sabían que la forense se iba a enfurecer en cuanto se enterara, pero su trabajo cotejando las pruebas iba a ser fundamental en un futuro inmediato.

Las imágenes de las cámaras de seguridad del hospital eran elocuentes, no quedaban dudas: Rosalba se había llevado a Ángela. Se las veía a las dos caminando por el *hall*.

—Se la llevó en una moto —dijo Juárez—. Fíjate, en el brazo Rosalba tiene un casco plateado.

Jerry asintió mientras buscaba en los archivos más información sobre la mujer.

—No tiene antecedentes graves, sólo una detención hace años por manejar alcoholizada en Miami. Es soltera, nació en Boston. Su madre es la hija de la señora Mitchell, y vive en Key West hace siete años —Jerry recitaba la información sin sacar los ojos de la pantalla—. La casa en la que vive está a nombre de su abuelo muerto, George Mitchell.

—¿De qué trabaja? —preguntó Juárez.

—Según los archivos de seguridad social, es psicóloga. Aquí, en la isla, no ejerció su profesión y no hay información de que la haya ejercido en algún otro estado —confirmó Jerry.

—¿Pero de qué trabaja? —insistió Juárez.

—No lo sé, pero veo aquí que tiene unos cuantos ahorros en el banco. Los Mitchell son una familia tradicional y adinerada. Estoy conectado ahorita mismo con mis colegas de Boston —dijo Jerry mientras tecleaba como un desafortunado—. Me informan que Marlene Mitchell, la madre de Rosalba, está llegando a Key West para retirar de la morgue el cadáver de su madre, la señora Mitchell.

—Buen dato, Jerry, necesitamos hablar con Marlene. ¿Se sabe algo del padre de Rosalba?

—Jaime Mankell me aparece en los archivos como fallecido —dijo Jerry y apoyó la cabeza en el sillón. Estaba agotado.

—Jerry, mientras esperamos la llegada de la madre de Rosalba o alguna novedad de los equipos de búsqueda, me gustaría ir a la casa de Ángela —anunció Juárez.

—No está allí, argentino. Tengo a un agente en la puerta y no hubo ningún movimiento.

—Por eso mismo —insistió Juárez. Sacó una libretita negra del bolsillo de su pantalón y se la mostró a su colega—. Quiero seguir llenando hojas.

Jerry miró la libreta con fingida cara de espanto y sonrió.

—A veces me pregunto si en ese país en el que vives ha llegado la electricidad —dijo, se levantó y se acomodó las mangas de la camisa—. Vamos a lo de la chica Larrabe.

La fuerte frenada le hizo abrir los ojos de golpe. ¿Se había quedado dormida?

—Bajá —le ordenó Rosalba mientras sostenía la moto y el peso de ambas apoyando la pierna izquierda en el piso.

Ángela le hizo caso. La sensación del viento en la cara no se iba y el zumbido en los oídos tampoco. Otra vez le dolía la cabeza. Rosalba se sacó el casco y lo acomodó sobre el asiento. La noche era cerrada y algunas nubes impedían que la luna oficiara de farol. Estaba por llover. Si Ángela hubiera estado nerviosa, con seguridad el ruido de las olas del mar la habría tranquilizado. Pero no era el caso.

Rosalba sacó una linterna de la mochilita negra, la prendió y la apagó varias veces. Enfocó el haz de luz hacia adelante y empezó a caminar. No fue necesario decir nada: Ángela la siguió. Los pies descalzos la ayudaron a reconocer el terreno. Estaba pisando arena. Dedujo que seguían en la zona de playas. Con los dedos pudo tantear algunas piedras grandes, ya no estaban en la parte turística. El aire húmedo se le coló por las fosas nasales, mezclado con un olor rancio, como a pescado podrido. Antes de que pudiera adivinar si estaban o no cerca de algún puerto, Ángela sintió que tenía los pies en el agua. Se quedó quieta.

—¡Vamos, niña! —insistió Rosalba con tono firme.

No había manera de negarse, porque ya la había tomado del brazo con firmeza. Su mano parecía una pinza. Cuando el agua del mar ya estaba a la altura de las rodillas de ambas, la luz de la linterna le permitió ver lo que tenían a menos de medio metro: una lancha bastante grande. Ángela intentó leer las letras negras que estaban impresas en el costado de la embarcación, pero no pudo. La tenaza en la que se había convertido la mano de Rosalba la subió de un tirón a la plataforma del barco. Y ahora sí, por primera vez, tuvo miedo.

No fue necesario que le dijeran nada. En cuanto vio la urgencia en los rostros de Jerry Alvarado y del hombre que lo acompañaba, el agente que custodiaba la casa de Ángela Larrabe se corrió para dejarlos pasar. Durante el viaje desde la comisaría,

ambos policías habían planeado la llegada: entrar, «limpiar» el lugar y, si no había nadie —como efectivamente creían—, revisar con los guantes de látex puestos cualquier cosa que les resultara sospechosa.

No pudieron llevar a cabo ninguno de sus planes. En cuanto Juárez prendió la luz del *living*, se dieron cuenta de que otra historia empezaba a contarse. En el medio de la sala, sobre el piso, el portarretratos que había desaparecido de la casa de la señora Mitchell los desafiaba.

Los policías se acercaron. Jerry lo levantó y se lo mostró a Juárez. La foto era vieja: una chica que acababa de salir de la adolescencia sonreía con desparpajo. Era Rosalba Mankell, la misma mujer que habían visto en las imágenes de las cámaras de seguridad del hospital.

—Éste es el portarretratos del que me habló Ángela —murmuró Juárez.

—Si la dueña de esta foto no hubiera aparecido asesinada debajo de su cama, este portarretratos sería un detalle encantador —ironizó Jerry.

Dejaron la foto en la mesa ratona y siguieron recorriendo la casa en silencio. Jerry se ocupó de la planta alta. No encontró nada diferente a lo que había visto el día que revisaron todo con Maitena. Juárez se dedicó a la planta baja. Nada le llamó la atención en la sala ni en el pequeño baño de recepción que estaba pegado a la puerta de entrada.

Se metió en la cocina sin demasiada expectativa. Todo estaba impecable: Ángela no se dedicaba a cocinar demasiado o era sumamente metódica. En las alacenas, los fideos, el arroz y el azúcar estaban guardados dentro de unos frascos de vidrio con sus respectivas etiquetas. Un paquete de yerba para mate le arrancó una sonrisa. La piletta y el escurridor estaban vacíos. Debajo de la mesada, un vajillero con puertas de vidrio dejaba ver seis platos blancos, seis vasos idénticos y tres *bowls* de cerámica color turquesa. Del otro lado, había tres cajones. En el primero, sólo había cuatro manteles y seis servilletas. En el segundo, una pila de comprobantes de pago de las empresas de electricidad, agua, telefonía y gas. Todos los servicios de la casa estaban al día. En el tercero, estaban los cubiertos: seis tenedores con mango de plástico negro, seis cucharas y seis cuchillos del mismo juego. Cuando estaba a punto de cerrarlo, algo le llamó la atención: un séptimo cuchillo no pertenecía a la serie, era totalmente plateado. Pasó el dedo por el filo y el guante de látex se abrió al instante.

—¿Qué es eso, argentino? —la voz de Jerry a sus espaldas lo sobresaltó.

—Un chuchillo muy afilado —contestó Juárez.

En el mango de metal, se notaban unas letras grabadas. Los dos hombres lo miraron de cerca: el grabado estaba bastante difuso, el desgaste había borrado parte de alguna palabra.

—La primera letra es una C, sin dudas. En el medio, veo una B —dijo Jerry intentando adivinar.

—Sí, y acá... —siguió Juárez, señalando con el dedo meñique— hay una H.

Eran las únicas letras en imprenta, el resto de las palabras eran ilegibles.

Decidieron dejar el cuchillo sobre la mesada. Sin dudas, Maite iba a querer peritarlo.

Jerry abrió la heladera: botellas de agua, cartones de jugo de naranja, fruta, una fuente con gelatina de fresa y nada más. Cerró la puerta de un golpe, un imán con la bandera de los Estados Unidos cayó a los pies de Juárez, que lo levantó y lo pegó en la puerta del *freezer*. Una de sus alarmas sonó en su cabeza. La heladera estaba llena de calcomanías con teléfonos de *deliverys* de casas de comida y de imanes con banderas de distintos países del mundo que sostenían páginas de revistas con recetas de cocina, pero nada de eso llamó la atención de Juárez. Debajo de un recorte que aconsejaba cómo hacer el mejor yogur casero del mundo, sobresalía la punta de un papel. Lo sacó con cuidado y le mostró a Jerry el cuadrado de papel celeste.

—«3 huevos, 2 tazas de harina, una pizca de polvo para hornear» —dijo Jerry y, antes de terminar de leer lo que estaba escrito en el papel, se dio cuenta de la magnitud del hallazgo de su colega—. ¡Mierda, Juárez!

—«Lo que me ocurre en la mente, muere» —recitó Juárez, que recordaba al pie de la letra cada uno de los mensajes que había recibido Ángela. Ése había sido el primero, luego del asesinato del gato de Rosalba. Estaba escrito en un papel celeste exactamente igual al que tenía en la mano.

Jerry lo miró sin saber qué decir, el alivio que había sentido unas horas antes se había esfumado. Una seguidilla de crímenes, pruebas esparcidas en dos casas distintas, una mujer sospechada, otra amenazada, las dos desaparecidas. Se metió las manos en los bolsillos del pantalón y clavó la mirada en el piso. Juárez notó la desesperanza del mexicano. Le dio una palmada en el hombro y le dijo:

—Vamos, Alvarado. Es tiempo de pensar. Nos haría bien un café caliente. Apuremos a Maitena, necesitamos la información indubitable del laboratorio.

Cuando salieron de la casa de Ángela, llovía a cántaros. El agente de custodia se protegía bajo el techo del porche. Jerry y Juárez ni se dieron cuenta del aguacero, caminaron hasta el auto como si la lluvia no existiera.

A Jerry le tocó manejar con el limpiaparabrisas en su máxima potencia, no se veía casi nada. Prácticamente conducía de memoria. A pesar de las tormentas y huracanes frecuentes, las callecitas de Key West no estaban preparadas para drenar las cantidades de agua que solían caer.

—Se está inundando todo —dijo Juárez—. Parece el barrio de mi ciudad, casi que no extraño Belgrano.

—Voy a ir por la costa, si nos trabajamos en el centro no salimos más —decidió Jerry.

El mar estaba embravecido. Desde el auto pudieron ver las luces de las barcas de la prefectura, el operativo de búsqueda de Ángela y Rosalba no se detenía. La tormenta se ponía cada vez más furiosa. Jerry pegó un volantazo y estacionó debajo del alero de metal de un parador de playa. Era imposible seguir manejando. Se quedaron un buen rato en silencio, viendo cómo el agua caía por los vidrios. Hasta que al rato la lluvia empezó a aflojar. El cielo se clareó bastante y sólo persistían unos

gotones testarudos.

Juánez bajó la ventanilla del asiento del acompañante, necesitaba sentir el aire fresco. Cerró los ojos y respiró profundo. Cuando los abrió, el cartel del lugar que los había albergado disparó una vez más sus alarmas.

—Cocktail Bar Hemingway —leyó en voz alta.

—Sí —dijo Jerry—, éste es el bar en el que Ángela e Iris estuvieron horas antes de ser atacadas.

Sin decir una palabra, Juánez se bajó del auto y cerró la puerta de un golpe. Jerry lo siguió.

—¡Eh, argentino! ¿Qué sucede? —gritó mientras lo seguía.

Juánez no respondió. Golpeó la puerta del bar al mismo tiempo que intentaba espiar por la ventana.

—¿Qué pasa? —insistió el mexicano.

—El cuchillo —respondió Juánez con la calma que suelen tener los que saben que no se equivocan—. En el mango del cuchillo plateado que encontramos en la casa de Ángela se podían leer tres letras: C, B, H. Cocktail Bar Hemingway.

Jerry se agarró la cabeza con ambas manos e intentó completar la idea.

—Maitena fue muy clara —recordó—. El cuchillo que degolló a Iris no era el mismo que usaron para cortarle la cara a Jeannine Delaware.

—Exacto, mexicano. En la casa de Rosalba estaba el cuchillo con el que mataron a Jeannine y en la de Ángela, un cuchillo de este bar.

—Maitena es clave, amigo —dijo Jerry—. Ella y su puto laboratorio nos van a traer todas las certezas.

Juánez asintió con la cabeza, puso una mano sobre el hombro de Jerry y concluyó:

—Si ésta fuera mi investigación, yo estaría pidiendo la detención de las dos mujeres.

El barco estaba amarrado, pero no dejaba de moverse. La lluvia y el viento lo azotaban sin clemencia. Ángela había vomitado dos veces dentro de una bolsa de nylon que le había alcanzado Rosalba. En otras circunstancias, habría disfrutado mucho del lugar; el barco se parecía bastante a los que habitualmente salían en las revistas de pesca de los Cayos de la Florida. Tenía un buen espacio exterior para tomar sol y, bajando unos escalones, había un *living* bastante amplio.

Rosalba se había sacado el pantalón y la remera negros y se había puesto un vestido turquesa con unos gatitos blancos. Con ese atuendo, sin maquillaje y con el pelo tirado para atrás, sostenido con un moño azul, parecía una nena.

—Yo sé todo lo que hiciste —dijo mientras servía café caliente en dos tazas de loza blanca—. Lo de mi gato Sunny estuvo de más. Nunca te voy a perdonar.

Ángela no sabía qué decir. Evidentemente, Rosalba estaba desvariando. Decidió averiguar más. Recordó que una vez su madre le había dicho que la información da poder. Eso necesitaba ahora: poder.

—Ro, ¿dónde estamos? Volvamos a nuestras casas y hablemos —dijo con el tono más dulce que pudo—. No entiendo tu enojo.

La mujer tomó un trago de su taza de café y la miró con una sonrisa extraña.

—Ángela, no me hables con esa voz. Ya no eres esa niñita que vio cómo tu padre mataba a tu madre. Ese personaje no funciona conmigo.

Las palabras de Rosalba fueron como un cachetazo. No recordaba haberle contado su tragedia familiar. ¿De dónde había sacado esos datos? Sin darse cuenta, había encogido las piernas y tenía las rodillas pegadas al pecho. El piso del barco era de madera y estaba mojado. Por la ventana había entrado agua.

—Es muy difícil ayudarte si continúas con esa actitud —siguió Rosalba—. Creí que esa etapa ya la habíamos superado.

Ángela se levantó del piso lentamente, sin dejar de mirar a su vecina. Se había dado cuenta de que, si corría con todas sus fuerzas, podía llegar hasta las escaleras, salir a la plataforma del barco y saltar al mar. Con esa tormenta era arriesgado, pero no siempre las únicas oportunidades son auspiciosas.

—Sí, tenés razón —contestó Ángela—. Esa etapa está superada.

Rosalba la miró con atención. Ángela se había parado de manera provocativa: con una mano se sostenía de la ventana del barco y con la otra se agarraba la cadera. Sus ojos verdes estaban desafiantes. La actitud infantil había desaparecido.

—Muy bien, Ángela. Ahora sí vamos a hablar de mujer a mujer. Ya te dije mil veces que con niños no hablo.

Maitena trabajaba a destajo, sólo había interrumpido su trabajo para hacerse un café y para mirar por unos minutos la lluvia torrencial que caía sobre Key West.

Había logrado certificar varias conclusiones gracias a los estudios que había recibido del laboratorio de Miami. Cuando llegó a la comisaría y entró en la oficina de Jerry, se encontró con sus dos colegas hechos un despojo. El mexicano estaba tirado en su sillón, con los pies arriba del escritorio. Juárez miraba por la ventana. A pesar de lo que anunciaba su cara contrariada y ojerosa, parecía disfrutar del amanecer glorioso de Key West.

—Siento que la lluvia no trajo buenas noticias, ¿me equivoco? —preguntó Maitena mientras dejaba sobre el escritorio una caja de pastelitos de crema de almendras.

Los policías la pusieron al tanto de los hallazgos en la casa de Ángela y de la desaparición de las dos mujeres, también de la sospecha sobre el cuchillo del bar de playa. Maitena escuchó con atención, de vez en cuando hacía alguna pregunta que alternaba con bocados de pastelitos. Cuando los hombres terminaron de hablar, ella abrió una carpeta de cartulina color amarilla y empezó a desplegar una cantidad de hojas, algunas escritas en computadora y otras, a mano.

—El cuchillo que encontramos en la casa de Rosalba es el mismo con el que mataron a Jeannine Delaware, los bordes de las heridas del cadáver coinciden con el filo del arma. Lo sometí a la prueba del luminol y el reactivo dio positivo: la hoja de metal estuvo en contacto con sangre —dijo, se limpió la crema de avellanas de la comisura de los labios y siguió enumerando—: En las heridas del rostro de esa chica yo había encontrado un cabello corto de color blanco o despigmentado.

—Sí, me había olvidado de ese detalle —saltó Jerry—. ¿Hay resultados sobre eso?

—Ese cabello no es humano. El laboratorio de Miami me indica que es compatible con el pelo de un gato —comentó con una sonrisa—. En los elementos que secuestramos en la casa de Rosalba aparecieron cuatro pelos similares. Sin duda, son los pelos del gato que apareció asesinado. Concluyo con esto que con el arma que mataron al gato también le cortaron la cara a Jeannine, el pelo estaba en el cuchillo y contaminó el cadáver.

Juárez rompió el silencio.

—No quiero ser aguafiestas, pero aquí hay un detalle que no cierra. Si Rosalba mató a su propio gato con el mismo cuchillo con el que luego mató a Jeannine, ¿por qué el papel celeste con el que estaba escrito el mensaje correspondiente a ese ataque apareció en la casa de Ángela?

—Buen punto, argentino —interrumpió Jerry—. Sobre todo cuando el mensaje que corresponde al ataque de Jeannine está escrito en las hojas de su propio cuaderno, que apareció hecho bolitas en la casa de Rosalba.

—El mensaje correspondiente al ataque de la mesera Lilith también está escrito en las hojas de ese mismo cuaderno —remató Maitena. Separó de la pila una carpeta más pequeña y siguió—: Tal como dedujo Jerry, las zapatillas negras eran de Jeannine, en la lona había unas gotas de sangre que corresponden al grupo y factor de

la chica. Las sandalias de cuero son de Lilith, les saqué una foto y se la envié a sus compañeros del bar de Big Pine. Una amiga las reconoció, también reconocieron los *piercings*. La soga de nylon dio cien por ciento positivo, cotejé las fibras que quedaron en el cuello de Jeannine y las fotos del cuello de Lilith. No tengo dudas: con esa soga ahorcaron a las chicas.

Juánez arrimó una silla al escritorio e intentó ordenar la información en voz alta.

—En la casa de Rosalba tenemos pruebas que la vinculan directamente con el crimen de Jeannine, con el ataque a la mesera Lilith y con la muerte de su propio gato —Jerry y Maite asintieron—. En la casa de Ángela tenemos la foto que faltó de la casa de la asesinada señora Mitchell, un cuchillo que la relaciona con el crimen de Iris y un papel celeste que no encaja en ningún lugar.

El teléfono de línea sonó, y Jerry tuvo que correr una cantidad enorme de papeles para encontrar el aparato. Atendió el llamado con un gruñido.

—Hágala pasar —dijo, luego cortó sin despedirse y miró a sus colegas—. Está afuera Marlene Mitchell, la madre de Rosalba.

—Les voy a pedir, caballeros, que este hueso me lo dejen roer a mí. Entre mujeres nos entendemos —sentenció Maite. Ninguno de los dos se animó a contradecirla.

Marlene Mitchell entró en la oficina de Jerry sin pedir permiso. En otras circunstancias, el mexicano la hubiera echado a los gritos. Esta vez prefirió cerrar la boca y prestar atención a los detalles. La miró de arriba abajo y en un segundo le sacó una radiografía: zapatos de taco bajo y de cuero color tabaco, de la marca española Magrit; pantalones y chaqueta de lino verde agua y una remera de algodón blanca. El lino estaba sumamente arrugado, buena señal. Era de calidad. No se parecía en nada a su hija Rosalba, aunque debía reconocer que sólo la había conocido por fotos; sin embargo, era casi idéntica a su madre, la señora Mitchell. Bueno, también debía tener en cuenta que su referencia era el cadáver de la señora Mitchell.

—Señora Mitchell, tome asiento. Mi nombre es Maitena Orestes, soy investigadora forense. ¿Quiere un café o un vaso con agua? —preguntó en inglés.

—No soy la señora Mitchell, ésa era mi madre. Me puede decir Marlene o señora Mankell, si prefiere —dijo mientras se cruzaba de piernas luego de tomar asiento—. Se me ocurre que tal vez prefiera hablar en español. No tengo problema, es mi segunda lengua.

Maitena atajó el golpe. Con sólo mirarla, la mujer le había hecho notar que lo mexicano no se le iba. Tuvo ganas de seguir interactuando en inglés, pero quería que Juánez entendiera la conversación, por eso decidió hablar en español.

—Marlene, tenemos dos inconvenientes. Su madre apareció muerta en su casa de la playa, imagino que la policía de Boston le pasó el parte con los detalles. —La mujer asintió y al mismo tiempo descruzó las piernas—. El segundo problema es que su hija Rosalba está desaparecida, y algunos indicios la relacionan con tres homicidios y un ataque, uno de los homicidios es el de la señora Mitchell.

Sin demasiada contemplación, Juánez se metió en la charla.

—Señora Mankell, sus conflictos familiares nos importan bien poco. Sin embargo, me veo en la obligación de advertirle que, si no aporta la información que necesitamos, usted sí va a tener inconvenientes tan pero tan graves que hubiera preferido llorar a moco tendido por su madre o ponerse una remera con la foto de su hija y salir a buscarla por los programas de televisión. Espero haber sido claro.

Jerry, que tuvo que contenerse para no aplaudir, cruzó una mirada con Maitena.

—Cuéntenos de su hija Rosalba —ordenó la forense.

Marlene apoyó sus manos en la rodilla, miró fugazmente hacia el techo y empezó a hablar sin levantar los ojos del piso.

—Mi hermano y yo nacimos aquí, en la casona de Key West. Nos fuimos a estudiar a Boston. En la universidad conocí a Jeff Mankell y quedé embarazada siendo muy jovencita. Durante muchos años vinimos a pasar las vacaciones de verano con mis padres a la playa. Rosalba disfrutaba mucho de la arena y del mar, y mi madre tenía adoración por ella. Tal vez el hecho de que la niña tuviera su mismo nombre la llenaba de orgullo, supongo —conjeturó Marlene y pidió un vaso con agua, lo tomó de un trago y siguió hablando—: Cuando tenía once años, se plantó y no quiso venir más. Jeff y yo nos aburríamos bastante, mis padres eran muy estrictos y nos trataban como si fuéramos niños. Incluso a mi marido y a mí nos hacían dormir en cuartos separados. La decisión de Rosalba fue un alivio. Nunca más volvimos.

—¿Rosalba es psicóloga? —preguntó Jerry.

—Sí, se graduó en psicología —respondió la mujer con un dejo de tristeza—, pero nunca ejerció.

—¿Por qué? —preguntó Maite.

Marlene le clavó la mirada, una mirada profundamente oscura.

—Porque está más loca que cualquiera de los pacientes que pudiera atender. ¿Quién querría tener como psicóloga a una paciente psiquiátrica?

El frío marino se le metía por los huesos. No importaba qué medias térmicas usara o qué pantalones de felpa se pusiera, cada invierno era peor. Se había provisto para salir de su casa la menor cantidad de veces posible: paquetes de fideos y de polenta, cajas de arroz, latas de conservas y frascos de salsa. Nada parecía ser suficiente, siempre había una razón para tener que moverse por la calle. Esta vez había sido por culpa de Carmen, la mujer del verdulero, la había llamado agitada, con un fuerte dolor de cabeza; necesitaba que alguien le tomara la presión para no ir a molestar al Hospital Interzonal de Mar del Plata.

Matilde se puso una polera de lana, un buzo polard y una campera que había comprado en el Ejército de Salvación. En su cartera de cuerina, metió el tensiómetro y el monedero. Ya que salía, iba a aprovechar para comprar alguna presa de pollo para ponerle al puchero. Descontaba que el verdulero le iba a regalar la verdura.

Iba tan concentrada en taparse la boca y la nariz con la bufanda que no vio a la chica de campera de cuero y pollerón rojo que la seguía sin disimulo.

—¡Señora Matilde Barraza! —le gritaron.

La mujer se dio vuelta de golpe, la tranquilizó bastante ver que quien la llamaba era una chica muy bonita y tan bien vestida, hasta podría ser su nieta.

—Sí, soy yo —contestó.

—Me gustaría hablar con usted.

Como respuesta, Matilde murmuró algo al pasar, con cara de desconcierto. Manuela Pelari aprovechó la confusión y la siguió.

—Tengo entendido que hace muchos años usted fue celadora en el Instituto de Menores de aquí, de Mar del Plata —le dijo pegándose al lado de ella.

La mujer asintió con la cabeza, la cara de asombro no se le iba.

—Necesito información sobre una niña que pasó por ese lugar en la época en la que usted trabajaba allí.

La mujer agarró fuerte la cartera, siempre tenía la sensación de que se la querían robar.

—Es cierto, señorita, yo trabajé en el pabellón de las mujeres, pero casi ni me acuerdo. Han pasado muchísimas chicas por ese lugar.

—Sí, me imagino —insistió Manuela—. Pero esta niña de la que le hablo no era una más.

A Matilde le picó la curiosidad. ¿Quién era esa jovencita que tenía tanta información sobre ella? Si no fuera porque apenas sobrevivía con una jubilación de miseria, hubiese creído que era una agente de la AFIP.

—A ver si hago memoria... ¿De qué niña me habla? —preguntó más dispuesta.

—Ángela Larrabe, la hija de Pipo Larrabe. La hija del campeón —soltó Manuela.

—Sí, claro. Imposible olvidarme de ese caso. En su momento, salió en todas las revistas. Tampoco me olvidé de esa chiquita —afirmó y aflojó la tensión de sus

brazos sobre la cartera—. Mire, tengo que ir a tomarle la presión a mi vecina Carmen. Si me espera aquí en la puerta, vuelvo rapidito, la invito a tomar un té y le cuento.

Manuela Pelari aceptó gustosa. Se sentó en uno de los tres escalones de la entrada del PH donde vivía la mujer y esperó.

Ángela caminaba por el pequeño *living* del barco en puntas de pie, hacía de cuenta que no estaba descalza y que tenía puestos unos zapatos de taco. Movía de manera provocativa la cadera y se pasaba la lengua por los labios.

—Ángela, ese personaje también lo teníamos superado —dijo Rosalba con un tono firme.

—Me acabás de decir que con niños no ibas a hablar. Bueno, tal vez así me ves más adulta —desafió la chica prestándole atención a sus pies.

—Esto sigue siendo infantil —sentenció Rosalba—. Y ese tono de voz que estás usando se asemeja mucho al que seguramente usaba tu madre. Chiquita, no eres Elena.

Ángela se paró normalmente, respiró hondo e hizo sonar su cuello, para un lado y para el otro. Cuando volvió a mirar a Rosalba, supo que iba por el camino correcto. Su psicóloga sonreía satisfecha.

Jerry corrió los papeles de Maitena del escritorio y acomodó las cuatro tazas de café. Marlene Mitchell se había sacado la chaqueta de lino. Debajo de sus axilas, la blusa blanca estaba mojada. A esta mujer, que parecía de hielo, hablar de su hija la ponía nerviosa.

—¿Cuándo empezaron los problemas psiquiátricos de Rosalba? —preguntó Maite con más dulzura de la que hubiera querido.

—La locura fue notoria en su adolescencia, a los catorce o quince años, pero antes ya había mostrado algunos signos que no supimos o no quisimos ver —contestó.

Los dos policías y la forense la miraron en silencio. Fue la manera que encontraron para incitarla a seguir hablando.

—A los once o doce años se volvió callada, muy retraída. Se convirtió en una nena bastante temerosa, pero, como era tan buena alumna y cumplía con las tareas del hogar, no le dimos importancia —relató Marlene.

—¿Tuvo que ver ese cambio de personalidad de la nena con el último verano que pasaron en la casona de los abuelos Mitchell? —preguntó Juárez sin quitar la vista de las hojas de su libreta negra.

Marlene tomó el café de a traguitos pequeños, como quien quiere demorar la respuesta. Cuando la taza quedó vacía, no le quedó otra que contestar.

—Sí, ese verano hubo un quiebre en la vida de Rosalba. Nada volvió a ser igual.

El primer indicio fuerte de que las cosas no estaban bien fue sumamente violento y vergonzoso para nosotros —dijo y luego hizo un pequeño silencio—. Antes de cumplir los quince años intentó suicidarse. Tomó un frasco entero de pastillas para dormir que yo tenía guardado en el botiquín del baño. La empleada doméstica la encontró inconsciente, debo decir que esa mujer le salvó la vida. A partir de ese momento, lo nuestro fue un calvario de psiquiatras y de grupos de apoyo familiar.

—¿Y en esas condiciones fue a la universidad? —preguntó Jerry.

—La universidad fue una bendición, un bálsamo —dijo sonriendo—. Decidió que quería estudiar psicología para ayudar a personas que sufrían como ella, estaba muy entusiasmada. Sus médicos nos recomendaron que la dejáramos y eso hicimos. Hizo la carrera rapidísimo y sus calificaciones fueron excelentes. Fue la única vez que la vi realmente feliz.

—Usted dijo que Rosalba había sido paciente psiquiátrica —retomó Maitena.

—El día de su graduación Rosalba estaba exultante, se había mandado a hacer un vestido precioso en una tienda muy exclusiva de Boston y fue a la peluquería. Estaba realmente bella. Fue una noche mágica —contó Marlene y apoyó la espalda en el respaldo de la silla, su blusa ahora estaba empapada—. Al otro día se levantó al mediodía, llenó la bañera para darse un baño de inmersión y se cortó las venas. Esa vez fui yo la que le salvó la vida. Tuvimos que internarla, Rosalba era peligrosa para sí misma.

—Señora Mitchell, ¿qué pasó ese verano en la casona de Key West? —preguntó Juárez, esta vez mirándola con suma insistencia a los ojos.

Marlene desvió la mirada, bajó la cabeza y los hombros. Parecía una muñeca que se desarmaba en cámara lenta.

—Mi padre George Mitchell abusó de ella.

La casa de Matilde Barraza olía a sopa de verduras, Manuela imaginó que tal vez ésa sería la base de su alimentación. El ambiente estaba calefaccionado con una estufa de tiro balanceado de dudosa seguridad. La mujer la invitó a sentarse en una de las sillas del comedor. El mantel de hule con flores se veía sucio, y la pobre señora le pasaba una rejilla que más que limpiarlo lo engrasaba más. Sirvió dos tazas de agua caliente y con el mismo saquito hizo los dos té. Azúcar no había. Manuela tomó un trago, no quería que Matilde se sintiera despreciada.

—Soy estudiante de periodismo y estoy haciendo un trabajo sobre la vida del boxeador Pipo Larrabe —mintió Manuela—. Siempre me intrigó la pobrecita nena, tan chiquita y con una historia tan difícil, ¿no?

—Ah, sí, muy terrible. ¡Pobre angelito! —se lamentó la mujer con la taza de té en una mano y la rejilla en la otra—. El día que la trajeron al instituto me partió el alma. Estaba sucia, tenía los pies lastimados... Me acuerdo de que tenía una mochila que no largaba por nada del mundo.

—¿La nena contó algo de lo que había pasado con sus padres?

—No, ¡qué va a contar! Le ofrecí leche chocolatada y unas galletitas, pero la pibita no quería nada. Lo único que se me ocurrió hacer fue acariciarle la cabeza, pero no se dejaba, eh. Era una pibita muy arisca, muy mal llevada. Por suerte estuvo unas horas nada más, ese mismo día se la llevaron los abuelos.

—¿Y volvió a saber algo más de la nenita? —preguntó Manuela bastante desilusionada. Matilde no aportaba nada nuevo a la historia.

—¡Claro que supe! —dijo mientras pasaba otra vez la rejilla por el mantel—. Una médica que trabajaba en el instituto la atendió durante mucho tiempo. Los abuelos le pagaban el pasaje a Buenos Aires en avión, eran gente de guita.

—¿La nena estaba enferma?

—No, enferma no —Matilde bajó el tono de voz como si alguien estuviera escuchando—. ¡Esa nena estaba loca!

Manuela se tomó el té, que ya estaba tibio, de un trago. Tenía la garganta seca.

—¿Usted me podría contactar con esa médica? —arriesgó.

—La doctora Giuliano se murió hace años, pero yo sé que los legajos de sus pacientes están en el archivo del Instituto de Menores. Tal vez ahí la puedan ayudar.

Manuela le agradeció las gentilezas, mientras su cabeza no paraba de dar vueltas. Tenía que buscar la manera de acceder a esos archivos. Cuando se estaba despidiendo de Matilde, la mujer recordó un detalle más.

—Ahora se me vino a la memoria una cosa —dijo con la mano apoyada en el canto de la puerta—. Cuando los abuelos se llevaron a la pibita, volví a la habitación en la que la habíamos tenido para ordenar y chequear que estuviera todo en orden, ¿y sabe lo que pasó?

—No —respondió Manuela.

—La nenita nos había robado. Se llevó los cuadritos que teníamos colgados en la pared.

—¿Cómo te llamas?

—Ángela Larrabe.

—¿Dónde vives?

—En Key West.

Así empezaban todas las sesiones con la vecina. Rosalba tenía que asegurarse de que la persona que tenía sentada enfrente era Ángela Larrabe, domiciliada en Key West.

Acomodó su vestido turquesa con las manos, y se distrajo mirando el estampado de gatitos blancos. No pudo evitar pensar en su gato Sunny.

—¿Por qué mataste a mi gato? —preguntó con los ojos llenos de lágrimas.

Ángela no podía creer lo que estaba escuchando. Siempre imaginó que Rosalba no estaba muy equilibrada, pero eso ya era demasiado. Decidió seguirle la corriente mientras pensaba cómo escapar de allí.

—Yo no maté a tu gato —respondió.

—¿Y cuál de todas las Ángelas lo mató?

«Ahí empieza de nuevo», pensó. Su vecina estaba peor que nunca.

—Basta, Rosalba, deja de inventar personajes imaginarios o amigos invisibles.

Al escuchar eso, Rosalba aplaudió con una sonrisa de satisfacción. Su paciente acababa de encontrar una definición.

—Amigos invisibles... —dijo—. Me gustó mucho eso, Ángela.

Un ruido en el costado del barco las sorprendió a las dos. La charla se interrumpió de golpe. Las dos mujeres corrieron hacia las ventanas. Ángela se paró frente a una, y Rosalba, frente a la otra.

No tardaron en comprender lo que había sucedido: la sogá que amarraba la embarcación a un poste se había cortado. Rosalba subió corriendo las escaleras, Ángela la siguió. Se asomaron a la baranda y constataron lo peor: estaban a la deriva. La lluvia había aflojado, pero el mar estaba más embravecido que nunca. De a poco, se empezaban a alejar de la costa.

—¡Agarrá el timón, hazlo volver! —gritó Ángela, tratando de que su voz fuera más fuerte que el ruido de las olas gigantes.

Rosalba se agarraba fuerte de un caño. Tenía los nudillos blancos y el vestido empapado y pegado al cuerpo.

—¡No puedo! —respondió a los gritos—. ¡El motor no funciona desde hace años!

Ángela evaluó la posibilidad de tirarse al agua y nadar hasta la orilla, pero en cuanto se asomó un poco más, notó que era imposible. Ya estaban muy lejos y no se sentía capaz de nadar contra la corriente. Rosalba había vuelto al interior del barco e intentaba de manera desesperada usar su celular. Eso también era imposible: la señal

había desaparecido.

Por su lado, Ángela empezó a tocar los botones de la radio del barco. Pero las lucecitas del tablero estaban apagadas y el cable cortado.

—No anda nada de eso —dijo Rosalba—. ¡Esto es sólo una carcasa vieja!

A medida que se internaban mar adentro, el barco se movía de manera más brusca y acompasada. Ángela hizo lo único que le quedaba por hacer: vomitó.

Los dos policías y la forense no salían de su asombro: el señor Mitchell, ciudadano ilustre de Key West, era un vulgar abusador de una niña de once años. De su propia nieta.

—¿Cuándo y cómo se enteraron de que la niña había sido abusada? —preguntó Juárez.

—Años después, luego de su primer intento de suicidio. Rosalba se lo contó a su psiquiatra —respondió Marlene.

—¿Y qué pasó con su padre? —siguió Maitena.

—Yo no sabía qué hacer, estaba desesperada. Viajé a la casona y hablé con mi madre —mientras hablaba, las lágrimas caían a chorros por sus mejillas—. Ella dijo que su nieta era una mentirosa y que ni se me ocurriera molestar a mi padre. Él ya estaba muy enfermo, tenía cáncer.

—¿Y su marido, el señor Mankell, cómo reaccionó? —preguntó Jerry.

—Nunca lo supo. Preferí ocultarlo —se sinceró y, con ambas manos, se corrió los mechones de pelo de la cara y los miró como buscando aprobación—. Hice lo que pude.

—¿Cómo es Rosalba? —Juárez decidió dejar enfriar el tema del abuso. Marlene se sintió agradecida por el detalle.

—Rosalba es tan inteligente como manipuladora. Luego de su segundo intento de suicidio y de una internación prolongada, se repuso bastante. Vivió en Miami sin ningún tipo de inconveniente. No necesitaba trabajar, yo puse toda mi herencia a su disposición. Cuando decidió instalarse en Key West, tuvimos una pelea muy fuerte.

—Pero vino igual... —dijo Juárez.

—Sí, ya era mayor de edad... Y a pesar de algunas cositas sin importancia, se manejaba muy bien en la vida.

—¿A qué le llama usted «cositas sin importancia»? —indagó Jerry.

Marlene se encogió de hombros buscando las palabras más adecuadas para explicar lo que había querido decir.

—Rosalba es psicóloga, pero nunca pudo ejercer oficialmente. Sin embargo, toma ese rol con cualquier persona que se acerque a ella. De manera casi automática, convierte cualquier conversación común en una sesión de análisis. Su mundo paralelo es un consultorio enorme en el cual ella analiza a todo el mundo.

—¿Algo más? —insistió el mexicano.

La mujer se quedó pensando unos minutos.

—Sí. Rosalba es muy mentirosa —respondió categórica—. Inventa historias. Muchas veces cuenta cosas reales, pero necesita condimentar el relato. Supongo que lo hace para justificar su actuación de psicóloga permanente. No lo sé.

Una canción de Madonna interrumpió el relato de Marlene. Era el *ringtone* del celular de Jerry. Ahora, fue Maitena la que revoleó los ojos. El mexicano levantó una mano para que no siguieran hablando. Con la otra, atendió el teléfono. Cruzó una par de «yes» y «ok» con su interlocutor y cortó de golpe.

—Prefectura divisó un barco mediano a la deriva, a la altura del Cayo Marathon. Están intentando recuperarlo —dijo en inglés.

Las alarmas de Juárez volvieron a sonar, como cada vez que Maitena y Jerry mezclaban con tanta naturalidad el inglés y el español. Había algo en eso que lo inquietaba y no lograba descifrar por qué era. Tomó nota del detalle en su libreta.

—Perdón, ¿dijo un barco? —preguntó Marlene. Jerry asintió con la cabeza—. Mis padres tenían un barco en Marathon. No sé si seguirá estando allí.

Jerry, Juárez y Maitena cruzaron una mirada rápida.

—Marlene, vamos a la morgue. Allí está el cuerpo de su madre. Necesitamos un reconocimiento oficial del cadáver —dijo la forense.

Jerry sonrió. Su amiga era brillante.

—Perfecto —dijo el comisario—. Juárez y yo nos vamos a la costa. Quiero más datos de ese barco.

Mar del Plata en invierno era una ciudad helada, pero en la manzana que ocupaba el Instituto de Menores el frío parecía haberse ensañado. Manuela se levantó el cuello de la campera y lamentó no haber traído un abrigo de piel. Se recogió el cabello en una cola de caballo; con el pelo suelto, el viento volvía imposible su andar.

Un rato antes había estado en un bar de la peatonal tomando un café con leche caliente y pensando de qué manera podía acceder a los archivos del Instituto. Imaginó cientos de estrategias, pero las descartó a todas. Cuando vio a un policía de calle entrar al bar para pedir permiso para ir al baño, se le iluminó la cara. Marcó el número de la comisaría primera de Mar del Plata y pidió hablar con Carlos Catano. El comisario Catano había sido de las primeras personas en comunicarse con ella cuando Juárez se debatía entre la vida y la muerte.

Hablaron un buen rato de trivialidades, hasta que Manuela se animó a pedirle lo que necesitaba: meterse de manera extraoficial en archivos relacionados con menores no era una pavada, y lo sabía. Catano le pidió unos minutos para hacer unas averiguaciones. Cuando se volvieron a comunicar, fue conciso y terminante.

—Preguntá por Ziberial, te va a estar esperando.

El edificio del Instituto de Menores era una mole gris y desangelada. En el *hall* de entrada hacía más frío que en la vereda. Un hombre de mediana edad, bastante gordo y desalineado, se le acercó. Estaba vestido con uniforme de guardia de seguridad.

—Busco a Ziberial —dijo Manuela.

El hombre sonrió, le faltaban los dientes de adelante.

—Soy yo. Catano me contó lo suyo —dijo. Se dio media vuelta y con un gesto le indicó que lo siguiera.

Caminaron por un pasillo larguísimo, sin puertas ni ventanas. Más que un pasillo parecía un túnel. Manuela caminaba detrás de Ziberial, a una distancia prudente. La tranquilizó tocar su cadera derecha y sentir que había llevado su arma reglamentaria.

Avanzaron hasta toparse con una puerta de hierro que en lugar de vidrios tenía rejas. El hombre sacó un manojito de llaves del bolsillo de la campera y, luego de probar sin éxito varias en la cerradura, consiguió abrirla.

Entraron a una habitación enorme. Las paredes no se veían: estaban revestidas de arriba abajo y de derecha a izquierda con estanterías de metal. En los estantes, había cajas, cientos de cajas, miles de cajas.

—¿Está complicada la cosa, no? —dijo Ziberial con los ojos perdidos en los estantes.

—Sí, la verdad que sí —contestó Manuela pensativa—. ¿Algo de todo esto está enlistado en una computadora?

El hombre largó una carcajada.

—¡No, qué va a estar! Esto es basura, pero nadie tiene huevos para poner el gancho en un papel y dar la orden de tirar todo a la mierda.

Mientras el guardia de seguridad se quejaba, Manuela había empezado a caminar frente a los anaqueles. Algunas cajas estaban ordenadas —si se podía llamar «orden» al hecho de estar una al lado de la otra— por año, otras por nombres. Ninguna de las dos maneras de archivo seguía una secuencia numérica, ni alfabética. «Un caos prolijo», pensó la chica. Las cajas que estaban ordenadas por año sólo correspondían a los 60 y a los 70. Sintió una pizca de entusiasmo: ya había descartado unas cuantas.

—Ziberial, ¿le puedo pedir un favor? —preguntó. El hombre asintió—. Necesito buscar una caja que puede estar a nombre de Ángela Larrabe. Usted mire las que empiezan con la letra A, que yo reviso las que tienen L.

Durante casi una hora y en silencio buscaron sin parar. Manuela sentía en la garganta el polvo que le había entrado por la nariz. A Ziberial le pasaba lo mismo, lo había escuchado estornudar varias veces. Cuanto ya creía que todo estaba perdido y que de Mar del Plata sólo se iba a llevar un resfrío y una alergia, Ziberial tuvo un golpe de suerte.

—¡Señorita! —gritó desde la otra punta de la habitación—. En este lado las cajas están guardadas con el nombre de los médicos, ¿le sirve?

Manuela corrió hasta el lugar en el que el hombre estaba agachado, mirando las cajas que tenía enfrente.

—Busquemos a la doctora Giuliano, con G de gato —dijo esperanzada.

Media hora más duró la búsqueda, hasta que finalmente dieron con la caja. El cartón estaba húmedo y, cuando la bajaron del estante entre los dos, temieron que se les desfondara. María Mercedes Giuliano, así se llamaba la médica. Pusieron la caja sobre la mesa de metal despintada que estaba en el medio del salón y la abrieron.

—Cuidado, no sea cosa que le salte una rata —advirtió Ziberial.

—Buen dato, tranquilizador —dijo Manuela con una sonrisa.

La caja estaba llena de carpetas de cartón, dentro de cada carpeta había hojas con membrete. Algunas estaban escritas a mano, otras a máquina. Muchas eran ilegibles, el paso del tiempo y la humedad habían borrado gran parte de los textos. En la primera había una ficha con una foto enganchada en el ángulo superior derecho. Martín Escalada, 14 años. La foto del nene ponía la piel de gallina, se lo notaba golpeado.

—Acá adentro se ve de todo, señorita —acotó Ziberial, que también había prestado atención a la foto—. No es nuevo, esto es un depósito de pibes golpeados, violados, abandonados. No es fácil laburar acá adentro, muchas veces a la noche llego a mi casa y no puedo dormir. Escucho los gritos de los pibitos.

Manuela lo escuchaba con atención, el dolor acumulado dentro de ese edificio casi se podía palpar. A medida que iban sacando carpetas, evitaban ver más fotos. Ponerle rostro a tanta miseria no era una tarea saludable. Cuando estaban por llegar al final del contenido de la caja, apareció lo que buscaban. En una carátula de cartulina

celeste y con marcador negro estaba escrito el nombre: «Ángela Larrabe».

Manuela sacó un cuaderno y una birome de su cartera, tenía que copiar todos los datos. Ziberial la agarró del brazo con suavidad.

—Señorita —dijo con una sonrisa desdentada—, llévese todo. No pierda tiempo. Nadie se va a dar cuenta de nada.

Manuela dudó por un segundo: ella era policía, no podía robar material oficial de un edificio público. Sus dudas se evacuaron en lo que tardó Ziberial en meterle la carpeta en la cartera.

—Gracias —dijo la chica.

Cerraron el portón y salieron del edificio. Manuela caminó unas cuadas abrazando su cartera. Ya casi ni sentía el frío.

El barco se movía de un lado hacia el otro como si fuera una cáscara de nuez. Ninguna de las dos mujeres podía tenerse en pie. Ángela estaba tirada en el piso, se sostenía con todas sus fuerzas de un sillón amurado a la pared interna del *living* de la embarcación. La situación de Rosalba no era mejor: había conseguido abrazarse del tablero de comando.

Las olas azotaban sin piedad los costados del barco; por momentos, muchas de ellas lo tapaban por completo.

Ángela decidió arrastrarse hasta donde estaba Rosalba, los marcos de las ventanas la ayudaban a avanzar. De manera intermitente, los brazos se le acalabraban, pero sabía que no podía ceder. La parte interna del barco había empezado a inundarse. Si se entregaba, era el fin. Cuando creyó que estaba lo suficientemente cerca, gritó:

—¡Salgamos! ¡Si nos quedamos acá adentro, nos vamos a morir! —Su voz se perdía en el rugido furioso del agua.

Le pareció que Rosalba la había escuchado, y de pronto la vio arrastrarse e intentar abrir la puerta que estaba debajo del timón. Un chorro de agua se filtró por una de las ventanas, el vidrio se había roto. Cuando Ángela pudo abrir los ojos, vio a Rosalba, que con una mano se aferraba a una baranda y con la otra sostenía dos bultos naranjas. Tardó un segundo en darse cuenta: eran chalecos salvavidas. La esperanza le inyectó un impulso imparable y logró llegar hasta donde estaba ella. Consiguió ponerse uno de los chalecos y ayudó a Rosalba a ponerse el otro. De a poco y chocándose contra la paredes, pudieron subir la escalera y salir a la plataforma del barco.

El cielo estaba totalmente despejado y había dejado de llover. El agua, ahora, estaba un poco más calma. Sólo un poco. Ángela se arrastró hasta la baranda del barco y consiguió ponerse en pie. Intentó distinguir la costa, pero era imposible. Cuando giró la cabeza, Rosalba ya estaba a su lado.

—¿Dónde estaba amarrado este barco?! —gritó Ángela—. ¿En el Golfo de México o en el Océano Atlántico?

Rosalba no podía dejar de mirarla. En ese momento, le tuvo más miedo a Ángela que al mar embravecido.

—¿Qué te pasa, Rosalba?! —le preguntó a los gritos—. ¡Contestá, carajo!

No pudo contestar, la voz se le atoró en la garganta. No podía creer lo que estaba viendo: Ángela ya no era Ángela. Se movía como un hombre, hacía gestos con la cara como un hombre y hasta su voz era la de un hombre. De un salto, se subió a la baranda y se tiró al mar. No quería estar un segundo más con eso en lo que se había convertido su paciente.

A través de los handys de los efectivos de prefectura, Juárez y Jerry escuchaban todo lo que estaba sucediendo en el medio del mar. Habían cerrado al público dos kilómetros de playa para armar una carpa enorme devenida en comité de crisis. Además de un sistema de comunicación de última generación, dentro de la carpa también había una mesa con termos de café y sándwiches de queso. Si la situación no hubiera sido dramática, Juárez habría sacado fotos para compartir con sus colegas de Argentina, que solían hacer malabares con *walkie talkies* sin baterías y teléfonos celulares sin 3G.

—Ven, argentino —dijo Jerry—. Vamos a ver qué sucede. Me informan que hay novedades en el golfo de México.

—¿A dónde vamos? —preguntó Juárez confundido.

—Aquí, ven. —El mexicano lo guió hasta el fondo de la carpa. Un monitor gigante transmitía en vivo lo que estaba filmando la cámara del helicóptero de rescate—. No pongas esa cara, chico. Estás en Estados Unidos de Norteamérica.

Las imágenes eran tan nítidas que parecían ser parte de una película. Cuando la cámara hizo foco, pudieron ver un barco a la deriva. Se distinguía claramente cómo iba de un lado a otro sin parar. Era un milagro que no se hubiera dado vuelta.

—Acerca más la cámara —ordenó Jerry por el handy.

Como respuesta, obtuvo un plano más corto. En la plataforma del barco se veía una figura humana. Si no hubiera sido por el chaleco color naranja, habría sido difícil distinguirla. El helicóptero se empezó a acercar, la cámara mostraba los intentos de bajar lo más posible.

—Mirá ahí, casi en la punta de la pantalla —señaló Juárez.

Un puntito naranja flotaba en el mar, por momentos se iba de cuadro y desaparecía por completo. Jerry soltó el handy y agarró una radio más sofisticada. Ordenó a los guardacostas que se acercaran al lugar.

—Posible objetivo en el agua —informó.

Después de un buen rato, el helicóptero logró acercarse al barco y desplegó una escalera. Pudieron ver cómo un hombre vestido de buzo bajaba por los escalones y, con una seguridad pasmosa, rescataba a la persona que estaba en la embarcación. Juárez, Jerry y los demás miembros del operativo de búsqueda aplaudieron frente a la pantalla como si estuvieran viendo los goles de un mundial de fútbol. Diez minutos después los guardacostas reportaron el hallazgo de una mujer joven flotando a metros del barco rescatado. Estaba viva.

Jerry y sus colegas se saludaban, se palmeaban las espaldas y cruzaban palabras en inglés. A las dos mujeres rescatadas las estaban llevando al Hospital de Key West. Juárez se acercó a la mesa y disfrutó del café y los sándwiches. Ya ni se acordaba cuándo había sido la última vez que había comido, por lo que todo lo que estaba allí servido le pareció riquísimo. Se sirvió un segundo vaso de café y caminó hasta la

pantalla. La última imagen que había generado el helicóptero, donde se veía el mar inmenso y el barco, había quedado congelada. Tomó un trago de café y se acercó un poco más. El monitor mostraba el plano congelado del momento en el que la embarcación estuvo a punto de darse vuelta, se veía claramente el costado de metal blanco y unas letras negras en la parte de atrás. Parecía ser el nombre del barco. Jerry se acercó masticando un sándwich.

—¿Qué pasa, argentino? —dijo riendo—. ¿No hay televisión en tu país?

—¿Hay manera de acercar esta imagen que quedó congelada? —preguntó.

El mexicano pulsó unos botones al costado de la pantalla y tocando el vidrio como si fuera un teléfono táctil, agrandó la captura.

—George —murmuró Juárez—. El barco se llama George.

—Cierto —dijo Jerry—, como el abuelito del terror: George Mitchell.

Juárez se quedó clavado, mirando el piso. ¿George? ¿Dónde había visto escrito ese nombre? ¿Por qué le resultaba tan importante? Caminó hasta la mesa de comida y dejó el vaso vacío de café. El nombre George seguía replicando en su cabeza.

El tiempo que los guardacostas tardaron en llevar a Ángela y a Rosalba a tierra firme, sumado al que emplearon los médicos en tranquilizarlas y estabilizarlas, fue el tiempo que Juárez, Jerry y Maitena utilizaron para dormir. Fueron pocas horas, pero les sirvió para recargar energías. Tras eso, se juntaron en el barcito del hospital.

Maitena los puso al tanto de las novedades de Marlene: había identificado el cadáver de su madre y, por primera vez, la notó realmente preocupada por su hija. Antes de reunirse con sus colegas, la forense la había llamado para informarle que Rosalba había sido rescatada sana y salva.

—Jerry, si te parece bien, me gustaría hablar con Ángela a solas —dijo Juárez.

—Claro, argentino. Mientras tanto Maite y yo le hacemos una vistita a Rosalba —concedió—. Ya he mandado el requerimiento a la Justicia, hasta ahora las dos son sospechosas de homicidio y homicidio en grado de tentativa.

Terminaron de tomar café y se separaron en el ascensor del hospital. Rosalba estaba internada en una habitación del tercer piso y Ángela, en una del segundo. A pesar de que no había ninguna orden de detención en firme para ninguna de las dos, Jerry Alvarado había asignado custodia para las dos mujeres con la excusa de protegerlas.

Cuando entró y la vio sentada en la cama, con la cara hinchada, los ojos rojos y el brazo derecho enyesado, sólo le sorprendió el color de pelo. El agua salada le había barrido esa mezcla de tinturas que solía hacerse y por primera vez pudo ver el color natural de la chica: un castaño claro que, en combinación con los ojos verdes, le daba un aire absolutamente encantador.

—Hola, Juárez —lo saludó con voz ronca. Tenía la garganta irritada, había gritado como nunca antes en su vida.

—Me alegra mucho que estés bien —dijo el policía mientras se sentaba a los pies de la cama—. Por un momento, creímos que te ahogabas.

—Rosalba me secuestró de este mismo hospital y me llevó a ese barco —dijo con voz entrecortada, estaba por largarse a llorar—. Nadie me escuchó. Está loca, Juárez. Yo la vi atacar a Iris. En el barco, la vi vestida como una nena y hablaba incoherencias.

—Tranquila —murmuró Juárez.

—No puedo quedarme tranquila. Me acusó de haber matado a su gato, a Sunny. Le tengo miedo.

Con un gesto, Juárez le pidió que se callara.

—Todavía no me preguntaste si Rosalba está viva.

—No me interesa —dijo de manera categórica—. La quise salvar, la ayudé a ponerse el chaleco salvavidas. Ella me miró con cara de espanto y se tiró al agua. ¿Entendés, Juárez? Se tiró.

—Rosalba está viva, internada en este mismo hospital —le informó a pesar del supuesto poco interés de Ángela—. ¿Rosalba alguna vez te contó algo sobre su abuelo George o sobre su pasado?

—Ella es mi psicóloga —dijo cruzándose de brazos—, y los psicólogos no hablan de su vida privada con sus pacientes. Nunca.

Maitena y Jerry abrieron la puerta de la habitación de Rosalba con extremo cuidado. Como advirtieron que la chica estaba despierta, entraron. Ella los miró fijo, pero por un segundo la notaron perdida. Maite leyó la ficha que estaba colgada con un gancho en la baranda de los pies de la cama: no le habían dado ningún medicamento que nublara su conciencia.

—Rosalba, necesitamos hablar con vos —dijo Maite con voz suave—. ¿Estás en condiciones?

La chica asintió con la cabeza sin sacarles los ojos de encima.

—Nosotros somos policías...

—Ya lo sé —interrumpió—, los vi en la casa de Ángela.

Se sorprendieron con la respuesta. Jerry tomó la posta.

—Tenemos pruebas que te incriminan en el homicidio de Jeannine Delaware y en el ataque contra Librany Baker. Estás además comprometida con el homicidio de Iris Guzmán —dijo, hizo una breve pausa y siguió—: y con el homicidio de tu abuela Rosalba Mitchell.

Cuando escuchó el nombre de su abuela, Rosalba empezó a llorar.

—Fue mi culpa —balbuceó—. Yo llevé a Ángela a lo de mi abuela.

Maite y Jerry se miraron, no podían creer lo que estaban escuchando.

—No entendemos... —aclaró Maite.

—Después del ataque contra la pelirroja... ¿Iris? —preguntó. Maite asintió—.

Bueno, después de que atacaran a Iris, yo llevé a Ángela en mi moto hasta la casa de mi abuela. Era el único lugar donde la podía esconder.

La puerta había quedado entreabierta; sin hacer ruido, Juárez se coló en la habitación y pudo escuchar el final de lo que parecía una confesión.

—Ángela estaba golpeada y desmayada, yo la dejé en lo de mi abuela —repitió con voz monótona—. Yo la maté.

Se quedó callada de golpe. Por la comisura de los labios empezó a caerle saliva. Maite la limpió con el dorso de su mano y le levantó la cabeza, que empezaba a caer hacia un costado.

—¡Llamá al médico ya mismo! —gritó la forense.

Antes de que Juárez y Jerry pudieran reaccionar, una enfermera se aproximaba al costado de la cama de Rosalba. Había escuchado el grito de Maitena desde el pasillo. La recostó con cuidado e inyectó un medicamento en la bolsa del suero.

—Está shockeada —dijo la enfermera en tono de reproche—. Hay que dejarla descansar.

A pesar de los esfuerzos que hacía para mantener los ojos abiertos, Rosalba se iba quedando dormida. La medicación había empezado a hacer efecto y empezó a mover los labios muy de a poco. Los cuatro la observaron con extrema atención, tal vez necesitaba algo. De la garganta le salía un hilo de voz, un gruñido casi imperceptible. Se miraron los tres, y Maitena acercó la oreja a la boca de la chica.

—Me parece que está diciendo algo —sostuvo mientras le ponía una mano en la frente, y se acercó más—. Bueno, bueno —intentó tranquilizarla—. Descansa, querida.

Rosalba Mankell finalmente se quedó dormida. La enfermera les pidió que se retiraran, no les dio ninguna opción. Cuando estaban en el pasillo esperando el ascensor, Juárez preguntó:

—¿Llegaste a escuchar lo que decía?

—George.

—¿Qué dijo? —insistió.

—Dijo «George», argentino. Nombraba a su abuelo abusador.

Otra vez, las alarmas estallaron en la cabeza de Juárez. No se refería a su abuelo muerto, Rosalba no nombraba a George Mitchell. Francisco Juárez empezaba a entender todo.

No se sintió cómodo al tener que mentirles a quienes ya consideraba como sus nuevos colegas, pero no le quedaba otra opción. Trabajar con la agudeza y el descaro del comisario Jerry Alvarado y con la inteligencia y humanidad de Maitena Orestes le parecía fascinante. Sólo con Manuela Pelari —antes de que fuera su novia— se había sentido tan complementado como con ellos. Pero necesitaba unas horas para él; habían sonado demasiadas alarmas en muy poco tiempo, no podía permitirse dejar pasar por alto algunas cuestiones. Y Francisco Juárez no tenía dudas: pensar y dormir son dos cosas que deben hacerse en soledad. Por eso había fingido un malestar estomacal. Maitena insistió con darle algún medicamento, pero Juárez se negó y les dijo que necesitaba descansar un rato en el hotel. También se negó a que lo llevaran en auto, prefería caminar un rato. Quedaron en comunicarse más tarde.

No necesitaba mapa, ni tampoco preguntar. En las últimas horas, Key West se había convertido en un lugar bastante familiar. Tal vez sus pies o su cabeza lo llevaron por la parte céntrica de la avenida Duvall. Por primera vez le prestaba atención. Los bares, las casas con una estética arquitectónica similar y el ir y venir constante de gente le parecieron características encantadoras. Pensó que algún día iba a regresar con Manuela. Estaba seguro de que a ella le iba a gustar. De pronto se dio cuenta de que la Duvall empezaba a vaciarse y se convertía en esos típicos barrios residenciales norteamericanos que mostraban las películas. No le sorprendió encontrarse de repente parado ante la puerta de la casa de Rosalba Mankell. Hasta allí lo había llevado el instinto.

Subió las escaleras del porche y miró hacia los costados: no había nadie. Jerry había ordenado retirar la custodia de ambas casas. Sacó su tarjeta de crédito e, imitando al mexicano, abrió la puerta. El olor era inconfundible: la policía científica había trabajado en el lugar, y el ambiente olía a los reactivos para levantar huellas digitales y al luminol para buscar sangre.

Se paró en el medio de la sala: todo estaba tal cual lo habían dejado la última vez. Paseó la mirada por los sillones, por la mesa ratona, por el piso, por la biblioteca. Nada le llamaba la atención. Caminó por el pasillo y dio una vuelta por la cocina. La heladera estaba cerrada y enchufada, buen gesto de los agentes policiales para evitar que los alimentos se siguieran pudriendo.

De repente, sintió como si alguien lo estuviera llamando desde el *living*. Sonrió. Ésa era la sensación que había ido a buscar. Se dio media vuelta y otra vez repasó los sillones, la mesa ratona, el piso y la biblioteca. En ese mueble clavó la mirada: libros, unos cuadritos pintados con acuarelas, una bicicleta de hierro en miniatura, dos jarrones pequeños de cerámica y dos barquitos de papel hechos a mano. Se acercó despacio y miró los barquitos más de cerca, no necesitó tocarlos para darse cuenta. En ambos, escrito con birome negra, decía «George», como el barco del abuelo Mitchell. Lamentó no haber traído guantes de látex, pero no tenía tiempo para

formalidades. Con extremo cuidado desdobló los pliegues de uno de los barquitos: era la primera hoja de un libro, había sido arrancada. Hizo lo mismo con el segundo, que también era la primera hoja de otro libro.

Cooking the greek way y Everything fishing book. Con las dos hojas arrugadas en la mano, Juárez observó atentamente cada estante de la biblioteca. Fue leyendo los lomos de cada libro, uno por uno, hasta que finalmente los encontró: estaban en la punta del segundo estante. Sacó los dos libros creyendo que adentro podría encontrar algún mensaje, alguna carta, tal vez alguna foto. Pero no, no fue necesario ni siquiera abrirlos. Juárez metió la mano en el hueco que habían dejado los libros y sacó un grabador pequeño. Apretó una tecla y abrió la tapa de la parte de adelante, adentro había un casete. Cerró la tapa y puso *play*.

«Uno, dos, tres, grabando.» Apenas escuchó la voz de Rosalba, apretó la tecla de *stop*. Se metió el grabador en el bolsillo del pantalón y salió de la casa con la misma precaución con la que había entrado. Cruzó la calle y subió las escaleras del porche de la casa de Ángela. Miró a un lado, miró al otro, y con la tarjeta de crédito repitió la mecánica.

En esta casa también había estado la policía científica. Repasó el *living*, el bañito de recepción y se metió en la cocina. Se paró frente a la heladera. Allí había encontrado el papelito celeste, ese que no le cerraba en la secuencia de los crímenes. Revisó las recetas de cocina que estaban sostenidas por imanes de banderas de distintos países. Por curiosidad, buscó la bandera de Argentina; debajo de ese imán, había una hoja blanca doblada por la mitad. Era un mensaje corto escrito a mano y en inglés. A pesar de no entender ni una palabra, supo que era importante: estaba firmado por Rosalba. Guardó el mensaje junto con el grabador que había encontrado en la casa de enfrente. Fue nuevamente hasta el *living*, disfrutando a pleno de la libertad que le daba poder llevarse sin culpa elementos de lugares allanados. En definitiva, en los Estados Unidos de Norteamérica, como solía decir Jerry, él no era policía.

Se acercó a una estantería llena de cajitas. Algunas eran de madera, otras de cerámica y otras de metal. Ninguna le llamó la atención. En el estante de arriba había doce libros. Evidentemente Ángela leía mucho menos que Rosalba. Por curiosidad, revisó los títulos. Todos eran en español. El zumbido en los oídos, un cosquilleo en la boca del estómago, otra vez la cuestión del idioma lo inquietaba. Uno de los libros, el más grueso, estaba sobresalido. Sin pensar lo agarró. Las cosquillas en la panza se convirtieron en un nudo. El instinto lo llevó a mirar con más detalle, tenía que haber algo más. Y ahí estaba. El nudo ahora se había convertido en piedra, casi que le costaba respirar. No dudó un segundo: lo que parecía un libro —no tan grueso como el anterior— era una caja. La abrió de golpe. «Mierda», murmuró.

Llegó casi corriendo hasta el hotel en el que se había alojado. A pesar del paso de

los años, estaba tal cual lo recordaba. En esos pasillos, en el restaurante y en la pileta, había sido muy feliz. Manuela Pelari se había criado en una familia de clase alta; sin embargo, sus padres preferían vacacionar en Mar del Plata. Viajaban a Miami o a Europa, pero solos. A ella nunca le importó; durante todo el año, esperaba ansiosa los veranos en la Ciudad Feliz, como se le decía habitualmente. Cuando por causas que nunca quiso ni supo entender, su padre quedó en la ruina, no extrañaba su casona en Belgrano R, ni su colegio privado, ni la ropa de marca. Sólo añoraba Mar del Plata.

El frío había empezado a apretar en serio y en las radios locales ya especulaban con la posibilidad de que nevara. Sin embargo, en el bar del hotel el clima era perfecto. Tres salamandras y un hogar a leña lo convertían en el lugar ideal para tomar un chocolate caliente. Eso hizo Manuela. Eligió una mesa cerca de la ventana—no quería perderse la posibilidad de ver copos de nieve— y, mientras paladeaba un trago de chocolate espeso, sacó la carpeta que Ziberial le había guardado en la cartera.

El olor a humedad que tenían los papeles le hizo fruncir la nariz. En la primera página, estaban los datos de la niña Ángela Larrabe, no había foto de ella. Según le había contado Matilde, la chica no había estado institucionalizada; su paso por el Instituto de Menores había sido de tan sólo unas horas. El material—escaso— que había sobre la nena estaba fechado tres años después. La doctora Giuliano dejó sentado que atendía a la menor por pedido de sus abuelos maternos y describió la sintomatología: dolores de cabeza, angustias, pesadillas. A Manuela no le sorprendió: había tratado varias veces con víctimas de violencia o con testigos de hechos dramáticos y sabía que el *shock* postraumático era moneda corriente.

El siguiente comentario de la médica saltaba cinco años en el tiempo; allí la cosa parecía haberse puesto más complicada: depresión, insomnio, alucinaciones. En una ficha estaba descripta la medicación con la que intentaban calmar el dolor de Ángela. En ningún lugar informaba si el tratamiento había tenido algún resultado positivo o no. La última hoja de la carpeta estaba fechada años después: el diagnóstico se refería a una Ángela adolescente. En tan sólo diecinueve líneas escritas a máquina, la doctora Giuliano arribaba a una conclusión desoladora.

Manuela terminó su taza de chocolate, que de manera insólita no logró confortarla. Volvió a leer el diagnóstico de Ángela Larrabe y sintió una tristeza infinita. Luego subió a su habitación para contactarse al *wifi* de la computadora, le sacó una foto al informe y se lo envió por *mail* a Juárez. «Urgente», escribió en el asunto.

Jerry se había dado un buen baño. Se premió con una bañera llena de agua y sales con olor a rosas. Se estrenó unos pantalones de lino blancos y una remera de Marc Jacobs. Había dormido un buen rato y se había perfumado. Estaba tranquilo y hasta feliz. La Justicia había aceptado su requerimiento de detención para Rosalba Mankell, el juez había considerado que las pruebas eran abrumadoras. De todas maneras, tenía claro que probablemente la declararían inimputable. Sus antecedentes psiquiátricos eran contundentes. La confesión que la mujer les había hecho en la habitación del hospital había sido la frutilla que coronaba el postre. Marlene Mitchell estaba devastada e insistía con que su hija no era peligrosa para terceros, pero de todas maneras se había ofrecido a colaborar y a estar cerca de la chica.

Cuando llegó a su oficina en la comisaría, se encontró con Maitena, que también había hecho lo propio. La forense vestía una falda larga de seda color violeta y una remera al tono. Y se había maquillado.

—Supongo que me vas a llevar a tomar unos tragos, ¿no? —dijo arreglándose los rulos aún mojados por la ducha.

—Ay, Maitenica, eres tan obvia —contestó Jerry revoleando los ojos—. Te has puesto así de elegante para el argentino. A mí no me mientas.

Maitena le dio un empujón ahogando la risa. La puerta se abrió de golpe, Juárez se había olvidado de golpear. No estaba acostumbrado a anunciarse en ningún destacamento policial.

—Hola, argentino —dijo Jerry mirándolo de arriba abajo—. Veo que no te has arreglado en lo más mínimo.

Juárez seguía vestido igual. No había tenido tiempo para acicalarse.

—Jerry, dame los mensajes que recibió Ángela después de cada ataque —ordenó sin siquiera saludar.

Jerry y Maitena se miraron. El policía encogió los hombros y puso sobre su escritorio una de las cajas donde se guardaban las pruebas de la investigación. La forense abrió las bolsas en las que se preservaban los elementos. Allí estaban: el mensaje escrito en papel celeste y los dos en las hojas blancas del cuaderno de Forever 21. Juárez corrió la caja y puso los papeles en fila sobre el escritorio. Miró a sus colegas y habló:

—Estos mensajes no fueron escritos por Rosalba Mankell —sentenció.

—¿Perdón? —dijo Maitena.

—Están escritos en español —aclaró—. Rosalba no maneja el español. Ustedes han incorporado los dos idiomas y no se dan cuenta de que cuando hablan con ella lo hacen en inglés. Es más, en la casa de Rosalba hasta sus libros son en inglés.

Jerry lo interrumpió:

—Cierto, pero aquí casi todos hablamos español, incluso la madre de Rosalba lo habla de manera fluida.

Juánez sacó de su bolsillo el mensaje que se había llevado de la casa de Ángela, el que estaba en la heladera sostenido con el imán de la bandera argentina. Lo puso al lado de los otros. Estaba escrito en inglés:

Angie, I'm gonna spend a few days at my friends in Miami. I already told the police about Sunny. They are gonna have a car patrolling the block at night. If you need anything the spare key is in the usual spot. Love you. Rosalba.

Juánez abrió su libretita negra por la mitad y leyó en voz alta la traducción que había conseguido: «Yo que va a pasar unos días a mis amigos en Miami. Ya le dije a la policía acerca de soleado que van a tener un coche patrulla en el bloque en la noche. Si necesitas algo, la llave de repuesto está en el lugar habitual. Te quiero. Rosalba.»

Jerry y Maitena largaron una sonora carcajada.

—Pero, Juánez... ¿Qué simio te hizo esa traducción? —preguntó el mexicano.

—Una página de traducciones que encontré en Google —explicó—. Supongo que cuando dice «soleado» se refiere a «Sunny», el nombre del gato.

—No lo puedo creer —confesó el mexicano revoleando los ojos—. ¿Por qué no viniste aquí y nosotros te hacíamos todas las traducciones necesarias?

Juánez lo miró con sorpresa.

—Yo aquí vengo a traer respuestas. Las preguntas son mis desafíos —dijo y puso la voz grave—. Y no suelo compartir mis desafíos con nadie.

—Esto es claro, Jerry —dijo Maitena interrumpiendo el cruce entre los dos hombres—. Rosalba se comunica en inglés con Ángela y además la letra es bien distinta.

Jerry asentía en silencio. Juánez agarró el segundo mensaje, decidió dejar el del papel celeste para el final.

—Quiero leer en voz alta el mensaje que Ángela recibe luego del homicidio de Jeannine —dijo, tosió para clarear la voz y leyó—: «El asesino de DN está justificado».

—Esa frase está sacada de la crónica policial del caso de la Black Dahlia —acotó Jerry.

—Tú lo has dicho, amigo —sonrió Juánez—. Black Dahlia en español es Dalia Negra, por eso DN y no BD.

—Dios —exclamó Maite y le pasó el tercer mensaje correspondiente al ataque de Lilith.

—«Si el tiempo es infinito, estamos en cualquier parte del tiempo. B» —leyó Juánez y siguió explicando—. Busqué la frase en internet. Es una cita de Jorge Luis Borges, por eso B.

—Borges, escritor argentino —murmuró Maite—, como Ángela.

Los dos hombres asintieron. Ahora sí Juánez se ocupó del papelito celeste.

—Un papel igual a éste estaba en la casa de Ángela. Eso me confundió, la lógica indica que debería haber estado en la casa de Rosalba —explicó y leyó el tercer

mensaje en voz alta—: «Lo que me ocurre muere. DA». Es una cita de *La divina comedia* de Dante Alighieri. Hoy me metí en la casa de Ángela y en su biblioteca encontré esto.

Juánez puso arriba del escritorio un libro gordo, era el clásico del poeta italiano traducido al español. También les mostró una caja.

—¿Qué es eso? —preguntó Jerry.

—Una caja que estaba en la biblioteca de Ángela, puede confundirse con un libro —aclaró y la abrió: adentro había un DVD—. Es la película *La Dalia Negra*, la versión del director Brian de Palma.

—Una chica inspirada —comentó Maite.

Jerry se levantó del escritorio. La cabeza le giraba y sentía latidos en sus sienes. Necesitaba ordenar las conclusiones ineludibles de su colega argentino.

—¿Esto nos indica que Ángela se envió a sí misma los mensajes luego de que su vecina atacara a las víctimas? —preguntó Jerry.

—Su psicóloga —corrigió Maite.

—Necesito ahora que ambos despojen sus cabezas de cualquier prejuicio y escuchen algo que encontré en la casa de Rosalba —dijo Juánez y miró a Jerry. El mexicano había fruncido el ceño—. Perdón, amigo, no debería haber entrado sin permiso, pero esto vale la pena.

Juánez puso el grabador plateado sobre el escritorio, subió el volumen al máximo y le dio *play* a la cinta. Después de escuchar la grabación, el espíritu festivo de Jerry Alvarado y de Maitena Orestes se había esfumado. Rosalba había ido registrando paso a paso la historia.

Luego del crimen de su gato, decidió irse a Miami, a la casa de una amiga. Volvió antes de tiempo, porque no quiso dejar sin asistencia a quien consideraba su paciente. Ese día se llevó una sorpresa cuando vio cómo Ángela cruzaba la calle en ropa interior y dejaba un papel en su puerta. Lo leyó a escondidas y lo devolvió a su lugar, necesitaba saber el motivo de esa actitud. A partir de ese momento, pasó a una especie de clandestinidad con un solo objetivo: seguir a Ángela Larrabe. Se cubrió el rostro con el casco plateado de su moto para llevar adelante una investigación personal sobre la conducta de su paciente, necesitaba saber qué tan grave era la patología de la chica. De esa manera, fue testigo del ataque a Lilith en Big Pine Key e incluso intentó defender a Iris Guzmán a los golpes. No lo consiguió. Se sintió culpable de todo lo que sucedía, los años de terapia que había ejercido sobre la mente de Ángela no habían funcionado. La noche en la que no pudo salvar a Iris, se encontró sola en una playa con su paciente desmayada. La había golpeado con extrema violencia. En algún lugar de su cabeza, necesitó descartar el objeto de su fracaso en el lugar en donde había conocido el infierno: la casona de su abuela. Y allí la dejó.

Durante los años que había ejercido como psicóloga *ad honorem* de Ángela, había descubierto que su paciente tenía tendencia a acumular cosas: latas, botellas, cajitas,

papeles. No le sorprendió que de a poco su vecina hubiera ido guardando las pruebas de sus crímenes en la casa que ella creía vacía: su casa. Después de todo, ella le había dicho en el mensaje que le dejó antes de irse a Miami que las llaves de repuesto estaban «donde siempre», en la maceta del fondo.

Jerry miraba de manera imprecisa por la ventana de la oficina. Maitena se quedó sentada con los codos apoyados en el escritorio. De repente, como si alguien la hubiera zarandeado, miró a Juánez inquisitiva. El policía sonrió, asintiendo con la cabeza.

—Sí, Maite, sí. Ya sé lo que me querés preguntar —dijo—. La traducción de la grabación me llevó más tiempo: un surfista, el mesero de una cafetería, una turista rubia muy bella y un *homeless*. Cada uno un pedazo. Nadie tiene la historia entera, ni saben de qué se trata.

Jerry se volvió a sentar en su sillón, se sonó los dedos, movió el cuello de un lado a otro y abrió el primer cajón de su escritorio. Sacó una notebook llena de calcomanías pegadas de manera caótica. Con un pañuelo de papel limpió el vidrio de la pantalla y la prendió.

—Son las cámaras de seguridad del bar en el que estuvieron Ángela e Iris la última noche de la pobrecita desgraciada pelirroja —dijo Jerry mientras esperaba que la computadora cargara la información—. El cuchillo que encontramos en la cocina de Ángela efectivamente es del Cocktail Bar Hemingway.

—¿No vimos ya esas imágenes? —preguntó Maite.

—Sí, y vimos el *show* erótico de Angelita con los turistas, pero ante tanta novedad que trajo el argentino, creo que debemos ver el resto de las tomas.

Durante un rato largo ninguno de los tres sacó los ojos del monitor. En el archivo estaban todas las grabaciones de las tres cámaras de seguridad del local. Una del interior y dos de la playa. Adelantaron los de adentro luego de que vieron a Ángela y a Iris pasar por el salón y salir por la puerta. Se habían sentado en el *living* de almohadones armado sobre la arena.

En la segunda cámara, confirmaron lo que ya habían visto Jerry y Maitena: el descontrol de la chica con los dos turistas franceses y los esfuerzos de la pelirroja por sacar a su amiga de ese trío vergonzante. Pudieron ver también que no sólo Ángela había tenido sexo esa noche, muchos de los jóvenes alcoholizados habían usado la playa para todo tipo de situaciones del mismo tipo.

La tercera cámara enfocaba parte del *living* improvisado y la orilla del mar. Pudieron ver cómo Ángela bailaba sola y al mismo tiempo caminaba —sin Iris— hacia una mesa, agarraba algo y guardaba ese objeto en la cintura de su falda negra.

—El cuchillo —dijeron los tres al mismo tiempo.

Adelantaron las imágenes: la fiesta en esa parte de la playa parecía estar terminando, había mucha menos gente. En la arena, cerca de la orilla, claramente se veía algo negro. Dos chicas pisaron el objeto sin darse cuenta. Segundos después un adolescente de rastas pasó por el costado. Tampoco prestó atención en eso que estaba

tirado. De repente la vieron a Ángela, estaba semidesnuda. Sólo vestía la minifalda negra. Caminó decidida y levantó lo que estaba en la arena.

Maite paró la filmación, retrocedió y agrandó la imagen. Lo que Ángela había rescatado era su corpiño negro. El corpiño con el que luego ahorcó a la señora Mitchell. Se quedaron en silencio, mirando la pantalla de la computadora que ya se había apagado. Juárez fue quien rompió el silencio.

—A pesar de todo lo que escucharon y lo que vimos, tengo malas noticias —dijo y se calló por un momento. Jerry y Maitena lo miraron expectantes—. Ángela Larrabe es una víctima.

Dio vuelta la computadora, abrió su correo electrónico y la giró de nuevo para que sus colegas pudieran ver el *mail* que le había mandado Manuela con el diagnóstico de la doctora Giuliano.

ÁNGELA LARRABE

Padece trastorno de identidad disociativo, en ella existen dos o más personalidades. Cada una de esas identidades percibe la realidad de manera individual y de esa manera actúa con el entorno.

Pude determinar que dos de esas identidades han tomado el control del resto —casi anulándolas por completo—. Una de ellas la ayuda con el comportamiento normal y rutinario. La otra intenta romper lo que la primera ha conseguido. La primera sufre pérdida de memoria, en esos tiempos amnésicos actúa la otra.

El cambio de personalidades puede ocurrir de manera habitual o esporádicamente. La ausencia de conciencia del propio comportamiento puede convertir a futuro en caótica la vida de la paciente. En algunos momentos las distintas identidades que habitan en la paciente se comunicaban entre sí. Esta situación le provoca alucinaciones. Cabe destacar que no es habitual que esto suceda en el caso de Ángela Larrabe. Los síntomas que destaco tienen que ver con dolores de cabeza permanentes, autoestima baja y angustia.

Teniendo en cuenta la historia traumática vivida por la paciente durante su infancia, infiero que los motivos de su patología crónica deben ser enmarcados en ese contexto.

Cabe destacar que los niños no nacen con un sentimiento de identidad unitaria, sino que la personalidad se va desarrollando a partir de numerosas fuentes y vivencias. En niños sometidos a sobrecarga emocional, se obstruye el desarrollo y las partes que deberían haberse integrado permanecen separadas.

—Dios santo, esto es un drama —dijo Maitena con los ojos húmedos—. ¿Por qué Ángela eligió a estas víctimas y no a otras?

—¿A cuál de las Ángelas se lo preguntamos, Maitenica? —ironizó Jerry.

—Ángela Larrabe es una víctima de sí misma —culminó Francisco Juárez.

Subió al trencito del terror. Le habían dicho en el hotel que era la mejor manera de conocer las historias de Key West. Se sentó en el asiento de la primera fila. Una chica morocha llena de rulos saludó a los pasajeros con una sonrisa que iluminaba todo.

Francisco Juárez no prestó atención a nada de lo que la guía de turismo tenía para contar. Era difícil no pensar en Ángela mientras estaba en el mismo lugar que le había servido de refugio durante años. Apoyó la cabeza en el vidrio de la ventanilla y cerró los ojos.

Ángela Larrabe por primera vez en su vida iba a ser sometida a un tratamiento de verdad. Rosalba Mankell se había reencontrado con su madre y juntas iban a enfrentar los fantasmas del pasado.

Había viajado para rescatar a la que en su recuerdo era una nena desvalida.

Había viajado para rescatarse a sí mismo.

Había cumplido.



FLORENCIA ETCHEVES. Nació en la ciudad de Buenos Aires el 22 de noviembre de 1971. Es periodista especializada en casos policiales. Fue productora del maestro del género, Enrique Sdrech, en su programa *Cámara del crimen*, y estuvo a cargo de la cobertura de los casos más resonantes de la crónica policial argentina contemporánea. Actualmente conduce un noticiero en la señal Todo Noticias y es columnista en el noticiero de Canal 13. Durante dos años consecutivos (2010 y 2011) recibió el Premio Martín Fierro a la mejor labor periodística femenina. Es coautora, junto con sus colegas Liliana Caruso y Mauro Szeta, de dos libros periodísticos del género policial: *No somos ángeles* (2007) y *Mía o de la tumba fría* (2009), que presenta cuatro casos emblemáticos sobre violencia de género. Es autora de las novelas policiales *La Virgen en tus ojos* (2012), *La hija del campeón* (2014) y *Cornelia* (2016).